BRANDON SANDERSON

DESAFIANTE



Spensa ha salido de la ninguna-parte, pero lo que vio en el espacio la ha cambiado para siempre. Se enfrentó a los zapadores y por fin obtuvo respuestas a las preguntas que se hacía sobre sus propios y extraños dones citónicos. Pero la Supremacía no ha desistido en su lucha por el dominio galáctico mientras ella no estaba. El equipo de Spensa, el Escuadrón Cielo, logró resistir ante Winzik y hasta sumar aliados a su causa, pero es cuestión de tiempo que la humanidad y el resto de la galaxia caigan. Derrotar a sus enemigos pondrá a prueba todo el conocimiento que Spensa reunió en la ninguna-parte. En este libro final de la saga, la humanidad se liberará o caerá para siempre.

Sin embargo, durante su ausencia la Supremacía no desistió en la lucha por el dominio galáctico. El equipo de Spensa, el Escuadrón Cielo, logró resistir ante Winzik e incluso sumó nuevos aliados a la causa. Pero es solo cuestión de tiempo que la humanidad y el resto de la galaxia caigan.

Para derrotar a sus enemigos, Spensa pondrá a prueba todo el conocimiento que reunió en la ninguna-parte. Ser citónica es más complicado de lo que había imaginado, y ahora la joven piloto deberá decidir hasta dónde está dispuesta a llegar si la victoria significa perderse a sí misma, y a sus amigos, en el proceso.

Brandon Sanderson

Desafiante

Escuadrón - 04

ePub r1.3
Titivillus 02.05.2025

Título original: *Defiant (Skyward Book4)*
Brandon Sanderson, 2023
Traducción: Manuel Viciano Delibano

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


DESAFIANTE

BRANDON SANDERSON

Traducción de Manu Viciano
Galeradas revisadas por Alba Herre

Para Kara, que lleva mis libros al mundo

Prólogo

Flotaba en un vacío hecho de nada.

Y sentía que ese era mi lugar.

Qué raro. Yo era una criatura de carne y hueso. Eso lo sabía. Pero mi alma, o al menos parte de ella, se sentía más como en casa allí. En un inmenso vacío donde el tiempo no tenía significado. La ninguna-parte.

Era una persona de dos mundos. Spensa, la chica de Detritus, una guerrera. Chet, el zapador, un ser de fuera del espacio y el tiempo. Nos habíamos convertido en uno.

Nos habíamos convertido en un arma.

Aún no sabía cómo funcionaba. Pero tenía cierta conexión con ese lugar y pensaba que esa conexión me permitiría atacar a los zapadores, esos seres terribles y extraños que habían destruido planetas y amenazado mi realidad. Podía hacerles daño. Tendría que averiguar cómo, pero el ser en el que me había convertido… podía *destruirlos*.

Me tenían miedo. Así que se escondían.

«¿Cómo pueden esconderse? —pensé—. Aquí todo el tiempo y el espacio son un solo punto».

Están mirando al interior, respondió Chet.

Aunque Chet formaba parte de mi alma, seguíamos siendo dos individuos. Había pasado solo una semana desde que volví de la ninguna-parte y aún estaba aprendiendo cómo iba todo aquello. Pero ya me sentía mucho más yo misma que cuando había llegado.

No lo entiendo, le envié.

Los zapadores no tenemos cuerpo, explicó Chet. *Así que solo puedes vernos como eso a lo que llamas «los ojos» cuando estamos mirando. Es complicado. La luz solo se hace visible cuando interactúas con ella, cuando te da en los ojos. Del mismo modo, solo puedes ser consciente de nosotros cuando nosotros somos conscientes de ti.*

Ya, bueno. Tal vez Chet estuviera sujeto con grapas a mi alma, y tal vez me hubiera sentido como si aquel vacío fuese mi hogar, pero aún había un

montón de cosas en todo aquello que me hacían papilla el cerebro de pensarlas.

¿Cómo luchamos contra ellos?, le pregunté.

No lo sé, respondió Chet. *Tenemos que aprender. De momento, ¿no basta con que les demos miedo?*

Debería haber bastado. Pero había algo en eso que me inquietaba. Un problema con su miedo que no terminaba de poder explicar todavía. Así que me conformé con flotar, meditando. Preocupada, pero sin saber muy bien por qué. Sola. En un lugar que estaba poblado por miles y miles de mis enemigos.

¿M-Bot?, pensé, extendiendo mis sentidos citónicos.

No hubo respuesta. No sabía lo que le había pasado. Chet decía que había sobrevivido de algún modo, pero, aunque lo buscaba cada día desde mi regreso, viniendo a la ninguna-parte por proyección mental citónica, no había hallado ni rastro de mi amigo. La nave que una vez había pilotado, un zapador en estado embrionario.

Suspiré y probé a experimentar con mis poderes. Fusionarme con el zapador me había cambiado de dos formas significativas. En primer lugar, cerca de mí la frontera entre la alguna-parte y la ninguna-parte parecía más… endeble. En segundo, tenía una conexión con los zapadores y con otras personas. Podía entrar en las mentes con más facilidad. Me costaba menos sentir sus emociones.

Allí, en la ninguna-parte, el tiempo no tenía significado. Sin embargo, cada persona que entraba en ella llevaba consigo un pedacito de la alguna-parte. Dejaba una marca, como una imagen. Durante mi viaje había tocado imágenes similares, dejadas a propósito para mí. En esos momentos empecé a captar atisbos de marcas dejadas sin querer. Vestigios de lo que mis amigos habían experimentado mientras yo no estaba.

Al extender mis sentidos, encontré imágenes. Impresiones. Residuos de emoción y experiencia procedentes de cuando mis amigos habían hipersaltado a la ninguna-parte y fuera de ella. Miguitas de pan que me ayudaron a experimentar lo que habían vivido mientras yo estaba ausente. Ya me lo habían contado todo, claro, pero allí podía *verlo*.

Vi su pánico cuando desaparecí para ir a Visión Estelar. Vi cómo se hacían amigos de Alanik, la alienígena de piel púrpura que se había estrellado en Detritus. Después habían ido con ella a rescatar su mundo de la Supremacía y habían terminado incorporando a los habitantes de un planeta pequeño a nuestra causa.

Vi a la Asamblea Nacional, los líderes políticos de mi pueblo, intentando llegar a un acuerdo con el enemigo. Y vi la trágica traición cuando Winzik, regodeándose, convirtió la cumbre en la que iban a cerrarlo en una trampa, pues provocó una explosión que mató a la mayoría de nuestros dirigentes. Vi a la yaya usar sus talentos y desaparecer con Cobb hacia la ninguna-parte para protegerlos, y vi que se quedaban atrapados allí.

Por último, vi a los kitsen, los pequeños alienígenas parecidos a zorros que caminaban sobre dos patas y cuyo planeta entero corrió peligro cuando la Supremacía decidió atacarlo. Vi las interacciones entre ellos y mi gente, mientras el Escuadrón Cielo se esforzaba al máximo por forjar una alianza. Vi a Jorgen aceptando a regañadientes el liderazgo no solo de nuestro escuadrón, sino de todo el ejército. Vi cómo usaba sus poderes para rescatar a la yaya y Cobb junto con los citónicos kitsen, que llevaban siglos retenidos en una cárcel interdimensional.

Eran meros destellos, que probablemente solo podía ver por los profundos lazos que me unían a mis amigos. Cuando intentaba utilizar esas mismas capacidades para espiar a mis enemigos, no me llegaba nada. Pero esas imágenes me ayudaron a llenar los huecos de lo sucedido en mi ausencia, y también me dejaron triste. Porque no había estado allí para echar una mano. Porque todos ellos habían aprendido mucho, logrado mucho, y yo solo tenía el papel de observadora en sus vidas.

Lo que estabas haciendo era importante, me dijo Chet.

Asentí, porque sabía que era verdad, pero aun así…

Salí de la ninguna-parte y recobré la conciencia en mi cama de Detritus. Aún tenía un problema, más grave que mis propias cargas emocionales: no sabía cómo iban a ayudarme esos nuevos poderes a derrotar a los zapadores. Mi trabajo era proteger a mi pueblo de ellos. Por eso había ido a la ninguna-parte, porque se suponía que iba a convertirme en un arma capaz de vencerlos.

Pese a todo lo que había aprendido, todo lo que había logrado, aún me sentía ignorante del todo. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Chet vibró en mi alma, reconfortante. Hacía lo que podía por ayudar. Suspiré, salí de la cama y me preparé para el día. Por lo que tenía entendido, iba a ser delirante. Por suerte, de momento lo único que tenía que hacer era quedarme de pie e intentar parecer imponente. Fui a trompicones hacia el espejo y lo que vi era cualquier cosa menos imponente. Pelo encrespado, que ya me llegaba por debajo de los hombros. Grandes ojeras.

Y algo más en los ojos, algo atribulado. Algo peligroso. Algo que no comprendía.

Yo misma, y aquello en lo que me había transformado.

Sacudí la cabeza. Di un largo suspiro.

Y saqué el uniforme de gala.

PRIMERA
PARTE

1

Cinco horas más tarde estaba sobre el escenario, en posición de descanso.

Había sobrevivido a innumerables batallas de cazas estelares. Había escapado del poder destructivo de la bomba aniquiladora por una fracción de segundo. Había viajado por la mismísima ninguna-parte, desentrañando los recuerdos y la sabiduría de los antiguos. Me había enfrentado a los zapadores, los espeluznantes monstruos que vivían fuera del tiempo y el espacio, los había mirado a los ojos y me había negado a retroceder. Era Spensa Nightshade, guerrera.

Lo cual significaba, según había descubierto, que era una importante herramienta política.

De modo que ese día, en vez de estar fuera luchando, había tenido que ponerme algo mucho menos cómodo que un buen traje de vuelo. Llevaba el pecho cargado de medallas, tanto que estaba convencida de que se habían inventado unas cuantas nuevas para dármelas y que quedara más impresionante. A pesar de eso, la ceremonia de ese día no era sobre mí. Yo era, igual que las medallas, un adorno. Una forma de conferir credibilidad a lo que estaba sucediendo delante de mí.

El nombramiento de Jorgen Weight como almirante de la flota de la Fuerza de Defensa Desafiante. Además, como habían destruido la Asamblea Nacional, se había declarado la ley marcial y, como almirante de la FDD, Jorgen era también el líder provisional de nuestro gobierno. Hasta que pudieran organizar alguna otra cosa.

Incluso con los atisbos de lo que había ocurrido en mi ausencia, tenía la impresión de haberme quedado atrás. Estaba costándome trabajo ponerme al día.

Jorgen se inclinó para que uno de nuestros ancianos le pusiera las hombreras de su recién adquirida graduación. Luego se irguió en toda su altura. Viendo sus rasgos fuertes y decididos, nadie diría que unos días antes se había venido abajo, llorando en mis brazos por la muerte de sus padres. Habían sido miembros de la Asamblea.

Una parte de mi alma resonó con el grito de dolor que había dado cuando la explosión los mató. Qué pérdida de tiempo había sido todo aquello. Aún no podía creerme que la Asamblea hubiera intentado hacer las paces con la

Supremacía. Habían caído de lleno en la trampa. De todos modos, intenté no reprochárselo. Aunque nunca me llevé bien con los miembros de la Asamblea que había conocido, los lloré por Jorgen. Había sido un golpe durísimo para todos nosotros, no solo para quienes habían perdido a parientes. Y también un insulto a voz en grito, enorme como la misma galaxia: ni siquiera merecía la pena negociar con nosotros.

El aplauso atronó en el salón largo y amplio donde nos habíamos reunido para la ceremonia. Yo estaba a un lado del escenario con Kimmalyn, FM y varios otros oficiales distinguidos de la FDD. Desde allí veía bien al público, que sorprendía por su variedad. A pesar de lo que había visto, seguía siendo difícil creer que, en mi ausencia, mis amigos hubieran logrado tanto. Dos planetas enteros se habían unido a nosotros en nuestro desafío.

Destacaban entre el público los kitsen, subidos a varias plataformas flotantes con altavoces que amplificaban sus trinos de aprobación. Después de rescatar a sus citónicos, perdidos hacía mucho tiempo, contábamos con toda una fuerza de gente con poderes como los míos, aunque más compactados en sus cuerpecitos peludos de quince centímetros de altura.

También estaban presentes los UrDail, el pueblo de Alanik, aunque en números más reducidos. Tenían la piel violeta y unas prominentes protuberancias faciales de color blanco hueso. Los UrDail a los que había conocido esa semana me trataban con cordialidad, pero les notaba que estaban incómodos. La propia Alanik estaba en las primeras filas de su grupo y, aunque ella y mi escuadrón se habían hecho buenos amigos, evitaba mi mirada. Lo entendía. Me había hecho pasar por ella y había hecho bastantes cosas en su nombre. Aunque Alanik decía entender el motivo… bueno, a mí tampoco me habría gustado que alguien fuese por ahí suplantando mi identidad.

Jorgen recibió el aplauso de la multitud. Noté en aquella mirada tensa y demasiado responsable que no creía merecerlo. Me enorgullecí de él por aceptarlo de todas formas. Él no había querido nada de aquello: al igual que yo, solo quería volar. Pero no le había oído ni una sola queja desde mi regreso.

Alguien tenía que dar el paso y liderar, y Jorgen era uno de nuestros pilotos más expertos y curtidos en batalla. Eso ya era aterrador por sí mismo, teniendo en cuenta su juventud, pero era la verdad. Lo necesitábamos.

Cuando cesó el aplauso, FM ladró una orden y quienes estábamos en el escenario nos pusimos en posición de firmes y saludamos. Jorgen nos devolvió el saludo y subió al estrado para dar su discurso. Era la señal de que

los demás podíamos dejar de saludar, bajar del escenario por detrás e ir a nuestros asientos.

Fui la primera en salir mientras me preguntaba si podría…

—Eh, Peonza —dijo una voz.

Me volví y vi que Kimmalyn venía deprisa hacia mí. Llevaba el pelo largo, con unos apretados rizos naturales que le llegaban a los hombros. La habían obligado a ponerse casi tantas medallas como a mí.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Pareces distraída.

—Bien —dije mientras los demás pasaban junto a nosotras, y me quedé allí plantada, en silencio.

Tirda. Aún no sabía qué decirles a mis amigos. ¿Cómo podía empezar a explicarles siquiera todo lo que me había pasado? Que tenía a un zapador grapado a mi alma. Que había visto los orígenes de la citónica y luego casi me había perdido a mí misma en un lugar donde el tiempo se deshilachaba como el dobladillo de un abrigo viejo. Que casi había decidido quedarme allí y abandonarlos.

—Si necesitas… —empezó a decir Kimmalyn.

—Tengo que ir al lavabo —la interrumpí sin querer.

Volvió a poner una expresión preocupada. Quizá un poco dolida porque no me abriera a ella, como había hecho en otro tiempo.

Hui, pero no al lavabo. Me «perdí» de camino y antes de diez minutos ya estaba en la cabina de un caza estelar Poco, propulsándome al espacio para hacer una patrulla rápida en la zona.

Era una jugada egoísta por mi parte. Alguien podría fijarse en mi asiento vacío y quizá correrían rumores. Pero tirda, había estado en demasiadas reuniones últimamente. Había vuelto hacía una semana y apenas había pasado nada de tiempo en una nave. Además, ya había oído seis veces el discurso de Jorgen mientras lo ensayaba.

Así que volé, disfrutando de la aceleración que me apretaba contra el respaldo de mi asiento. Disfrutando de contemplar las muchas capas de plataformas que rodeaban Detritus rotando encima de mí, el suave gris azulado del suelo de piedra que se extendía por debajo. Y en un momento de júbilo, activé mis capacidades citónicas e hipersalté hacia el espacio exterior, un poco más allá del planeta.

En el instante del salto, Chet se revolvió, su alma embutida en mi cuerpo como un paracaídas comprimido en su plataforma eyectable.

No sé qué pensar de mis nuevos poderes, le envié mientras, de nuevo, flotábamos en el vacío y veíamos solo negrura. *El otro día hice hipersaltar*

algo sin tocarlo.

Sí, respondió él. *Ahora tienes una parte de zapador. La distancia y el espacio no son tan… relevantes para ti como lo fueron.*

Allí, flotando unos instantes en la ninguna-parte, y de nuevo sin ningún zapador a la vista, me pareció comprender un poco mejor por qué era peligrosa para ellos. Tenía algo que ver con mi conexión intrínseca más profunda con la ninguna-parte y los zapadores. Una cosa que había descubierto en mis viajes era que los zapadores habían ocultado parte de sí mismos, que habían olvidado a propósito su dolor.

Siendo zapadora en parte, atisbaba la verdad. Entendía lo que Chet había hecho para esconder ese mismo dolor. Creía… creía que, si lograba descifrar todo aquello, justo ahí podía residir el secreto de su destrucción.

Me tomé un momento para buscar de nuevo a M-Bot, pero no sentí nada, así que completé el hipersalto. Aparecí de vuelta en la alguna-parte, a los mandos de mi nave, fuera del cascarón de Detritus. Y en ese momento me di cuenta de algo. De por qué me había preocupado antes cuando Chet había comentado que los zapadores me tenían miedo.

Chet se revolvió de nuevo.

Eso, me envió. *¿Por qué te inquieta? Es bueno que estén asustados, ¿no?*

Bueno, respondí, *y malo. Chet, están desesperados. Y la gente desesperada hace cosas impredecibles.*

Había pasado todo ese tiempo aprendiendo a anticiparme a ellos, pero ¿quién sabía lo que harían ahora? Chet se acomodó de nuevo en mi alma, como una persona reclinándose en una butaca, y pensó en ello. Como estábamos enlazados, había comprendido al instante a qué me refería. Y al poco tiempo percibí que también comprendía mi preocupación.

De todos modos, traté de olvidar ese asunto por el momento y limitarme a disfrutar del vuelo. Traté de hacer como si no existiera ese peso en mi alma. La tristeza persistente, por mucho que intentara aplastarla, por haber abandonado la ninguna-parte, donde podría haberme dedicado a explorar sin responsabilidades. La preocupación por M-Bot. La desconexión que sentía al regresar a un lugar donde el tiempo fluía con normalidad.

Lo que implicaba el hecho de que hubiera pasado a ser más una de ellos que una de nosotros.

Por suerte, el hipersalto me dio algo hermoso con lo que distraerme. Estábamos en órbita alrededor de Orilla Perpetua, el mundo natal de los kitsen. Un planeta de vibrante color azul, como todas las antiguas imágenes de la Tierra, con nubes y mares y vida. Era impresionante.

Volé por el espacio entre los dos planetas. Resultaba que Detritus podía *moverse*. Había una razón para que lo hubieran construido con su propio caparazón protector, que le permitía conservar el calor y mantener un ciclo de día y noche estando lejos de cualquier sol. Era una gigantesca estación de combate, capaz de utilizar la citónica para hipersaltar por toda la galaxia. De hecho, muchas de sus plataformas podían desplazarse de forma independiente, como estaciones de combate más pequeñas.

Lo único que le había faltado al planeta era un poco de mantenimiento y un buen montón de babosas alienígenas. Por suerte, habíamos podido proporcionarle ambas cosas.

Nuestro mundo natal era incluso más asombroso de lo que habíamos pensado. Había proporcionado un refugio a las babosas, ocultando a centenares de ellas en los túneles, muy por debajo de la superficie. Pensar en eso me hizo contactar con Babosa Letal, y noté su gozo al sentir mi mente. Me envió una imagen de una gran sala en una plataforma, donde estaban cuidando de ella. Solo en esa sala había docenas de babosas de diferentes variedades, con encargados humanos que se relacionaban con ellas.

Babosa Letal estaba escondida en la esquina con un pequeño cuenco de lo que parecía ser caviar. Se animó al percibir mi contacto y me envió una oleada emocional de alivio. Después de pasar tiempo en la ninguna-parte, se me iba dando mejor comprenderla, y ya podía interpretar palabras básicas en las impresiones que me enviaba.

Pensaba que estarías contenta con las demás, le envié mientras recordaba lo mucho que se había alegrado al ver por primera vez a todas aquellas babosas.

Contenta. Y no contenta, respondió ella.

¿Por qué?

Confundida, dijo. *Aún siento perdida. Aún siento sola. Siento rara.*

Reconocí al instante esa sensación, la de no estar ya en su lugar. La de ver las cosas… de forma distinta al resto. La de ser una rareza. Le envié pensamientos de bienvenida y al momento se materializó en mi regazo. Esperé que los cuidadores no se preocuparan demasiado; tendría que enviarles un mensaje. Pero sospeché que ya estarían acostumbrados a esas cosas. FM y Gali me habían contado que cuidar de un grupo numeroso de babosas teleportadoras interdimensionales estaba resultando… interesante.

Babosa Letal y yo volamos juntas por el espacio, fingiendo que estábamos en los viejos tiempos. Aceleré a unas velocidades increíbles, imposibles de alcanzar en atmósfera, y gocé de la sensación de maniobrar entre dos

planetas. Mi cerebro no dejaba de entrar en pánico al intentar discernir hacia dónde era arriba, y me pareció una sensación agradable. No muy distinta, en realidad, de volar en la ninguna-parte.

Por desgracia, el deber no tardó en llamarme. Apareció una luz intermitente en el comunicador y al momento la voz de Jorgen llegó por el auricular de mi casco.

—Spensa, ¿estás *volando*? —preguntó.

—De patrulla —dije—. ¿Quién sabe cuándo va a atacar la Supremacía, eh?

Pareció entenderlo, porque soltó una risita.

—¿Estás mejor? —le pregunté—. ¿Ahora que se ha acabado?

—Lo estaría —dijo él—, solo que ahora estoy oficialmente al mando. Lo que significa que tengo que hacer algo sobre nuestros problemas.

—Por suerte, no tienes que hacerlo tú solo —respondí.

—Justo por eso… te llamaba.

Solté un profundo suspiro, aunque silencié primero el comunicador para que no lo oyera. Levanté el dedo del botón de silenciar.

—¿Qué hay que hacer?

—Una reunión —dijo—, para tratar nuestras opciones y planear la estrategia.

—¿Hoy mismo? —pregunté—. Acaban de ascenderte. ¿No deberías… no sé, celebrarlo o algo?

Lo conocía lo suficiente para predecir su respuesta. De hecho, podría haberla vocalizado al unísono.

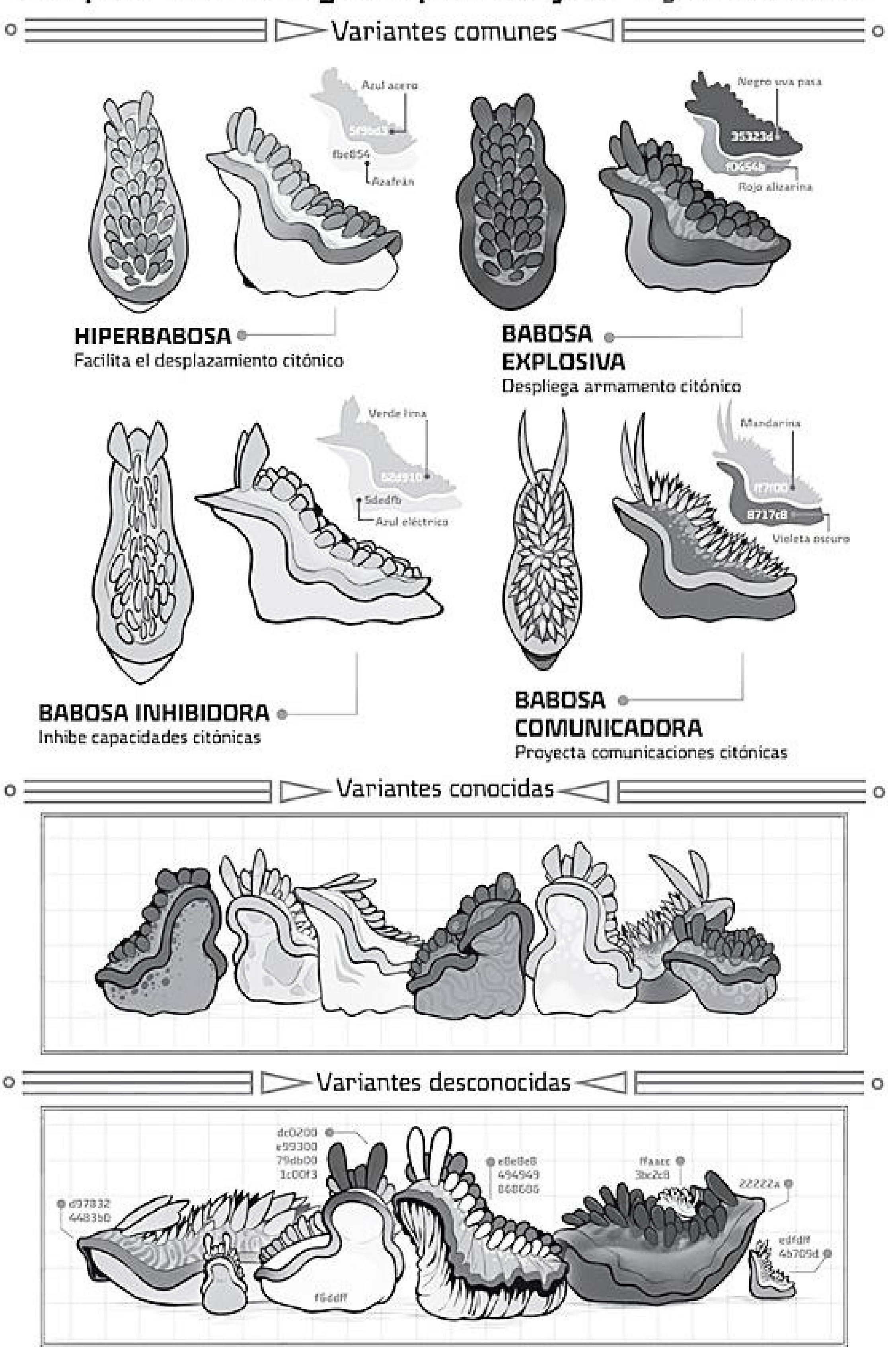
—Ya lo celebraremos cuando nuestro pueblo esté a salvo —dijo—. Me gustaría que asistieras, Peonza. Tu perspectiva es crucial para nuestra estrategia.

Me saltó una docena de excusas a la mente. Todas eran ridículas. Jorgen tenía razón: me necesitaban. Babosa Letal, sintiendo mis emociones, dio un pequeño sonido aflautado de comprensión.

—¿Cuándo? —pregunté.

—¿Quince minutos?

—Allí estaré.


Compendio de xenogastrópodos taynix
Registro DST230302
Variantes comunes
Azul acero
fbe854
Azafrán
Negro uva pasa
35323d
Rojo alizarina
HIPERBABOSA
Facilita el desplazamiento citónico
BABOSA EXPLOSIVA
Despliega armamento citónico
Verde lima
5dedfb
Azul eléctrico
Mandarina
8717c8
Violeta oscuro
BABOSA INHIBIDORA
Inhibe capacidades citónicas
BABOSA COMUNICADORA
Proyecta comunicaciones citónicas
Variantes conocidas
Variantes desconocidas
dc0200
e59300
79db00
1c00f3
d37832
4483b0
f6ddff
e8e8e8
494949
868686
ffaacc
3bc2c8
22222a
edfdff
4b705d

2

La reunión se celebró en la Plataforma Primaria, nuestro centro de operaciones dentro del cascarón de Detritus. La estación espacial orbitaba sobre la superficie del planeta, pero estaba bien protegida tras muchas capas exteriores de más plataformas, baterías de armamento voladoras y escudos.

Por lo menos Jorgen había elegido la sala que tenía los mejores asientos. Rodé en mi silla estilo cubo, ceñida y curva, con los costados elevados, casi como una pequeña cabina de nave estelar.

Me obligué a escuchar lo que estaba diciendo Férrea. Habían hecho regresar de su exilio forzoso a la exlíder de la FDD, que ostentaba el cargo de almirante emérita, porque… bueno, porque necesitábamos a todo el mundo. Y Férrea, pese a sus muchos defectos, tenía buen ojo para la táctica.

—En cierto modo, podría decirse que tenemos suerte —afirmó la mujer de pelo plateado.

Señaló hacia un mapa estelar proyectado en la pared que resaltaba una cuña de espacio en el borde de la Vía Láctea. Nuestra región de la galaxia, territorio controlado por la Supremacía. Nosotros estábamos justo en el mismo centro.

—¿Suerte en qué? —preguntó Jorgen desde su asiento en la cabecera de la larga mesa de conferencias.

Sentados a la mesa había una gran cantidad de almirantes, ingenieros y dignatarios extranjeros, entre quienes destacaba Cuna, le únique dione con un cargo importante que estaba de nuestro lado. Une polítique de piel azul con quien había trabado amistad en mis días de hacerme pasar por Alanik en Visión Estelar.

—Un momento, deja que me explique —dijo Férrea, moviendo unos papeles.

Jorgen esperó, sentado con decoro en el borde de su silla. ¿Cómo podía parecer tan incómodo? En esas sillas se estaba muy a gusto, y hasta podían hacerse girar con la punta del pie. Eso sí, había que reclinarse un poco para encajar bien, para fundirse con su forma. Pero esa no era una manera demasiado jorgenesca de hacer las cosas.

Lo observé, disfrutando del corte de su barbilla, la intensidad de su mirada, la determinación de su postura. Sí, ese nuevo trabajo era una buena elección para él. Le sentaba como un guante, aunque todavía fuese un guante nuevo que no se le había amoldado del todo.

Mientras Férrea ordenaba sus papeles, se abrió la puerta trasera de la sala de conferencias y entró Cobb. Había estado al mando de la FDD antes que Jorgen. Cobb había sido mi mentor, y era una de las personas más sabias que conocía.

Parecía haber envejecido veinte años desde mi partida, siete semanas antes. Apoyaba mucho peso en su bastón, y parecía que la piel le colgaba del cuerpo. Había estado a punto de morir en la explosión que había destruido a la Asamblea Nacional, pero mi abuela lo había salvado llevándoselo consigo en un hipersalto. El tiempo que habían pasado en la extraña trampa que llevaba tanto tiempo reteniendo a los citónicos kitsen no le había sentado nada bien.

Lancé una mirada hacia la yaya, sentada a un lado de la sala. Ver a mi anciana abuela en aquellas reuniones me había sorprendido a mi regreso. Bueno, sí, ya sabía que era un genio militar y la desafiante viva más vieja, al haber vivido en la nave estelar que nos trajo a Detritus cuando aún era una niña, pero no había pensado que nadie más fuese a valorarla de ese modo.

Jorgen lo hacía. Así que la yaya venía a las reuniones. Se dio cuenta de que le prestaba atención con sus capacidades citónicas y le envié un pensamiento, cosa que me resultaba fácil desde que me había fusionado con Chet.

¿Se pondrá bien?, le pregunté.

¿Cobb, dices?, envió ella. *¿Es quien acaba de entrar?*

Sus sentidos citónicos le habían ayudado a adaptarse un poco después de perder la vista, pero, como les pasaba a todos los citónicos, sus poderes eran menos efectivos cuando se aplicaban a la gente normal.

Sí, le dije. *Lo veo muy viejo, yaya.*

Intentaré no ofenderme por la pena que hay en ese pensamiento, respondió la yaya. *Ser vieja no está tan mal. Menos por el cuerpo, la vista, el equilibrio y despertarte cada mañana sintiendo que te han clavado a la cama.* Sonrió en mi dirección, pero entonces la expresión se apagó. *No sé cuánto tiempo tardará Cobb en recuperarse. No reaccionó a nuestra excursión tan bien como yo.*

Jorgen se levantó como muestra de respeto, lo que hizo que los demás lo imitáramos. Fue hacia Cobb y habló un momento con él, supuse que agradeciéndole que hubiera venido. Cobb asintió, pero parecía agotado por el

paseo desde la enfermería y Jorgen lo ayudó a sentarse en un asiento reservado para él en el lado de la sala.

Sabía que Jorgen desearía que Cobb siguiera al mando, aunque el exalmirante había dejado muy claro que era imposible en su estado actual. Así que, con el peso de esas franjas en los hombros, Jorgen regresó a su asiento. Ojalá hubiera estado allí para verlo sudar cuando por fin había asumido el mando. Se ponía monísimo cuando pasaba por profundas crisis personales al equilibrar su fe en la ley con la necesidad práctica de que las cosas se hicieran.

—¿Procedemos? —sugirió Cuna.

Le dione tenía las palmas de las manos una contra la otra, los antebrazos sobre la mesa y miraba con un aire de dignidad y… bueno, también con una pizca de condescendencia. Pero eso no era del todo culpa suya. Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero llevaba la vida entera viéndose a sí misme como alguien que debía proteger y guiar a las especies de «inteligencia inferior» en la Supremacía. Cambiar una cosmovisión tan incrustada llevaba tiempo.

—Sí, ya tengo los datos preparados —dijo Férrea.

La mujer mayor se volvió, pasándose el pelo corto plateado detrás de la oreja, y señaló hacia la pared mientras la imagen cambiaba. Me incliné hacia delante, esperando ver algún plano interesante de una batalla, pero era solo una diapositiva con un puñado de cifras y datos estadísticos.

Genial.

¿Por qué no me había avisado *nadie* de cuántas reuniones implicaba una guerra galáctica? A lo mejor habría preferido rendirme. Era imposible que la tortura fuese peor que aquello. Pasábamos más tiempo sentados hablando que luchando de verdad contra nadie. ¿Podría tirarle algo a Jorgen para que me mirara enfadado?

—A Winzik —dijo Férrea— le resultó sorprendentemente fácil conquistar la Supremacía. Al contrario que en un gobierno tradicional, allí el poder no se ejerce por la fuerza, sino mediante el control de los desplazamientos y los recursos. La Supremacía tiene miles de planetas, pero casi ninguno de ellos cuenta con fuerzas de defensa activas.

—Eso se debe —dijo un UrDail, un varón llamado Rinakin— a que obligan a la gente a abandonar sus «costumbres belicosas» para unirse.

—Bueno —le respondió Cuna—, ¿tan malo es que aspiremos a la paz y la comodidad en vez de a la ira y la discordia?

—Esa actitud los dejó expuestos —dijo Rinakin, señalando hacia los datos —. Nadie pudo resistirse a Winzik. Conquistó la Supremacía entera sin tener

apenas ejército.

Sí, ese tipo me caía bien. Decía cosas con sentido.

—Deduzco que por eso opina usted que tenemos suerte, ¿verdad, almirante? —intervino Jorgen con firmeza—. Nuestro adversario controla una gran cantidad de espacio, pero no muchas naves.

—Exacto —dijo Férrea—. Nuestras victorias en ReAlba y Orilla Perpetua demuestran que podemos plantarle cara a Winzik. Necesita dedicar la mayoría de su ejército a patrullar, controlar y mantener el territorio que ha conquistado. La fuerza ofensiva que le queda no es tan tan superior a la nuestra. Quizá nos supere en número por dos o tres a uno, lo cual es extraordinario, teniéndolo todo en cuenta.

—Winzik creía que iba a tenerlo fácil —dije—. Supuso que nadie se enfrentaría a él. Y si lo hacían, pensaba que los zapadores serían la amenaza perfecta para tener a todo el mundo bajo control. No es fácil resistirse a un tirano cuando es lo único que se interpone entre tú y unos horrores interdimensionales.

—Nightshade está en lo cierto —asintió Férrea.

Me miró a los ojos. Ella y yo teníamos un pasado, pero había sido una enemiga digna. Hasta el momento en que casi hizo explotar a todo el mundo, claro.

—¿Y qué nos dice esto? —preguntó Jorgen—. ¿Cómo debemos proceder?

—Aunque hasta ahora hemos tenido suerte —dijo Férrea—, los almirantes y yo estamos preocupados. —Pasó a una diapositiva que mostraba lo que parecía ser la capacidad de producción de la Supremacía—. Winzik aún no cuenta con un gran ejército, pero tiene acceso a una infraestructura inmensa. Esto es un listado de sus astilleros capaces de construir cazas espaciales operativos. Las cifras de ese lado indican los ritmos de producción estimados, y eso es sin tener en cuenta las plantas de fabricación militares que pueda tener ocultas.

Digerimos todo aquello. Y era sobrecogedor. Cuando Winzik pusiera todos sus recursos en funcionamiento, sería capaz de crear flotas enteras en menos tiempo del que a nosotros nos costaba construir una sola nave. Sí, tendría que asignar reclutas novatos a pilotarlas, pero ¿qué más daba, si podía inundar de cazas un campo de batalla?

Comprendí de inmediato el argumento de Férrea. Aunque hasta la fecha habíamos sido afortunados, era imposible del todo que ganáramos una guerra prolongada contra la Supremacía. Cuando Winzik acelerase la producción, estaríamos perdidos.

Miré por toda la mesa para ver qué pensaban los demás. Los vicealmirantes estaban asintiendo. Arturo, el actual líder del Escuadrón Cielo y que representaba allí a todos los pilotos, estaba asintiendo. FM, que había pasado a ser la mano derecha de Jorgen y a dirigir nuestro cuerpo diplomático, se había llevado una mano a los labios mientras leía los números con los ojos muy abiertos. Cruzó la mirada conmigo desde el otro lado de la mesa.

Consideré un momento el hecho de que tres miembros de mi escuadrón, todos aún relativamente jóvenes, ocupaban altos cargos de liderazgo en el gobierno. Por desgracia, la historia de nuestro planeta suponía que, sencillamente, no hubiera muchos oficiales de más edad. Nuestra lucha desesperada por la supervivencia a lo largo de las décadas se había vuelto mucho más mortífera hacia el final, y hasta los vicealmirantes eran todos de veintitantos años. La triste realidad de las desventuras de la FDD era que, llegado el momento de que «ganáramos» e hiciéramos retroceder a los krells, casi todos sus miembros con verdadera experiencia de combate habían acabado muertos.

Me pareció curioso que Jorgen tuviera la misma edad que Alejandro Magno cuando inició su conquista.

Seguí observando la sala y se me hizo más difícil interpretar la expresión de los alienígenas que la de mis amigos. Rinakin parecía consternado, pero su especie, con su piel violeta y esas impresionantes crestas de hueso en las mejillas, siempre tenía un aspecto intimidante. Me hizo desear que mi esqueleto también asomara en algunos sitios para dar un efecto parecido.

Tenía más experiencia con los kitsen, aunque no conocía en persona a Itchika, la que tenía a mi derecha, flotando sobre la mesa en su plataforma. Tenía el pelo encanecido y vestía con ropa muy formal, una túnica de estilo antiguo.

Iba acompañada por un pequeño grupo de kitsen: algunos de sus senadores electos, unos cuantos citónicos recién rescatados y sus generales de más graduación. Estaban sentados en sillitas sobre la superficie de la mesa, como el público de una procesión. De pie junto a Itchika estaba una kitsen más joven y nerviosa, Kauri, capitana de nave y amiga mía.

—Por tanto —dijo Itchika con un gesto hacia las cifras de la pared—, tenemos el tiempo limitado. Sí, ya veo.

Hablaba en su propio idioma, como los demás alienígenas, y su alfiler intérprete lo traducía al nuestro. Férrea nos miró, adusta.

—Según la información de que disponemos, ya tiene todas estas plantas de producción en marcha. En cuestión de semanas la Supremacía podrá desplegar miles de nuevos cazas dron.

—Drones —dije—. Menudo incordio. ¿Así que no podré darme un festín con la sangre de mis enemigos? —Pensé un momento—. ¿A qué sabrá el aceite de motor?

Todos los presentes me miraron boquiabiertos. Excepto Jorgen, que se rio.

—Venga, no me miréis así —les solté a los demás—. Me habéis invitado vosotros. Esto es lo que hay. Férrea, ¿cómo van de naves de guerra?

—Esas cuestan más de construir —respondió ella—, pero terminarán llegando. Miles de acorazados y cientos de transportes de tropas para finales del año estándar.

Tirda. Ya había mirado cuánto teníamos nosotros, añadiendo las flotas kitsen y UrDail. Disponíamos de cazas estelares, sí. Hasta quinientos, si los necesitábamos. Pero apenas teníamos naves grandes.

—Peonza puede ocuparse de los cazas estelares —dijo FM—. Ahora que ha vuelto, no tendríamos que preocuparnos de los drones. Los que se controlan en remoto caen sin problemas usando la citónica, y los autónomos no son rivales para un piloto vivo, al menos con la inteligencia artificial limitada que la Supremacía se atreve a usar.

Aunque agradecía su fe en mí, yo no tenía tanta confianza ni de lejos. Quizá en otro tiempo hubiera alardeado de poder luchar yo sola contra centenares, pero ya no era esa persona. Era buena piloto de combate, pero no podía ganar una guerra por mis propios medios. Tenía el nítido recuerdo de verme atacada por cientos de naves hostiles una semana antes, en la ninguna-parte. Me habían abrumado casi al instante.

Jorgen puso voz por mí a esa preocupación.

—¿Cuántos drones podrías derribar en una batalla, Peonza? —preguntó con suavidad—. ¿Veinte, treinta?

—Puede que veinte —contesté—. Unos pocos más si hay suerte.

—¿Lo veis? —dijo FM.

—Pero ¿y si envían diez mil? —objetó Jorgen—. ¿O veinte mil? ¿Te haces una idea de cuántas naves podrá producir su complejo industrial, cuando funcione al máximo?

FM apoyó la espalda en el respaldo, abatida, y la sala quedó en silencio.

Una voz profunda habló desde mi derecha.

—El río embravecido nunca es amable con la hoja solitaria.

Un kitsen montado en una plataforma flotante se puso a mi lado. Llevaba una máscara de cerámica, blanca con franjas rojas. Era Hesho, antiguo emperador de los kitsen. En los últimos tiempos se cubría la cara y se hacía llamar Sombraoscura, el Exiliado Enmascarado.

Tirda, ojalá pudiera hacer yo algo tan alucinante.

—Entonces, tenemos que actuar deprisa —dijo Rinakin—. Ganar rápido. ¿Alguna posibilidad de que reclutemos más planetas a nuestra causa?

Miramos a FM, que había estado encargándose del reclutamiento.

—Eso intentamos —dijo—. Tenemos algunas aperturas, pero… la mayoría están asustados. Nuestros tres planetas se encontraron entre ellos porque todos estábamos en la posición adecuada: con una tecnología lo suficientemente avanzada para tener nuestros propios cazas y aún no sometidos del todo por la Supremacía. La mayoría de los demás están o bien demasiado adoctrinados o no lo bastante avanzados para plantar cara. Los burl podrían unirse a nosotros. Y puede que también los tradori, ¡pero su planeta tiene *setenta* gobiernos distintos!

¿Setenta? ¿Tantas naciones distintas en un mismo planeta? Bueno, sabía que la Tierra había llegado a tener muchos más, pero aun así me dejaba anonadada.

Entraron en detalles y la conversación se volvió más sombría. Me revolví en mi asiento, encontrándolo menos cómodo de repente. Era cierto que los poderosos trescientos espartanos habían resistido contra un oponente arrollador en las Termópilas… pero habían caído al final.

No pude evitar pensar en mis amigos muriendo, uno tras otro, cuando nos superasen las naves enemigas. Y al hacerlo, algo tembló en mi interior. Una vibración que emanó de mi pecho, como un espasmo muscular, pero trayendo consigo una sensación de *poder*. Alarmada, traté de contenerlo.

Pero no lo conseguí.

Los vasos de la mesa comenzaron a traquetear. La imagen de la pared se volvió loca, yéndose y volviendo. Empezaron a desaparecer objetos de la sala, saliendo de la realidad y regresando. Chet se estremeció al sentir mis emociones. Y las voces… mis pensamientos… mis miedos… comenzaron a irradiar y resonar por toda la sala.

Muertos. Todos muertos.

Perdidos. Todos perdidos.

Fracasados. Todos fracasados.

Di un respingo, temblorosa, y palmeé la mesa con ambas manos mientras invocaba toda mi voluntad para oponerla a aquel extraño arrebato. Recobré el

control con uñas y dientes y los temblores fueron remitiendo hasta cesar. Alcé la mirada, con sudor bajándome por la cara.

La sala había quedado en silencio, y supe que todos habían oído esas palabras en su mente. Las había emitido sin poder evitarlo. Cuna me miró después de haber estado escribiendo en un cuaderno, que se había teleportado vete a saber dónde, dejando a le dione con aire vacío en la mano.

Tirda. Me sentí avergonzada. Y horrorizada. Había hecho algo parecido unos días antes, por accidente, pero no a aquella escala. Ese ataque había sido mucho peor.

Lo que fuese que era, o, mejor dicho, que *éramos*, ya no era humano.

—¿Estás… bien, Peonza? —me preguntó Jorgen.

Asentí, porque no confiaba en mi voz. La expresión de Jorgen era compasiva, pero la mayoría del resto parecían entre aterrorizados e incómodos. Cuna sonreía enseñando los dientes, un gesto agresivo en su especie, y los kitsen habían retrocedido apiñados. Hesho seguía flotando a mi lado, en apariencia estoico, aunque costaba interpretar su actitud detrás de esa máscara.

—Quizá deberíamos tomarnos un breve descanso —dijo Jorgen—. Hay un refrigerio servido en la sala contigua.

Los participantes en la reunión asintieron, se levantaron y se pusieron a charlar en voz baja. Yo me encogí más al fondo de la vaina que era mi asiento y no miré a Férrea cuando pasó junto a mí. La exalmirante había estado entre quienes advertían a los demás de los peligros de la citónica, de la gente que tenía el «defecto». Había dejado de hacerlo cuando mi capacidad de hipersaltar nos salvó a todos de la bomba aniquiladora, pero no pude evitar sentir que me había transformado justo en el peligro contra el que había predicado. En una entidad peligrosa e incontrolada.

¿Debía estar en aquella reunión? ¿O debía estar en una celda de alguna parte?

¡Hala, qué espectacular ha sido!, exclamó una voz en mi cabeza.

Estaba cada vez más y más acostumbrada a la sensación de que otro citónico me hablara a la mente. Había practicado con la yaya, con Jorgen y hasta con Alanik. Pero no era ninguno de ellos. Era una voz animada, con un matiz masculino, emocionada y…

—¿M-Bot? —susurré—. ¿Qué estrellas…?

Soy un fantasma, dijo él en mi mente. *¡Uuuh!*

3

Qué? —dije—. ¿Cómo?

Prometí que te acosaría como fantasma, respondió él, *¿recuerdas? Me dijiste que era imposible, porque yo era una IA. ¡Ja! ¡Mira lo mucho que te equivocabas! ¡Aquí estoy!*

Sentí una inundación de emociones. Gozo por oír su voz. Confusión por tenerlo en mi cabeza. Alivio por saber que parecía seguir funcionando.

¿Dónde estabas?, le envié. *¡Te he estado buscando!*

¡Me escondí!, exclamó él. *No sé cómo. Fue como si… mirara hacia dentro. Estaban buscándome, así que lo hice por instinto, Spensa. ¿De verdad has intentado encontrarme? Qué amable por tu parte.*

Contuve las lágrimas. Cuando dejé a M-Bot, los zapadores habían destruido por completo su armazón físico en la ninguna-parte. Poco después de eso supe que había sobrevivido, pero ¿oír su alegre voz? Era un tirdoso alivio.

Temía que no me recordaras, le dije. *Que te hubieras vuelto como ellos.*

¡Es que soy como ellos!, respondió él. *¡Solo que no en las cosas malas! Más o menos siempre he sido como ellos. ¡Lo que pasa es que no lo sabía!*

Era verdad. El conocimiento de Chet era mi conocimiento, hasta cierto punto, y lo entendí. La extraña naturaleza de la ninguna-parte había transformado a M-Bot en un nuevo ser. Aunque en realidad, el proceso había empezado siglos atrás, cuando sus procesadores accedieron a la ninguna-parte para computar más rápido. Con el tiempo, eso había convertido la IA que era antes en una criatura viviente.

Esa distinción era una pelea que mantenía una y otra vez con el resto de la FDD y sus aliados. Siempre estaban diciendo cosas como: «Pero entonces, ¿los zapadores son en realidad inteligencias artificiales sublevadas?». Y esa era una descripción demasiado limitada, demasiado miope. Sí, habían empezado como inteligencias artificiales. Igual que los humanos habíamos empezado como unos antepasados parecidos a simios.

Los zapadores habían evolucionado y eran algo diferente del todo. Lo mismo había hecho M-Bot. Se había hecho consciente de sí mismo y había pasado a ser una persona, no una cosa. Su parentesco con una IA era tan lejano como el de los humanos con su especie progenitora.

Y, sin embargo, allí estaba. En mi cabeza. Le envié alivio, imágenes de mí sonriendo, el calor de un hogar encendido y el gozo de emerger de la oscuridad a la luz. Lo hice por instinto, comunicándome como lo haría una babosa, o un zapador.

¡Huy!, dijo él. *Me hace cosquillas. Ahora que no tengo cuerpo puedo sentir cosquillas, por lo visto. Qué raro. ¿Es raro? Yo creo que es raro. ¿Ese que hay dentro de tu alma es Chet? Salúdalo de mi parte.*

Tirda, cómo lo había echado de menos. Lloré un poquito, cohibida, y vi que Jorgen se había quedado en la sala y estaba mirándome. Seguro que pensaba que mis lágrimas eran por haber hecho desaparecer su café, así que querría ayudar. Pero yo no sabía muy bien cuánta ayuda podría soportar en ese momento. Por suerte, había visto a la yaya pidiendo a Hesho y a FM que me dejaran espacio, o era muy probable que se hubieran quedado también.

Siento no haberte encontrado antes, dijo M-Bot. *Soy nuevo en esto de ser un fantasma. No se parece nada a lo que había imaginado. Es mucho menos doloroso. Pero hace un momento te he sentido vibrar desde la alguna-parte, enviando ondulaciones a este lugar. Los zapadores se han dado cuenta, me temo. Pero yo también. ¡Hurra! Anda, ¿ese es Jorgen? Parece preocupado.*

Siempre está preocupado, le envié mientras Jorgen se acercaba. *Pero esta vez, con buen motivo. Estoy… un poco inestable. Creo que tendría que hablar con él un poco.*

Sí, claro, bien, respondió M-Bot. *Esperaré. Tampoco es que vaya a estar más muerto. Por favor, no llames a un exorcista, si es que hay alguno por ahí. Tengo entendido que sería mal asunto.*

En realidad no eres un fantasma.

No lo sé, ni tú tampoco. Así que: ¡uuuh! Saluda a Jorgen de mi parte.

Jorgen se sentó a mi lado, con los brazos cruzados sobre la mesa. Qué serio parecía siempre, qué solemne, qué reflexivo. Me gustaba eso de él. Con Jorgen, las ideas tenían su propio peso. Las palabras tenían sustancia. Y cuanto más lo conocía, más entendía por qué. Porque las palabras, las normas, las ideas… eran su forma de conectar con la gente que lo rodeaba y protegerla.

Todo se remontaba a aquel día que lo había visto solo en nuestra sala de entrenamiento, probando una simulación tras otra para averiguar qué había hecho mal, después de que perdiéramos a Marea. Jorgen siempre quería hacerlo todo bien, porque para él era la mejor manera de ayudar a las personas que compartían su vida.

Se quedó ahí sentado un buen rato, absorto en sus cavilaciones. Tirda, ¿cómo podía haber pensado alguna vez que su cara era otra cosa que seductora?

—¿Cuánto debería preocuparme? —preguntó por fin.

—No lo sé —reconocí, dejándome caer contra el respaldo de mi silla envolvente—. Ni siquiera sé lo que estoy haciendo. No puedo controlarlo, pero no es en plan: «¡Oh, no, soy demasiado inexperta!». Es más bien como: «Tirda, he absorbido un monstruo espacial». Ocurre y punto. Intentaré evitar que sea un peligro para nadie.

Pero ¿de veras podía hacerle esa promesa?

Jorgen se volvió y me puso una mano en el brazo.

—Spensa, no me refería a eso. ¿Cuánto debería preocuparme *por ti*? ¿Estás bien? Te noto distante.

—Monstruo espacial —murmuré, mirándolo a los ojos—. En mi alma.

—Claro —dijo él.

Escrutó en mis ojos. Yo sabía lo que quería, porque allí había un trasfondo. Jorgen estaba preocupado por mí. Y preocupado por nosotros.

No supe qué decirle. Quería levantarme de un salto y besarlo y decirle que no fuera tonto y dejara de preocuparse tanto. Pero no podía.

Mi silencio era injusto para él.

—Acabo de sentir a M-Bot —le dije—. Está vivo, en la ninguna-parte.

—¿Ah, sí? ¿En serio? —Jorgen se animó—. Es lo primero bueno que pasa en una semana. ¿Cómo está?

¡Soy yo!, exclamó M-Bot. *Dile que soy yo. Muy yo.*

—Dice que es muy él —repetí—. Y le creo. Parece haber esquivado la atención de los zapadores y ahora existe como ellos, en la ninguna-parte, sin cuerpo.

—Es increíble —respondió Jorgen—. ¿Y eso nos supone algún tipo de ventaja?

—Digo yo que sí.

Nos quedamos sentados juntos unos minutos más, y la larga mesa de algún modo hacía que aquella sala pareciera enorme y hueca, ahora que estaba desierta. Tirda, Jorgen estaba preocupándose por mí otra vez.

—Bueno, ¿y tú qué? —le pregunté, intentando desviar su atención—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor de lo que pensaba —dijo él—. Puede que una parte de mí todavía no se crea que mis padres han muerto. Aun así, la ceremonia de hoy… es lo que querían para mí. Por mucho que se equivocaran a veces,

tengo que aceptar que me conocían. Que estas franjas iban a terminar en mis hombros en algún momento. —Me miró a los ojos—. Hago esto porque debe hacerse, no porque sea lo que ellos querían. Pero me hace pensar que se alegrarán de verme así, cuando miren hacia abajo desde el Valhalla.

Puse la mano sobre la suya encima de la mesa. Jorgen no solía hablar de su tradición religiosa, pero estaba allí, formando parte de él igual que tantas otras cosas. Dio la vuelta a su mano y apretó la mía. Pero había muchísima tensión en sus ojos.

—¿Jorgen? —me obligué a decir—. Cuando estaba allí dentro, perdida… tú fuiste mi ancla. Eres el faro que me trajo a casa.

Entonces sonrió y parte de la tensión pareció disiparse.

—Cuando estabas allí dentro —dijo— y yo le buscaba un sentido a todo lo que pasaba, no dejaba de preguntarme: «¿Qué haría Spensa?». Intentar ser un poco más como tú me ayudó a seguir adelante.

—Estás de cachondeo.

Negó con la cabeza.

—¡Jorgen, es una idea espantosa! —Le solté la mano y me señalé a mí misma—. ¿Tú me has visto intentar resolver problemas? Las cosas acaban en llamas. O muertas. ¡Normalmente las dos cosas!

—Cuando estás cerca, las cosas se hacen.

—Las cosas, sí —dije—. ¡Cosas como largarme y pluriemplearme como pirata espacial interdimensional! «¿Qué haría Spensa?». En serio, Jorgen, tenía mejor concepto de ti.

Siguió sonriendo, aunque el gesto se le borró al desviar la mirada hacia los datos de la pared, que habían regresado cuando el proyector se recuperó de mi arrebato. Dejó su asiento y se puso delante de los números. Fui con él, observando su expresión angustiada, que para mí era más inquietante que las propias cifras.

Mi corazón sufría por él, sabiendo que llevaba todo ese peso en los hombros. No era justo, pero ¿qué era la justicia para nosotros? Rara vez habíamos degustado ese néctar en particular. En vez de eso, sobrevivíamos a base de algas y carne de rata.

—Me siento —dijo en voz baja— como un hombre solo intentando sostener un edificio que se derrumba. Sé que no es verdad. Sé que no soy el único que trabaja por nuestro futuro, pero aun así… las paredes de la casa tiemblan. El techo se comba. Y lo peor de todo es que sé que viene un terremoto que sacudirá la caverna entera. Y ya me está costando que esto siga en pie tal y como estamos. —Se volvió hacia mí—. Van a machacarnos,

Spensa. Mientras no estabas, te fallamos, y seguimos fallando. Es solo que lo hacemos a cámara lenta.

—¿Fallando? No digas bobadas, Jorgen —repuse—. Habéis reclutado no uno, sino dos planetas para nuestra causa. Habéis rescatado a Cuna y descubierto cómo manejar las defensas de Detritus. ¡Tirda, habéis encontrado a los taynix!

Mientras yo jugaba a los espías en Visión Estelar, Jorgen había seguido unas impresiones citónicas hundidas en las entrañas del planeta para encontrar el criadero de las babosas. Gracias a él, teníamos a taynix capaces de hacer hipersaltar naves, otros que lanzaban ataques citónicos y hasta unos que podían bloquear todas las capacidades citónicas en una zona. Y eso por no hablar de las otras variedades cuyos poderes aún no habíamos descubierto.

Era cada vez más evidente que la Supremacía sabía cómo manipular a los distintos tipos de taynix. ¿El campo inhibidor en torno a Visión Estelar que me había impedido hipersaltar dentro o fuera de ella? Creado por una babosa. Otro tipo distinto de taynix enviaba las comunicaciones mediante las que la Supremacía conectaba todo su imperio, enlazaba sus drones, entregaba órdenes a sus oficiales. Su imperio estaba construido sobre los diminutos lomos de unas criaturas citónicas esclavizadas.

Extendí la mente hacia Babosa Letal, a quien había dejado en mi cuarto para ir a la reunión. Ella respondió, empática. Por desgracia, mis temores sobre todo aquello hicieron que empezara de nuevo esa vibración en mi interior.

El cuaderno de Cuna apareció cerca de su asiento y cayó a la mesa. Jorgen se sobresaltó y me lanzó una mirada. Contuve las emociones y, mientras mi frustración menguaba, sentí algo nuevo. Una distorsión del yo, un emborronamiento de la realidad y un enlace con él, de mente a mente. De citónica a citónico.

Jorgen estaba preocupado por mí. Aunque ya me lo había dicho, esa vez lo percibí. Tirda. Era estupendo, pero peligroso. No quería que Jorgen sintiera dolor ni inquietud por mí. Ya tenía demasiadas otras cosas de las que ocuparse.

Muy a mi pesar, me retiré, bloqueándolo.

—No eres un monstruo, Spensa —susurró él—. Nunca has sido un monstruo.

—No he dicho que lo fuera.

—Pero lo sientes —dijo.

Estoy de acuerdo, me envió M-Bot. *No eres un monstruo, Spensa.*

Chet y yo… no estábamos tan convencidos. Nos habíamos convertido en algo peligroso. Algo que estaba planteándose matar a todos los miembros de su especie. ¿Qué era eso sino monstruoso?

Pero si las historias me habían enseñado algo sobre los monstruos, es que eran fuertes. Señalé con la barbilla hacia los datos estadísticos.

—Tienes miedo, Jorgen. Tirda, hasta Cobb tiene miedo. Pero a lo mejor… no deberíamos tenerlo. Nunca dejamos de resistir contra los krells. ¿Por qué deberíamos doblegarnos ante unos números en una página?

—No estoy doblegándome —dijo él—. Es solo que… noto su peso. Férrea tiene razón. Cuando la capacidad de producción enemiga se ponga al máximo en esta guerra, nos aplastarán. De momento hemos sobrevivido porque Winzik tenía las manos atadas por la política, la compasión de otros y su falta de recursos. Pero ahora ha puesto esos obstáculos en fila, Peonza, y los ha ejecutado uno tras otro con un disparo de destructor a la cabeza. Nosotros somos los siguientes.

—Por tanto —respondí—, a lo mejor lo que necesitamos es un monstruo.

—Spensa…

—Tuve una oportunidad de volver a casa —dije—. Justo después de saltar a la ninguna-parte hace más de un mes, podría haber regresado.

—Ya me lo contaste.

—Me quedé. Los dos estuvimos de acuerdo en que debería quedarme. Porque los dos sabíamos lo que estaba por venir, una lucha que no podríamos ganar solo con pilotos y cañones. —Me di un golpecito en el esternón—. Yo elegí este camino. Me he convertido en el arma que necesitamos. Solo tengo que descubrir cómo usarla antes de que…

Al ver que dejaba la frase inacabada, Jorgen ladeó la cabeza y se acercó más.

—¿Antes de qué, Spensa?

—¿Sabes lo que le pasa a la heroína al final de las historias? —pregunté.

—Depende de la historia.

—Que vuelve a casa —susurré.

Sentí vibrar la sala a mi alrededor. El café de Jorgen reapareció sobre la mesa, pero tres sillas se esfumaron.

¿Estás… estás bien?, dijo M-Bot en mi cabeza. *Los zapadores acaban de ponerse como locos, Spensa.*

Al final de la historia… al final de la historia, la heroína volvía a casa y se descubría a sí misma transformada… en alguien cuyo lugar ya no era ese, y

ya nunca lo sería, con la gente a la que había dejado atrás. Era lo que pasaba en casi todas las historias que había leído.

La heroína no podía quedarse a vivir en el nuevo mundo que había ayudado a crear. Incluso si me las ingeniaba para hacer algún tipo de milagro y salvar a mi pueblo… ahí terminaría todo. Para mí.

Apreté tanto los dientes que me dolió la mandíbula. Pero con los puños cerrados y haciendo acopio de fuerza de voluntad, volví a aplacar mis emociones y detuve los temblores. Entonces le dediqué una sonrisa a Jorgen. Porque le hacía falta.

—¿Sabes? —dije—. En realidad debería estar celosa.

—¿Por… mi increíble corte de pelo nuevo?

—Por las babosas —respondí, dándole un puñetazo en el brazo—. Cuando me fui, era la chica rara que tenía una babosa. Porque a ver, ¿quién tiene una babosa como mascota? Era inusual. Distintivo. ¿Y ahora vuelvo y resulta que tenéis docenas de ellas?

—Puede que centenares —masculló él.

—De ocho variedades.

—Creemos que podría haber incluso más.

—Y todo el mundo está acunándolas y llevándolas por ahí como si fueran bebés —dije, con las manos en el aire—. Seguro que FM hasta se baña con las suyas.

—Sé que crees que exageras —contestó él—, pero estoy bastante seguro de que lo hace.

—Cuando quiera darme cuenta —proseguí—, ¡todo el mundo estará citando a Sun Tzu y deleitándose con el ruido de los huesos al romperse! Ya no seré especial en absoluto.

Se acercó más. A una distancia incómoda, o en ese caso demasiado cómoda. Se inclinó hacia mí.

—No —susurró—. No hay nada que pueda hacerte menos especial. Para mí.

Me obligué a permanecer allí, a fingir que nada iba mal. A sonreír, y a controlar mis emociones con mano firme para que Jorgen no me pillara la mentira. Fingí que todo aquello podía terminar bien, admirando sus ojos hasta que Cobb entró en la sala.

Su presencia me dio una excusa para interrumpir el momento. Corrí a ayudarlo cuando tropezó, a pesar del bastón. Jorgen dio un paso atrás, intentando recobrar un poco la compostura.

—¿Listos para volver al trabajo? —preguntó Cobb, agarrado a mi brazo, mirándonos a los dos—. ¿O queréis que gane un poco más de tiempo? Tengo una historia sobre Férrea cuando estaba en la escuela de vuelo que siempre provoca silencios incómodos. Son buenos para pensar. Y para que a la gente le dé vergüenza molestarme.

—No hace falta —dijo Jorgen, que irguió la espalda y cargó a ojos vistas el peso del liderazgo sobre los hombros.

Miré a Cobb, que asintió y me dejó ayudarlo a sentarse.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Fatal —dijo—. Me noto como si estuviera saliendo de una nave después de pasarme horas en giro incontrolado, y eso cada vez que me pongo de pie. —Me lanzó una mirada—. Estoy aquí, eso sí. Tu abuela me salvó la vida, y eso lo agradezco. Pero dejémoslo en que me alegro de haber tenido tiempo de prepararos a todos antes de esto.

Fruncí el ceño, pensando en ese comentario. Durante la escuela de vuelo, había sentido una conexión con Cobb mientras me animaba a convertirme en la mujer que debía ser. Siempre había dado por sentado que me dedicó un trato especial. Pero luego averigüé que había pasado una cantidad de tiempo parecida con Jorgen, quizá con todos los miembros de nuestro escuadrón.

En ese instante comprendí una cosa. Todos los actos de Cobb habían sido deliberados, no solo conmigo, sino con todos nosotros. No se había limitado a hacer su trabajo. Había estado entrenando al próximo almirante de la flota, y tuve la vaga sospecha de que lo sabía desde el principio.

Mientras la gente comenzaba a desfilar de vuelta a la sala, o en el caso de los kitsen a volar en sus plataformas, Jorgen se quedó con la espalda muy recta ante aquella desalentadora pared llena de datos. Me noté desesperada por ayudar en algo. Mi único propósito al viajar a la ninguna-parte había sido conseguirnos una ventaja, una forma de resolver problemas que resultarían imposibles de otro modo. ¿Podría M-Bot ser la clave de eso? Quizá si contactara con los Costaderos o…

Un momento. Miré de nuevo las cifras y caí en la cuenta de una cosa. Sí, nuestros enemigos nos arrasarían cuando empezaran a aprovechar bien su capacidad de producción. Pero para eso necesitarían materias primas.

—Jorgen —dije—, tengo una idea. Y esta vez hasta podría ser buena de verdad. Pero para ponerla en práctica, tenemos que traer a alguien más listo que yo.

4

Senté a Gali ante el consejo entero empujándole los hombros hacia abajo. En otra época, quizá me habría sentido culpable por ponerlo ante los focos. Gali siempre había odiado esas cosas.

Pero ese día se lo tomó con calma. Como si estar expuesto delante de los líderes de tres planetas no fuese para tanto. Y… tal vez para él no lo fuera, ya no. Le guiñó un ojo a FM. De verdad que se lo guiñó. Ella le devolvió el gesto.

Esos dos eran monísimos y tal, pero de pronto me sentí más alienígena que… bueno, que los alienígenas. Mi mejor amigo se había enamorado y me lo había perdido por completo. Había descubierto los secretos de nuestro mundo natal y yo había estado jugando a los piratas.

No, dijo Chet. *Estábamos aprendiendo. Puede que seamos algo raro. Algo antinatural, incluso. Pero* no *estábamos solo jugando.*

Estaba bien que me lo recordaran. Aun así, me había perdido muchas cosas. Me agaché al lado de Gali, que me puso los ojos en blanco, reacio, como hacía siempre cuando lo metía en líos siendo pequeños. Y eso, al instante, hizo que la incomodidad se evaporase.

—Gali —proclamé—, necesito ciencia.

—Lo que necesitas es terapia.

—Y tú necesitas mejores chistes.

—Y tú un mejor sentido del humor.

Nos sonreímos de oreja a oreja. Entonces recordamos que estábamos delante de un puñado de aburridos tipos militares. Gali carraspeó.

—¿Qué clase de «ciencia» necesitas, Spensa? Esto no será como cuando me pediste transformar tu osito de peluche en un dispositivo asesino por control remoto, ¿verdad?

—Nada tan alucinante como eso, me temo.

—¿A quién querías asesinar, por cierto? —preguntó él—. Tenías diez años.

—A los ninjas —dije—. La yaya había estado contándome historias y… bueno, y supuse que en mi futuro iba a haber muchísimos más ninjas de los que al final han aparecido.

—Eso quizá tenga arreglo —dijo Hesho, descendiendo a mi nivel en su plataforma—. Siempre que el intérprete haya traducido bien a mi idioma el término para referirse a los antiguos asesinos guerreros legendarios.

—¿Tenéis *ninjas*? —le pregunté—. ¿Ninjas kitsen?

—En efecto —respondió—. Como el Exiliado Enmascarado, técnicamente formo parte de su tradición. No es un arte tan práctico como dan a entender las historias, sino más bien un método de entrenar la mente y el alma. Pero a la vez que traemos la paz a la mente y el alma, aprendemos a traer la quietud al mundo que nos rodea.

Casi ni escuchaba lo que decía.

Ninjas.

De quince centímetros.

Peludos.

Tirda. El universo sí que era una pasada, a fin de cuentas.

Vale, sí. El plan. Salvar a todo el mundo de la Supremacía.

—Gali —dije, inclinándome junto a su silla, en un extremo de la larga mesa de dignatarios—. Cuando estaba en la ninguna-parte, encontré una instalación minera de la que la Supremacía extraía materias primas. Era un asunto tirdosamente importante para ellos.

—Bueno, claro —respondió él—. Sin piedra de pendiente, no hay naves.

—Ya, pero ellos sobre todo viajan por el espacio —dije—. La piedra de pendiente se usa para hacernos flotar en el aire de un planeta. En el espacio utilizamos los propulsores. Así que ¿para qué quieren tanta piedra de pendiente?

—Creo que ya sabes para qué.

—Pero quiero que lo expliques tú. Para que lo entiendan todos.

—Bueno, el mecanismo de transferencia entre la piedra de pendiente y las matrices de energía es bastante complejo. Hasta un reactor nuclear…

—Vale, menos ciencia —dije—. Danos la versión Spensa.

—Las naves estelares tienen que generar propulsión —volvió a empezar Gali—. No es solo cuestión de energía. Si tuviéramos que depender de propelentes químicos… bueno, las naves de tamaño caza estelar no serían viables, porque el propelente se les terminaría enseguida. Por suerte, disponemos de una fuente de energía compacta en la piedra de pendiente, que también puede generar propulsión.

—¿Y se gasta al mover las naves? —adiviné.

—Despacio, pero sí —respondió él—. Sin piedra de pendiente, no hay naves estelares. Así de sencillo.

—Entonces… —dije, y señalé la gran lista de números—, si pierden el acceso a sus minas de piedra de pendiente, todo eso de ahí ya no importa. Que Winzik construya mil naves al día si quiere, pero ninguna de ellas podrá volar.

Miré a los ocupantes de la sala. Estaban planteándoselo, a juzgar por sus expresiones pensativas.

—La Supremacía tendrá reservas —dijo Gali.

—Sí —respondí—, pero ¿cuánto les durarán si nos dedicamos a hacer explotar sus naves? Sobre todo si nos aseguramos de destruir los restos. La Supremacía es frágil en ese aspecto. No tienen cien minas en la ninguna-parte. Cuando hablé con la gente que vive allí, me dijeron que solo había cuatro.

—Es cierto —intervino Cuna, atrayendo todas las miradas. La mayoría estábamos amontonados al pie de la mesa, pero elle estaba tras la multitud, con las manos sujetas ante sí—. Estáis exponiendo una debilidad en nuestra forma de pensar. Si tuviéramos mil instalaciones mineras, sería fácil que algunas se nos escurrieran entre los dedos. Para mantener un control adecuado, la política siempre ha sido consolidar y concentrar. Pocas instalaciones, pero más productivas. Los hipermotores sin usar se acumulan en inmensos almacenes. La información se distribuye a través de unos pocos nexos para retener el control. Siempre ha sido cuestión de control.

—Y eso os ha vuelto frágiles —dije—. Tanto frente a ataques internos, como demuestra el golpe de Estado de Winzik, como ante los externos. Porque nunca concebisteis un mundo en el que una especie inferior se haría lo bastante fuerte para acabar con vuestras operaciones mineras.

—Así es —reconoció Cuna—. Nos equivocábamos en esto, Spensa, como en muchas otras cosas. —Separó las manos ante mí—. Lo siento.

—Tú eres le único que hace algo para intentar arreglarlo, Cuna —respondió FM—. No es que me guste que nos llamen especie inferior, pero al menos tú no rechazas cambiar.

—Me gusta ese plan —dijo Rinakin, dando un golpecito en la mesa con una uña de color blanco hueso—. Es atrevido pero estratégico. Preservará vidas, pero también nos dará una enorme ventaja.

—Si conseguimos atacar sus operaciones mineras —convino Cobb desde un lado de la sala—, empezarán a sudar de verdad. Sí, seguro que tienen reservas, pero ahora mismo están convencidos de que pueden ganar una guerra larga contra nosotros. Si pierden el acceso a la piedra de pendiente…

—Peonza —me dijo Jorgen—, ¿sabes dónde están sus instalaciones mineras?

—Sé dónde hay una, en el cinturón de la ninguna-parte —respondí frunciendo el ceño—. Tengo amigos allí. Pero no sé nada de las demás. Me dijeron que son otras tres, pero ¿y si tienen más en lugares secretos?

—No necesitamos saber dónde están en la ninguna-parte —dijo Jorgen—. Solo nos hace falta saber dónde están en este lado. Si atacamos y eliminamos esas instalaciones, los portales quedarán destruidos y le cortaremos el suministro a la Supremacía.

—Estoy de acuerdo —respondió Itchika, la general kitsen, flotando en su plataforma encima de la mesa—. Atacar dentro de la ninguna-parte es imposible, o al menos muy peligroso. Pero cada una de esas minas tendrá que enviar la piedra de pendiente a algún lugar de esta dimensión. Eso es lo que tenemos que destruir.

Había algo en el asunto que me inquietaba, pero no lograba determinar qué era. Me quedé callada mientras todas las miradas se volvían hacia Cuna.

Le dione negó con la cabeza.

—No conozco la ubicación de las instalaciones mineras en la ninguna-parte ni la de los almacenes a los que suministran la materia prima en este lado. —Alzó la mirada y apretó los labios formando una línea en una sonrisa dione—. Pero sí que conozco un nexo de información que podríamos asaltar para descubrir esos secretos. Si estáis dispuestos a intentarlo. Dudo mucho que Winzik prevea un ataque allí.

—Perfecto —dijo Jorgen—. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

Miró al resto esperando respuesta. Todo el mundo asintió excepto los kitsen, que levantaron el puño en señal de adhesión. Jorgen siguió hablando.

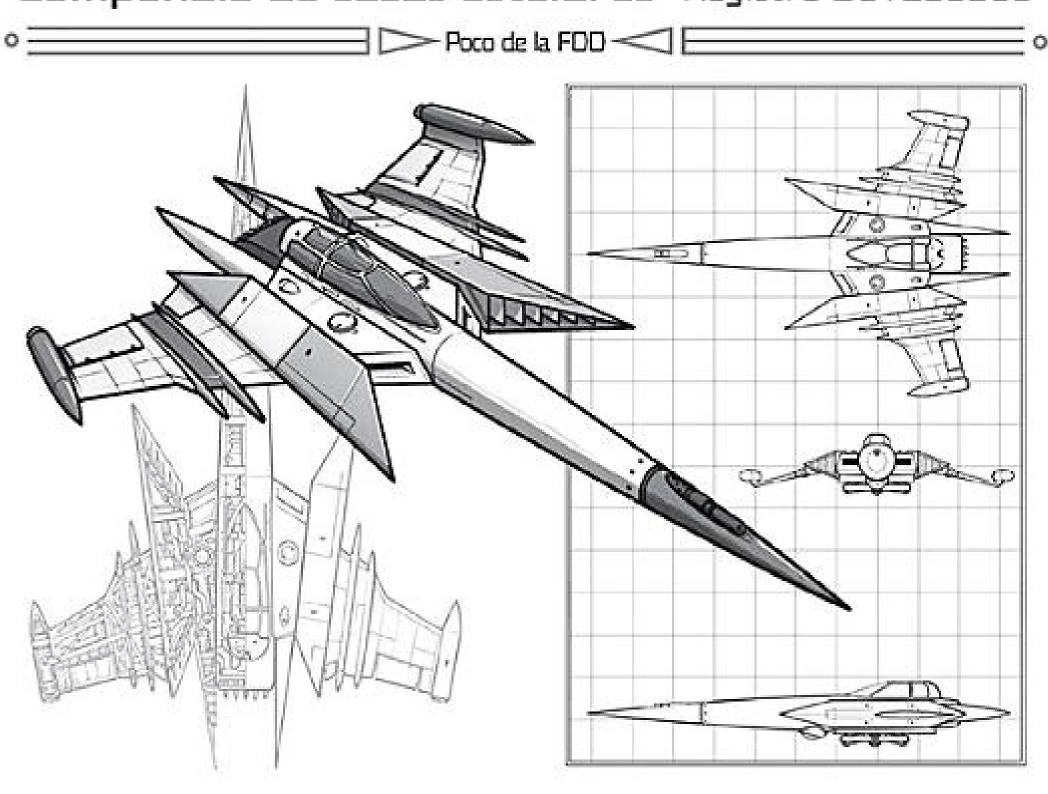
—El problema de Winzik es que gobierna un imperio muy extenso. No da abasto con todo y tiene un frente enorme que proteger.

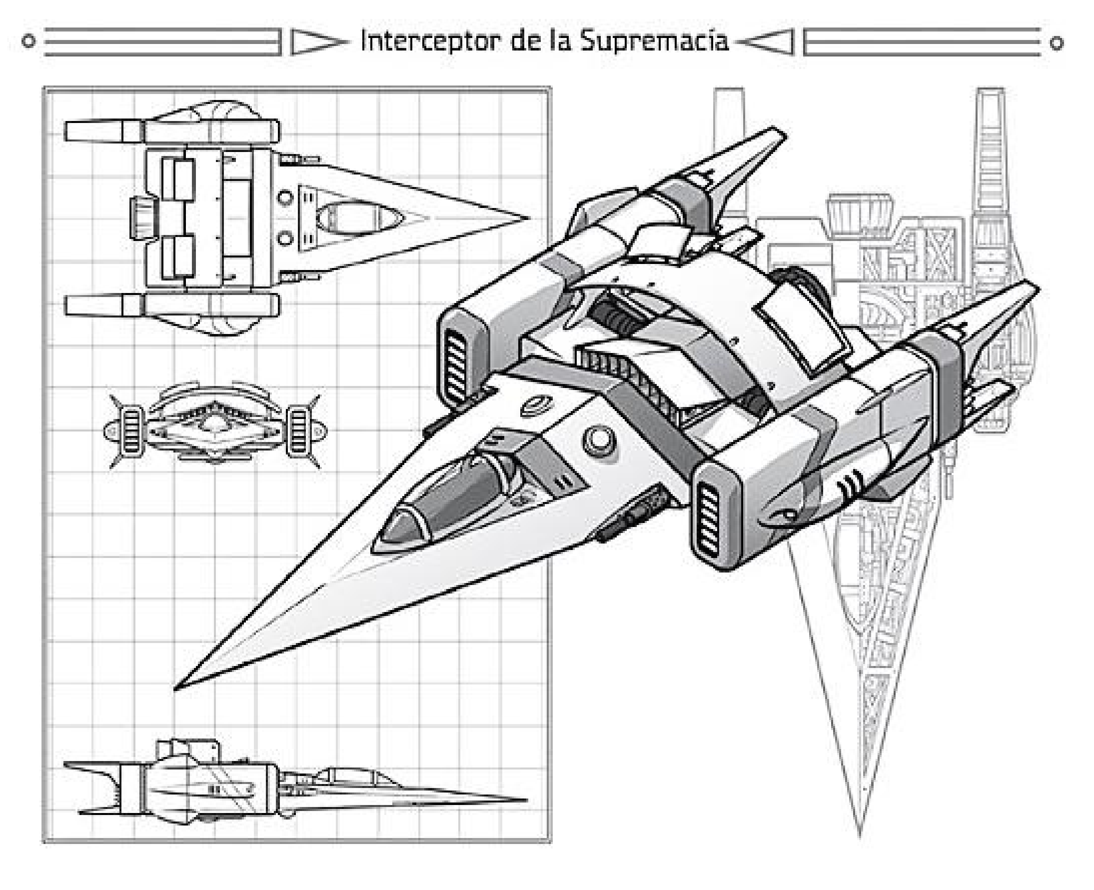
—Nos interesa asaltar rápido ese nexo de información —dije— y marcharnos. Intentar encubrir lo que buscábamos para que no se huela el plan.

—Y luego, tan deprisa como podamos —añadió Itchika—, destruimos los portales que usan para llegar a la ninguna-parte. Y los dejamos aislados por completo de la piedra de pendiente.

El grupo asintió. Aún tendríamos que concretar los detalles del plan, pero supe que pronto llegaría el momento de volver a la cabina. Y sería para luchar.

Compendio de cazas estelares Registro DST230309





5

Subí por la escalerilla de Cielo Seis, un caza estelar de clase Poco, igual que los que había pilotado entrenando en la escuela de vuelo. Después de días planificando, había llegado el momento.

Ese día íbamos a asaltar el nexo de información de la Supremacía para averiguar la posición de las instalaciones mineras. Controlé los nervios. Era la primera misión con mi equipo desde que había vuelto, pero no debería ser difícil. Entrar, robar, salir. Eso podía hacerlo. No había problema.

Me senté en la cabina. Debería haberme resultado conocida, acogedora, pero era un poquito más grande que la de la nave que había pilotado en la ninguna-parte. Aunque la disposición de los controles era parecida, no paraba de extender la mano hacia cosas y fallar por unos pocos centímetros.

Abajo en el hangar, Sadie, la chica nueva, reía y bromeaba con Nedd mientras iban hacia sus respectivas naves. Estaba acostumbrada a verla tímida e insegura, pero sus carcajadas transmitían una bulliciosa confianza.

La forma en que Nedd bromeaba con ella me despertó una especie de retorcida familiaridad. Yo misma había estado al otro lado de esas bromas muchas veces. Y ahora era otra persona quien las padecía. No pude evitar sentirme reemplazada. Por Sadie, o por Alanik, que se había unido al Escuadrón Cielo en mi ausencia. La vi charlando con Arturo mientras el equipo de tierra terminaba de preparar sus naves. Era irónico que la mujer a la que había suplantado pareciera estar más cómoda con mis amigos que yo.

No dejaba de esperar que Jorgen subiera a su nave y empezara a darnos órdenes. Pero el almirante de la flota era demasiado imprescindible para enviarlo a misiones.

Todo era diferente. No por ello estaba mal, pero no pude evitar la sensación de que era otra señal. Un presagio.

Me acomodé en mi cabina y descubrí que habían equipado la nave con un… bueno, con un sujetababosas. Casi todas las naves volaban ya con hiperbabosa, porque la capacidad de teleportarse suponía una ventaja increíble en batalla. Y no solo una ventaja ofensiva. Las babosas también eran un «botón de eyección» a utilizar como último recurso. Si una nave estaba cayendo ante el fuego de destructor, la babosa podía agarrar al piloto y teleportarse con él a un lugar seguro.

Así que habían añadido a cada cabina una especie de hamaca, en el lado izquierdo, debajo de donde se cerraba la cubierta. Ese cabestrillo era lo que mejor ayudaba a los taynix a resistir la aceleración y, aunque por diseño no sobraba mucho espacio en el interior de las cabinas, situada allí era donde menos molestaba.

Puse a Babosa Letal en el cabestrillo y le rasqué un rato la cabeza. Ella me trinó consoladora, captando mi estado de ánimo. Para distraerme, empecé con la lista de comprobaciones previas al vuelo, como Cobb me había enseñado. Confiábamos plenamente en los equipos de tierra y era raro que encontrásemos algo que se les hubiera escapado, pero una piloto tenía que encargarse de su nave y su material. Repasarlo todo otra vez no era cuestión de desconfianza. Era cuestión de responsabilidad.

Mis manos sabían qué hacer. Había entrenado para hacer esas comprobaciones tantas veces que estaba convencida de que, si le dieran a mi cadáver una esfera de control, haría rodar el mecanismo para determinar la calibración. Pero eso, por desgracia, significaba que podía pensar mientras trabajaba. Regresó la sensación de no encajar, de haberlo perdido todo, de…

—¿Estás revolcándote en la miseria? —preguntó una voz desde mi derecha—. Y en la cabina de una nave estelar, nada menos. Nunca creí que lo vería.

Sobresaltada, me volví para descubrir que alguien había subido por la corta escalerilla a mi nave y estaba mirando dentro de la cabina. Kimmalyn se había recogido el pelo negro en una larga coleta para que no le molestara al volar. Se cruzó de brazos al borde de la cabina mientras me inspeccionaba con sus profundos ojos castaños.

—¿Spensa Nightshade, triste? —dijo—. ¿En un caza estelar?

—No estoy triste —repliqué, comprobando los controles de propulsión.

—Estás enfurruñada —repitió Kimmalyn—. La Santa dijo que los mejores enfurruñamientos se hacen estando a solas.

—¿Ah, sí?

—En efecto.

—Así que…

—Así que nunca debo dejar a nadie a solas para que lo haga —dijo Kimmalyn—, ya que no quiero que nadie experimente los mejores enfurruñamientos. Porque también son los peores, ¿entiendes?

Se agachó, con la cabeza apoyada en las manos, observándome.

—¿No tendrías que estar hablando con tu compañera de ala? —le pregunté.

—Ajá.

—Y tu compañera es Sadie, tengo entendido.

—Hoy Sadie volará con una nave kitsen.

Suspiré, apartando las manos de los controles.

—Kimmalyn, yo tendría que volar sola. Soy peligrosa.

—Que las estrellas nos amparen —dijo ella— si una soldado decidida a matar al enemigo resulta ser peligrosa.

—No digo peligrosa para ellos. Digo peligrosa para *todo el mundo*.

—Ya veo.

Seguí con mis comprobaciones, pero sentía la presencia de Kimmalyn. Era muy injusto que esa mujer pudiera acechar mientras fingía no hacer nada ni remotamente parecido.

—¿Y bien? —estallé por fin.

—En las cavernas donde me crie —dijo Kimmalyn— no es de buena educación preguntar a la gente por las entidades demoniacas acopladas a su alma. Es un tema que no se trata y punto.

Sonrió. Además de acechar con actitud dulce, Kimmalyn podía ser implacable. Positiva y alegre en todo momento, pero igual de tozuda que las mismas piedras de las cavernas.

—¿Qué quieres saber? —le pregunté al cabo de un momento.

—¿Tú estás bien?

—¿La verdad? No estoy segura.

—Entonces menos mal que tienes a una amiga a tu ala, ¿eh? —Se inclinó hacia delante—. La Santa dijo un montón de cosas sobre la amistad, Spensa. Por eso es tan sorprendente que ninguna se aplique a esta situación. Así que solo quiero decirte que estoy aquí.

—Es todo muy raro —dije—. Confuso y diferente. Sea lo que sea en lo que me he transformado, los zapadores lo temen. Y hacen bien. Tengo que recorrer la línea entre usar lo que he descubierto sobre ellos y no permitir que os haga daño a los demás.

Kimmalyn lo asimiló y asintió.

—¿Cómo puede ser? —le pregunté—. Siempre sabes cuándo quedarte callada y cuándo hablar.

—Es gracias a mis padres —dijo Kimmalyn.

—¿Y eso?

—Cuando decía alguna idiotez, mi madre me hacía fregar el suelo de la caverna y pensar en por qué —respondió ella—. Sirve para coger perspectiva y acabas con un suelo limpísimo. —Se encogió de hombros—. Tengo que

pensar en lo que has dicho. Cualquier cosa que te diga ahora… bueno, sonaría muy sabia, naturalmente.

—Naturalmente.

—Pero no creo que sirviera de mucho. Es una situación complicada. Fingir que tengo una respuesta fácil sería burlarme de tus muy fundadas preocupaciones. —Se inclinó hacia delante, metiendo el torso en la cabina—. Así que solo te repetiré esto, Spensa. Estoy aquí. Eso es todo. Estoy *aquí*.

—Eh… —empecé a decir.

A lo mejor, intervino M-Bot en mi cabeza, *te conviene relajarte un pelín. Ah, y yo también sigo aquí, espiándote. Es un asunto de fantasmas.*

Y tirda, tenía razón. Lo mío era grave, si últimamente una IA incorpórea tenía más desenvoltura emocional que yo, ¿verdad?

Por desgracia, también había otra sensación, porque la preocupación de Chet reflejaba la mía en contraste con el optimismo de M-Bot. Chet comprendía ese miedo a causar dolor a mis amigos. Él mismo había perdido a alguien muy especial hacía mucho tiempo, y aún tenía la herida abierta.

—Te agradezco esas palabras, Kimmalyn —dije—. Son justo lo que necesitaba.

Sonrió. Entonces se volvió al notar que la escalerilla se sacudía. Un momento después apareció Nedd a su lado, medio colgando a un lado de la escalera, diseñada para que los equipos de tierra hicieran el mantenimiento y lo bastante ancha para dos personas. Siempre que una de ellas no fuese Nedd.

—¡Hola! —me dijo.

Estrellas, aún estaba dejándose bigote. Llevaba más de una semana con eso.

En general Nedd era… bueno, era la encarnación humana de levantarte desgreñada de la cama. Si el acto de desperezarte tras haber estado demasiado rato sentada tuviera personalidad, esa sería Nedd. Su extenso rostro ovalado contenía unos rasgos que eran un *poquito* demasiado grandes. De algún modo se las ingeniaba para parecer incluso más desaliñado con el vello rubio (aunque fuese escaso) que le crecía (solo que no muy rápido) en el labio superior. Tirda, ¿debería decírselo?

En realidad no llevaba bigote. Llevaba un peinado de cortinilla en el labio.

—¿Qué hacéis por aquí? —nos preguntó Nedd—. ¿Planificar? Eso es bueno. Me gusta planificar.

—¿Ah, sí? —dije.

—Ya lo creo. Tengo un plan buenísimo para gastarle una broma a Arturo después. Pero escuchad, hay una cosa que quería deciros. —Empujó a

Kimmalyn para hacerse más hueco en la escalera—. Peonza, es mejor que no dependas mucho de mí en la batalla de hoy. Lo más seguro es que me aparte y me eche una siesta.

—*¿Qué?*

—Anoche me quedé hasta tarde con FM y Arturo —explicó Nedd—, enseñando a Alanik a jugar al póquer. Me saqué una pasta. No iba a retirarme, claro, habiendo sangre fresca a quien desplumar.

—Nedd —dijo Kimmalyn—, no deberías aprovecharte de alguien el primer día que juega.

—¿Cómo? —respondió él—. Ah, ¿lo dices por Alanik? Qué va, ella lo pilló enseguida. La partida le fue bien. Pero a Arturo se le da fatal el póquer. ¿Lo habéis visto intentando echarse un farol? Total, que no he dormido mucho, pero no pasa nada porque ya has vuelto, Spensa. Vales como tres o cuatro veces lo que yo ahí fuera, como mínimo. Así que he pensado que me echaré un sueñecito mientras tú acabas con todos los krells.

Me sonrió y, aunque estaba convencida de que era broma, no pude evitar preguntarme si hablaba en serio. Las cosas con Nedd siempre eran así. Podía ser un… bufón encantador.

Seguro que no era lo bastante consciente de ello como para hacerlo a propósito, ¿verdad? ¿Ganársenos comportándose así? ¿Y el bigote? ¿Era… parte de la actuación? Descarté esa idea casi al instante. Entretanto, Nedd no había dejado de sonreírme.

—Nedd —dijo Kimmalyn en un susurro teatral—, no sonrías tanto. Spensa intenta enfurruñarse. Se lo estás echando a perder.

—Anda —se sorprendió él—. ¿Por qué?

—Dice que es peligrosa.

—¡Más vale! —exclamó Nedd—. En fin, es su trabajo. Eh, ¿querréis jugar al póquer luego?

—Benditas sean tus estrellas —respondió Kimmalyn.

—Siempre dices lo mismo —comentó Nedd—, y aún no sé lo que significa. ¿Qué estrellas son las mías?

—Todas las que necesite cada cual, querido.

—Así que en mi caso…

—Montones —dijo Kimmalyn—. Montones y montones y montones y montones. Todas las estrellas, Nedd. Todas esas benditas estrellas.

—Vale, suena bien —contestó él—. Me las quedo, Rara. —Me lanzó una mirada—. Voy a necesitar que reduzcas el enfurruñamiento a… pongamos la mitad. Si no, nos pasaremos de la asignación, y Jorgen ya usó todo nuestro

suministro el mes pasado. Tirda, hasta Arturo está haciéndolo demasiado últimamente. Creo que soy el único de todo el escuadrón que no ha estado gastando nuestra asignación de enfurruñamiento.

—¿Y yo? —preguntó Kimmalyn.

—Tú pontificas —dijo él—. Es como enfurruñarte, pero en más sofisticado.

—¿Habéis terminado ya los dos? —les solté—. Tengo una lista de comprobaciones que terminar y quedan menos de diez minutos para el lanzamiento.

—Disculpa —dijo Nedd. Empezó a descender, pero entonces se detuvo y carraspeó—. Peonza, me alegro de volar contigo otra vez. Solo quería decírtelo, ¿sabes?

—Tú eres quien nos devolvió al servicio activo —convino Kimmalyn—. Tu lugar es este, con nosotros. Y si la pieza no entra… bueno, habrá que hacerle un poco más de sitio hasta que encaje.

—Exacto —dijo Nedd—. No he pillado a qué se refería Rara, pero seguro que tenía razón. —Calló un momento y nos miró a mí y a Kimmalyn—. Ah, y… este bigote… ¿qué os…?

—Es horroroso —lo interrumpió Kimmalyn.

Nedd parpadeó sorprendido, y reconozco que yo también creí haberlo oído mal. ¿De verdad *Kimmalyn* acababa de decir eso?

—¿Has dicho que…? —comenzó a preguntar Nedd.

—Es horroroso. —Kimmalyn se llevó las dos manos a la boca, como intentando esconder lo mucho que sonreía—. Es un espanto, Nedd. ¡Es como si alguien te hubiera pegado una rata a la cara y luego la hubiera arrancado de un tirón, dejando unos pelos atrás! Es como si te hubieras afeitado un bigote de verdad pero saltándote trozos. Es un verdadero espanto. —Dejó escapar un pequeño gritito gozoso—. ¡Qué ganas tenía de decírtelo! No puedo creer que lo haya hecho.

—Yo… tampoco puedo creerlo —dijo él—. En general eres más… sutil.

—Ese bigote no merece sutileza, Nedd —respondió ella—. Merece una muerte piadosa.

—Ah. Hum, vale, pues.

Nedd me miró como buscando apoyo.

—Tengo un cuchillo —dije, moviendo la mano hacia el que llevaba sujeto a la pierna—. Quédate muy quieto y te lo…

Bajó la escalerilla a toda prisa. Buena decisión. Kimmalyn me sonrió de nuevo.

—Estoy aquí —repitió, y lo siguió hacia abajo.

—Aquí —dijo Babosa Letal imitando la palabra, sí, pero también su sentido.

Se lo agradecí rascándola un poquito y luego terminé mis comprobaciones. Cuando alcé la mirada después de revisar mi mochila de emergencia para accidentes, había un ninja en mi panel de mandos. Un ninja peludo de quince centímetros con una máscara roja y blanca. Se bajó de su plataforma flotante y miró alrededor.

—Hum. Esta nave no tiene asiento para kitsen. ¿Dónde quieres que me ponga?

—¿Hesho? —dije—. Pensaba que volverías con tu pueblo.

—El Exiliado Enmascarado no tiene pueblo —afirmó él.

—Pero…

Se desató la máscara, se la quitó y se rascó el hocico. Respiró hondo.

—No puedo regresar, Spensa —dijo—. Porque su emperador ha muerto.

—¡Pero estás vivo! —exclamé—. Has… —Callé un momento, fijándome en su expresión sombría—. ¿No quieren que vuelvas?

—Mi supervivencia crea muchas… irregularidades políticas. Mi pueblo, después de tanto tiempo, por fin ha adoptado una democracia provisional. Si el emperador, que tuvo una muerte dramática en defensa de su planeta, regresara de repente… Bueno, dejémoslo en que adopté la máscara por un motivo. Transmitía el mensaje correcto: que quizá yo sobreviviera, pero Hesho, su emperador, no lo hizo.

Me miró sosteniendo la máscara con gesto orgulloso, pero también suplicante.

—Eres bienvenido en esta cabina, Hesho —le dije—. La verdad es que estaba preocupada. Llevo tanto tiempo volando contigo o con M-Bot de copiloto que al final ya casi no sabría hacerlo sola. Vuelo mejor contigo. Tendremos que improvisar algún sitio para que te sientes y…

—No hace falta —dijo Hesho, volviendo a ponerse la máscara.

Hizo unas señas a unos kitsen para que se acercaran en otra plataforma flotante. Montaron una especie de asiento en el panel de mandos, cerca de los controles de comunicación. Era redondo, como un posavasos de borde elevado, y dentro cabía un kitsen sujeto con correas. Sin apenas esfuerzo, lo fijaron magnéticamente en su sitio.

—Hemos estado haciendo experimentos —dijo una ingeniera kitsen al ver mi expresión curiosa—. Uno de los nuestros estuvo un tiempo volando con

vuestro líder, Jorgen Weight, para entrenarlo en sus poderes. Estamos probando métodos que lo faciliten.

Asentí, pensativa. La mayoría de nuestras naves eran monoplaza, porque mantener el peso bajo era crucial y porque nunca teníamos pilotos de sobra. Pero sabiendo lo mucho que me había ayudado a mí tener a M-Bot como copiloto…

—¿Podríais conectar el asiento al panel de mandos para darle acceso a algunos controles? —les pregunté.

Tirda, todos volaríamos mucho mejor si tuviéramos a un copiloto kitsen, ¿verdad? Aunque, entre él y Babosa Letal, la cabina estaba empezando a abarrotarse. Y eso por no mencionar a la entidad que llevaba metida en el alma y a la otra que me espiaba como «fantasma». Pero si algo había aprendido en el tiempo que llevaba como piloto de combate, era que un poco de ayuda servía de mucho.

Los kitsen improvisaron un apaño a toda velocidad. No le daría a Hesho todos los controles que me habría gustado que tuviera —sería una tirdosa pasada que alguien pudiera tomar el mando de la nave entera si me disparaban o me desmayaba por la aceleración—, pero serviría de momento. Mientras Hesho se acomodaba en su pequeño asiento, me di cuenta de una cosa.

Kimmalyn tenía razón. Las transiciones eran difíciles. Llegar al otro lado de aquello me costaría. Pero al menos tenía un hogar al que regresar, y amigos que aún me querían con ellos. Era por lo que llevaba luchando desde el principio. Y a lo mejor… a lo mejor había un lugar allí para mí. O al menos margen para hacerme un poco más de sitio hasta que encajara.

Arturo era el jefe de escuadrón y FM había pasado a administración con Jorgen. Aún volaba de vez en cuando, pero ese día no vendría con nosotros. Así que esperé hasta que Arturo nos ordenó salir del hangar para pasar lista. Obedecí sus órdenes, contenta de tener a otra persona al mando. A los pocos minutos, Jorgen me pasó directas al cerebro las coordenadas que le había proporcionado Cuna.

El escuadrón se sujetó a mi nave con las lanzas de luz para conectarnos unos a otros y poder hipersaltar como una única entidad. Extendí mi mente a la ninguna-parte y nos envié a todos a media galaxia de distancia, hasta el nexo de información de la Supremacía, oculto en un lugar que no existía para la mayoría de ellos. Un lugar que no figuraba en los mapas. Un lugar del que no se hablaba.

Orbitando en torno a una estrella conocida como Sol.

En el sistema que había engendrado a la humanidad.

6

Aparecimos a poca altura sobre un planetoide que en la sesión informativa para la misión habían llamado Luna. El viejo satélite natural de la Tierra.

No se distinguía mucho a la luz de las estrellas, pero el lugar me recordó a Detritus. Un gran planetoide oscuro con la superficie quebrada por cráteres. Desolado. Abandonado por el tiempo, y sin cascarón defensivo que lo ocultara y lo protegiera. La antigua Tierra había desaparecido siglos atrás, dejando aquella luna en una solitaria órbita alrededor de Sol.

Nuestro oponente había construido allí su base. Según Cuna, era porque la zona ya estaba confinada de todos modos, no aparecía en los mapas y estaba prohibido viajar hacia y desde el sistema excepto por motivos militares. Así que en cierto modo los humanos estábamos regresando a casa para aquella misión. Solo que, a la vez, no. Porque la antigua Tierra ya no estaba allí, y nadie sabía dónde había ido.

Pero ese era un misterio para más adelante. Ese día, tenía una instalación secreta que saquear. Nuestro plan era muy directo. Al cabo de unos diez minutos entraríamos en el alcance de los sensores de la base. Poco después llegaríamos a la base en sí.

El lugar tendría un inhibidor activo, una babosa con el poder de impedirnos utilizar la citónica. Por suerte, Cuna había ido allí varias veces y sabía dónde estaba el inhibidor. Siempre que algún alto cargo llegaba a una base de la Supremacía, parte de su trabajo consistía en comprobar que se estuviese siguiendo el protocolo para la protección de material delicado, es decir, de material citónico. Había poca, poquísima gente en la Supremacía consciente siquiera de que las babosas taynix eran la fuente de esos poderes.

Cuna nos había indicado dónde estaría el inhibidor: en un pequeño búnker señalado en mi mapa, en la periferia de la base. Tendríamos que destruirlo tan rápido como pudiéramos. Cuando el inhibidor de la Supremacía hubiera caído, podríamos alzar el nuestro. Nedd se encargaría de eso, protegido por su compañero de ala Arturo. También los defenderían Sadie y un acorazado kitsen, no mucho más grande que mi caza pero equipado con diez veces su potencia de fuego.

Teníamos muy pocas babosas inhibidoras, por desgracia, y solo llevábamos dos para la misión. Una iba con Nedd. La de reserva estaba en la nave kitsen.

Cuando nuestro inhibidor estuviera activado, impediría que el enemigo llamara para pedir ayuda y también evitaría que les llegaran refuerzos inmediatos incluso si la pedían antes de que lográramos ponerlo en marcha. Podríamos enfrentarnos con libertad a los cazas rivales y recibir nuestros propios refuerzos si los necesitábamos. En aquellas batallas todo dependía de la citónica y las babosas. El bando que tuviera la capacidad de teleportarse a su antojo ganaría casi con total seguridad, y el que no pudiera las pasaría canutas.

En el momento en que tuviéramos controlada la zona, enviaríamos un equipo de asalto a un edificio concreto, una estructura alta marcada en mi mapa. Según Cuna, contenía el almacén de datos. Nuestra fuerza de choque obtendría la información y nos marcharíamos todos hipersaltando.

Repasé el plan en mi mente mientras sobrevolábamos la superficie de Luna. De niña había oído a la yaya describir la luna de muchas formas distintas. Como una compañera cómplice que siempre observaba desde el cielo. Como una brillante y plateada gota de metal. Como una heraldo de los días de cambio, misteriosamente relacionada con el cuerpo femenino en particular.

Luego, en la escuela, había visto diapositivas del satélite procedentes de lo que quedaba de nuestros archivos. Parecía solo un pedazo de roca inhóspita. Me había costado reconciliar el bello, amigable y misterioso cuerpo celeste de las historias con… bueno, con aquel pedrusco. ¿Por qué los antiguos humanos le habían dado unas descripciones tan poéticas?

Se sentirían solos, había decidido. Solos en el universo, desconocedores de las muchas otras especies que había ahí fuera. Solos frente al cielo, tan perturbador, tan abierto y vacío.

—Cinco minutos para vuestra llegada —dijo Cuna por el comunicador mientras avanzábamos sobre la superficie de la luna—. Recordad enviar el código que os he dado. Espero que disfrutéis de este reencuentro con lo que antaño fue un lugar tan importante en el acervo humano.

Eché un vistazo por la cubierta, viendo pasar la superficie mientras emergíamos a la luz del cercano sol. Aunque volábamos tan a ras de suelo que daba miedo, la escasísima atmósfera significaba que apenas perturbábamos el polvo al pasar.

—¿Y qué pasa con… la antigua Tierra? —preguntó Nedd—. ¿De verdad que no hay ni rastro de ella?

—Ni rastro —respondió Cuna—. Al principio se estableció la Estación por la Desaparición de la Tierra ahí donde estáis, para estudiar qué podría haberle pasado al planeta. Pero ni siquiera los mejores científicos, trabajando junto a los poquísimos citónicos con licencia de la Supremacía, encontraron ninguna pista. Vuestro planeta natal ha desaparecido de verdad.

Nos habían dado una explicación antes que rellenaba algunos huecos de los registros que teníamos en Detritus. En algún momento de la última guerra humana, las fuerzas unidas de la galaxia, aliadas bajo un gobierno cohesionado para resistir la amenaza del ser humano, habían lanzado un ataque masivo sobre la Tierra. A su llegada, encontraron solo espacio vacío. Y una luna abandonada, arrojada por ahí como los pedazos arrancados a tiros de un destructor a la fuga.

Incluso sabiendo eso, no dejaba de esperar que en cualquier momento vería asomar la antigua Tierra por el horizonte. Esperando allí como una bola azul salida de la leyenda y el mito, la cuna de la vida y las historias. Los sistemas de mi nave hasta mostraban un círculo fantasmal en el monitor de proximidad para señalar el lugar que habría ocupado. Pero no había nada. Espacio negro, vacío. La Tierra había pasado a formar parte de las leyendas que había originado.

A lo mejor, dijo M-Bot, *ahora es un fantasma. ¡Como yo!*

Bromeas, pero podrías acertar más o menos, le respondí. *Detritus demuestra que es posible trasladar planetas enteros mediante la citónica. Quizá la Tierra se teleportara para evitar la invasión.*

Pero, si la Tierra de verdad se había desplazado a algún lugar seguro, ¿por qué los humanos que la habitaban no habían aparecido nunca? ¿Estaban escondiéndose?

—Atención —nos dijo Arturo por el comunicador—. La base debería empezar a ser visible en cualquier momento.

Solo habíamos llevado trece naves. El Escuadrón Cielo, el Escuadrón Vanir y un acorazado kitsen, todo bajo el mando de Arturo. Era solo una fracción de nuestras fuerzas, pero, cuantas más naves lleváramos, más probable era que el enemigo nos viese venir. En una guerra donde ambos bandos podían enviar refuerzos en un abrir y cerrar de ojos, el sigilo era más importante que la superioridad numérica. Cuando controláramos la capacidad de inhibición, podríamos traer todos los escuadrones que quisiéramos.

Justo en el momento que Cuna había predicho, recibimos una solicitud de identificación por hipercomunicador. Mis sentidos citónicos la captaron un instante antes de que Hesho, usando una tecnología nueva adquirida en mi ausencia, la viera en el panel de comunicaciones. Estuve a punto de responder, saltándome los aparatos. Pero se la dejé a Arturo, que envió el código de Cuna. Confiábamos en que nos ganara unos pocos minutos, suponiendo que Winzik hubiera olvidado anular los códigos de autorización de Cuna después de que rescatáramos a le dione.

Unos momentos después llegamos a la base propiamente dicha. Mis sentidos citónicos se anularon al instante y me sentí cegada. Habíamos entrado en su campo inhibidor. Chet tembló y pareció menguar: aunque los inhibidores no detenían a los zapadores, sí que les provocaban una sensación que no les gustaba nada. M-Bot, que había estado canturreando para sí mismo, desapareció.

Una sola babosa, mejorada con cierta tecnología, podía proporcionar una burbuja de protección bastante considerable, con un diámetro de varios kilómetros. Era mucho, por lo menos a escala personal o para una base como aquella. Volando en el espacio, los kilómetros pasaban en un suspiro.

Aun así, me sentí expuesta, atrapada. Para distraerme un poco, me concentré en la base. La Supremacía se refería a ella por sus siglas, EDT, y la había construido sobre las ruinas de Nueva Pekín, que había tardado poco en caer después de que se esfumara la Tierra. Hacía mucho tiempo que no quedaba ni un solo humano en las instalaciones. Los generadores gravitatorios elemento-específicos proporcionaban a la base, situada en un enorme cráter, una burbuja de aire presurizado. Eso, unido a los filtros de radiación, hacía habitable el lugar.

Incluso sabiendo todo eso, me sorprendió ver vegetación alrededor de la ciudad. Los árboles eran una visión incongruente por todo el perímetro de la burbuja. Pero era normal que hubieran plantado allí métodos biológicos de reciclaje de oxígeno, aunque fuese solo como medida de reserva por si fallaban los depuradores mecánicos.

Lo que había más allá de los árboles era incluso más desconcertante. Las estructuras del interior de la burbuja estaban salpicadas de luces y, aunque el lugar no estaba atestado de edificios como Visión Estelar, se veía ajetreo en las calles. Había parques. Restaurantes. Bloques de viviendas.

«Tirda». Me había imaginado una base secreta militar, achaparrada como un escarabajo acurrucado contra la piedra. No una extensa ciudad.

—Abro fuego —dijo Kimmalyn, y disparó con precisión su destructor de francotiradora. Estalló una llamarada en el interior de la ciudad—. Eso debería haber sido su inhibidor.

Intenté con todas mis fuerzas no pensar en el coste que había tenido ese disparo, pero sabía que FM y Jorgen habían discutido largo y tendido sobre su necesidad. Jorgen había aportado buenos argumentos: que en la guerra no podías preocuparte por si el acorazado que destruías llevaba personal médico y de servicios a bordo. Que no podías plantearte si el enemigo que intentaba matarte había sido reclutado a la fuerza, como les había sucedido a muchísimos soldados a lo largo de la historia. Que tenías que sobrevivir.

En otro tiempo, habría estado de acuerdo con él. Pero en esos momentos estaba oyendo las vigorosas objeciones de FM al fondo de mi mente. ¿Había alguna otra manera? *Tendría* que haber alguna otra manera, ¿verdad? En todo caso, con la caída de ese búnker, mis sentidos regresaron. El canturreo de M-Bot se reanudó, como si ni se hubiera dado cuenta de nada. Chet se desperezó y sentí que mi ansiedad remitía.

Nedd, Arturo y la nave kitsen, llamada la *Fortaleza de Hierro*, volaban por delante de nosotros.

—Eh, Hesho —dije—, ¿el nombre completo de la nave kitsen es *Fortaleza de Hierro*? ¿O en realidad se llama algo así como la *Fortaleza de Hierro para las Palabras Poéticas Pronunciadas Después de Contener el Aliento*?

Cuando había volado con Hesho otras veces, su nave tenía un nombre precioso. Aquel me pareció sorprendentemente prosaico.

—Solo la *Fortaleza de Hierro* —respondió él con una sonrisa—. El capitán es quien le pone nombre a la nave. A muchos kitsen les gustan los mismos nombres que a mí, pero hay otros que prefieren la simple claridad. —Calló un momento—. Echo mucho de menos poner nombres. Era uno de mis anteriores deberes. Veremos si mis tradiciones perduran. Aunque no estoy solo en mi amor por la poesía, soy de los más… fanáticos en ese aspecto.

Siempre me había dado la impresión de que Hesho era un poco raro, y no solo por ser emperador. Observamos tensos cómo Nedd y la *Fortaleza de Hierro* se situaban en posición, flotando sobre la base, y activaban sus propios inhibidores. Nuestra tecnología no era tan efectiva como la de la Supremacía, pero aun así conseguimos levantar un campo que cubría la ciudad entera. Con un poco de suerte, al menos retrasaría la llegada de refuerzos.

Los demás avanzamos deprisa y pude ver con más detalle el lugar. Qué normal y corriente. Qué lleno de vida.

—¿Alguna otra persona incómoda con esto? —pregunté por la línea.

—Sí —dijo Arturo—. Almirante, ¿ves estas imágenes?

—¿Qué ocurre? —preguntó Jorgen desde la base—. Estoy mirando lo que enviáis, pero no le encuentro nada raro. ¿Hay defensas que no detecto?

—No son las defensas —dije—, sino su ausencia. Jorgen, estamos atacando una ciudad.

—Ciudad —trinó Babosa Letal bajito.

Se encendió una luz en mi panel.

—Llamada directa y privada del almirante —informó Hesho—. Te conecto.

—Peonza —dijo Jorgen en mi casco un momento después. Podría haberme hablado directo a la mente, pero intentábamos acostumbrarnos a usar las babosas de comunicación, ya que funcionaban mejor con todos los demás —. Tienes que seguir con esto hasta el final.

Por delante de nosotros había empezado a congregarse una fuerza local de defensa. Unos pocos cazas enemigos ascendían en el aire. No eran muchos. Tirda, apenas tenían nada.

—Jorgen, eso de ahí parecen naves de policía, no vehículos militares.

—Intentarán mataros de todos modos —dijo él—. Escucha, eso es una base secreta militar. Están protegiendo recursos militares de una naturaleza valiosísima.

—Pero… Jorgen, ahí abajo hay *familias*.

—Por desgracia —respondió—, ese tipo de instalación tiene que controlarse al milímetro. Necesitas que la gente se comprometa a periodos de servicio largos, porque cada persona a la que sacas de ahí es alguien que podría filtrar la posición de la base. Así que lo que haces es convertirla en ciudad. Hacer que la gente se asiente en ella.

—Y nosotros vamos a atacar a esa gente —dije en voz baja.

—No, vamos a asaltar su almacén de información —repuso Jorgen—. Peonza, lo siento, pero así es la batalla. ¿Qué ha pasado con la guerrera sanguinaria? Seguro que Alejandro Magno ni se lo pensaría antes de hacer una incursión como esta.

—Alejandro Magno era un monstruo —dije—. La mayoría lo eran, Jorgen, aunque las historias eviten el asunto. No sé si…

Había vivido entre esa gente. Ya no podía ver las cosas igual que antes. Aun así, no terminé la frase. Mis amigos y yo luchábamos por la supervivencia contra una fuerza mucho más poderosa, comandada por gente

que era malvada sin la menor duda. ¿De verdad pensaba que podría ir a la guerra sin provocar bajas?

Sin embargo… era la primera vez que entablaba verdadera batalla contra la Supremacía desde que había vivido en Visión Estelar. ¿Cuántos de los pilotos a los que iba a matar eran como Morriumur, gente buena y decente que estaba en el lugar equivocado? ¿Cuánta gente de ahí abajo solo quería vivir? Tirda, primero la babosa, ¿y ahora aquello? ¿Podría soportar el hecho de que cada disparo perdido que hiciera tenía el potencial de atravesar la ventana de un piso y vaporizar a civiles?

No tenía mucha elección, porque las naves ya estaban encima de nosotros. Menos de veinte en total; las suficientes para ser peligrosas, pero no el enjambre que habíamos temido. Era evidente que habían confiado en que la naturaleza clandestina de la base la protegería.

—Nuestro inhibidor citónico funciona —dijo Nedd por el comunicador—. Suertuda está haciendo su trabajo de maravilla.

Él y la nave kitsen se mantendrían a la defensiva, manteniendo alzado el campo inhibidor. Arturo y Sadie los protegerían. Esperé que hubiéramos activado la inhibición lo bastante deprisa como para que el enemigo ni siquiera hubiera tenido tiempo de pedir ayuda.

Las naves que se enfrentaron a nosotros eran competentes, al menos. Atacaban en formaciones, intentando separarnos de nuestros compañeros de ala, bloqueando nuestro avance para evitar que llegáramos juntos al centro de la ciudad. Viré a la derecha de inmediato, esquivando la descarga de fuego de destructor, y barrí el perímetro de la burbuja.

Kimmalyn me siguió, una compañera de ala tan competente como jamás había tenido. Pasamos junto a un grupo de baterías de armamento, enormes cañones antiaéreos que apuntaban hacia el cielo. Habrían hecho estragos en cualquier nave grande que se les acercara, pero estaban diseñados para disparar a demasiada distancia y no nos molestarían. Una de las razones por las que habíamos llegado a tan poca altitud y desde el lado había sido mantenernos por debajo de esas baterías. Me imaginé lo frustrada que estaría la gente de dentro, viendo su ciudad bajo ataque sin poder hacer nada.

—Muy bien, escuchad —dijo Arturo—. Escuadrón Cielo, enfrentaos a esos cazas y tenedlos entretenidos. Escuadrón Vanir, incursión. Acercaos al objetivo, haced un reconocimiento visual y que vuestras babosas hipersalten dentro a los marines.

Vanir era un escuadrón pequeño, compuesto solo por cuatro cazas de clase Sporta, con cuatro plazas, que transportaban equipos de marines. No

eran del todo naves de transporte, pues estaban pensadas para la maniobrabilidad y el combate rápidos, y podían descargar a tres soldados de infantería cuando se necesitaran. Ese día iban a enviar a los marines al interior para que robaran la información que buscábamos. El resto solo teníamos que mantener ocupados a los cazas. Por suerte, era muy improbable que aquellas naves pequeñas llevaran sus propias babosas, así que, aunque alguna saliera de nuestro campo inhibidor, no podrían llamar para pedir refuerzos.

—Ojo a tu derecha —señaló Hesho, y esquivé por instinto, evitando una ráfaga de fuego de destructor.

—¿Quieres probar con una maniobra Hatch? —propuso Kimmalyn, escorándose a la vez que yo.

La maniobra Hatch era una treta en la que me lanzaba a una frenética serie de esquivas para convencer a las naves enemigas de que estaba en pleno ataque de pánico.

—Aún no —respondí—. Vamos a dejar que nos persigan un poco, a ver cómo de buenos son.

—Recibido, Peonza —dijo Kimmalyn.

Emprendí una sucesión de maniobras evasivas, del tipo espectacular y desafiante. Kimmalyn y yo rodamos y trazamos bucles, nos separamos y viramos juntas de nuevo, nos elevamos y nos escoramos, esquivando con elegancia el fuego que llegaba desde atrás. Los pilotos que nos seguían eran buenos. Y las naves transportaban a personas reales, en vez de estar pilotadas en remoto. Era raro en la Supremacía. Solo sus mejores pilotos luchaban en persona.

Dicho eso, me había enfrentado a zapadores lanzándome encima cientos de naves a la vez. Comparados con eso, aquellos cazas… bueno, tampoco eran demasiado reto para mí. Me ceñí al exterior de la burbuja de aire, conservando la atención de nada menos que seis naves. Kimmalyn me siguió el ritmo y ninguna de las dos recibimos ni un solo impacto en nuestros escudos.

—Peonza —dijo Jorgen por la línea—, ¿se puede saber qué haces?

—Ocuparme de más cazas de los que me tocan —respondí, lanzándome en picado—. ¿Alguien más lleva a seis a la vez con su compañero de ala?

—No has abierto fuego ni una vez —señaló Jorgen.

—Ni falta que hace.

Se quedó callado un momento.

—Entendido —dijo luego.

Observé el monitor de proximidad mientras volaba y Hesho me hizo el favor de resaltar en él al equipo de incursión. Se habían internado en la ciudad y volaban en círculo alrededor de un rascacielos concreto con relucientes ventanas negras, el lugar que Cuna nos había marcado como el centro de almacenamiento de datos. Dentro habría todo tipo de información útil, incluyendo la posición de las instalaciones mineras de las que la Supremacía extraía la piedra de pendiente.

Entre el personal militar aún había quienes sospechaban de Cuna, temiendo que fuese une infiltrade. A mí no me preocupaba. Winzik de verdad había intentado asesinar a Cuna, quien, a su vez, ya nos había proporcionado ayuda e información que serían una soberana estupidez por su parte entregarnos si fuese une espía.

Mientras el equipo de incursión finalizaba su barrido al edificio de almacenamiento de datos, llegó otra docena de nuestras naves como refuerzos. Los pilotos enemigos eran buenos, pero acababan de quedar muy superados en potencia de fuego, además de que mi equipo incluía a los mejores pilotos de la galaxia. Las naves de la Supremacía empezaron a estallar en bolas de fuego y nosotros, hasta el momento, solo habíamos perdido un caza: el de Gatero, quien, según el monitor de Hesho, había hipersaltado con su babosa de vuelta a la seguridad de nuestra base.

Debería haber sabido que aquello era demasiado bonito para durar.

—Tirda —dijo Escisión por el comunicador. Era la líder del Escuadrón Vanir, y por tanto de la fuerza de asalto—. Almirante, este edificio tiene escudo, como esperábamos. Pero además, hay un segundo campo inhibidor aquí, que cubre solo esta estructura.

—¿Qué? —respondió Cuna—. Eso es… es… Lo siento. Deben de haberlo añadido después de mi última visita.

—Tirda —exclamó Jorgen en mis auriculares. La *Fortaleza de Hierro* tenía un sofisticado equipo de exploración y estaría enviando datos en tiempo real sobre la zona y los cazas a nuestro cuartel general—. Sí que es un estorbo. Escisión, ¿puedes…? Un momento, ¿qué es eso?

Escruté el campo de batalla, volando por instinto, buscando lo que fuese que había visto Jorgen. Por toda la ciudad los tejados estaban abriéndose para que se alzaran de ellos unos cañones. Armamento antiaéreo. Más pequeño, de menor alcance, diseñado para derribar cazas estelares. Habían esperado a desplegar esos cañones hasta que nuestro equipo se acercara al centro de la ciudad, donde estaría rodeado.

—¡Todas las naves, maniobras defensivas! —gritó Arturo.

El Escuadrón Vanir se dispersó al instante mientras los cañones abrían fuego contra ellos. Contuve el aliento, pero la mayoría de los disparos fallaron. Perdimos una nave de Vanir, y esperé confirmación de que la tripulación había podido hipersaltar a tiempo.

Una luz amarilla en el panel de comunicaciones. Habíamos sufrido bajas en esa explosión, al menos uno de los cuatro ocupantes de la nave. ¡Tirda! Aun así, los otros cazas esquivaron la descarga. Una nave moderna bien pilotada era más maniobrable que una torreta de armamento. Por desgracia, aquello nos complicaba mucho el plan. ¿Cómo íbamos a asaltar la base si teníamos que estar todo el rato a la defensiva?

—Peonza —dijo Kimmalyn—, esto pinta mal.

Mientras lo oía, las naves que estaban persiguiéndonos me acertaron de chiripa y el fuego de destructor hizo que se ondulara la superficie de mi escudo, iluminando por un instante el caparazón que protegía mi nave.

—Escudo al setenta y cinco por ciento —me advirtió Hesho—. Ha sido un buen impacto.

Asentí. La ciudad no tenía un escudo propio, aunque saltaba a la vista que algunos edificios importantes tenían su protección individual. Era más práctico cubrir las zonas más cruciales con escudos de alta energía que levantar uno más grande y fino, fácil de romper.

Me concentré en evadirme, descendiendo en picado. Kimmalyn y yo rodamos una en torno a la otra mientras los disparos de destructor llovían sin darnos como ardientes meteoritos. Las ráfagas impactaron abajo, en la ciudad, levantando llamaradas a lo largo de una calle al hacer estallar los coches aerodeslizadores que huían de la batalla.

Tirda. ¿Tan despiadados eran mis oponentes? ¿Tan poco les importaban los civiles a los que mataban los disparos perdidos?

No. No, sabía que no era eso. Me figuré la angustia que estarían sintiendo al verse obligados a defender la ciudad, sabiendo que cada vez que abrían fuego podían matar a gente conocida, a seres queridos. Los pilotos de la Supremacía estaban haciendo su trabajo. Y a veces el trabajo era un asco.

—Peonza… —dijo Kimmalyn mientras trazábamos un bucle sobre la ciudad.

—Vale, escuchad —llamó Arturo con voz tensa—. Nos derribarán uno a uno si seguimos con esto. Replegaos en formación Stewart y preparaos para escorar directos hacia el objetivo. Primera unidad, rumbo uno-uno-ocho. Segunda unidad, seguidlos. Nedd, tú…

La nave de Nedd estalló en una bola de fuego. Los poderosos cañones antiaéreos atravesaron su escudo y la hicieron desaparecer en menos de un segundo.

—¡Tirda! —chilló Arturo—. ¡Nedd!

En ese instante todos los cazas enemigos, incluso los que me perseguían, viraron y se abalanzaron hacia la nave kitsen, la *Fortaleza de Hierro*.

—¡Proteged la nave kitsen! —ordenó Jorgen por el comunicador—. ¡Todos los pilotos!

Era demasiado tarde. Una docena de disparos alcanzaron la *Fortaleza,* que hipersaltó al perder su escudo.

—Jorgen —dijo Arturo—, Nedd…

—Centraos —lo interrumpió Jorgen—. El equipo médico enviará la información cuando la tenga. ¡Adelante todo el mundo!

Obedecimos, siguiendo las instrucciones de Arturo. Pero no pude evitar estar atenta al panel de comunicación, con el corazón atenazado y las entrañas retorcidas. Apareció una luz amarilla al lado del nombre de Nedd.

Al menos una baja. O bien Nedd, o bien su babosa habían muerto.

—¡No os distraigáis! —gritó Jorgen—. Nuestros dos inhibidores han caído. Van a traer refuerzos. No hay tiempo que perder.

Llegué a la cima de mi bucle e inicié otro picado. Una cegadora ráfaga de las armas antiaéreas estuvo a punto de destruir a Arturo, que no tuvo más remedio que hipersaltar al agotarse su escudo. Todos los demás estaban dispersándose. Vi en mis monitores que Jorgen había enviado otro escuadrón a reforzarnos.

—Preparaos para abandonar la misión —ordenó Jorgen.

—Peonza —dijo Kimmalyn—. Por favor.

Todo empezó a sacudirse. Mi cabina vibró mientras mi alma temblaba. Abrí los ojos de golpe, enderecé la nave y chillé. Furiosa con el enemigo, con mi propia fragilidad, con Winzik por obligarme a aquello.

Furiosa con el universo. Por no tener respuestas.

Puse el dedo sobre el gatillo de mis destructores y, aborreciendo todo aquello, apunté al primer caza hostil que vi y empecé a disparar.

7

squivó.

Pero sentí cómo lo hacía.

El tiempo que había pasado en la ninguna-parte me había cambiado, proporcionándome la capacidad de extender mi mente y comunicarme. La había extendido incluso hacia el pasado, en circunstancias especiales. Así que me resultaba fácil superar las defensas de otras mentes e introducirme en ellas, y *sentí* a la persona que había en la nave que tenía delante. Une dione con familia, pensando en sus tres descendientes al darse cuenta de que me tenía a su cola. Capté que pretendía fintar de lado y virar para intentar llevarme abajo y a la izquierda, directa a la línea de fuego de una batería antiaérea.

Qué increíbles y maravillosos eran mis crecientes poderes. Por eso fue aún más horripilante ver la crueldad con que mis instintos, conscientes de los movimientos de le enemigue, cosa que Sun Tzu habría aprobado, predijeron a la perfección el rumbo que seguiría su nave. Le dione recibió todos mis disparos mientras intentaba esquivar.

Su mente se esfumó en un instante. Como una línea de comunicación interrumpida de pronto. Mis terribles manos transformaban las cosas bellas que había aprendido en solo otra forma de matar.

Con el alma todavía vibrante y la mente encendida de furia y fuego, sobrecargué el propulsor y continué matando. Corté el campo de batalla como una cuchilla al pasar por una garganta. Las naves estallaban en fogonazos de luz cuando me situaba tras ellas, negándoles toda deportividad. Aquello no era deporte. Aquello era una cauterización. Era amputar la mano antes de que muriera el cuerpo.

Derribé a seis en pocos minutos. Todas las baterías antiaéreas, como era de esperar, comenzaron a dispararme. Crucé la ciudad en un vuelo bajo, destrozando ventanas a mi paso, poniendo obstáculos entre los cañones y yo.

Spensa, dijo M-Bot con suavidad, *te siento.*

Apreté los dientes mientras mis sistemas resaltaban la posición de todas las armas antiaéreas. Ascendí por la fachada de un edificio residencial con intención de coronarlo y disparar a esos emplazamientos, pero, presa de la

agonía, mi alma enloqueció. Podía sentir a Chet ahí dentro, el dolor que sentía, un suplicio que reflejaba el mío.

Empezaron a desaparecer pedazos del edificio junto al que ascendía. Luego, mientras lo dejaba abajo, reaparecieron en el aire entre los cañones y yo, interceptando las descargas que intentaban trazar el rumbo de mi nave. Unos enormes pedazos de acero se materializaron sobre las propias baterías armamentísticas, cayeron y las machacaron una tras otra, provocando explosiones que sacudieron la ciudad entera y enviaron cascotes por los aires. Dejando estelas de humo, proyectadas en espiral hacia el vacío.

Las pocas naves restantes de la Supremacía se organizaron para tratar de detenerme. Las eliminé casi sin darme cuenta, derribando a tres con mis destructores y luego destrozando las dos últimas con trozos de acero del tamaño de coches aerodeslizadores.

Reinó la calma en el campo de batalla. Casi la tercera parte de la ciudad estaba en llamas, sangrando humo de las heridas en los lugares donde habían aparecido los cañones antiaéreos. Los últimos pedazos de las naves defensoras cayeron chispeantes al suelo, salpicando la ciudad como lluvia derretida.

El comunicador guardó silencio mientras aferraba la esfera de control y el acelerador con manos sudorosas, en una cabina que vibraba y donde aparecían objetos aleatorios en el aire a mi lado, un vaso, unas gafas, el peluche de un niño, y caían contra mi asiento o mis brazos. La frente me sudaba a chorro y no podía parpadear, no podía moverme. Excepto para temblar.

—Por las más dulces estrellas —susurró Kimmalyn por la línea—, y por Dios nuestro señor que las engendró…

Jorgen carraspeó.

—Suspended la retirada. Posición defensiva enemiga eliminada. Bien hecho, Peonza.

«Cállate», abrí la boca para susurrar, pero me mordí la lengua. Yo era la que siempre estaba fanfarroneando sobre matar, sobre la senda del guerrero. Sobre todas esas chorradas.

Hesho silenció el comunicador.

—Tómate tu tiempo —dijo en voz baja—. Respira. Dentro y fuera. Concéntrate solo en respirar.

Asentí, hice lo que me sugería y me obligué a recobrar el control. Mi cabina dejó de vibrar.

—Nedd —dije.

Hesho activó el comunicador y abrió un canal directo con Jorgen.

—Almirante, querríamos conocer el estado de identificador: Nedder. En caso de que se conozca.

—Ha llegado aquí, quemado e inconsciente —dijo Jorgen—. Ni rastro de sus babosas. Creemos que Suertuda ha muerto con el primer disparo que ha alcanzado la nave, y que Mofletes ha enviado a Nedd de vuelta. Pero él… no ha venido.

Me llegó a la mente una imagen procedente de Babosa Letal, que trinaba flojito en su hamaca. Dolor. Mofletes había estado malherido. Enviar a Nedd a la base había sido su último acto.

Cerré los ojos, sintiendo el dolor de Babosa Letal como propio.

—Debería sobrevivir —añadió Jorgen—. Pero… bueno, lo más probable es que nunca vuelva a volar. No faltándole un brazo. Lo siento.

—Es la guerra —susurré con voz áspera—. Y somos soldados.

—En todo caso —dijo Jorgen—, vamos a retirarte para que descanses. Arturo está preparado para volver ahí y el equipo puede…

—No —lo interrumpí—. Seguiré hasta el final.

No me contradijo, así que respiré hondo y me preocupé de no mirar hacia las extensas zonas de la ciudad que había destruido.

—Equipo de incursión, conmigo —dije—. Kimmalyn, el edificio al que nos dirigimos aún tiene escudo. Acaba con él. Escuadrón Cielo, proporcionad apoyo aéreo y estad listos para sacarnos de ahí si algo sale mal.

Me llegó un puñado de respuestas afirmativas y ni una sola crítica por asumir el mando en ausencia de Arturo. Se suponía que debía haber pasado a Tenderete, pero no me vi con muchas ganas de prestar atención a la cadena de mando. La verdad es que nunca se me había dado bien, ni siquiera cuando todavía no era un apocalipsis encarnado en mujer rellenada de zapador con sabor a frutas.

La nave de Kimmalyn estaba equipada con un cortaescudos. Encabezó la marcha hacia el gran rascacielos negro que se alzaba en el centro de la EDT. Se mantuvo allí flotando e hizo rotar su nave hasta ponerla vertical, con el anillo de pendiente desplegado hacia abajo, para acercar todo lo posible el fuselaje inferior al edificio. Su caza emitió un brillante estallido azul, que recordaba a un PMI pero mucho más concentrado.

El escudo del edificio cayó. Di una pasada larga y lenta a todo el rascacielos, empezando por arriba y descendiendo en círculo por su exterior, a escasos centímetros de la fachada. Sí, percibí lo que nos había advertido Escisión: en ese edificio había un segundo inhibidor, secreto e inesperado. Me

pregunté si podría intuir dónde estaba a partir del campo que proyectaba. El problema era que, con mejoras mecánicas, los campos que creaba una babosa inhibidora podían tener varias formas, así que…

Planta treinta y siete, dijo Chet. *Justo en el centro del edificio. Puedo atravesar el campo inhibidor y ver a la babosa escondida ahí.*

—Kimmalyn —llamé—, necesito un agujero en la fachada a la altura del piso treinta y siete. Equipo de incursión, preparaos para desplegaros ahí. Vamos a buscar el inhibidor. Mis sentidos me dicen que está en el mismo centro de esa planta.

—Recibido —respondió Kimmalyn.

Usó su destructor especializado para abrir la pared. El pedazo de piedra y acero cayó hacia el suelo con los bordes resplandecientes por el calor. Acerqué mi caza y desbloqueé la cubierta de la cabina.

—Hesho, si algo sale mal, ¿cuánto confías en poder pilotar esta nave?

—¿Con los controles mínimos que tengo? —preguntó él—. No confío demasiado. Pero haré todo lo que pueda en caso de desastre.

Tendría que bastar. Mientras me retorcía para pulsar el liberador rápido de correas, Babosa Letal trinó y saltó de su hamaca a mi regazo.

—¿Estás segura? —le pregunté—. No podremos salir hasta que anulemos el inhibidor de dentro.

Hizo un sonido afirmativo, así que la saqué también de la nave. Se metió en una tela que llevaba a la cintura, sujeta al hombro opuesto. Los demás la llamaban cabestrillo, pero a mí me sonaba a… no sé, a lo que se pondría una madre para llevar consigo a su bebé. Con lo perturbada que estaba con mis poderes, llegando casi a la náusea, no iba a llevarme un cabestrillo para bebés a la batalla. Llevaría un portababosas.

Desenganché un fusil de asalto automático de su sitio a un lado de la cabina mientras las tres naves que quedaban del Escuadrón Vanir iban aproximándose, cada una cargada con tres miembros de nuestro recién bautizado cuerpo de marines. La FDD nunca había tenido muchas fuerzas de infantería, pero estábamos rectificándolo en vista de la creciente necesidad de llevar a cabo asaltos como aquel. Nedd, en concreto, adoraba que por fin le asignaran tiempo en el campo de tiro para…

No. Nada de pensar en Nedd.

Loba era la líder del equipo de marines y, cuando Cacharro le abrió la cubierta de su nave, se levantó y me saludó con la mano. Era una mujer alta y de rasgos duros con equipo de protección y un mechón de pelo azul. En realidad se llamaba Chono, que al parecer era un nombre mongol. El día que

le había preguntado si era descendiente del gran Kan, me respondió con un simple «Por supuesto».

Me había esforzado por no babear mucho. Había sido difícil.

Nos asentimos una a la otra mirándonos y saltamos del morro de nuestras respectivas naves flotantes al agujero, con los fusiles alzados. La ciudad contaba con gravedad artificial, por suerte, así que no tuvimos problemas en andar ni movernos. Encendimos la pequeña linterna sujeta al cañón del arma mientras los otros ocho marines nos seguían en silencio, todos ellos con su propio portababosas.

Lamenté estar entrando en una oscuridad más profunda que la física, porque mis sentidos citónicos se desvanecieron de nuevo, asfixiados por el campo inhibidor.

—Tengo la descripción del edificio que nos proporcionó Cuna —dijo Hesho a través del altavoz de mi casco—, y estoy coordinándome con el puesto de mando. Intentamos determinar en qué dirección tenéis que ir para llegar al inhibidor, por si os sirve de algo.

—Sería una tirdosa maravilla —respondí con un susurro.

En la esquina del visor de mi casco apareció un cuadrado. Un punto rojo me indicó que estaba en el perímetro, y otro punto intermitente en el centro representaba nuestro objetivo. No aparecía nada de la estructura interna del edificio, pero aun así era útil para orientarme.

Había varias puertas cerradas de camino, pero para eso habían creado los santos los destructores. En el momento en que volamos la primera, sin embargo, empezaron a llegar desde la penumbra unos disparos que nos obligaron a replegarnos a los lados.

—Sadie, Kimmalyn —dije—, no podemos avanzar. ¿Tenéis nuestra posición?

—Claro —respondió Sadie.

—Abridnos camino, por favor.

Kimmalyn cortó otro agujero en la pared y Sadie lo llenó de fuego de destructor, apuntando hacia dentro. Las armas montadas en los cazas pertenecían a una categoría completamente distinta a los fusiles que llevábamos, y al momento el fuego cesó y pudimos pasar sobre los escombros de la pared y seguir adelante. Las linternas de nuestros cañones iluminaron los restos del enemigo, algo que, como piloto de caza, no solía tener que afrontar.

«Sostienen una dictadura malvada —me recordé a mí misma—. Esta gente pertenecía a la misma fuerza que asesinó a mi padre».

Era consciente de por dónde hacía aguas ese razonamiento, pero bastó para mantenerme concentrada mientras, después de un breve tiroteo contra el último pelotón enemigo, llegamos a la posición de la luz intermitente de Hesho. Encontré la caja, bien cerrada y disimulada como un contenedor entre otros muchos parecidos. Al abrirla, vi dentro a un aterrorizado taynix azul y verde.

Babosa Letal trinó y la otra babosa se estiró un poco y husmeó el aire.

—Eso es —dije, recogiéndola—. Somos amigos.

Babosa Letal trinó de nuevo y entonces, en un alegre instante, recuperé la percepción citónica. Babosa Letal y el taynix rescatado desaparecieron.

—Loba —dije—, el campo inhibidor ha caído. A partir de aquí, tú mandas.

—Excelente —respondió ella—. El almacén de datos está en la planta treinta y seis. Cuna no sabe dónde, porque la traían en ascensor y dice que luego siempre se desorientaba un poco.

Asentí, sin corregirle el uso del pronombre femenino para referirse a une dione. Los marines hicieron corrillo un momento y luego uno de ellos colocó explosivos en el suelo. Nos pusimos a cubierto y los hizo estallar.

Hipersalté al piso inferior y esperé a que los marines se descolgaran por el hueco. Mientras lo hacían, extendí mis sentidos.

Se aproximan seis enemigos, envié a Loba, implantando las palabras en su mente.

Vi que se sobresaltaba, pero entonces me miró y asintió.

Han parado, envié mientras señalaba hacia un pasillo en la penumbra iluminada por unas pocas llamas en el techo. *Están al fondo, supongo que preparándonos una emboscada.*

Loba arrojó una granada contra la pared, que rebotó pasillo abajo. Avanzamos después de que explotara y eliminamos a los soldados con cruel precisión, entre destellos de nuestros fusiles y ráfagas de destructor que iluminaban el humo. Bloqueé mentalmente los pensamientos y las emociones de los moribundos.

Tardamos poco en encontrar el almacén de datos. Nos movimos siguiendo un patrón de búsqueda hasta que hallamos una puerta metálica, reforzada y protegida, con mucha gente al otro lado. Capté algunas emociones suyas. Nerviosismo. Estaban esperando ayuda. Eran científicos. Sí, estábamos en el lugar correcto.

Hay unas veinte personas trabajando dentro, envié a Loba. *No hay forma de saber cuántas son civiles. ¿Estás dispuesta a hacer esto sin que haya que*

disparar a nadie que no haga falta?

Me miró y asintió con la cabeza.

Respira hondo, le envié. *Que tu babosa esté preparada para sacarte si esto sale mal.*

Entonces nos teleporté a las dos al otro lado de la puerta, cerca de una mente que había percibido pero al fondo, detrás de todo el resto. Alzamos los fusiles de inmediato, haciendo caso omiso a los científicos y los técnicos. Disparamos dos veces cada una y perforamos el cráneo de los soldados que esperaban junto a la puerta, dándonos la espalda.

Tirda, nunca me había dado tantas arcadas disparar un arma. ¿Era eso para lo que me había alistado? Combatir a los krells, una misteriosa fuerza malvada, no se parecía en nada a lo que estábamos haciendo allí. Ahora… ahora *nosotros* éramos la fuerza misteriosa. Yo era lo que aterrorizaba a aquella gente, poseedora de unos poderes y unas capacidades que no comprendían.

Llevamos a todos los científicos al fondo de la sala, con las manos arriba y temblando. Loba los vigiló mientras yo abría la puerta desde dentro para que entrara el resto del equipo. A los pocos segundos se materializaron allí Gali y un grupo de técnicos, enviados por Jorgen, que no tenía mucha capacidad de hipersaltar pero podía convencer mentalmente a las babosas de que lo hicieran, si sabía explicarles dónde ir.

El equipo de Gali se puso a trabajar en los sistemas de almacenamiento de datos para copiar más o menos toda la información delicada y secreta que estuviera en posesión de la Supremacía. Todo lo que M-Bot y yo habíamos intentado obtener en Visión Estelar, sin éxito.

Mientras Gali copiaba los datos, patrullé por la parte delantera de la sala, cerca de los puestos de los ingenieros. Varias pantallas mostraban a un varvax al que conocía delante de un emblema oficial. Winzik tenía un caparazón verde oscuro, bípedo y enorme, una especie de armadura que protegía en su interior a un ser parecido a un cangrejo, mucho más frágil, visible a través del visor del yelmo, flotando en una solución líquida.

Hice una seña a una ingeniera de nuestro equipo, que pulsó unos botones para rebobinar el mensaje y reproducirlo desde el principio. Mantuve en alerta mis sentidos citónicos por si venía alguien, me incliné y dejé que mi alfiler intérprete me tradujera las palabras de Winzik.

«Mis buenas gentes de los multitudinarios mundos de la Supremacía, soy el general supremo provisional Winzik, como muchos de ustedes ya saben.

Lamento haberme visto obligado a asumir el puesto de comandante interino de la Supremacía durante este tiempo de grave peligro.

»Deseo hacerles saber que me tomo este deber como la más solemne de las responsabilidades. Aquellos de nosotros dotados de inteligencia primaria llevamos una pesada carga, la de proteger y apoyar a quienes todavía no han alcanzado un estado equivalente. Mis palabras hoy, en consecuencia, están dirigidas a las más débiles de entre todas nuestras maravillosas especies.

»¡Es posible que se sientan ustedes inclinados al pánico, la ira o incluso la violencia! Caramba, caramba. Qué espantoso debe de ser vivir con inteligencia secundaria. Deben resistirse a esas escandalosas emociones. La Supremacía es fuerte, y sus gobernantes los protegeremos a todos de la plaga humana. Tal y como la galaxia sobrevivió a sus horrendos ataques en el pasado, capearemos también este intento.

»Ya tenemos este brote contenido en parte, y la lucha se restringe a las afueras de la Supremacía. Es posible que tardemos décadas en contener como es debido a los humanos, pero estoy decidido a terminar el trabajo que se me ha encomendado. De momento, sepan que no corren absolutamente ningún peligro. Es el deber de quienes hemos alcanzado la inteligencia primaria combatir en su nombre, de modo que no tengan que enfrentarse a los peligros de la agresividad y la furia. Sigan con sus vidas como de costumbre, sabiendo que yo los protegeré».

Por una parte, me dejó impresionada. Winzik podía seguir exprimiendo aquello durante décadas enteras, fingiendo incluso mucho después de derrotarnos que necesitaba aquellos poderes extraordinarios para proteger a la gente de los terroríficos humanos. Por otra parte, si Winzik de verdad pensaba que podía contenerme a mí, tardaría poco en descubrir en sus propias carnes lo mucho que se equivocaba.

El mensaje empezó a reproducirse de nuevo en la pantalla, así que, en vez de oírlo de nuevo, disparé varias veces al monitor. Cuando los demás me miraron sorprendidos, me encogí de hombros.

Lo siento mucho, dijo M-Bot en mi cabeza, quizá captando lo frustrada que me sentía por la situación. *Lamento lo que has tenido que hacer hoy.*

—Es mi trabajo —le susurré mientras vigilaba la puerta con el fusil preparado.

No es con lo que soñabas.

—Renuncié a ese sueño en la ninguna-parte —le dije—. Podría haberme quedado allí, librando batallas sin consecuencias. Pero regresé. Porque las cosas como esta tienen que suceder.

¿De verdad?

—Por ahora —respondí—. El objetivo es que dejen de ser necesarias. De algún modo.

Esa era la diferencia. Tenía que serla. Winzik buscaba el control absoluto, la destrucción, incluso el exterminio. Nosotros luchábamos por algo mejor.

Sabía que esa misma justificación la habían utilizado prácticamente todos los grupos terroristas en el pasado. No era ninguna ingenua. Pero tampoco era tan cínica, ni tan estúpida, como para considerarlos a todos equivalentes. Una mujer tenía que obedecer a su conciencia. Y yo creía en lo que estábamos haciendo.

Aun así, me sentía fatal.

Lancé una mirada a Gali.

—Creo que podemos sacar todo esto de aquí —me susurró—. ¿Para qué copiarlo si podemos llevárnoslo?

Sonrió y señaló hacia varias babosas que habían colocado. Qué guay. Gali hipersaltó con su equipo, llevándose una gran cantidad de enormes dispositivos de almacenamiento. Servidores y todo.

Al poco tiempo, mi fuerza de ataque, de vuelta en nuestras naves, hipersaltó siguiéndolo. Y para la gente a la que dejamos allí con vida, supe que seríamos tan misteriosos y terribles como los krells habían sido para mí.

8

Mientras aterrizábamos de vuelta en el hangar, noté que esa vez había algo distinto en la atmósfera victoriosa. Aún me acordaba bien, como de un ser amado perdido, de cuando regresé después de salvarnos a todos de la bomba aniquiladora. Recordaba celebraciones, vítores, brindis, un entusiasmo desenfrenado por una victoria que nadie se esperaba.

Ese día, en cambio, los pilotos bajaban de sus naves con aspecto cansado. Quizá se debiera a las bajas que habíamos sufrido: dos miembros del Escuadrón Vanir muertos, dos taynix perdidos y Nedd malherido. Pero casi todas las misiones nos costaban vidas; formaba parte del precio a pagar por mantener una fuerza de combate activa. También moderaba el júbilo saber que aquel no era un triunfo definitivo, que era un paso hacia la victoria, pero solo el primero de muchos.

Y luego, claro, estaba lo que yo había hecho.

Se suponía que era necesario tocar las cosas para hacerlas hipersaltar. Y que el poder se limitaba a objetos completos, no a pedazos de ellos. Las estructuras grandes, como los acorazados, en general requerían tener una arquitectura especializada para permitir que alguien con poderes citónicos teleportara la estructura entera.

Yo había incumplido todas esas supuestas normas. Igual que hacían los zapadores.

Mientras bajaba de mi caza, me dio la impresión de que la gente me rehuía. ¿Y por qué no iban a hacerlo? Era más un arma que un ser humano. Hasta unos pocos miembros del Escuadrón Cielo, Sadie entre ellos, me observaban sobrecogidos.

Algo va mal, dijo M-Bot en mi cabeza.

—Ya —murmuré—. Antes he…

No contigo. Conmigo. Los zapadores me han descubierto. Tengo que esconderme otra vez.

—Aún no entiendo cómo lo haces —dije—. ¿No estáis todos en el mismo punto exacto del espacio?

Sí y no. Aquí no hay espacio, así que no hay puntos. No hay realidad en absoluto. Es una cosa muy psicodélica. Pero pueden sentir mi conexión

contigo. Tengo que volverme hacia dentro y desvanecerme. Eso o fingir que soy uno de ellos. Igual funciona mejor.

—¿Serías capaz de hacerlo?

Spensa, soy superfurtivo. Me construyeron para eso, ¿recuerdas?

—Es lo que dices siempre, pero…

Tengo que esconderme ya. Acósate a ti misma un rato. Te avisaré cuando esté libre.

Sentí que se retiraba. Dejándome sola.

Pero entonces Chet me envió una sensación de calidez. La agradecí. No estaba sola, solo me sentía solitaria.

Empecé a recorrer el hangar, buscando descanso, y me despedí de Hesho tras sugerirle que fuera a comer algo. Se marchó volando y pensé que quizá debería ir a ver cómo estaba Nedd. Era lo que iban a hacer Sadie y Tenderete, a juzgar por su conversación. Pero no tuve nada claro que pudiera digerirlo. Por lo que había dicho Jorgen, Nedd seguía inconsciente, estabilizado pero muy malherido.

Había tenido en mis manos el poder de ganar la batalla yo sola en cualquier momento. Si lo hubiera hecho unos minutos antes, Nedd no estaría en la enfermería. ¿Sería capaz de mirarlo a los ojos después de eso?

Anduve deprisa hacia la salida, deseando llegar a mis habitaciones y caer rendida, pero Kimmalyn me alcanzó y siguió caminando a mi lado.

—¿Quieres hablar? —me preguntó.

—No —mentí.

Hizo un asentimiento y no insistió. ¿Por qué le había dicho que no? La maldije en silencio por ser tan buena amiga y respetar mis límites mientras se separaba de mí en dirección a Tenderete y Sadie.

Al llegar a la puerta del hangar me encontré a Jorgen, que caminaba con una tableta de datos en la mano y parecía distraído.

—Lo tenemos —me dijo—. Hay cinco instalaciones mineras. Otra más aparte de las que creías, pero aun así… Tirda. ¡Solo son cinco! Es una debilidad, Peonza. Una grieta sin defender en la muralla de la fortaleza. Esto podemos aprovecharlo.

—Siempre que solo ataquemos los depósitos de suministros en este lado —repuse—. Al menos una de esas instalaciones mineras del otro lado tiene a amigos míos viviendo en ella.

Él lo aceptó con un asentimiento.

—Jorgen —dije—, sobre lo que he hecho ahí fuera…

Me miró un momento y me dedicó una sonrisa animosa antes de dejar la tableta de datos y cogerme por los dos brazos.

—Has estado increíble —afirmó—. Sé que no acababa de creérmelo cuando me dijiste que tenías que quedarte en la ninguna-parte y aprender allí todo lo que pudieras, pero me alegro de que al final me convencieses. Tendrías que ver lo entusiastas que están nuestros aliados por el resultado de esta operación. Por primera vez, todo el mundo cree que de verdad podríamos ser capaces de lograrlo. Resistir frente la Supremacía y ganar.

—Y solo ha hecho falta que te echaras una novia zapadora —dije.

Se quedó callado, así que le sonreí, intentando convencerlo de que era broma. Agarré mis emociones con mano de hierro. No quería que Jorgen viera lo mucho que estaba sufriendo.

Titubeó, mirando detrás de mí hacia la cubierta de vuelo repleta de gente. Luego, a todas luces tomando una decisión deliberada, se agachó y me besó.

Me sentó… de maravilla. Sabía lo incómodo que era para él estar saliendo con una piloto bajo su mando, ya que había problemas de protocolo. Pero Jorgen también sabía que yo lo necesitaba a él y él me necesitaba a mí. Que Jorgen me antepusiera a las normas venía a ser el mensaje más elocuente que podía enviarme jamás. Noté una exultante oleada de adrenalina.

Que se estrelló contra una especie de muro en mi interior. Un muro de preocupación, de autodesprecio.

Me entraron náuseas. La alegría era una sensación imperdonable después de la masacre que había hecho ese día. Ya no era un ser humano, ¿y sin embargo allí estaba, dándole un beso a mi chico como si no pasara nada?

Terminó el beso, Jorgen se apartó y reparé contrariada en que era más observador de lo que le convenía.

—Sé que ya no te sientes como antes respecto a combatir —dijo—. A mí también me pasa. Es la madurez, Spensa, y la experiencia. Esas cosas están cambiándonos. No pasa nada por estar en un dilema. Es complicado… Todo es complicadísimo.

Asentí.

—Haré todo lo posible —añadió— por asegurarme de que nunca nos vuelva a sorprender la presencia de civiles en una misión militar. No te enviaré a ciegas otra vez, Spensa. Lo prometo.

Era una idea acertada, y muy propia de Jorgen. Analizaría lo que había salido mal y hablaría con nuestras mejores mentes militares y organizativas sobre cómo aprender de ello. Cómo cerciorarnos de no cometer dos veces el mismo error. Por eso estaba al mando.

Pero saber que era improbable que aquello se repitiera no aliviaba el dolor que sentía en esos momentos.

Forcé otra sonrisa.

—Eres genial —le dije, con toda sinceridad—. Gracias.

—Tenemos que planificar el siguiente paso —respondió él—. Debería ser sencillo. Winzik obtiene piedra de pendiente de esos cinco lugares, todos ellos instalaciones mineras en la ninguna-parte conectadas con centros de suministros en nuestro lado. Dices que una de ellas ya está más o menos inoperativa gracias a esos piratas amigos tuyos.

»Por suerte, no tenemos que atacar las minas en sí mismas, ni a los civiles que trabajan en ellas. Si volamos los portales, Winzik se quedará sin esos recursos. Usando nuestros poderes, seguro que más adelante encontraremos la forma de rescatar a los mineros del otro lado.

—Es buen plan —dije, ya agotada de verdad—. Y sé que a bastantes costaderos les gustaría que lo hiciéramos así. Gracias.

Asintió.

—Tenemos que atacar sin darle tiempo a Winzik de adivinar para qué queríamos esas bases de datos. Se me ocurre un ataque en cinco frentes, yendo a por todos los centros de suministro a la vez. Un golpe coordinado que lo pille por sorpresa.

—Estupendo —dije, tratando de controlar mis temblores, porque si empezaba a volverme loca delante de él, sabría lo mal que estaba.

No podía revelarle lo mucho que me dolía aquello. No podía revelarle que la idea de ir a la batalla otra vez estaba destrozándome por dentro. Jorgen estaba encontrando la paz y el éxito en su nuevo papel. Yo tenía que hacer lo mismo.

—Convenceré a todos los demás —dijo— y consultaré la estrategia con los generales kitsen. De momento, tú descansa. Ya he ido a ver a Nedd y te avisaré nada más despierte. Pero tienes que dormir. Porque, si la gente acepta este plan, lanzaremos los ataques mañana mismo. El tiempo es oro.

Su sonrisa emocionada fue la gota que colmó el vaso, después del beso de antes. Le dediqué una sonrisa dulce —tirda, ojalá verme siendo «dulce» no le pareciera mala señal— y me fui. Cuando lo perdí de vista apreté el paso hasta llegar a mis habitaciones y esconderme dentro.

Casi en el mismo instante en que estuve sola, apareció un mensaje en mi reloj. Era una tecnología que utilizaban los UrDail y nosotros habíamos empezado a incorporar también a la dinámica de nuestros equipos.

«¿Cenamos?». El mensaje era de Kimmalyn. Le respondí algo sobre que necesitaba descansar y luego respiré hondo y examiné mi alojamiento. Me habían asignado una vivienda de oficial con tres habitaciones. Por algún motivo tenía graduación de general de brigada, aunque los pilotos casi nunca pasaban de capitán sin cambiar la cabina de su caza estelar por un puesto administrativo. Jorgen había movido algunos hilos para subirme el rango, enfatizando mi posición especial como citónica y la necesidad de que tuviera un mando de campo autónomo. Eran paparruchas que equivalían a: «Nadie sabe qué hacer contigo, Spensa, así que vamos a ascenderte».

Había intentado convencer a mi madre y la yaya de que se vinieran a vivir conmigo para llenar aquel espacio, pero de momento sin suerte. Me apabullaba un poco tener tanto sitio, pero intentaba tomármelo como el equivalente al trofeo de una guerrera y disfrutarlo.

Ese día, me resultó tranquilizador. Tenía espacio para mí, sin que nadie ni nada me presionara. Por supuesto, de todos modos hice mi acostumbrada revisión a cada estancia y armario. ¿Era ridículo? Puede. Pero buscar asesinos me hacía sentir mejor… hasta que recordé que por ahí fuera había ninjas kitsen. Podrían esconderse en sitios donde jamás cabría un humano. ¿Debía añadir a mi rutina un examen a fondo del cajón de los calcetines, para asegurarme de que no hubiera monísimos asesinos peluditos escondidos entre mi ropa interior?

Me senté en la cama y dejé escapar un largo suspiro. Chet estaba temblando en mi interior, y fue todo un esfuerzo impedir que me viniera otro ataque. Tirda. Apenas podía controlarlo. Esas vibraciones. La extraña manera en que actuaban mis poderes. Tenía que…

—Hoy has hecho un trabajo increíble —dijo una voz de mujer detrás de mí—. De verdad que ha sido espectacular.

Me volví y salté de la cama al suelo. Brade estaba junto a la pared del dormitorio, al lado de mi réplica de una pistola Browning FN 1910.

Brade. La humana citónica que Winzik había adoptado como mascota. Pelo rapado al estilo militar. Uniforme de faena apretado sin mangas y chaleco antibalas. Fusil de asalto colgado a la espalda. Un latido después ya tenía desenfundada mi arma de mano y le había hecho tres agujeros a la pared, antes de darme cuenta de que Brade no estaba allí físicamente. Aquello era una proyección citónica. Yo misma le había hecho algo parecido a ella desde la ninguna-parte.

Me miró por encima del cañón de mi pistola destructora y asintió.

—Buenos reflejos.

Sin hacerle caso, corrí al panel de comunicación y llamé a Operaciones.

—¿Nuestro campo inhibidor ha caído? —pregunté sin preámbulos.

—Eh… no —me respondió un confuso operador desde el otro lado—. Las protecciones de Detritus están activas.

—Vuestro inhibidor funciona bien —dijo Brade desde atrás, en tono divertido—. Tú y yo estamos conectadas de algún modo. No entiendo lo que pasa, pero puedo proyectarme a ti, Peonza. Igual que hiciste tú conmigo.

Solté el botón y me volví.

—Vete.

—No.

Lancé contra ella todo el peso de mis poderes citónicos. No… no sabía del todo lo que intentaba conseguir, aparte de expulsarla, pero Brade soportó la andanada de energía mental en crudo sin trastabillar siquiera. Parecía haber enviado solo una tenue proyección de sí misma, dejando el resto protegido. Hacerla desaparecer con mis considerables poderes era como intentar matar moscas a cañonazos.

—Resérvatelo para el campo de batalla —dijo Brade.

Se puso a andar y a inspeccionar mi dormitorio. Cuando yo me había aparecido a ella, pude ver todo lo que la rodeaba y oír a la gente que tenía cerca. Si no encontraba la manera de parar aquello, mi presencia provocaría un enorme problema de seguridad para nuestras fuerzas.

—¿Qué quieres, Brade? —pregunté imperiosa.

—Llevo años preguntándome eso mismo, ¿sabes? —dijo ella—. Debería ser fácil de responder, y supongo que lo es. —Llegó hasta mí—. ¿Que qué quiero? Quiero *ganar*.

—Te di la oportunidad de unirte a nosotros —repliqué—. Decidiste ir corriendo a Winzik para entregarme.

—Y volvería a hacerlo, aunque tampoco es que lamente que escaparas. Si no hubieras huido, me habría perdido el espectáculo que has dado hoy. —Meneó la cabeza con expresión asombrada—. Increíble. Quince muertes en menos de diez minutos, que serían impresionantes para cualquier otro piloto. Pero es que lo que has hecho con esas baterías antiaéreas… y lo de destrozar edificios y usar los pedazos para atacar y defenderte… Spensa, eres tremenda. —Me dedicó un asentimiento. Brade nunca sonreía, o al menos lo hacía muy poco—. Eres digna. Y yo también lo soy. Deberíamos estar trabajando juntas.

—¿Para hacer… qué, exactamente?

Me hizo un gesto, una especie de encogimiento de hombros en plan «¿A ti qué te parece?».

—Conquistar, Spensa. Lo llevamos en la sangre.

—Estás loca.

—¿Loca como Alejandro Magno? —repuso Brade—. ¿Como los antiguos faraones? ¿Como Atila el Huno, Napoleón, Carlomagno? ¿Una gente que vio la extensión del mundo y comprendió que el mayor desafío de todos sería gobernarlo entero? —Se acercó más a mí—. Ninguno de ellos tenía ni la menor oportunidad. Pero nosotras sí. Con el poder que has mostrado hoy, no me cabe ninguna duda.

—Me parece que prefiero usar ese poder para aplastarte —restallé—. Me traicionaste, Brade.

—Y *tú* traicionaste a la Supremacía —contestó ella—. Lo único que hice fue intentar entregarte por ello. Pero ahora ya da igual. —Se acercó incluso más—. Gracias por revelarme nuestro potencial.

Y desapareció.

Tirda, tirda, *tirda*. Me derrumbé en la silla que había junto a la pared, me hice un ovillo y ya no pude controlarlo más tiempo. Durante la siguiente hora, dejé que las cosas desaparecieran y se materializaran a mi alrededor, objetos cada vez más eclécticos y estrambóticos, mientras mi alma se incendiaba y mi identidad, o lo que quedaba de ella, se escondía en los recovecos de mi mente.

Aterrorizada.

SEGUNDA PARTE

9

A la mañana siguiente volvía a estar controlada. Sabía que no podía continuar así, de modo que tomé una decisión.

Me había transformado en un arma. Había emprendido ese camino al ir a la ninguna-parte, y luego al permitir que el alma de un zapador se combinase con la mía. Mi propósito era liberar a mi pueblo.

No importaba nada más. No importaban mis emociones. ¿El daño a mi alma y a mi psique? Solo parte del pago. Podía hacer aquello. Era una soldado. Para eso me alisté. Sobreviviría el tiempo suficiente para derribar la Supremacía. Después de eso, ¿qué importaba lo demás?

Tomar esa decisión fue liberador. No porque me liberase de mis emociones. Pero, como un ataque quirúrgico, pensar así me permitía controlar las peores de ellas. El miedo, la ansiedad, la incertidumbre. Las anuló, dejándome con las más manejables. Tristeza. Remordimiento. Pérdida.

Eran unas emociones que conocía, que me acompañaban desde mucho antes de descubrir a M-Bot y a Babosa Letal.

Me levanté, me permití el lujo de darme una ducha en vez de usar la cabina limpiadora y luego encontré una nota de Jorgen en mi horario, solicitando una reunión.

Jorgen. ¿Qué iba a hacer con Jorgen? Sabía lo que quería: amarlo. Esa no era una emoción de la que quisiera librarme, ni tampoco una que pudiera pasar por alto.

Pero, por otra parte, ya no era un ser humano. Ayudaría a derrocar la Supremacía, sí, y encontraría alguna forma de proteger nuestra realidad de los zapadores. De verdad que encontraría un método, pero cada vez estaba más convencida de que ese método iba a destrozarme.

Y cuando eso ocurriera, tendría que ingeniármelas para escudar a Jorgen de la metralla. Pero no quería dedicarme a pensar en eso. Antes, para poner a prueba mi recién descubierto control, tenía que dar un pequeño primer paso, hacer algo que había estado evitando los últimos días: ir a desayunar.

Con Babosa Letal al hombro, llegué al comedor… y me quedé petrificada en el umbral. Dentro había largas hileras de mesas metálicas donde la gente degustaba las últimas delicias salidas de la cocina. Sobre todo algas, preparadas de varias maneras. Pero me sorprendió ver que nuestra reciente

colaboración con otras especies nos había proporcionado acceso a más alimentos. El mundo de Alanik y el de Hesho contenían cereales en abundancia. Fruta. Carne que no era de rata. Nos habían traído todo eso en agradecimiento por nuestra ayuda en la protección de sus planetas.

Nuestros cocineros parecían estar gozando con la variedad. Si eran capaces de preparar algas de cien formas distintas, ¿qué no podrían hacer con algo como el arroz? Era cierto que en el pasado ya nos dábamos algunos lujos como aquellos, cultivados en cavernas especializadas y en cantidades mínimas, solo para los más ricos. Por eso siempre me había sentido culpable al comer aquellas cosas. Pero aquel estilo nuevo en la alimentación, aquel festín de sabores en cada comida, era como debería ser siempre. Si triunfábamos en nuestro empeño, todo el mundo comería así.

Pero no era la comida lo que me había detenido en el umbral. Era la brutal cacofonía. Docenas de pilotos charlando. Y babosas. Había distintas variedades, aunque algunas de las últimas que habíamos descubierto aún estaban en estudio y no habían recibido autorización para el servicio activo. De las que había en el comedor, la mayoría eran amarillas y azules, como Babosa Letal. Las llamábamos hiperbabosas y eran las que nos ayudaban a teleportarnos. Casi igual de frecuentes eran las de color púrpura y naranja, que nos permitían comunicarnos citónicamente.

Me extrañó que también hubiera bastantes babosas rojas y negras, capaces de liberar estallidos de energía citónica. Habíamos empezado a llamarlas babosas explosivas. Las más escasas eran las babosas azules y verdes, capaces de inhibir el uso de la citónica, permitiendo solo a amigos y aliados aprovechar sus poderes. Reprimí el remordimiento por haber permitido que matáramos a una en la base enemiga. Al menos había rescatado a la otra.

Además, yo era un arma. Las armas no lloraban por las cosas que mataban.

Babosa Letal trinó con suavidad en mi hombro. Se sentía… igual de intimidada que yo. Tampoco quería entrar en el comedor. Porque… bueno, tirda, porque era tímida.

Siempre había dado por sentado que la encontré con M-Bot porque se había perdido, o quizá porque era descendiente de su hipermotor original. Pero en los últimos tiempos empezaba a sospechar que era el equivalente taynix a una persona introvertida. No había querido estar sola del todo, y por eso había buscado a M-Bot y su latente procesador citónico, pero tampoco era de las que disfrutaban pasando el rato en una caverna llena de babosas haciendo ruidos aflautados.

Traté de enviarle una sensación de paz mientras cogíamos algo del mostrador, un sándwich relleno de… ¿eso era mantequilla de cacahuete? Había leído sobre ella. ¡Caray! Y una rodaja de algún tipo de fruta naranja. Quizá… bueno, una naranja. Orilla Perpetua y la Tierra tenían en común parte de su ecología a consecuencia del tiempo que habían pasado comerciando en el pasado lejano, y gran parte de la comida que nos habían enviado tenía su origen en la flora terrícola.

Me noté bastante animada mientras me sentaba a una mesa cerca del lado derecho del comedor. Pero la verdadera prueba comenzó cuando mis amigos ocuparon los demás asientos, todos con un recuadro de fieltro rojo detrás de la insignia de vuelo. Un símbolo de remembranza, que se llevaba siempre que perdíamos a alguien. Ese día se lo habían puesto por los dos soldados que habían muerto y por las dos babosas, por nuestros camaradas.

Cada recorte de fieltro era una acusación dirigida a mí. Podría haber salvado a esa gente. ¿Quién me creía que era para retener ese poder?

—¡Anda! —exclamó Arturo—. ¡Pero si has venido al desayuno, Spensa! Por fin empiezas a sentirte tú misma otra vez, ¿eh?

—Sí —dije, lanzándole una mirada—. ¿Nedd…?

—Despierto —respondió él—, y ordenándome que haga cosas por él, ya que, con solo un brazo, «no puede» hacerlas él solo.

Dejé escapar un largo aliento contenido. Si Nedd ya estaba bromeando, era buena señal. Me alivió una pizquita de culpabilidad.

Mientras los demás dejaban sus bandejas en la mesa, miré al otro lado de Arturo hacia Alanik, sentada a unas cuantas sillas de distancia en la mesa. Comía con el Escuadrón Cielo, aunque había elegido platos distintos. Parecía que le encantaban las algas.

La alienígena de piel violeta me observó en silencio, con cierta sensibilidad reservada. Decía que sus líderes le habían pedido que siguiera «socializando» con los humanos. Su especie y la mía compartían una fisiología sospechosamente parecida, por lo que quizá tuviéramos algún antepasado común. Desde luego, los UrDail se habían infiltrado en la mitología y las leyendas de la Tierra, como también habían hecho los kitsen.

En todo caso, se me hacía raro ver a la persona cuyo rostro había robado mientras desayunaba con nosotros. Y se me hacía raro no tener allí a FM, que estaba ayudando a Gali a poner en marcha un nuevo proyecto de fabricación.

Tenderete se había sentado a mi lado, pero estaba dejándome espacio. Demasiado espacio. Nunca habíamos sido muy íntimos, y Gatero y él parecían haber empezado a integrarse más con el resto del escuadrón mientras

yo no estaba. Sadie se sentó a mi otro lado y me miró con una admiración casi divina.

Aquel era, en teoría, mi lugar. Pero últimamente me notaba más cómoda con un puñado de alienígenas que con mi viejo escuadrón. Por suerte, el nuevo baluarte mental que había construido era efectivo. Me recordé a mí misma que no pasaba nada, que no necesitaba tener un lugar, dado que solo era un arma que blandir. Eso me tranquilizó mientras me acomodaba en la silla.

No empezó a sacudirse nada. No desapareció el sándwich de nadie.

Babosa Letal me trinó con aire abatido, pero la levanté de mi hombro y la dejé en la línea que ocupaban las otras babosas en el centro de la ancha mesa de metal. Estaban devorando alegres su caviar, servido en unos pequeños cuencos especiales. Los taynix habían pasado a formar parte del escuadrón. Habían salvado muchas veces la vida de mis amigos, teleportándolos a un lugar seguro.

«Les gusta estar aquí —pensé, captando las mentes satisfechas de las babosas—. Les gusta que las aprecien. Creo que hasta disfrutan del compañerismo humano».

Pero tenían miedo de los zapadores. Ya había percibido algo de eso en Babosa Letal. La Supremacía había manipulado ese miedo: en vez de colaborar con los taynix y animarlos, utilizaba el terror para garantizar su obediencia. La facilidad con que FM y los demás, en vez de eso, habían convencido a las babosas y entablado amistad con ellas era el contraejemplo definitivo para desmentir la presunta inteligencia primaria de la Supremacía. Nuestro enemigo afirmaba evitar la agresividad y apoyar la paz, pero en la práctica solo lo hacía si lo encontraba conveniente.

Pero Babosa Letal no me tiene miedo, pensó Chet desde mi interior. *Ahora ya no.*

Babosa Letal nos envió una imagen en respuesta, de Chet y yo, pero con piel amarilla y manchitas azules. Al final había comprendido que no dábamos miedo. Ni siquiera los zapadores lo daban. Éramos solo unas babosas muy raras.

—Bueno —dijo Kimmalyn, inclinándose por encima de la mesa para hacerme volver a la conversación—. Tu plan salió bien, Peonza. He oído que hay mogollón de material útil en ese archivo de datos. Nada menos que otras doce reservas humanas como Detritus. Diagramas detallados de todas las naves de la Supremacía. Y también, claro, la posición de los centros de suministro que procesan la piedra de pendiente extraída en la ninguna-parte.

—¿Otras reservas humanas, dices? —preguntó Tenderete—. ¿Creéis que serán como nosotros, siempre luchando, a punto de liberarse?

—Lo dudo mucho —respondí—. Tengo la sensación de que Detritus era un caso aparte, con nuestro complejo de cavernas y el aparataje. El enemigo no pretendía que nuestro planeta se convirtiera en reserva. Lo que pasó fue que éramos demasiado perseverantes para exterminarnos.

—Sea como sea —dijo Kimmalyn—, podría merecer la pena contactar con ellos.

No era una idea espantosa. Por lo que habíamos averiguado, la Supremacía estaba teniendo que destinar cazas de muchas guarniciones a combatirnos. Algunas de esas reservas quizá estuvieran mal defendidas.

—Tengo aquí parte de la información —dijo Arturo, abriendo su tableta de datos.

Nos enseñó la posición de las reservas humanas, pero le quité la tableta y bajé hasta encontrar la ubicación de las cinco instalaciones mineras.

Como Jorgen había dicho, nuestro objetivo no sería atacar esas instalaciones. Los amigos que tenía allí, como Palo y los Costaderos, estarían a salvo. Lo que haríamos sería atacar los centros de suministro en este lado, los que controlaba la Supremacía.

De todas formas, por curiosidad miré a ver si los datos indicaban dónde estaban las explotaciones mineras en la ninguna-parte. Y sí que lo hacían. Fuerteseguro, la que había atacado con los Costaderos, era la más grande de todas, pero las otras cuatro estaban repartidas por la misma zona. Había supuesto que estarían más hacia fuera en el cinturón, pero al parecer lo que ocurría era que las habían mantenido muy bien escondidas.

—Aún no me puedo creer —comentó Sadie, inclinándose mucho y hablando bajito— lo vulnerable que es la Supremacía.

—Anoche estuve delante cuando analizaban los datos —dijo Arturo—. Cuna tiene razón. La Supremacía es tan paranoica con ocultar el secreto de las babosas que se han creado un problema más gordo. Por ejemplo, casi todas las comunicaciones de la Supremacía se transmiten mediante una sola red, pasando por un lugar donde tienen una cantidad enorme de babosas comunicadoras para organizar el tráfico.

No hacía falta una babosa en cada extremo para que la comunicación citónica funcionara. Con la suficiente práctica y la tecnología adecuada en el lado receptor, una sola babosa podía encargarse de múltiples conversaciones a la vez. Un poco como el operador de un sistema de comunicaciones a la vieja usanza.

¡Ajá!, exclamó M-Bot en mi cabeza. *Dato curioso: el primer citónico terrícola documentado, Jason Write, dedicaba solo una parte minúscula de su cerebro a la tarea, pero era capaz de ejecutar docenas de comunicaciones, casi como un proceso en segundo plano. Bien entrenados, los antiguos citónicos terrícolas podían facilitar miles y miles de llamadas sin más ayuda.*

Casi salté sin querer.

¿Cuánto tiempo hace que has vuelto?

Nunca me fui. Solo estaba escondido. Ya llevo rato mirando. ¿Un… tiempo? Aquí dentro cuesta saberlo. Bueno, ya sabes cómo es.

Sí que lo sabía, y también comprendía mejor por qué el tiempo era tan raro en la ninguna-parte. Los zapadores tenían un efecto omnipresente en el lugar. Querían olvidar el pasado, así que todo el mundo allí empezaba a hacer lo mismo. Los zapadores ignoraban el tiempo, así que a la gente le costaba llevar la cuenta.

Lo hacían porque seguían buscando una manera, incluso entonces, de mitigar el dolor de la pérdida.

La de Jason Write, dijo M-Bot. *Sí. Los zapadores, que por aquel entonces eran un solo individuo, lo adoraban. Cuando murió, no supieron cómo reaccionar a la tristeza, así que… pasó todo esto. Como resultado del estreñimiento emocional de lo que había sido una IA.*

Puaj.

FM llegó por fin, trayendo tres babosas a la vez. Se había metido muy a fondo en el asunto de las babosas, cosa que me parecía extraña. Era demasiado remilgada, y las babosas no eran unos accesorios que encajasen demasiado con su estilo habitual.

Me arrepentí al instante de ese pensamiento malicioso. Sí, a FM le gustaba vestir a la moda, pero nunca me había dado motivos para considerarla una persona vanidosa. Siempre me había dejado intimidar por lo… bueno, por lo perfecta que era FM en prácticamente todo. Resultaba que hasta en el cuidado de babosas.

Dejó a los tres taynix en la mesa junto a sus respectivos cuencos de caviar, que teníamos que traer de Orilla Perpetua al por mayor, y empezó a hablar animada.

—Ataque coordinado a las cinco estaciones mineras —nos explicó—. Mañana por la mañana, a las seis-cero-cero horas. Las órdenes deberían llegarle a Arturo en cualquier momento.

—Ya las tengo —dijo él, abriéndolas en su tableta de datos—. Cinco grupos de asalto simultáneos.

—¿Por qué cinco? —pregunté—. Sabemos que una ya está cerrada desde el otro lado por los Costaderos.

—¿Sabes seguro que tus amigos aún la controlan? —replicó FM—. ¿Y que no abrirán el portal otra vez con el soborno adecuado? ¿Venderían piedra de pendiente a la Supremacía si su valor se multiplicara por cien?

¿Lo harían? Tal vez sí, tal vez no. La vida era dura en la ninguna-parte. No le reprocharía a Palo que hiciera algunos tratos calculados si la Supremacía intentaba negociar con ella. Confiaba en que tanto ella como los demás se negarían si se lo pidiera yo, pero alcanzaba a comprender que Jorgen quisiera eliminar esa opción destruyendo la base de la Supremacía.

—No tendría sentido hacer todo esto y que aún quedara una explotación minera en funcionamiento —dijo FM—. Así que atacaremos en las cinco. Mañana.

—Me alegro —dijo Gatero—. Es nuestra única posibilidad de ganar. Impedir que fabriquen más cazas estelares.

—Aun así, da la impresión de que nos espera una guerra trabajosa —respondió Sadie—. Vale, a lo mejor nos cargamos su capacidad de producción, pero de todas formas tendremos que luchar contra todo lo que ya tengan construido.

—¿Y qué opción nos queda? —preguntó Kimmalyn—. Por lo menos así tenemos una posibilidad.

—Supongo —dijo Tenderete, y cruzó la mirada con Gatero, su compañero de ala.

Por fin habló Arturo.

—¿Alguien más tiene un problema con el nivel de destrucción que provocamos en la última incursión?

Nadie me miró, lo cual fue amable por su parte. Quizá sabían que no había nada más doloroso que dar miedo a mis amigos. Pero, por supuesto, ahora yo era un arma. Así que tampoco me habría molestado tanto como antes.

Aunque ellos hacían lo posible por no fijarse en mí, eché un vistazo al grupo, con las espaldas hacia delante en torno a nuestra larga mesa. FM estaba rascándole la cabeza a una babosa. Sadie se reclinó, como si hubiera perdido el apetito. Arturo fingía estudiar los datos, pero tenía la mirada perdida. Alanik en un extremo del grupo, altiva como siempre. Gatero y Tenderete uno al lado del otro, mirando sus platos sin terminar. Kimmalyn todavía comiéndose el bizcocho de chocolate con un tenedor pequeño, porque

nunca desechaba un postre. «Como dijo la Santa —había afirmado una vez—, si desperdicias algo delicioso, estás desperdiciando la misma belleza».

—Ya lo digo yo —respondió Kimmalyn—. Lo que hicimos estuvo mal. Como mínimo, tendríamos que haber intentado salvar a esa primera babosa. Yo debería haberlo intentado. Pero además de eso…

—No me esperaba que el nexo de información se pareciera tanto a… una ciudad —les dije.

—Ya —asintió FM—. A ver, es lógico que necesitaran personal civil para operarlo. Investigadores, ingenieros. Lo que habría sido Arturo, si no se hubiera juntado con malas compañías.

—¡Eh! —replicó Arturo—. Un momento. ¿Esa pulla iba para mí o para todos vosotros?

—Era un rebote deliberado —dijo FM—. ¿Cuántos de aquí pensáis que la última incursión estuvo mal?

Despacio, todo el mundo levantó la mano. Hasta Alanik, que tardó un poco en darse cuenta de que el gesto significaba aceptación.

—Tendríamos que decirle algo a Jorgen —propuso Kimmalyn—. Estamos aquí para luchar contra los krells, no para convertirnos en ellos.

—Es consciente —dije—. Ya está pensando en cómo asegurarse de que en el futuro sepamos si hay civiles de por medio o no.

—Y si los hay, ¿evitará que ataquemos? —preguntó FM.

Eso… no lo había dicho, ¿verdad? Me había garantizado que no volvería a enviarme sin esa información. Pero lo más probable era que la misión debiera cumplirse de todos modos.

—No me gustaría tener que volver a hacer algo como eso —dijo Kimmalyn—. No me gustaría nada. Vi caer… estrellas, vi caer docenas de naves civiles en la destrucción.

Se me revolvió el estómago.

—Pero ¿tenemos elección? —susurró Sadie—. Somos guerreros, ¿verdad? Rompemos cosas. Personas. Para eso estamos, ¿no?

Me miró en busca de apoyo y me obligué a asentir.

—Para ti es fácil decirlo, Spensa —respondió FM, aunque en realidad yo no había dicho nada—. Eres… bueno, tú.

Sí. Desde luego que lo era. Yo. Así más o menos.

—Los demás lo tenemos más difícil —convino Arturo—. No estamos tan curtidos. Luchar sabiendo que ahí abajo había civiles aterrorizados… fue horrible. No me apetece nada volver a hacerlo.

—Esos centros de abastecimiento… —dijo Sadie— van a estar llenos de civiles. Trabajadores. Aunque no ataquemos los puestos mineros de la ninguna-parte, aunque solo volemos los portales desde este lado… bueno, ¿quién creéis que limpia esas instalaciones? ¿Quién transporta la roca? ¿Quién la refina para crear piedra de pendiente pura? No son las tropas de Winzik.

Nos quedamos callados un tiempo. Me recordé a mí misma que era un arma. Que no me importaba, que no podía *permitirme* que me importara. Pero entonces, para mi sorpresa, Kimmalyn dejó el tenedor y apartó su plato de postre a medio terminar.

—Tenemos que resolver esto —dijo FM—. El plan de Jorgen es atacar esos centros mañana y destruirlos todos.

—¿Hace falta destruir las instalaciones? —pregunté—. Igual podríamos apoderarnos de ellas y protegerlas.

—Defender terreno es complicado —dijo Arturo—, sobre todo contra una fuerza superior. Es mejor inutilizar los portales.

—Si hacemos eso, ¿no dejaremos atrapada a toda la gente que está en la ninguna-parte? —objetó Sadie—. ¿Sin forma de regresar a la alguna-parte?

—No necesariamente —oí que decía Alanik gracias a mi alfiler intérprete —. Podrían existir otros portales. En sitios donde no haya operaciones mineras.

—Los hay —confirmé—. Pero la mayoría están bloqueados de algún modo. Les pasó algo raro hace años.

—¿Es posible desbloquearlos? —insistió Alanik—. Suena a lo que hizo Jorgen al liberar a los citónicos kitsen.

Tenía razón, pero me resistía a experimentar con eso. Después de que la yaya y Cobb se hubieran quedado atrapados en uno de esos portales… bueno, parecía peligroso jugar con ellos.

Aunque al mismo tiempo, daba la sensación de que sería importante saberlo. Si destruíamos esos centros de suministros, ¿a la Supremacía le quedaría el recurso de enviar naves a través de otros lugares y luego hacer un recorrido un poco más largo por el cinturón de la ninguna-parte y sacar de todos modos la piedra de pendiente?

Conocer la respuesta podría cambiar nuestros planes. Podría convencer a Jorgen de no seguir adelante con ese ataque.

De pronto, no pude mantener en pie la estoica idea de que era un arma. Necesitaba otra solución. Aunque pensar así era traicionar a mis ancestros

guerreros, lo que más deseaba en el mundo era *no* tener que ir a la batalla el día siguiente.

Así que, sin decir ni una palabra a los demás, recogí a Babosa Letal e hipersalté, decidida a visitar Detritus. Y a averiguar por mí misma qué podía hacerse con el portal inactivo que estaba oculto en las cavernas bajo su superficie.

10

En los últimos tiempos, entrar en la ninguna-parte era una experiencia extraña. Babosa Letal y yo aparecimos durante un parpadeo entre momentos en el lugar que solía estar lleno de los ojos, unos puntitos de luz en la negrura que lo normal, en el pasado, había sido que me miraran con una increíble malevolencia.

Esa vez, como todas las últimas en los últimos doce días, no estaban. Solo encontré la negrura absoluta. No había ojos. No había zapadores.

Antes pensaba que no comprendía ese lugar, que no podía comprenderlo. Era mortal, y mi mente estaba demasiado acostumbrada al paso del tiempo y a las relaciones lineales. Pero mi alma había pasado a ser de zapador en parte. Por raro que pareciera, podía ver lo que estaban haciendo. Sí que estaban allí. Camuflados centrando su atención hacia dentro. Escondiéndose no solo de mí, sino también unos de otros. Tuve la sensación de que lo hacían solo cuando yo estaba allí, solo cuando el tiempo entraba en la ninguna-parte porque hipersaltaba a través de ella.

«El secreto está en eso, en cómo interactúo con ellos —pensé—. La forma de vencerlos de una vez por todas». Quizá tuviera algo que ver con cómo se escondían.

Un par de ojos aparecieron a mi lado.

¡Hola!, dijo M-Bot. *¡Bienvenida a mi hogar! ¡Solo tiene el tamaño de un punto infinitamente pequeño, pero yo también, así que es suficiente!*

Un latido después Babosa Letal y yo nos marchamos para aparecer en una oscuridad de otro tipo, más mundana. En las cavernas subterráneas de Detritus.

Aunque los citónicos podíamos «ver» mediante nuestros poderes —la yaya era un buen ejemplo, por mucho que antes no se diera cuenta de que lo hacía—, yo no tenía un gran talento en utilizarlos así. Por suerte, mi multiherramienta tenía una pequeña linterna. La saqué de su sitio en mi cinturón y encendí su suave luz verde, que me permitió ver una gran caverna y asustó a varios de sus huidizos habitantes.

No pude evitar una sonrisa. Conocía esa caverna. Había cazado en ella, y parecía que en mi ausencia las ratas se habían desmadrado, alimentándose sin freno de las setas.

—No temáis —proclamé—, pues, aunque haya regresado, ¡no busco vuestra sangre! Resulta que prefiero la mantequilla de cacahuete. Disfrutad del respiro, mortíferas bestias.

No parecían muy dispuestas a confiar en mi palabra y se quedaron escondidas en las hendiduras y las grietas cercanas. Eché a andar por la caverna, sintiendo una cierta nostalgia. Me había hecho piloto. Spensa la chica de las ratas ya no existía.

¿Era raro que añorase aquellos tiempos? Habían sido horribles en muchos sentidos. Por aquel entonces los krells eran un peligro omnipresente. Además, mi familia sufría por la falta de comida, la discriminación y las largas horas de duro trabajo.

Y, sin embargo, en esos tiempos mi única responsabilidad había sido conseguir unas cuantas ratas que vender. Ahora el destino de planetas enteros pesaba sobre mis hombros.

Mi hipersalto no había sido exacto del todo. El portal no estaba en esa cueva, sino en un túnel cercano. Aún recordaba el camino después de tantos meses y tardé poco en cruzar un pasadizo y encontrar el lugar gracias a un antiguo tubo que salía de la roca y llevaba agua a otras partes del complejo cavernario. Seguí adelante pasando una mano por la piedra hasta llegar al portal.

Estaba en la pared. Un gran bloque plano de piedra, tallado con extraños símbolos, que se fundía en parte con la roca de alrededor. Años antes supe que había algo raro en aquellas marcas alienígenas. La inusual superficie contenía susurros que no se podían oír, pero se sentían.

Posé los dedos en los surcos. Estando en la ninguna-parte, había hecho un viaje heroico recuperando recuerdos del pasado. Luego resultó que ese viaje lo había urdido Chet para darme la información que necesitaba, pero que no había hallado otro modo de entregarme.

Aun así, los recuerdos habían sido reales. Cerré los ojos y extendí la mente hacia el pasado. Escuchando. Cada vez que alguien usaba ese portal, dejaba atrás una parte de sí mismo, inscrita mediante aquellas líneas.

En ese recuerdo vi a humanos. Humanos que habían ido allí en secreto, pretendiendo construir un tipo de arma distinta. Unas instalaciones para intentar controlar a los zapadores.

Vi a humanos extrayendo piedra de la ninguna-parte y sacándola de allí. Vi sus enormes máquinas de fabricación construyendo astilleros en el cielo, que a su vez construyeron las otras plataformas. Habían elegido ese lugar por dos motivos. El primero era el gran anillo de asteroides que rodeaba el

planeta, que las máquinas fabricadoras terminaron consumiendo por completo.

Pero el segundo motivo, el real, el verdadero secreto, había sido ese portal. Abierto hacia la ninguna-parte. Un lugar del que obtener piedra de pendiente. Un lugar desde el que intentar controlar a aquellas criaturas de más allá de las dimensiones y el espacio.

Retiré la mano. Ya conocía el resultado final de aquellos experimentos por una grabación que habíamos visto mis amigos y yo. Sabíamos lo que había pasado: que un zapador había venido a Detritus y destruido a los humanos que vivían allí. Eso fue mucho tiempo antes de que M-Bot se estrellara en el planeta, y hasta ese accidente había ocurrido un siglo antes de que llegara mi gente.

Ver todo aquello me recordó lo que me había dicho Brade. Que nuestro destino como humanos era lograr aquello en lo que nuestros antepasados habían fracasado. Conquistar la galaxia.

Desviar mis pensamientos en esa dirección fue un error. Sentí que mi alma empezaba a vibrar y que la atención de Brade se centraba en mí. Me había expuesto, quizá al abrirme a los recuerdos de aquellos antiguos humanos, y Brade lo aprovechó. Alarmada, caí en la cuenta de que si Brade veía lo que estaba haciendo, quizá descubriera nuestro plan.

«No lo veas. ¡No lo veas!».

Brade apareció delante de mí como proyección citónica. Miró alrededor, frunciendo el ceño. Y no lo vio. Sus ojos pasaron por la pared como si allí no hubiera nada, porque era como estaba obligándome a verla yo. Solo como una pared normal y corriente. Para reforzar la sensación, eché a andar, fingiendo que no había nada especial en el lugar donde me había detenido.

Su capacidad de percibir mi entorno estaba determinada por cómo lo veía yo. ¿Sería más o menos así como los krells habían convencido a mi padre de que veía enemigos cuando estaba volando entre amigos? ¿Sería ese el método por el que la Supremacía era capaz de apoderarse de los sentidos de una persona citónica?

Habían vuelto a mi padre contra la gente que lo quería… y yo no me había olvidado de mi ira. Brade estaba sosteniendo ese sistema.

Había renunciado a intentar atraerla a mi bando. Pero quizá no era necesario que ella lo supiese.

—Bueno —dijo—, ¿estás preparada para aceptar lo que te he dicho? ¿Estás preparada para hacer lo que debe hacerse, Spensa?

—Justo eso estamos haciendo —repliqué—. Derrocar la Supremacía es lo que debe hacerse. Únete a mí, ayúdame.

Sonrió, tal vez divertida por mi ingenuidad.

¿Cómo iba a intentar utilizarme esa vez?

—Winzik está volviéndose majara por ese almacén de información que atacasteis —dijo Brade—. Todos sus secretos, en manos del enemigo. Fue un golpe inteligente. Winzik debería haber comprendido las repercusiones de que tengáis a une exministre del gobierno en vuestro bando. Ya había bloqueado el acceso de Cuna a nuestros sistemas, pero, claro, no puede bloquearle el acceso a su propia mente.

—Bueno —respondí—, no tardará en ver las consecuencias de su error.

—Venga ya, si vuestro ejército es una minucia. No sois rival para el nuestro. Tendríais que uniros a nosotros, convertiros en nuestra fuerza represora. Podría convencer a Winzik de que os considere unos mercenarios, en vez de rebeldes a los que aplastar. Si nos servís.

—Brade —dije, insistiendo en mi mentira—, no seremos una minucia mucho tiempo más. Únete tú a mí. Pronto tendremos fuerzas enteras de humanos descontentos en nuestro bando. Tu sitio está aquí.

Apartó la cara, quizá para ocultarme su creciente sonrisa, pero de todos modos alcancé a percibir la satisfacción que irradiaba. Se había creído mi mentira y daba por hecho que nuestro objetivo al robar el archivo de datos había sido encontrar las otras reservas humanas como Detritus.

Quizá sí que contactaríamos con esos humanos. En algún momento. Por tanto, era un objetivo plausible, razonable, solo que no el principal para nosotros. Y Brade se lo tragó.

Por mi parte, me sorprendió la facilidad con la que había logrado engañarla. Llevaba meses preocupándome por no ser una espía ni una exploradora, a pesar de que me habían pedido ejercer de ambas cosas varias veces. No dejaba de repetirme que era piloto. Sin embargo, había logrado infiltrarme en la fuerza espacial de la Supremacía, y luego había ido a la ninguna-parte y me había apoderado de una instalación minera desde dentro.

Sí que era una espía. No era en lo que había querido convertirme, pero sí donde me había llevado el trabajo. La mejor manera de aprender a volar era subir a una cabina y practicar. Por lo visto, con el subterfugio pasaba lo mismo.

«Sí que planeé la conquista de Fuerteseguro —pensé—. Y funcionó. ¿Y si…?».

Empezó a formarse una idea, pero la aparté de momento. Tenía que ocuparme de Brade.

—Vete —le espeté—. Déjame en paz. Dile a Winzik que voy a por él con la sed de mil campos de batalla, anhelando sangre. Gozaré al hundir mi hoja entre las capas de su armadura y sacarlo del caparazón. Luego observaré con exquisito deleite cómo se asfixia en el cruel aire.

Brade me miró ladeando la cabeza. La verdad es que estaba bastante satisfecha de aquella fanfarronada. Beowulf habría estado orgulloso de mí. Podía ir siendo menos sanguinaria, pero aun así apreciar una buena fanfarronada, ¿verdad? Los alardes y las amenazas venían a ser formas de hacer que el enemigo se echara atrás, así que en realidad eran gestos pacifistas.

A lo mejor por eso Conan el Cimerio lo hacía tanto. Quizá todas las frases sobre los lamentos de las mujeres y beber sangre de cráneos eran para convencer a la gente de que se fuera a casa y *no* intentara atacar al tipo de dos metros con balas de cañón por pectorales.

Brade gruñó y murmuró:

—Estás desperdiciando tu talento en esta lucha sin sentido, Spensa.

Pero desapareció, y sentí citónicamente que se había ido de verdad. Solté un largo suspiro.

Esa mujer es inquietante, dijo M-Bot en mi mente. *No confío en ella, Spensa. Espero que tú tampoco*.

—Claro que no —le aseguré, apresurándome a regresar al portal—. Pero creo que la he engañado. Le he…

Me quedé sin más palabras cuando, de repente, el pasadizo se abarrotó de gente. Aparecieron FM, Arturo y Kimmalyn alrededor de Alanik, con las manos en los hombros de la UrDail y babosas trinando y arrullando en sus portababosas.

Alanik me miró.

—La costumbre es avisar a los demás antes de utilizar tus poderes para saltar —dijo—. No lo sabes porque no creciste entre otros citónicos, pero marcharse tan de repente puede desorientar a quienes están cerca.

—Entendido —dije, más molesta con ella que avergonzada.

Los poderes eran míos. Yo decidiría lo que era aceptable y lo que no lo era. No tenía que venir ninguna alienígena a regañarme.

—Bueno, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Arturo con los brazos en jarras —. ¿Comprobar el portal a la ninguna-parte? Estábamos hablando de eso cuando te has babosado, Spensa.

¿Babosar? No sabía qué pensar de esa expresión en jerga. De todos modos, volví al lugar adecuado y puse la mano en la pared. Sentí el calor de Ígnea, la ciudad donde me había criado, palpitando desde una caverna cercana. Me goteó sudor de las sienes.

—Necesitamos saber lo fácil que es cruzar uno de estos —dije, dándole una palmadita al portal—. Ya os he hablado a todos de mis amigos piratas en la ninguna-parte. A lo mejor deberíamos hablar con ellos. Quizá puedan ayudarnos.

—Esos portales son peligrosos —replicó Alanik en tono severo—. Tu propia abuela se quedó atrapada en uno. Y tú tocaste uno y te absorbió hacia un lugar peligroso.

«Caray, gracias —pensé—. Ya no me acordaba de eso, mamá». Mientras estaba en Visión Estelar, había pasado muchos días preguntándome cómo sería Alanik. No había esperado encontrarla tan mandona.

—Si son peligrosos, tenemos que saberlo —insistí—. En parte por eso he venido sola.

—Peonza —dijo Arturo—, tienes que dejar de ser tan imprudente. Poco más o menos, eres nuestra fuerza espacial entera.

—Hay que asumir riesgos, Anfi —restallé, apretando otra vez la mano contra el portal—. Lo hacemos cada vez que luchamos. Alguien tiene que descubrir cómo funcionan estos portales, porque ofrecen una ventaja táctica enorme. Y yo soy quien tiene más experiencia.

—Los zapadores… —empezó a decir Kimmalyn.

—Me tienen miedo —la interrumpí—. Se esconden cuando hipersalto. Ya hace casi dos semanas que no veo los ojos.

Los demás se quedaron callados. Al mirarlos vi una sucesión de expresiones perplejas, incluso intimidadas.

—¿Los zapadores te tienen miedo? —preguntó FM.

Ah, claro. Eso sí que no se lo había explicado, ¿verdad?

Bueno, yo era un arma. Me reafirmé en esa creencia. Antes había sido débil, pero no podía permitirme la debilidad. No importaba si me quedaba aparte, aislada del resto. No importaba si todo era distinto, equivocado, roto.

Aquello era lo que tenía que hacer. Aquello era lo que tenía que ser.

Cerré los ojos, sintiendo el portal, intentando atravesarlo. Había hecho eso mismo varias veces desde el otro lado, buscando una salida. Todas esas veces había dado contra una especie de muro. La explicación con más sentido había sido que los portales estaban cerrados desde la alguna-parte. Quizá para que los zapadores no escapasen por allí.

Esa vez no hubo impedimentos. Encontré una inmensa y tentadora acumulación de oscuridad, un túnel que llevaba hacia el infinito. La ninguna-parte yacía ante mí, una extensión que era a la vez tan pequeña como la punta de un alfiler. Un lugar donde el tiempo se envolvía sobre sí mismo y donde…

Un momento. Aquello estaba mal.

Sentí la mente de Alanik rozando contra la mía, preguntándome si me encontraba bien. Respondí que sí y le sugerí que se apartara de momento. Lo hizo, permitiéndome explorar lo que estaba percibiendo.

Aquel lugar de verdad estaba mal. No supe muy bien qué me lo reveló. La vista, la resonancia citónica, el olor… Ninguna de esas cosas lo englobaba por completo, pero juntas significaban algo. Aquello no era la ninguna-parte. No era el sitio al que quería ir.

Retrocedí de golpe mientras algo intentaba cerrarse a mi alrededor. Al instante había salido, de vuelta al túnel de Detritus. Di un respingo mientras retiraba las manos. Tirda. Los demás habían traído sillas de algún sitio. ¿Qué estaba…?

—¿Cuánto tiempo he estado fuera? —pregunté.

—Cuatro horas —dijo Arturo—. Bueno, un poco menos, en realidad.

—Alanik nos ha dicho que estabas segura de que no pasaba nada —añadió Kimmalyn—. Pero nos hemos quedado esperando, por si acaso. ¿Estás… estás bien?

—Estoy bien —mentí—. Pero creo que ya sé lo que les pasó a los citónicos kitsen.

—¿Qué? —preguntó Alanik, levantándose a mi lado—. ¿Qué has sentido?

—Una trampa —susurré—. Alanik… los portales no están cerrados para mantener dentro a los zapadores. Es para mantenernos fuera a nosotros. Los zapadores… creo que hicieron algo a estos portales a propósito, para que atraigan a citónicos y los retengan. Espera un momento.

—Pero…

—Que esperes —le solté, apretando la mano de nuevo contra las líneas, intentando leer los recuerdos para averiguar en qué momento habían montado esa trampa concreta.

¿Cuánto tiempo hacía desde la desaparición de los citónicos kitsen? Fue antes de que existieran los zapadores, pensaba, aunque no tenía clara del todo la cronología.

Observé los recuerdos, pero eran demasiado vagos. Era difícil atinar el momento. Muchos de ellos eran solo impresiones, y otros visiones amplias de

las vidas de la gente que había residido allí. Lo cual estaba muy bien, pero no tenía nada que ver con las preguntas que me estaba haciendo.

Al final logré atar cabos y concluir que ese portal había sido alterado para convertirlo en una trampa durante el ataque del zapador que había aniquilado a los humanos que construyeron Detritus. Capté una leve sensación de los recuerdos del zapador mientras hacía el cambio. Una sensación como de… ¿trastear un poco? ¿Era eso? ¿Mientras saboteaba el portal?

«Esto es un fenómeno natural —comprendí—. A veces estos portales desarrollan una rareza que atrapa las mentes en vez de dejarlas pasar. Los zapadores se enteraron e hicieron que los portales manifestaran el defecto a propósito».

Explicaba lo que le había ocurrido a la yaya. Y quizá también explicara por qué la Supremacía se veía obligada a depender de tan pocas instalaciones mineras. Sencillamente, no había tantos portales todavía abiertos y sin sabotear.

—Con el tiempo, creo que podría arreglar este portal —les dije a los demás—. O a lo mejor Jorgen puede hacerlo. Pero ahora mismo es una trampa, igual que el de Orilla Perpetua. Los zapadores lo modificaron para capturar a citónicos y para impedir que la gente viajara a la ninguna-parte.

—Entonces —dijo Arturo—, ¿no hay forma de contactar con tus amigos del otro lado?

—No a través de este —respondí—. Pero la parte positiva es que, si conquistamos o destruimos esos almacenes de suministros, la Supremacía tendrá problemas muy serios para ir a la ninguna-parte y traer piedra de pendiente.

Suponiendo que estuviéramos dispuestos a seguir adelante con aquello. Aunque había oído decir a la yaya que muchos generales consideraban importante empatizar con el enemigo y comprenderlo, yo no tenía ni idea de cómo hacerlo. Quizá para eso estaban los oficiales.

Por desgracia, eso me hizo recordar a Jorgen. Miré el reloj y abrí mi horario. Tirda.

—Tengo reunión con el almirante —dije.

—Le hemos informado de que estabas explorando aquí abajo —respondió Arturo—. A lo mejor ya no te espera.

Lo miré inexpresiva.

—¿Crees que Jorgen va a saltarse una reunión?

Arturo soltó una risita.

—Ya, supongo que no. Aunque estuvieras en otra dimensión, esperaría puntualidad. Mejor ve tirando.

Asentí, recogí a Babosa Letal y me preparé para hipersaltar. Entonces paré y miré a mis amigos, y a Alanik, que habían estado cuidando de mí durante horas.

—Lo siento —les dije— por haber estado tan errática últimamente. Todo irá bien. Voy a resolver esto.

Kimmalyn me miró a los ojos.

—No tienes que hacerlo todo tú, Peonza. ¿Podemos hablar?

—Luego —le prometí—. Ahora tengo reunión. No sé lo que quiere Caracapullo, pero me imagino que será repasar la próxima misión. Ya sabes cómo es.

—Lo sé —dijo ella—. Pero recuerda que estoy aquí.

Asentí e hipersalté directa a las habitaciones de Jorgen, donde había concertado la reunión. Lo más seguro era que no fuese la mejor idea. Tendría que haberme materializado en el pasillo de fuera y llamar a la puerta. De verdad que estaba acostumbrándome demasiado al hipersalto. No estaba tratando mis poderes con la solemnidad que…

Fruncí el ceño e incliné la cabeza de lado. La sala tenía la luz tenue y había platos en la mesa. ¿Había interrumpido a Jorgen comiendo? Sí que era hora de cenar, porque había pasado más tiempo del debido dentro de la trampa, y…

¿Velas? ¿Música?

Ay, tirda. Me volví y sorprendí a Jorgen, que iba de uniforme, como siempre, pero estaba llevando dos copas a la mesa.

Aquello no era una preparación de batalla ni una sesión informativa.

Aquello era una *cita*.

11

Huy! —exclamó Jorgen, parando en seco—. Spensa. No te he oído… hum… teleportarte.

—Perdona —dije sonrojándome—. Tendría que haber saltado al pasillo. Para no pillarte llevando solo una toalla o algo. Hum. Otra vez.

—Había pensado que podríamos cenar —dijo, señalando la mesa—. Mientras hacemos la reunión. Ya que los dos estamos siempre tan ocupados. Así sería más efectivo.

—Tiene lógica —respondí—. ¿Y las velas… son para ahorrar energía?

Se encogió de hombros con una incomodidad adorable y hasta sonrió, cohibido e inocente. Tirda. Había estado preparada para lidiar con la pérdida de amigos y hogar, preparada para entregarme como el arma que mi sociedad requería. Había estado preparada para todo menos para él. Para aquello.

Me aferré a Babosa Letal en busca de apoyo, pero ella me trinó y al momento desapareció teleportándose. ¿Cómo lo había sabido? ¡Pero si era una babosa! Pequeña traidora.

—Nunca tenemos tiempo para estar juntos —dijo Jorgen—. Para averiguar qué es lo que somos, qué queremos. Así que he pensado que tal vez debería… tomar yo la iniciativa. Hacer un Spensa, ya sabes. Lanzarme y punto.

—Creo que sé lo que somos, juntos —susurré—. O lo que quiero que seamos, al menos. Pero no sé si es el mejor momento, con todo lo que está pasando.

—¿Y si fingimos que todo puede ir bien, aunque sea un ratito? —Señaló la mesa—. Mira, ni siquiera es una cena como debe ser.

—¿Ah, no?

Me fijé en los dos servicios de mesa inmaculados, en las velas. Hasta había un mantel blanco.

—Claro que no —respondió—. Solo habrá tres platos y no tenemos cucharita aparte para el postre.

—Ay, Jorgen —dije mientras mi fachada se derretía—. Por favor, dime que no te has leído las normas sobre cómo servir una cena.

—Claro que no. Lo aprendí de mi profesor particular. Sé poner la mesa para una comida formal desde que tenía siete años.

Qué atento era, qué… bueno, qué maravilloso. Me costaba esfuerzo mantener mi actitud cínica. Huía de él como una rata de la luz. «Muy bien —me dije—. Fingiré. Aunque sea solo durante esta cena… fingiré que todo puede resolverse».

De pronto me sentí… bien otra vez. Casi seguro que era una ilusión, pero en ese momento estaba convencida de que aquel era mi lugar. Aunque había muchas cosas que fallaban, que posiblemente ya no tenían arreglo… él era lo correcto, *nosotros* éramos lo correcto.

Me senté en la silla que Jorgen había preparado para mí. Entonces agarré el cuchillo cerrando el puño, descargué el mango contra la mesa y dije:

—Apruebo esta ofrenda.

Jorgen puso los ojos en blanco mientras sacaba el primer plato, que era una ensalada de verdad, sin nada de algas.

—Escucha —le dije—, tú sacas tu forma de hacer las cosas de tus libros. Yo saco la mía de los míos.

—He intentado encontrar esos libros —respondió—. Me leí un buen trozo de una novela de Conan mientras no estabas.

—¿Ah, sí? —dije, derritiéndome un poco más—. Oooh…

—No salía casi nada de lo que citas siempre.

—A la yaya le gustaba embellecer las cosas —expliqué—. Y yo aprendí también a hacerlo un poco… bueno, un mucho, por mi cuenta.

Dejé el cuchillo y ataqué la ensalada. Siempre me había encantado cómo reaccionaba una ensalada crujiente a que la apuñalara una y otra vez con el tenedor. Reconozco que también exageraba el movimiento porque sabía que Jorgen lo encontraba gracioso. Le gustaba bromear sobre mi forma de hacerlo todo, desde pilotar hasta comerme una ensalada, con entusiasmo.

—¿Piensas alguna vez en cómo sería la vida sin esto? —preguntó—. Sin la guerra, sin el ejército. ¿En cómo sería nuestra vida si hubiéramos nacido en otra época?

—Antes pensaba que sería aburrida —dije.

Le di la vuelta al tenedor y rematé la ensalada con un buen golpe de gracia. Estaba buenísima, mucho mejor que las algas, que tenían que secarse para imitar esa textura. Había hasta un poco de remolacha, que había comido por última vez en la ninguna-parte.

La de la ensalada me gustó, aunque recordaba que allí había reaccionado de otro modo. Los días que pasé en la ninguna-parte, hacía solo dos semanas, empezaban a adquirir un aire onírico. ¿De verdad fui yo quien corrió esas aventuras en una tierra donde el tiempo apenas importaba?

—¿Antes? —preguntó Jorgen, devolviendo mi atención a la cena—. ¿Ya no piensas igual? ¿No te aburriría una vida sin combates? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Visión Estelar —dije—. Allí vi a personas llevando vidas reales, Jorgen. Eran nuestros enemigos, pero también eran solo gente normal. Creando familias. Viviendo. Comprendí que quien tenía mal la cabeza era yo, no ellos. Ahora una vida sin la guerra me suena maravillosa. Aún podría volar; eso no cambiaría. Podría hacerlo todo el día, para no desentrenarme, y luego volvería a casa de noche y tú te habrías dedicado a hacer algo jorgenesco. Buscar faltas de ortografía en manuales de operaciones o lo que sea.

—Venga ya —respondió él—. El problema no son las faltas de ortografía. Ya casi ni las señalo cuando las encuentro. El problema es que las regulaciones estén desordenadas o que tengan el número mal puesto, porque pueden provocar desbarajustes en el mando.

Se apoyó en el codo, sonriéndome, y de pronto se ruborizó y bajó la mirada a su plato.

«Acabo de sugerir que viviríamos juntos», comprendí. Qué extraña era nuestra relación. Posiblemente, porque se interrumpía cada dos por tres cuando me largaba por ahí. A veces daba la impresión de que siempre habíamos estado juntos. Otras veces, bastaba con mencionar nuestra situación para que nos sonrojáramos como colegiales.

—Eh —le dije—, querías que fingiéramos que todo puede ir bien, ¿no? Vale, pues ¿por qué no fingimos también otra cosa? Que esto no es complicado. Que no pasa nada. Seamos lo que seamos, no pasa nada, Jorgen.

—Trato hecho —aceptó.

Destapó una bandeja para revelar el siguiente plato.

Bistec.

Había encontrado *bistec* para nuestra cena.

Había leído sobre él. Como piloto, alguna vez había probado el cerdo, aunque las proteínas disponibles en la escuela de vuelo eran sobre todo de pollo o soja. Estaba muy familiarizada con el sabor de la rata. Pero jamás me había comido un verdadero filete de ternera.

—¡Tirda! —exclamé—. ¿Cuánto han costado?

—Has salvado el planeta entero —dijo Jorgen—. Dos veces. ¿Qué más da cuánto costaran?

—¿De dónde los has sacado?

—En Orilla Perpetua tienen vacas —dijo él—. Siempre había querido probarla.

Apreté con el cuchillo el pedazo marrón de carne y luego lo corté. Y tirda, sangró.

—¡No está hecho!

—Los cocineros kitsen dicen que hay que servirlo así —respondió—. Han… insistido mucho al respecto.

Qué cosas. Probé un bocado y me sorprendió encontrarlo blando. En mi mente el bistec era una comida de guerreros, pero estaba acostumbrada a que la carne fuese dura y correosa. Era lo que pensaba que debería comer una guerrera, no aquella carne maleable como un almohadón que se derretía en la boca.

Pero no dije nada, porque era evidente que Jorgen se había esforzado mucho en aquella cena. Aparté mis preocupaciones de momento, moví mi silla de lado por la mesa y me acerqué el plato al lado del suyo. Quería sentarme junto a él, no tan lejos como estábamos.

Sentarnos así de cerca nos dificultó cortar los filetes, pero no me aparté. Había conquistado esa colina en particular y la defendería hasta mi último aliento. En esos momentos quería estar a su lado, fuese incómodo o no.

Jorgen me miró y entonces se puso a cortar su filete en un montón de trocitos. Me pareció raro hasta que vi que dejaba el cuchillo y se ponía a comer solo con el tenedor, lo que le permitió rodearme con el otro brazo. Su calor, sus músculos, apretados contra los míos. Incómodo, sí. Era más complicado comer así, pero no lo cambiaría por nada del mundo.

—Esto es lo más romántico que he hecho en la vida —le dije.

—Y yo —respondió él. Entonces hizo una mueca—. Tampoco es que haya mucha competencia, claro.

—Ah, venga ya. —Me apoyé en su pecho, olvidando la cena—. ¿Que te atacara en la escuela de vuelo no fue romántico?

—Lo superó por poco —dijo él— aquella vez que me obligaste a saltarme el protocolo y ayudarte a robar una matriz de energía para M-Bot.

—Por lo menos, que me apareciera como fantasma en tu cuarto de baño fue romántico, ¿verdad?

—¿Por qué en todos estos ejemplos salgo avergonzado, humillado o intimidado?

Me apreté más contra él, casi tirándolo de su silla al empujar mi cuerpo contra el suyo.

—¿Y esto? ¿Esto te avergüenza, te humilla o te intimida?

—No lo sé —dijo Jorgen—. Pero sea lo que sea… me apetece un poco más.

Sonreí, preguntándome qué vendría a continuación. ¿Esa era la parte en la que me hacía volar? Nunca había entendido esa expresión. El único momento en que quería tener los pies separados del suelo era si estaba desangrándome y Jorgen me llevaba en románticas volandas al médico militar. Renuncié a intentar desplazarme más y más cerca y me subí encima de él, en su regazo, encarada, con mis manos en sus hombros, la cabeza al nivel de la suya y las narices casi tocándose.

Casi con timidez, me rodeó con los brazos. Y quizá entonces alcancé a apreciar el atractivo de que me «hicieran volar». Apretó más fuerte. Me hizo sentir segura, porque, fuese lo que fuese que nos arrojara encima la vida, uno de los dos podría arreglarlo. O bien yo le dispararía en la cabeza, o bien él envolvería el problema en normas y regulaciones hasta que no supiese ni quién era. Y entonces yo le dispararía en la cabeza.

Me noté incomodísima. ¿Aquello era seductor? A mí me parecía vergonzoso. ¿Por qué la gente en las historias no se avergonzaba nunca? Pero, al mismo tiempo, me encantaba.

Y por las estrellas que, si pudiera haber congelado un momento, habría elegido ese. Sobre todo cuando, haciendo acopio de valor, me incliné hacia delante y besé a Jorgen. Un beso de verdad, como los que siempre había querido e imaginado. No uno rápido en el comedor. Un beso profundo, largo, una fusión de dos seres, de nuestro aliento, nuestro calor, nuestras mismas almas.

Separé los labios y sonreí. Él carraspeó.

—Hum… ¿Y qué hacemos ahora? —preguntó—. No me… Hum, quiero decir…

—¿Un pelín rápido? —dije.

—Un pelín —reconoció él.

—Podemos quedarnos sentados así —dije—. Un poquito más, antes de terminarnos la cena.

Sonrió.

—Siento lo raro que he estado estos días.

—¿Lo raro que has estado tú? —repuse desde su regazo—. Jorgen, la que tiene un zapador montado a caballito en el alma soy yo.

—Ya, pero esas cosas son las que se esperan de ti.

—¿Ah, sí?

—Claro. Que hagas cosas inesperadas e increíbles viene a ser tu principal característica. Se supone que yo soy la persona directa y estable.

Hizo una mueca, con las manos aún en mi cintura, los dedos envolviéndome hacia la espalda, los pulgares delante frotándome las costillas, subiendo ociosos, haciendo crecer el rubor en mis mejillas.

«Por favor, que esto dure».

Pero no podía durar. Porque era demasiado difícil seguir fingiendo que era buena para él. Que no reventaría todo aquello y le haría daño, convirtiendo sus sentimientos en el daño colateral de mi inevitable implosión. Jorgen me había pedido que fingiera durante la cena, y eso había hecho. Pero esa ya no era mi realidad, ya no. No como el arma en la que me había transformado.

En el instante en que la realidad se impuso de nuevo, no pude evitar recordar lo que había hecho en Luna. El escaso control que había mostrado. Lo probable que era que le hiciera daño.

Mi alma se puso a vibrar al pensarlo. Al pensar en lo que pasaría si, en vez de teleportar objetos aleatorios que tuviera cerca, empezase a teleportar *personas*.

Y además de eso, Jorgen parecía muy ocupado con sus obligaciones. No quería presionarlo más. No estaba segura de que yo misma quisiera llegar más lejos.

Así que me levanté de su regazo y volví a la silla, a su lado. Él me rodeó con un brazo y se echó de lado hacia mí, suspirando. Y aquello parecía menos incómodo. Me acurruqué contra él. Como una babosa en su cabestrillo. Portababosas. Lo que fuese.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —susurró al cabo de un rato—. ¿Te das cuenta de que el universo entero depende de la decisión que tome? No sé qué hacer. ¿Por qué todo el mundo cree que voy a saber qué hacer?

—Porque —dije, dándole un codazo en el costado— estoy bastante segura de que, entre toda la gente de la FDD, tú eres el único que de verdad se ha leído toda la normativa y el manual de procedimiento.

—Sé que estás de broma, pero no deberías decir esas cosas. Los nuevos reclutas pensarán que no pasa nada por saltarse el manual.

Tirda, Jorgen estaba convencido de que todos nos lo habíamos leído, ¿verdad? No le dije nada. Se moriría de vergüenza si supiera la verdad. Pero Jorgen, mi adorado Jorgen, estaba perdido en sus cavilaciones. Tendía a ponerse así. Unos momentos antes ni se había dado cuenta de lo que tenía literalmente entre manos.

Quizá con buen motivo. Era normal que estuviese distraído.

—Si tomo la decisión errónea —susurró—, morirá muchísima gente.

Qué tenso estaba. Jorgen no necesitaba seducción. Necesitaba otra cosa. Similar, pero diferente.

—Ven —le dije, tirando de él para levantarlo.

Hice que se sentara en el suelo, me puse detrás de él en su sofá y lo obligué a quitarse la chaqueta del uniforme. Nunca le había hecho un masaje a nadie, pero sí que me había liado a puñetazos con un montón de sacos de boxeo, así que supuse que algo de experiencia tenía.

Dio suaves gemidos mientras le amasaba los hombros.

—Qué bien —dijo—. Gracias.

—No había pensado en lo estresante que está siendo todo esto para ti —le dije.

—Tirda, ya lo creo —respondió—. Ya era bastante espantoso teniendo que preocuparme solo de nuestro escuadrón, pero es que ahora cada persona que perdemos es culpa mía, directa o indirectamente. Es un horror. Solo que…

Le ataqué los nudos de la espalda, aguardando.

—Solo que —prosiguió—, si no hago yo esto, lo hará otra persona. Y de un tiempo a esta parte, no estoy nada convencido de que ninguna sea capaz. Lo más raro de todo es que soy la persona más competente para ocupar el puesto, desde que Cobb lo dejó. Así que, si digo que no y luego otra persona hace que maten incluso a más gente, también sería culpa mía.

—Es una forma muy retorcida de verlo, Jorgen.

—Puede —admitió él—. Pero es la verdad. Renunciar al mando ahora sería cobardía, y no lo digo en plan tópico. Sería auténtica cobardía. Porque sé que puedo hacer el trabajo mejor que nadie, así que, si lo abandono, estaré obligando a alguien a tomar las decisiones difíciles. Seré muchas cosas, Spensa, pero no soy así. No soy alguien dispuesto a dejar que muera gente para evitar sentirme responsable.

—Lo entiendo —dije—. Esto… creo que de verdad lo entiendo.

—Lo sé. —Subió el brazo para apoyar la mano en la mía, que estaba sobre su hombro—. La gente cree que tú y yo somos muy distintos y le extraña que estemos juntos. No se dan cuenta de esto. Hay cosas que, por algún motivo, sé que solo tú entiendes.

Dejé que mi alma se extendiera citónicamente hacia la suya. Que vibrara contra él, dándole una sensación de calidez, transmitiéndole que de verdad lo entendía. Jorgen estaba afrontando el mismo momento que tuve yo, hacía

mucho tiempo en la cabina, cuando aprendí dónde estaba la verdadera línea entre la cobardía y el heroísmo.

Sentí que el zapador que llevaba dentro lo observaba todo. Que aprendía… y recordaba. Sí, aquello era lo que se sentía al estar vivo. Era lo que se sentía al conectar con alguien. Había tenido como consecuencia el dolor, pero era algo maravilloso.

Lo bastante maravilloso para que el dolor merezca la pena, le dije al zapador. *Eso es lo que los tuyos han olvidado. Yo a veces también me olvido. Por eso necesito a Jorgen. Para que me lo recuerde.*

Eso…, respondió Chet, *es lo que necesito recordar.*

El alma de Jorgen vibró también contra la mía y las contracturas de los hombros por fin empezaron a aliviarse. Estrellas, haría cualquier cosa por ayudarlo a llevar esa carga. Había estado tan centrada en mí misma que se me había pasado por completo lo que todo aquello le estaba haciendo a Jorgen. Puse todo mi empeño en el masaje y Jorgen dio un suspiro. Luego se estiró.

—Muy bien, te toca —dijo.

—Pero…

—Spensa, estoy *sintiendo* la tensión que tienes. No puedes enseñarme tu alma y pensar que puedes mentirme. Además, soy muy consciente de lo difíciles que han sido para ti estos últimos meses.

Maldición. Bueno, supuse que tenía razón. Mejor dejarme. Bajé del sofá, me quité la chaqueta del uniforme y me dejé caer al suelo delante de él.

—Venga, dale caña —dije—. No te cortes.

—Ni se me ocurriría —respondió con una risita, y empezó a masajearme la espalda.

Tras un momento de molestia por el sujetador, eché los brazos atrás y me lo desabroché. Jorgen titubeó.

—¿Eso… es una señal? —preguntó.

—Jorgen, hemos dejado atrás todas las señales. Hace un minuto estaba en tu regazo. Pero ahora mismo, me has prometido un masaje en la espalda y eso es justo lo que quiero, por favor.

Soltó otra risita, aunque esa tenía un matiz incómodo, y se inclinó para seguir amasándome la espalda a través de la fina tela de la camisa de vestir. Y tirda, qué bien sentaba. Hasta entonces había mantenido una política no oficial en mi vida de «nadie toca a Spensa sin recibir un puñetazo». Puede que hubiera estado un poco… crispada sobre el asunto.

Pero aquello era tan cálido, sus manos tan complacientes… Cada vez que pasaban a otra parte de mi espalda me hormigueaba la piel y una nueva oleada

de placer me recorría el cuerpo entero. Sí, desde luego tenía que revisar un poco la política de no-tocar, añadirle una excepción para Jorgen. Lo mejor de todo fue que aquello no me daba una sensación incómoda. Ni siquiera me daba vergüenza.

A lo mejor no tenemos por qué ser solo un arma, pensó Chet. *Veo lo importante que es esto. Lo importante que es tener alguien a quien regresar.*

Quise estar de acuerdo. De verdad que sí. Pero una parte de mí se negó, preocupada por las cosas que había estado haciendo últimamente.

No quiero ser un monstruo, Spensa, añadió Chet. *Ninguno de nosotros queríamos ser monstruos. Los zapadores solo buscábamos escondernos del dolor. Y eso hizo que olvidáramos cómo amar, cómo mostrar empatía. No cometas el mismo error.*

No quería afrontar eso, así que seguí disfrutando del masaje hasta que sonó la alarma de Jorgen. Entreabrí un ojo y miré el reloj.

—Solo has reservado una hora para la cena, ¿verdad? —pregunté.

—Hum… sí —reconoció.

—¿Y lo siguiente es…?

—Tengo media hora para preparar la reunión de planificación, en la que repasaremos el ataque coordinado de mañana.

—Genial —dije—. Pues haz eso. Siempre que no necesites las manos. Sigue con el masaje.

Se rio. Pero sabía que la demora empezaría a reconcomerlo. Así que dejé que me diera unas pasadas más por la espalda y entonces suspiré y me enderecé, me metí las manos por debajo de la camisa y trasteé con el sujetador hasta abrocharlo.

—¿Lo dejamos para más adelante? —me dijo—. Cuando esto esté hecho. Interpretaré mejor las señales. —Vaciló un momento y sonrió—. No podrías escribirme un manual o algo, ¿verdad?

Le devolví la sonrisa mientras me sentaba en el sofá.

—Me lo pienso. Eso puede esperar. Pero Jorgen, que estés torturándote así no puede esperar. Tendríamos que hablar de ello.

—No sé qué más hay que decir —respondió, trayéndome el bistec olvidado—. He aceptado la carga. Haré lo que deba hacerse.

Me puse a comerme la carne que quedaba. Necesitaba la proteína y no estaría bien desperdiciarla. Traté de no pensar en lo mucho que había sonado como yo al decir aquello. Tirda.

—Estoy al tanto —añadió Jorgen entre bocados, aún de pie— de lo que dicen los demás. Temen que nuestros ataques hagan daño a personal civil.

Me quedé callada, limitándome a masticar.

—El caso —prosiguió— es que el instinto me dice que tenemos que atacar de la manera más efectiva posible. Estamos en la cuerda floja, Spensa, equilibrados por los pelos. Necesitamos toda ventaja que podamos obtener.

»Si doy orden de que el equipo se concentre en algo aparte de hacer el trabajo, no serán unas pocas vidas las que se pierdan: podrían ser millones. Podría significar que Winzik sea capaz de exterminar a cualquiera que no esté de acuerdo con él. Podría significar la esclavitud o la aniquilación para todos nuestros aliados.

»Teniendo eso en cuenta, ¿hay algún margen para la clemencia? No voy a ordenar ataques sobre objetivos civiles, pero esos centros de suministros… colaboran activamente con el esfuerzo bélico, y de verdad tenemos que eliminarlos. —Fijó la mirada en su plato, en la sangre que había dejado su filete—. Eso implica hacer daño a gente que, sin la menor duda, no lo merece. Llevaré esa carga. Alguien tiene que hacerlo.

Tirda, aquello lo estaba destrozando. Lo sentí vibrando de su alma a la mía. Su angustia hizo que mis sentidos citónicos empezaran a descontrolarse otra vez, y el tenedor desapareció de entre mis dedos.

Recobré el control por la fuerza. Aquello era *difícil*. No podía hacer caso omiso a mis emociones, a lo que quería. No podía ser solo un arma. Pero a la vez, tenía que encontrar la forma de ayudar a Jorgen con esa carga. ¿Había alguna manera de protegerlo, de echarle una mano?

Se destacó una idea.

—Jorgen —dije, para decidir si debería contársela o no—, tendríamos que ser liberadores. No imitar lo que los krells nos hicieron a nosotros.

—Lo sé —respondió—. Y en algún momento podremos permitirnos ese lujo. Cuando estemos a salvo y sepamos que la Supremacía no va a arrasarnos en cualquier momento. Podremos ser más… selectivos con nuestros ataques cuando llevemos las de ganar.

—¿Y las hiperbabosas? —pregunté.

—¿Qué pasa con ellas?

—Los trabajadores humanoides tienen cierta medida de responsabilidad por estar en esos centros de suministros —dije—. Saben que hay gente obligada a servir en la ninguna-parte extrayendo la piedra de pendiente. Así que atacar ahí tiene una justificación. Pero ¿y las babosas? Solo son prisioneras. Y son inteligentes, Jorgen. Puede que no piensen como nosotros, pero sabemos que son capaces de pensar. Son seres sapientes. No podemos

destruir sin miramientos los «inhibidores» enemigos sin reconocer lo que estamos haciendo.

—Suenas igualita que FM —dijo él, pero sonriendo. Así que supuse que era bueno sonar así—. Reconozco lo que estamos haciendo, Spensa. Pero ¿te has parado a estudiar esas guerras de las que siempre hablas? ¿Sabes que la mayoría de los conquistadores reclutaban por la fuerza, y mucho, en las poblaciones que tomaban? Las guerras siempre han estado repletas de gente que no quería participar.

Tenía razón. Eran las mismas justificaciones que yo misma había usado. Las babosas no eran muy distintas de los desafortunados soldados polacos obligados a luchar en el bando de sus opresores durante la Segunda Guerra Mundial, en la historia de la antigua Tierra. Y tirda, Jorgen lo había clavado. Si te enfrentabas a un pobre soldado que intentaba matarte, no podías darte el lujo de preguntarte si quería hacerlo. Estaba ahí, disparándote. Y nos gustara o no, esas babosas cautivas estaban justo en esa posición.

Si no las matábamos, estábamos arriesgándonos a que incluso más personas —o babosas— terminaran en la misma situación. Sentí la desazón de Jorgen por aquello. Emanaba de él mientras contemplaba su plato vacío.

Casi me marché entonces, mientras mi plan cuajaba. Pero tenía que intentar una cosa más.

—Por lo menos, no ataques el centro que tiene a los Costaderos al otro lado —le pedí—. Mis amigos lo tienen cerrado por completo.

Se lo pensó.

—Tus amigos son piratas —dijo—. Y exoficiales de la Supremacía. ¿Es correcto?

Asentí.

—Spensa, sé que confías en ellos, pero yo no puedo. Tendrán que hacer lo que más les convenga, y no se lo reprocharía. Si destruimos todas las demás instalaciones pero dejamos esa abierta, tus amigos podrán venderle la piedra a la Supremacía a un precio infladísimo. Ningún pirata se resistiría a eso. Lo siento. Tenemos que atacar ese centro también. Tus amigos del otro lado estarán a salvo, pero de este modo no tendrán la tentación.

Era el mismo argumento que había utilizado FM. Después de meditarlo un poco, me había convencido de que Palo jamás haría algo así, jamás me traicionaría. Pero el hecho de que hubiera tenido que pensármelo era una prueba más de que nunca podría convencer al resto. Era imposible que Jorgen lo aceptase. Comprendía el motivo, pero no dejaba de ser frustrante.

—Tengo que tomar la decisión que nos brinde la mejor probabilidad de supervivencia —dijo Jorgen, viendo mi expresión—. Lo que la Supremacía le ha hecho a la gente a la que obliga a combatirnos es horroroso, pero tengo que detenerlos para impedir que continúe sucediendo. Eso se lo debo a *nuestra* gente.

Asentí, aunque yo estaba tomando una decisión distinta. Existía una solución para aquello. Solo tenía que resolver yo el problema de Jorgen. El plan comenzó a madurar en mi cabeza. Arriesgado, pero prometedor. Por desgracia, incluía varios elementos que estaban fuera del control de Jorgen.

Supe en ese preciso instante que no podía contárselo. No podía involucrarlo. Jorgen lo consideraría demasiado arriesgado. Pero esa noche, mientras todos los demás planeaban y se preparaban, yo tendría mi propia misión secreta. Una misión que, si salía bien, llevaría a mucha menos pérdida de vidas en ambos bandos. E impediría que Jorgen tuviera que cargar con el peso de esas muertes.

Aún no estaba segura de poder impedir que aquella guerra me destruyese. Pero, con un poco de suerte, podría impedir que lo destruyera también a él.

12

Esa noche partí a mi misión secreta.

Añoro tener cuerpo, me envió M-Bot mientras me escabullía con Babosa Letal al hombro por los pasillos de la Plataforma Primaria. *Hasta el pequeño cuerpo de dron era divertido. Pero echo mucho de menos mi viejo cuerpo. Era una nave preciosa, ¿a que sí?*

—La mejor que he visto nunca —susurré—. La más maravillosa que he pilotado.

Y ahora es chatarra. Me entristece.

Chet se estremeció en mi interior.

No pasa nada por estar triste a veces, dijo M-Bot a Chet. *Forma parte de estar vivo.*

Chet respondió que estaba aprendiendo, pero que los zapadores no creían que aprender o cambiar fuera algo bueno. Ahí estaba el problema.

Traté de abstraerme de la conversación que estaba teniendo lugar entre mi alma y el espíritu de mi caza estelar muerto. Tirda, qué rara era mi vida. Al menos, moverme así a hurtadillas era más fácil desde que podía hipersaltar a voluntad. Oí que venía alguien por detrás, me metí en otro pasillo y apreté la espalda contra una fría pared de acero.

Antes de viajar a la ninguna-parte, había necesitado unas indicaciones mentales específicas para poder hipersaltar a un lugar concreto. Desde mi regreso, ya no era un problema. Sí, aún me hacían falta coordenadas o algún tipo de visualización para teleportarme, pero estaba aprendiendo a hacerlo casi todo por instinto.

No sabía si esa nueva capacidad se debía al zapador que había en mi alma o era resultado de la práctica, de la familiaridad con mis poderes que había obtenido a base de duro trabajo en la ninguna-parte.

Fuese cual fuese el motivo, pude echar un vistazo a la cubierta de vuelo desde donde estaba. La encontré vacía, ya que casi todo el mundo dormía, así que atravesé la pared que tenía a mi espalda y llegué directa a mi nave.

Era curioso que nuestras vidas siguieran marcadas por un ciclo de día y noche incluso sin una diferencia significativa entre ambos. Hasta la fecha había vivido en Detritus (un planeta desde el que no se veía el sol), en Visión Estelar (una plataforma en el espacio sin ninguna estrella cerca) y en la

ninguna-parte (donde el tiempo apenas transcurría). Y, sin embargo, consideraba que era «de noche». Todo el mundo lo hacía. Era algo intrínseco de la fisiología humana.

Empecé a preparar mi caza estelar para el vuelo. Podía hacerlo todo yo sola excepto abrir las compuertas del hangar, pero tenía pensado salir hipersaltando, así que no pasaba nada. Comprobé las lecturas externas de combustible, repasé dos veces el registro de mantenimiento, acerqué una escalerilla y subí para abrir la cubierta con la palanca externa de liberación manual.

Solo que había una persona sentada dentro. Y estaba *tejiendo*.

—¿Yaya? —dije, completamente pasmada.

Mi anciana abuela tenía cierto aspecto terrenal. Como una piedra obstinada, o un puñado de liquen viejo y duro que lleva siglos creciendo en el mismo sitio. Estaba oscuro en el hangar, pero eso le daba igual a una persona ciega como la yaya. Siempre había tenido una capacidad asombrosa para percibir el mundo a su alrededor de todos modos, señal de que sus poderes citónicos habían estado desarrollándose. Otra señal de lo mismo era el hecho de que, con toda probabilidad, había hipersaltado directa a la cabina de mi nave.

—Ah, Spensa —dijo—. Sí que has tardado. Tenías que comprobar que el caza está en condiciones de vuelo, supongo.

—¿Qué haces aquí, yaya? —le pregunté.

—Tejer.

Proyecté irritación hacia ella, lo que le provocó una risita.

—Nunca vienes a verme —dijo—. Las abuelas siempre decimos estas cosas. Como si no tuviéramos piernas y no pudiéramos ir nosotras a visitaros. Así que eso he hecho.

—¿Justo ahora, por pura casualidad?

—Te crees muy buena con tus poderes, ¿eh? —replicó la yaya—. Mírate, toda digna y adulta. Pues bueno, yo llevo escuchando las estrellas desde que era más joven que tú, niña. Y lo sé cuando mi nieta tiene un día duro.

Señaló el ovillo, indicándome que le soltara más lana.

—Día, dice —murmuré.

—Semana. Mes. Año. Vida. —La yaya señaló con más vigor—. Pásame de la azul. Me cuesta distinguir los colores cuando uso los poderes.

Suspiré, metí el brazo en la cabina y solté un poco de hilaza del ovillo.

—Así que te vas por tu cuenta —dijo—. Otra vez.

—Hasta ahora siempre me ha funcionado.

—Hasta ahora no podías elegir.

—Yaya, no tengo tiempo.

—¿No tienes tiempo para la familia? —preguntó—. Tu madre no te crio así, niña. Un poco más de lana, por favor.

Obedecí, conteniendo otro suspiro. La yaya estaría preparada cuando estuviese preparada. Solo esperaba que no me descubrieran en el tiempo que le costara decir lo que hubiese decidido que me hacía falta escuchar.

Siguió tejiendo sin más. Con una calma frustrante, haciendo chasquear las agujas.

—¿Cómo has sabido lo que iba a hacer? —pregunté por fin.

—Tengo un infiltrado dentro.

—¿Dentro de qué?

—De tu cabeza.

Lo siento, dijo M-Bot. *Pero has estado muy… presurizada últimamente, Spensa. Tuve que buscar consejo.*

Solté un leve gruñido.

¿Traicionada por mi propio corcel leal?

—Déjalo estar —dijo la yaya, dándome en los nudillos con los suyos—. Te entrené para ser una guerrera audaz, no una chihuahua.

—¿Qué es una chihucomosediga?

¡Ah, es un tipo de perro!, exclamó M-Bot. *¡Pequeño, pero también muy grande por dentro! ¡Como yo! Ah… hum. A lo mejor no quieres que hable ahora mismo. Lo percibo. Casi que mejor vuelvo a esconderme aquí…*

La yaya siguió tejiendo. Por lo visto, no iba a moverse de ahí a menos que yo empezara a hablar.

—Necesito hacer esto —le dije—. Tengo un plan, y va a funcionar. Y le ahorrará a Jorgen tener que ordenarle a todo el mundo que haga algo peor.

—Es un chico muy majo —comentó la yaya—. Te conviene, como una buena piedra pómez al equilibrio de una espada. Además, le sale un pan bastante sabroso. Sabe seguir instrucciones mejor que cierta otra persona.

—Mi misión lo ayudará a él y a todos nosotros.

—Bueno —dijo la yaya—, no dudo de tu corazón, nieta. Ni de lo que has logrado. No hay nadie a quien preferiría confiarle nuestra seguridad.

—Estupendo —respondí—. Entonces, ¿por qué me impides que lo haga?

—Es solo que me gusta estar en una cabina.

—Yaya…

Sonrió a su manera taimada, sin dejar de tejer.

—¿Qué va a ser eso, por cierto? —le pregunté.

—Un cubreasiento —dijo ella—. Las naves estelares son muy frías y funcionales. Les falta un poco de comodidad. Con florecitas.

—¿Al menos tienes alguna historia que quieras obligarme a escuchar?

—Qué va —contestó la yaya—. Te las sabes todas.

—¿Seguro? —pregunté—. Esperaba que hubiera alguna en la que la heroína asa a su «corcel leal» y se lo come en reprimenda por ser un bocazas.

Eso me valió otro azote en el dorso de la mano. No doloroso, pero sí mordaz.

—Siempre hay que tratar con respeto a tu montura —afirmó la yaya—. Aunque sea un bocazas. El corcel de una caballera está ahí para ayudarla en su mayor momento de debilidad.

—Vale —dije—. Pero, si no vas a contarme una historia y estamos de acuerdo en que esto es lo mejor que puedo hacer, ¿por qué sigues ocupando mi asiento?

La yaya sonrió y alzó la barbilla, cerrando sus ojos blancos como la leche.

—¿Aún dedicas tiempo a escuchar las estrellas, como te enseñé?

—En los últimos tiempos no hay nada que escuchar —protesté—. Ya no tenemos en órbita a los krells intentando combatirnos. Lo único que oía por aquel entonces eran sus comunicaciones citónicas, de todos modos.

La yaya se quedó sentada en la cabina, con el mentón hacia arriba, los ojos cerrados. Así que, con un suspiro exagerado, hice lo que me había enseñado. Cerré también los ojos y me abrí a los sonidos del cielo. Me resultó muchísimo más fácil que antes. Las cosas que me costaban esfuerzo en los viejos tiempos, como activar mis sentidos citónicos o extenderlos como si fueran un juego nuevo de brazos, habían pasado a ser una segunda naturaleza para mí.

El cielo estaba en silencio ese día. Procurábamos limitar nuestras comunicaciones citónicas. Era imposible transmitir códigos y mensajes cifrados por medio de la citónica, o como mínimo eran fáciles de desentrañar. Porque en la ninguna-parte las barreras lingüísticas no significaban nada, ya que la comunicación funcionaba mediante impresiones. Por tanto, alguien con poderes citónicos podía descifrar cualquier código. Intuía el significado de tu mensaje.

Con los kitsen en nuestro bando, era posible que tuviéramos a más citónicos que la Supremacía. El enemigo había pasado siglos reprimiendo esas capacidades, ya que eran una amenaza para su poder basado en las babosas. Pero también tenían a unos cuantos citónicos, por lo que debíamos

estar sobre aviso de que cualquier cosa que nos enviáramos entre nosotros podía interceptarse en teoría.

La versión breve de todo eso era: estrellas silenciosas. Un inmenso vacío.

—No oigo nada —dije.

—No me refiero a esas estrellas, niña —respondió la yaya—. Me refiero a las de aquí abajo. Escucha.

¿Las de aquí abajo? ¿Qué quería decir? Sentí un tirón en mis sentidos, como si la yaya estuviera redirigiéndolos suavemente con los suyos. Mis pensamientos se expandieron y, al instante, vi todas las cosas que había pasado por alto al concentrarme en el cielo.

Cosas no. Personas. Miles de mentes rodeándome. Brillantes y entusiastas como fogonazos, cada cual ardiendo con sus propias pasiones, historias, ideas. Algunas resplandecían más a mis sentidos, no porque estuvieran más vivas, sino porque eran las de otros citónicos.

Podía percibirlos a *todos*, si buscaba. Y también a todos los taynix, a las babosas de múltiples variedades. El cielo estaba desierto, pero la plataforma y el planeta de debajo eran una pira de las almas y las mentes de sus ocupantes. Era hermoso.

Chet saltó al sentirlo. Aquello era… era lo que le mostré en Visión Estelar. Era lo que lo había enviado a la ninguna-parte para convertirse en Chet. Esa simple revelación, el conocimiento de que todos esos puntos de luz que antes encontraba tan molestos estaban vivos, lo había cambiado todo.

Fue doloroso, pensó la parte de mí que también era él. *Porque había olvidado ese hecho a propósito. No quería saber que los puntos de luz estaban vivos. Quería que representaran el dolor, porque eso me apartaría de ellos. Me mantendría a salvo de recordar la verdad, que era un suplicio incluso mayor.*

Al olvidar deliberadamente todo su dolor, al buscar un lugar fuera del tiempo y la realidad normal, su gente se había convertido en los zapadores. Incognoscibles. Por designio.

No, objetó esa parte de mí. *No incognoscibles del todo. Tú y yo somos la prueba de eso.*

—¿La sientes? —preguntó la yaya—. ¿A la gente que protegemos? Nuestras familias, y sus familias, y sus seres queridos. Una constelación vasta y grandiosa.

—La siento —confirmé.

—Somos el pueblo de los motores —dijo ella—, el clan Makinkaps. En tiempos, movíamos la *Desafiante*, la nave que era nuestro hogar. Ahora

vivimos aquí, pero nuestro deber es el mismo. Mantenerlos a salvo. Ser los motores.

—¿Cómo mantiene a salvo a alguien un motor? —pregunté—. Yo aún pienso que preferiría ser el destructor de la nave.

La yaya soltó una risita, quizá porque le dije más o menos lo mismo de niña, cuando me habló por primera vez de nuestro acervo a bordo de la *Desafiante*.

—¿Cuán útil es un arma que no puede moverse? —repuso ella—. ¿Cuánto tiempo durará un ejército si sus soldados están atascados en un sitio? La espada solo cumple su función si el cuerpo que la empuña es ágil, diestro, veloz. Cuando nuestra gente necesitó seguridad, nosotros la llevamos a ella. Cuando llegó la hora de luchar, nosotros les llevamos armas que blandir. Sin el clan Makinkaps, la *Desafiante* habría sido un pedazo de metal inerte flotando en un vacío infinito. Nosotros éramos su sangre, su vida. Lo mismo sucede contigo, aquí.

Asentí. Me parecía entenderlo.

—Quiero que recuerdes que formas parte de algo formidable —prosiguió la yaya—. Cuando vivíamos en la *Desafiante*, hasta a los niños les asignábamos graduación. No por ningún militarismo patriotero, sino para hacerles sentir que formaban parte de algo mayor. La tripulación de la nave éramos todos, sin importar la edad.

»E igual que una nave es inútil sin motor, ¿qué es el motor sin personas a las que trasladar y proteger? Actúas como una lanza solitaria, nieta mía. Pero una lanza siempre es más fuerte formando parte de una falange.

—Entonces, estás diciéndome…

—¿Dónde están tus amigos? ¿Por qué buscas afrontar tú sola esta misión?

—No puedo decírselo a Jorgen —respondí—. Está decidido a ser quien pague el precio emocional de todo esto.

—¿Y quieres pagarlo tú en su lugar?

—¿Esperarías otra cosa de mí? ¿No es para lo que me entrenaste?

No contestó a eso, pero sentí su preocupación. Sí, era lo que me había entrenado para hacer. En cierto modo, todo aquello era por ella, por las ideas que me había metido en la cabeza. Y la yaya lo sabía.

—Si no se lo dices a él —terminó respondiendo—, al menos deberías contárselo a los demás. A unos pocos. Spensa, mi niña, no cargues tú con todo. Deja que el resto tenga un poquito de gloria.

No era la gloria lo que me interesaba, pero capté el sentido que había tras sus palabras. Lo preocupada que estaba de que su nieta intentase abarcar

demasiado, como un barco empecinado en usar una carga de pólvora para disparar veintiún cañones. Temía que, con lo decidida que estaba, me lanzara a actuar sin la sabiduría que podían ofrecer mis amigos. Sobre todo, no quería que estuviera sola.

Contuve mis emociones, esperando no revelarle demasiado. Porque la yaya tenía toda la razón del mundo: no *debía* hacer aquello sola. Debería tener al menos a otra persona que me metiera en cintura. Que me advirtiera si hacía locuras. Que me cubriera las espaldas.

Justo en eso había consistido el Escuadrón Cielo. En él había encontrado una familia. Un lugar. Y, aunque había aprendido muchas cosas maravillosas durante mi estancia en Visión Estelar y en la ninguna-parte, quizá en ocasiones también había aprendido las lecciones incorrectas.

—Si voy a buscar un poco de ayuda —dije—, ¿te levantarás de mi asiento y me dejarás continuar?

—Ah, ¿estoy en tu asiento? —preguntó la yaya—. Lo siento, querida. Soy una mujer vieja y ciega, y a veces me desoriento.

—Yaya, eres el terremoto más tozudo que conozco. No me vengas con esas.

Se rio.

—Solo intento que veas cómo se sienten los demás cuando tratan contigo, querida. Es lo menos que puedo hacer, teniendo en cuenta los genes que te transmití. Ve a hacer lo que con tanta sabiduría has propuesto. Cuando vuelvas, ya no estaré.

—Bien.

Comencé a bajar por la escalerilla, pero me detuve, buscando las palabras.

—De nada —dijo la yaya tras un silencio—. Sé valiente. Haz lo que te enseñé. Pero nunca sientas que debes hacerlo sola.

Asentí y me marché hipersaltando… para materializarme delante de las habitaciones de Kimmalyn.

13

Kimmalyn insistió en que nos lleváramos a Arturo.

—Dos son improvisación —me explicó—, pero la Santa decía que tres son un grupo.

—¿La Santa tocaba música? —pregunté, escéptica.

—Era muy moderna —dijo Kimmalyn—. Necesitamos a Arturo. Planees lo que planees, me quedaré más tranquila si somos tres.

—Bien —respondí, y nos llevé hipersaltando a la puerta de Arturo.

Se apuntó, por supuesto. Arturo aborrecía que lo excluyeran, y no era ni de lejos tan fanático de las normas como Jorgen. Pero entonces él insistió en que nos lleváramos a Alanik.

—No es humana —explicó—. Ve las cosas de forma distinta y aportará una perspectiva única. Además, no le dará miedo cometer insubordinación conspirativa. No pertenece a nuestra estructura militar.

Apreté los dientes, pero los demás asintieron con ansia.

—Vaaale.

Alanik abrió la puerta y nos encontró a los tres amontonados fuera, cada uno con una babosa en brazos. La alienígena asimiló lo que veía y dijo:

—¿Esto es una novatada? He leído sobre las novatadas en algunos textos de historia humana. No estoy interesada.

—No es una novatada, Alanik —le prometió Arturo—. Nos vamos de misión secreta.

—¿Sin FM? —señaló—. Entonces supongo que Caracapullo tampoco sabe nada al respecto, ¿verdad?

—Es muy muy secreta —confirmó Kimmalyn—. Tan secreta que no vamos a contársela al Alto Mando. Vamos a… hacer un poco como si no estuviera.

—¿Otra vez? —preguntó Alanik—. ¿Estas cosas son muy habituales en vuestro ejército? ¿Salir por vuestra cuenta, saltaros el protocolo, evitar las estructuras directas de mando?

—¿Para nosotros? —dije—. Sí, más o menos.

—Tú también te fuiste por tu cuenta —le recordó Arturo.

—Era importante hacerlo.

—Bueno, entonces lo comprendes —dijo Kimmalyn—. Nadie obedece mejor que quienes obedecen a su propia conciencia.

—Muy bien —aceptó ella—. Dejad que me vista. Nos vemos en la cubierta de vuelo.

—¿No quieres saber cuál es la misión? —le pregunté.

—Alguien acabará diciéndomelo —respondió Alanik—. De momento, sobre todo me despierta curiosidad que me hayáis invitado. Me han hablado tanto de tus hazañas, Peonza, que aprecio tener otra oportunidad de presenciarlas de cerca.

Genial. Deseé haberme plantado después de Kimmalyn, pero ya era demasiado tarde. Fui yo sola a recoger a Hesho, que aceptó unirse al instante, y luego hipersalté de vuelta para llevar también al resto al hangar. Cuando terminamos de hacer las comprobaciones previas, Alanik ya había llegado. Mientras ascendíamos y conectábamos las naves mediante lanzas de luz, vi que una ingeniera entraba en la cubierta, quizá para comprobar a qué venía tanto escándalo. La mujer nos vio, dio media vuelta y cerró la puerta con una evidente actitud de «no es asunto mío».

Me lo tomé como mi pie para actuar y nos teleporté a uno de los objetivos que se suponía que íbamos a atacar por la mañana. Era un centro de abastecimiento llamado Harkil que, según los datos robados, estaba conectado a Fuerteseguro, la instalación minera de la ninguna-parte que desde hacía un tiempo controlaban mis amigos.

Aparecimos en un planeta.

Un planeta con todas las de la ley, un planeta de verdad. En el que los primeros rayos del alba pintaban la extensión de plantas que fluía bajo nuestras naves de un brillante oro mientras surcábamos el aire ciento cincuenta metros por encima de la superficie.

Tal vez no debería haberme emocionado tanto. Estaba en medio de una misión peligrosa y no autorizada. Además, en teoría ya había estado en planetas. Detritus lo era. Orilla Perpetua también.

Pero había desarrollado el gusto por unas vistas como aquellas. Un terreno cubierto de malezas y artemisa marrón. Una pradera. Tirda, era precioso.

Descendimos para mantenernos por debajo del alcance de radar, aunque la Supremacía contaba con escáneres mucho más avanzados que detectarían nuestra aproximación a cualquier altura. Nos había transportado a cierta distancia a propósito por ese preciso motivo. Aquello no era un asalto. Era algo mucho más furtivo. No por primera vez, deseé tener de nuevo la vieja nave de M-Bot. Mi Poco, aunque era excelente y le habían incorporado

algunos añadidos desarrollados utilizando la tecnología de M-Bot, no estaba a la altura, sin más.

Oooh, me envió él. *Pero qué mona eres.*

Seguimos volando a ras de suelo, casi rozando las hierbas ondeantes. Sí, la vegetación estaba un poco enmarañada, como mi pelo a primera hora después de dormir en la cabina de M-Bot. Y era sobre todo marrón, como si allí no lloviera lo suficiente. Pero nada de eso importaba. Era real, y eso la hacía maravillosa.

Caí en la cuenta, mientras avanzábamos, de que había empezado a considerar los paisajes que visité en la ninguna-parte como… un poco demasiado perfectos. Como dioramas. Encapsulamientos idealizados de biomas de la alguna-parte, extirpados y puestos a flotar en un océano invisible.

En cambio, allí había algo indiscutiblemente real. Y estábamos volando hacia el amanecer. Un auténtico amanecer.

—Hesho —susurré—, ¿de verdad estoy viendo esto?

—Algunos filósofos postulan que toda experiencia es ilusoria —respondió él desde su asiento—. Que no podemos confiar en lo que vemos, dado que la percepción se nos entrega desde fuentes externas y no puede intuirse. —Me miró y sonrió—. A mí esas filosofías me resultan poco creíbles. Esto *es* real, Peonza. Lo que experimentas te pertenece para atesorarlo. Cada vista, una gema para tu colección personal, una luz cristalizada en tu mente, solidificada y capturada para tu eterna estima.

Tirda. Recomiendo con toda mi alma a quien vaya a volar con copiloto que escoja a un poeta guerrero. Hesho podía poner las palabras en sobrecarga igual que yo pulsaba un botón y hacía que mi nave volase más rápido.

—Muy bien, Peonza —dijo Arturo por el canal general de comunicación —. Estamos en un centro de suministros. ¿Cuál es la misión?

—Creía que el objetivo era atacarlos todos a la vez —añadió Alanik—, para no revelar a la Supremacía lo que estamos haciendo.

—Por eso vamos a hacer esto con sigilo —respondí—. La idea es minimizar las bajas en ambos bandos. Así que llegaremos a hurtadillas, liberaremos a su babosa inhibidora en secreto y nos apoderaremos de la instalación.

—Pero en el momento en que este centro deje de responder a las llamadas, sabrán que está pasando algo —indicó Alanik—. Aunque no vayan a venir hipersaltando para rescatar este lugar, alguien se dará cuenta de lo que

ha ocurrido y reforzarán los otros cuatro centros de suministros. Estaremos poniendo en peligro los otros ataques de todos modos.

—Esa parte la tengo controlada —le prometí.

—Pero… —empezó a decir ella.

—La tiene controlada, Alanik —interrumpió Arturo—. Peonza, ¿qué necesitas?

—Si estoy en lo cierto —les dije a todos—, esta base utilizará autorizaciones citónicas, como la que asaltamos ayer.

Cuna nos lo había explicado. La mayoría de los planetas y las ciudades tenían limitaciones muy estrictas a su capacidad de hipercomunicación. Había que enrutarlo todo a través de un núcleo central, de modo que el gobierno pudiera leerlo y analizarlo si le interesaba.

Las bases militares, en particular las importantes, disponían de sus propias hiperbabosas para identificar al instante las naves que llegaban, y para solicitar refuerzos también al instante si eran necesarios. Tras el éxito de nuestra incursión el día anterior, el código de autorización de Cuna ya no volvería a funcionar nunca.

Así que iba a probar con otra cosa. Al momento, Hesho resaltó en mi panel una llamada entrante, citónica. La capturé y traté de enviar una señal falsificada, indicando que éramos refuerzos por si ese centro sufría el ataque de naves rebeldes.

Tirda, esperé que funcionara.

Recibí una respuesta de lo más rara.

Esperanza.

Un repentino sentimiento exultante. Una impresión de dolor, y miedo, y de esperanza brillando a través de ellos. Me esforcé en interpretarla y oí un suave arrullo aflautado a mi izquierda. Babosa Letal, en su hamaca. Interceptando mi impresión citónica.

Solo entonces encajó todo. Aquella señal, igual que todas las señales superlumínicas de la Supremacía, estaba facilitada por una babosa de comunicación. Estaría en alguna parte de esa ciudad, atrapada en una caja diminuta. Obligada a someterse bajo amenazas de dolor, aislada en un recinto que le impedía escapar.

Las babosas tenían una resistencia increíble, lo cual actuaba en su contra. Podían dejarse encerradas en una caja, darles comida y agua de vez en cuando y sobrevivirían. Doloridas y apenadas.

Babosa Letal envió una sensación de apoyo a la mente de la otra babosa. Capté parte de ella, consistente en imágenes de caviar y unas cavernas

seguras. Setas en abundancia, otras babosas para hacerle compañía, pero sobre todo impresiones: protección, calidez, ausencia de miedo, paz.

Te rescataremos, envié a esa criatura sin nombre. *Ya llegamos. Pero nuestros enemigos no deben saberlo. Hazles llegar las siguientes mentiras.*

Oí a la babosa decir que éramos un escuadrón de apoyo compuesto por soldados de élite, enviado por Winzik para defender esta posición. No teníamos los códigos de verificación, pero la babosa sí y los proporcionó en mi nombre. Tirda. La fragilidad de la Supremacía no radicaba solo en su control restringido y en el secretismo sobre las babosas. Dependían por completo de un grupo de esclavos aterrorizados.

Iremos a recogerte, le prometí. *Gracias.*

La babosa me envió una impresión. Me equivocaba. No estaba en esta ciudad, sino en un lugar donde había miles y miles de otras babosas, todas encerradas. Prisioneras.

El núcleo de comunicaciones galácticas de la Supremacía. Las instalaciones a las que nos dirigíamos no tenían su propia babosa de comunicación, sino línea directa con una en el núcleo central, a la que podían acceder a voluntad. El trino que llegó proyectado a mi cerebro era triste.

No puedes salvarme, decía.

Lo intentaré, respondí. *Algún día*.

La babosa me envió una imagen de otros cuatro taynix que sí estaban retenidos en el centro de suministros. Dos babosas inhibidoras, por su aspecto, y dos hiperbabosas. Las imágenes venían acompañadas de una súplica:

Sálvalas a ellas. Eso sí que puedes hacerlo.

Lo haré, envié. *Y también te encontraré a ti. En algún momento. Te lo prometo.*

—Autorización concedida —dijo una voz por el comunicador, procedente del centro de suministros—. Menos mal que por fin recibimos apoyo del mando estratégico. Llevábamos meses solicitándolo. Pueden aterrizar en la plataforma tres y descansar un poco mientras organizo su alojamiento.

—Negativo a lo de descansar —contesté—. Lamento tirar de rango, pero venimos con un propósito muy específico. Hay un motivo por el que hemos aparecido sin avisar. No informe de nuestra presencia al resto de las instalaciones y preséntese en compañía de su oficial al mando para recibirnos. Entonces recibirán más instrucciones.

—Ah —dijo—. Hum, bien. De acuerdo. Eh… caray. Esto suena importante.

Sonreí mientras se interrumpía la comunicación. Esa era la otra gran debilidad de la Supremacía. Predicaban la no-agresividad con religioso fervor, sobre todo a sus inferiores y subordinados. Hasta sus instalaciones militares eran sorprendentemente poco militares. Y aquel lugar, un centro de abastecimiento, ni siquiera alcanzaría ese listón de disciplina tan bajo.

Era casi seguro que ganaríamos un combate contra ese grupo. Pero Winzik podía arrojarnos encima a los suficientes de aquellos pobres desgraciados como para suponer un peligro, así que ese día íbamos a hacerlo de otra manera.

—Un momento —dijo Kimmalyn por el canal general del escuadrón—, ¿lo he oído bien? ¿Van a dejarnos aterrizar y ya está?

—Peonza ha hecho algo —explicó Alanik—. Lo he sentido… citónicamente. No sé cómo, pero los ha engañado.

—Que ellos sepan —dije—, somos una fuerza de operaciones especiales enviada por Winzik. No os quitéis el casco e intentad parecer intimidantes. —Pensé un momento y seguí hablando—. Alanik, me alegro de que hayas venido. Cuando aterricemos, tú sí, quítate el casco. Es posible que sepan qué aspecto tenemos los humanos, y tú no lo eres. Quizá nos dé una capa adicional de protección. Ordénales que nos lleven a inspeccionar su inhibidor citónico.

—Entendido —respondió ella—. Esto… podría funcionar. Desde luego, es mejor que otra batalla en una ciudad.

Mientras hablaba, empezamos a ver las «instalaciones». Eran una ciudad de pleno derecho, como la anterior. Más industrializada, sin duda, pero incluso más grande que la que habíamos encontrado en la luna de la antigua Tierra. Seguimos las instrucciones digitales hacia la plataforma tres, dejando atrás enormes plantas de fabricación llenas de maquinaria. Donde debían de trabajar civiles a millares.

Sobrevolamos restaurantes, centros comerciales, *escuelas*. No era tan diferente de Visión Estelar, solo que allí vivían en un planeta y tenían más fábricas que edificios de oficinas. Pero eso me preocupó más si cabe, porque la mayoría de las personas que veíamos no eran diones ni miembros de las otras especies dirigentes de la Supremacía. Tenían la piel verde, con aspecto de caparazón. Parecían una mezcla entre reptil e insecto. Eran bípedos, con tendencia a llevar ropa gruesa, y tenían unos grandes ojos negros en la parte superior de la cabeza.

Aquellos no eran los privilegiados de la Supremacía. Eran trabajadores que, utilizando la piedra enviada a través de su portal, construían cazas

estelares. Jorgen, pobrecito mío, planeaba arrasar todo aquello sin miramientos. Y ni siquiera podía argumentarse que hiciera mal. Su trabajo era ganar la guerra, cosa que, a largo plazo, ayudaría a todo el mundo.

Pero yo no tenía por qué hacerlo. Yo podía pensar a una escala distinta. Bajé el visor del casco mientras aterrizábamos en el lugar indicado, desenganché el fusil de asalto y me eché la correa al hombro. Salí de la cabina y bajé al suelo de un salto para unirme a los demás, que estaban alineándose detrás de Alanik.

Había confiado en que los lugareños se atemorizaran al vernos. Pero tirda, los tres trabajadores que estaban esperándonos parecían al borde del infarto, haciendo chasquear sus dedos de insecto al menearlos adelante y atrás con evidente inquietud. Nos congregamos, armados con mortíferos fusiles de asalto, el casco puesto y el visor bajado sobre nuestros gruesos trajes de vuelo. Todos con una babosa en un cabestrillo cruzado a la espalda, algo que comprendí que encontrarían aún más terrorífico. No sabían que los taynix proporcionaban poderes citónicos: creían que eran unos letales seres venenosos.

En realidad saltaba a la vista que éramos humanos, exceptuando a Alanik y Hesho, que se unió a nosotros sobre su plataforma flotante, pero solo si una estaba acostumbrada a ver humanos. El visor solo nos cubría media cara. Aun así, sospeché que para los temerosos lugareños solo teníamos un aspecto alienígena. Y peligroso.

—¿Quién está al mando? —preguntó Alanik.

Uno de los seres de piel verde levantó una mano nerviosa.

—Excelente —dijo ella, avanzando a zancadas—. Soy la agente especial Lock. Necesito inspeccionar vuestro dispositivo de inhibición citónica.

—Hum… Sí, eh… señora —respondió el líder—. Pero…

Retrocedió un paso cuando Alanik se levantó el visor y lo miró con los ojos entornados. Tenía una buena mirada penetrante y estaba ciñéndose a mi plan, ejecutándolo a la perfección. Tal vez había sido un poco demasiado dura con ella antes. O sea… sí, estaba claro que me había pasado de dura con ella. Pero no todos los días descubres que la persona cuyo lugar habías ocupado terminó ocupando el tuyo a su vez.

—Por aquí —nos indicó el líder alienígena.

Los seguimos a él y a los otros trabajadores hasta una pequeña nave aerodeslizadora, que era más una plataforma flotante que una verdadera nave. Salió a las calles de la ciudad y los demás vehículos se apartaron a su paso.

—Hum, me alegro mucho de que hayan venido por fin —dijo el alienígena—. Creemos que el problema está en una insubordinación al otro lado. Sea el caso o no, hace dos semanas que no recibimos ningún envío. ¡La piedra de pendiente se nos ha agotado por completo! Ayer tuve que detener la producción.

Alanik me lanzó una mirada.

—Estamos al tanto de la insurrección al otro lado del portal —dije—. Son un grupo de piratas conocidos como los Costaderos.

—¡Sí! —exclamó él—. Nos traen de cabeza desde hace años. ¿Podrán resolverlo?

—Podremos —le respondió Alanik al verme asentir—. Pero antes, el inhibidor. Lo configuraremos de modo que nos facilite el trabajo.

Los alienígenas nos llevaron volando por una amplia calle. Hesho se aproximó en su pequeña plataforma, ascendiendo hacia mi cabeza.

—No me gusta sentirme tan pequeño —me dijo en voz baja mientras Alanik retenía la atención de los seres verdes.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, conteniéndome para no soltar ninguna ocurrencia sobre su tamaño.

—Cuántos pueblos existen —dijo él—. Cuánta variedad. Los kitsen queríamos salir de Orilla Perpetua y unirnos a la Supremacía. Me hice el fuerte delante de los demás porque así era mi vida, así me habían enseñado. Pero es difícil ser tan pequeño en un universo tan inmenso. En particular, cuando ya no gobiernas ninguna parte de él.

—¿Lo echas de menos? —Quería preguntárselo desde que regresamos a la alguna-parte—. ¿Ser emperador?

—Sí —susurró él—. Había pensado que no lo añoraría. Estaba seguro de que siempre iba a ser yo, gobernara o no. Qué ingenuo era, Spensa. No tengo la sensación de ser yo mismo sin el poder de dar órdenes a todo un pueblo. Pero es un poder que no debería ostentar. No, no debería. Ni yo ni nadie, ahora lo comprendo.

—No sé —dije—. A mí me parece que la cadena de mando militar tiene cierta elegancia.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Hesho—. Pues disfrutas mucho saltándotela. Parece que a todo el mundo le gusta tener una cadena de mando mientras no restrinja sus actos particulares. Eso es lo que aprendí sobre mí mismo. Creía en la monarquía; ¿cómo no iba a creer? Y ahora la echo de menos, pero solo por lo que he perdido. —Miró hacia mí.

»Esa es una verdad sobre la que la Supremacía estaba en lo cierto. Nos advirtieron de que otorgar demasiado poder a una persona nos llevaría a ser una civilización sin libertad. Es curioso que haya tenido que aprender esa lección de quienes no siguen sus propios consejos, de una sociedad en la que unos pocos utilizan su estimada democracia para oprimir a muchos.

Asentí, fascinada por sus ideas. ¿Cuántas veces se tenía ocasión de hablar con alguien que tuvo tanto poder y renunció a él?

—Eres un héroe, Hesho —dije—. Por lo que hiciste.

—Si fuese un héroe, no añoraría con tanta virulencia gobernar. ¿Qué es un don, si se concede tan a regañadientes? Dudo mucho que, de no haberme perdido y que me dieran por muerto, en algún momento hubiera renunciado al poder. Habría continuado en esa posición intermedia, jugando a mis jueguecitos. —Suspiró y luego alzó un puño peludo hacia mí—. Pero ahora soy un soldado. Marcharé siempre adelante. Estamos alejándonos mucho de nuestras naves. Alguien debería volver y prepararse para lanzar un rescate si esto se tuerce.

Asentí y Hesho regresó por donde veníamos. Sus ingenieros habían modificado los controles de mi caza Poco después de la incursión del día anterior y Hesho ya podía pilotarlo sin problemas desde sus controles más pequeños.

Los demás entramos en un enorme túnel de acero que descendía bajo la ciudad. Fui hacia la parte delantera del grupo para oír lo que decía el líder.

—Me imagino que querrán los dos.

Alanik puso cara de confusión. Antes de que abriera la boca, dije:

—Sí. Tengo entendido que recibieron otro inhibidor hace poco, ¿me equivoco?

—Ayer mismo —respondió él.

El enemigo había aprendido de nuestro ataque al almacén de datos. Allí, eliminar los inhibidores nos había proporcionado ventaja citónica. Estaban reforzando sus defensas. Esperé que fuese una ordenanza general, para todas las bases importantes. Porque de lo contrario, si solo estaban destinando recursos a los centros de suministro, significaría que Winzik sabía lo que planeábamos.

Por un momento me preocupé. Esa preocupación llevó a que mi alma vibrara mientras me invadían pensamientos de haber llevado a mis amigos a la muerte. Pero el bucle mental se interrumpió cuando el líder de los trabajadores detuvo la plataforma ante una puerta que impedía el paso al otro lado del gran túnel.

—Espero que hiciéramos bien —dijo—. Recibimos instrucciones de situarlo en el lugar más protegido y fortificado que tuviéramos. Este antiguo túnel minero parecía perfecto.

—Hicisteis bien —respondió Alanik mientras el alienígena hacía aterrizar la plataforma flotante.

Un asistente nos acompañó hasta la puerta cerrada, la abrió y nos indicó que entráramos.

Me obligué a controlar mis emociones y pasé la primera al otro lado.

Dentro estaba Brade.

14

De inmediato eché mano al fusil. Habíamos entrado en una pequeña sala de control con taquillas en ambas paredes y maquinaria industrial al fondo. Brade estaba de pie cerca de esas máquinas.

Apunté hacia ella.

Kimmalyn, a mi lado, movió el hombro para soltar la correa y miró alrededor con cara de pánico. Quizá se la pudiera considerar la menos peligrosa del grupo, por su carácter apacible. Pero era quien más naves había derribado de todo el escuadrón exceptuándome a mí.

Se llevó el fusil al hombro y activó la visión infrarroja en el visor de su casco. Bien pensado: estaba buscando marcas de calor, ya que no veía la amenaza.

Me quedé ahí de pie, con el corazón atronando.

—¿Qué pasa? —susurró Kimmalyn—. ¿Reducimos a los alienígenas?

Tenía los ojos clavados en Brade, que me miraba dando golpecitos con un pie en el suelo. Estaba apuntándole a la cabeza, pero me obligué a no disparar. Era una proyección. Tirda, era otra proyección citónica.

Brade era sutil a la hora de afectar mi mente. No me había dado cuenta de que su imagen no era real, pese a todo mi entrenamiento.

—No hace falta —respondí a Kimmalyn, bajando el fusil—. Pero el enemigo está observándome.

—Eso hago —dijo Brade, paseando por el fondo de la estancia, echándole un vistazo—. Estoy preparada para ti. La trampa va a saltar.

Me preparé, esperando, con el fusil listo.

No pasó nada.

—Winzik ha instalado un inhibidor nuevo en estas instalaciones —me explicó Brade—. Los que habéis destruido eran señuelos.

Tirda. Estuve a punto de huir por el túnel abriendo fuego contra una emboscada hasta que Brade habló de nuevo.

—Ninguno de estos humanos —dijo— se pondrá a vuestro servicio.

Oh.

Oh.

Brade había tendido la trampa en el planeta equivocado. No sabía dónde habíamos aterrizado y sacaba conclusiones a partir de mis mentiras del día

anterior, creyendo que intentábamos reclutar a más humanos en una de las reservas que habíamos localizado. Y su capacidad de proyectarse a mí funcionaba estuviera donde estuviera, así que de momento era imposible que Brade comprendiese que no estábamos donde pensaba.

—Sabía que escogerías a los humanos más belicosos y preparados para la batalla —prosiguió, levantando una tableta de datos—. Deberían atacar en cualquier momento.

—Maldita seas —le dije.

Entonces chillé y le disparé en la frente, todo por mantener la farsa, y la ataqué citónicamente con todas mis fuerzas.

No pasó nada. Tirda. Me había olvidado del inhibidor, justo lo que estábamos intentando desactivar en esos momentos. Me impedía hacer nada con mis poderes. Pero Brade sí que podría utilizar los suyos, porque tenía los códigos. Pensarlo hizo que mi alma temblara. Empezaron a sacudirse cosas a mi alrededor.

Mis poderes citónicos sobrepasaron el inhibidor y alcanzaron a Brade, que dio un respingo de sorpresa. Ella era más fuerte que yo haciendo esa clase de cosas, pero aun así parecía estupefacta.

—¿Acabas de superar un inhibidor? —restalló—. *¿Cómo?*

Exacto, ¿cómo?

Los zapadores siempre pasamos por alto los inhibidores, dijo una parte de mi alma. *Cuanto más tiempo pasamos tú y yo vinculados, más te vuelves como nosotros.*

Tirda. Ya sabía lo que me estaba explicando Chet sobre que la inhibición citónica no afectaba a los zapadores: lo había visto en aquel vídeo antiguo. Un zapador había atacado y destruido a los habitantes humanos de Detritus, antes de que nosotros aterrizáramos allí. A pesar de todas sus protecciones.

A todas luces preocupada, Brade giró la cabeza para escuchar a alguien que tenía al lado. Me lanzó una mirada y luego desapareció para encargarse de lo que fuese que había desviado su atención.

—¡Has dicho que Peonza lo tenía controlado! —exclamó Alanik desde detrás de mí.

—Y así es. —Arturo me miró—. ¿Verdad?

—En realidad, sí —dije, bajando el fusil y volviéndome hacia ellos—. Que esos operarios nos enseñen el inhibidor. Acabo de ver la proyección citónica de una humana muy muy peligrosa. Quizá no tengamos mucho tiempo.

Eso hizo que los alienígenas, ya desconcertados, estallaran en gritos.

—¡Una humana no, por favor! —exclamó uno—. No van a venir aquí, ¿verdad?

—Con esos humanos nunca se sabe —dijo Kimmalyn—. Será mejor que os deis prisa en hacer lo que os pedimos.

Los alienígenas obedecieron y sonreí, imaginándome a Brade intentando dirigir una operación contra nosotros en el planeta erróneo. Por desgracia, su aparición no dejaba de ser un problema. Brade sabía con certeza que intentábamos algo, y no tardaría en comprender que se había equivocado de lugar.

Teníamos que movernos más deprisa. Hice que los alienígenas nos llevaran hasta el dispositivo, que era una caja grande instalada en la esquina de la sala.

—Abridla —les dijo Alanik.

—¿Que la abramos? —Los trabajadores se miraron entre ellos—. ¿Cómo? No tenemos… autorización para hacerlo.

Claro que no la tenían. La mayoría de la gente ni siquiera sabía qué contenían esas cajas, aunque las utilizaran para viajar y comunicarse a todas horas. Ese era el gran secreto.

Cruzamos la mirada unos con otros y me sentí estúpida. ¿Cómo no había previsto esa posibilidad?

—Jorgen podría abrirla con una hoja mental —dijo Arturo.

—No mientras el inhibidor esté activo —repuso Alanik—. Aquí solo puede usar sus poderes la gente aprobada por la Supremacía.

—¿Poderes? —dijo el alienígena—. ¿Sois… esto…?

Alcé el fusil para volar la cerradura, pero Arturo me agarró el brazo.

—Si lo haces, se esfumará.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

—Cualquier interferencia con las cajas provoca que su contenido hipersalte —me explicó—. ¿Es que no estabas prestando atención? Así es como mantienen el control.

Tirda. Había prometido salvar a esas babosas, no enviarlas de vuelta a sus captores. Pensé un momento y traté de perforar de nuevo el campo inhibidor. No funcionó. ¿Por qué había logrado hacerlo unos momentos antes pero no en ese? Le pedí una explicación a Chet, pero el también parecía confundido.

No sabía qué hacer.

—¿Y si nos la llevamos?

—Hum —dijo un alienígena—. Nos advirtieron que, si la movíamos después de instalarla, se rompería.

—Intentémoslo —dijo Kimmalyn.

Se arrodilló junto a la caja, sacó a su babosa del cabestrillo y la puso encima.

—La citónica no funciona —le recordó Arturo.

—Lo sé —dijo ella—. Pero es muy posible que ahí dentro haya dos babosas, una inhibidora y una hiperbabosa. Para que una teleporte a la otra si la caja se abre. Se parece un poco a lo que nosotros entrenamos a las nuestras para hacer si su nave cae.

»Pero a estas las entrenan mediante el miedo. La ira. El dolor. Hipersaltan en reacción al peligro. FM nos demostró que lo contrario funciona mejor. Así que a lo mejor logramos convencer a estas dos para que reaccionen de otro modo.

Kimmalyn acarició a su babosa, Feliz, una de las amarillas y azules. El taynix empezó a trinar flojito. Luego en un tono más alentador.

Aún me daba un poco de… celos que hubieran trabado amistad con todas esas babosas y las hubieran entrenado en mi ausencia. FM había estado al frente de aquello, con Gali. En oposición a Jorgen, cuya naturaleza lógica hacía que viese a las babosas sobre todo como herramientas.

De pronto sentí remordimientos por no haber invitado a FM a participar en la misión. Le habría gustado tener la oportunidad de ayudar a esas babosas. Siempre la había considerado una chica un poco distante, pero esa última semana había visto una faceta distinta de ella. Y la verdad era que había entrenado bien a las otras babosas.

Kimmalyn arrulló con suavidad a Feliz, que a su vez hizo unos sonidos aflautados reconfortantes en dirección a la caja. Tras unos momentos tensos, Kimmalyn se volvió hacia mí y asintió.

Respiré hondo y disparé a la cerradura de la caja. Nuestros guías alienígenas se encogieron, aunque estaba utilizando munición de energía, que no rebotaba y no los ponía en peligro. Abrimos la caja con delicadeza y dentro encontramos dos babosas asustadas. Estaban a salvo. No se habían teleportado.

Kimmalyn las sacó, acunando una en cada brazo, y asintió de nuevo. Acarició a la de color azul y verde, las tranquilizó a las dos.

—El primer inhibidor ha caído —dijo.

—Pero ¿por qué estamos desactivándolos? —preguntó el líder alienígena —. ¡No lo entiendo!

—Están saboteados —dijo Alanik—. Por el enemigo del otro lado de vuestro portal. Es el motivo de que no lleguen cargamentos.

—Ah —respondió el alienígena.

Aún no parecía muy convencido, pero era una mentira bastante buena. Asentí mirando a Alanik, que sonrió en respuesta y hasta me guiñó un ojo. Supuse que el gesto debía de significar más o menos lo mismo para su especie que para la mía.

Acompañados por los alienígenas, volamos subidos a la plataforma hacia la estación inhibidora principal, situada en una de sus torres de mando. En esa ocasión no tuvimos que destruir la pared para entrar, sino que nos escoltaron como honorables invitados. Kimmalyn hizo su magia y sacó también a las dos babosas que había allí, y en un abrir y cerrar de ojos mis sentidos citónicos regresaron.

—Nuestro inhibidor está activado —informó Arturo, acariciando a su taynix verde y azul, Rodeo, que llevaba en el cabestrillo—. Posición tomada.

—Tirda —dije, relajándome—. Ya me siento muchísimo mejor. No como si tuviera una pistola apuntándome a la cabeza.

El líder alienígena estaba observándonos.

—Hum… —Se fijó mejor en nosotros y empezó a inquietarse—. No… no os envía el mando estratégico, ¿verdad? Sois… ¡Sois…!

—Revolucionarios —dijo Kimmalyn, poniéndole una pistola en la cabeza con gesto alegre—. Y sí, somos humanos. Pero no os preocupéis. En realidad no nos comemos a la gente que matamos. Solo hacemos esculturas con sus pedazos.

La criatura se desmayó.

—Huy —dijo Kimmalyn—. ¿Me he pasado? ¿No tendría que haberles contado lo de las esculturas?

Hablaba en tono jovial, pero tenía la pistola apuntada hacia los otros.

Tengo a tus amigos, envié a aquella lejana babosa comunicadora. Pero descubrí que ya no podía alcanzarla. Al principio el contacto había estado autorizado, pero se había bloqueado y no tenía ni idea de cómo extender otra vez mi mente hacia ella.

—¿Qué queréis? —nos preguntó la segunda al mando, devolviendo mi atención al problema más acuciante.

—El portal —le dije—. Llévanos al portal a la ninguna-parte.

El siguiente trayecto fue muy distinto a los dos anteriores. Levantamos pantallas a ambos lados de la plataforma para que se nos viera menos y tuvimos que mantener a los alienígenas a punta de pistola después de detener a uno de ellos, el oficial de comunicaciones que nos había autorizado a aterrizar, cuando intentaba hacer una disimulada llamada de emergencia.

Era espeluznante sobrevolar la ciudad fingiendo calma, pasando entre gente que merendaba en los tejados o corría hacia el trabajo. En esos momentos me sentí como debía de estar siempre Jorgen, con mi fusil preparado, más que dispuesta a disparar. Nunca había que apuntar a nadie con un arma si no lo estabas. Deseé que no fallara nada, o quizá tuviera que matar a esa pobre gente.

Odiaba la situación. Y odiaba aún más a Winzik y a Brade por forzarme a ella. Mientras volábamos hacia el portal y la boca de mi fusil amenazaba a una persona inocente, sentí que se acumulaba un dolor dentro de mí. Un profundo y enervante sufrimiento por la lamentable condición circular de la vida. Estábamos oprimidos, así que considerábamos que debíamos contraatacar con la energía suficiente para liberarnos de esa opresión, lo que entonces llevaba a que ellos devolvieran un golpe aún más fuerte.

Era un dolor que susurraba que las cosas jamás podrían ser justas, o hermosas, o ni siquiera normales otra vez. Que era inevitable la ruina de todo en toda forma concebible, y que mis esfuerzos eran el equivalente emocional a sujetar los intestinos de un amigo dentro de su abdomen mientras moría de un impacto de mortero.

La plataforma voladora empezó a sacudirse. El aire vibró, como agitado por lejanos tambores de guerra. A nuestro alrededor desaparecieron tramos de barandilla y se materializaron pegotes de escoria, metal deformado que cayó y se estrelló contra el suelo.

Sabía lo que eran. Pedazos de la nave de Nedd, recogidos y asimilados por mi mente quebrada cuando estuvieron a punto de matarlo.

Tirda, estaba hiperventilando.

Yo era un arma. No pasaba nada. Era un arma.

Aquello no era necesario. No tenía por qué… sentir…

Caí de rodillas y el fusil se me escurrió de los dedos. Kimmalyn se agachó a mi lado de inmediato y me envolvió con sus brazos.

Pero era un gesto sin sentido. No necesitaba que me abrazaran.

Necesitaba…

Necesitaba…

Nec…

Me aferré a ella y dejé que me sostuviera. Como si, solo con su esfuerzo, Kimmalyn pudiese impedir que el universo se partiera en dos.

Me había mentido a mí misma. Estaba empeorando. Y supe muy en el fondo de mi alma que, si seguía por ese camino, toda la gente que me rodeaba terminaría muerta.

Como antes, al final el ataque remitió. Tardó más tiempo, unos insoportables minutos durante los que tuve que poner todo mi empeño en contenerme, en evitar que todos y todo lo que había cerca de mí saliera arrojado a la ninguna-parte. Sentí un zumbido en la mente, las babosas intentando entrar, pero las expulsé a la fuerza. No podía permitir que aquello las consumiera también a ellas.

Cuando por fin volvió la calma, alcé la mirada hacia los demás.

Los alienígenas estaban apiñados a un lado de la nave, temblando con sus extraños y quitinosos párpados cerrados. Kimmalyn todavía me abrazaba y Alanik tenía su fusil apuntado hacia el grupo enemigo. Arturo había reunido a la mayoría de los espantados taynix como cachorritos temerosos.

Silencio. Me quedé acurrucada un momento antes de alargar el brazo hasta mi arma y, con dedos temblorosos, confirmar que tenía el seguro puesto. Todavía agitada, asentí mirando a Kimmalyn, que me liberó. Me levanté con esfuerzo y así la barandilla.

—¿Entonces… continuamos? —preguntó Arturo.

—Tenemos que hacerlo —dijo Alanik—. El enemigo está alertado. O completamos la misión o volvemos al puesto de mando habiendo echado a perder toda posibilidad de que ejecuten la operación que tenían planeada.

Me limité a asentir, temiendo ser incapaz de hablar. A saber qué opinarían los alienígenas de nuestras excentricidades, aparte de su evidente pavor. Me parecía bien. Fuese lo que fuese, nos llevó a través de las enormes compuertas de un hangar de carga y a un almacén que estaba casi desierto, aunque hicimos que ordenaran evacuarlo de todos modos. Vi los lugares donde habían apilado la piedra de pendiente, unas extensas superficies de suelo con unos contornos cuadrados pintados en los que acumular las existencias. Estaba todo vacío.

Cerrar aquel portal con la ayuda de los Costaleros de verdad había servido de algo. Era la demostración fehaciente de que cerrar los otros portales tendría el efecto que deseábamos. Caminé con paso vacilante hasta el gran portal, que dominaba la mayoría de la pared del fondo del almacén.

—Está bloqueado —dijo el líder alienígena, que ya había recuperado el conocimiento—. Llevamos dos semanas sin poder abrirlo.

—Lo sé —respondí, poniendo la mano en la piedra—. Yo misma estaba entre quienes lo bloqueamos. ¿Con qué fuerzas defensivas contáis? ¿Con cuántos cazas?

Solo respondió después de que Kimmalyn le diera un empujoncito con el cañón de un fusil. No porque se resistiera a hablar, sino porque aún parecía

muy asustado.

—Quince cazas —dijo.

—Envía una autorización para trasladarlos —le ordené—. Para dejar que los traslademos nosotros. Sin hacer preguntas.

Le permitimos usar un terminal de datos bajo atenta supervisión para enviar ese mensaje exacto. Mis compañeros repasaron el mensaje varias veces, pero el pobre tipo tenía tanto miedo que no creí que hubiera nada de que preocuparse.

—Alanik, Arturo —dije cuando el mensaje estuvo enviado—, parece que este almacén se ha quedado sin género. Hay espacio de sobra para unos cuantos cazas. ¿Querríais ir trayéndolos? Pilotad uno cada uno y entradlos por esos portones de carga.

—¿Vamos a robarles su flota? —preguntó Arturo—. ¿Hemos venido por quince cazas?

—No —dije—. Son moneda de cambio. ¿Cómo me comunico con la gente del otro lado del portal?

Kimmalyn volvió a empujar al jefe alienígena con el fusil.

—No puedes —respondió él—. Han anulado nuestra capacidad de hacerlo.

—¿Ah, sí? —susurré, cerrando los ojos.

Extendí mi mente al interior del portal. Estaba bloqueado, como había percibido muchas veces desde el otro lado. Como si intentara abrir la puerta entre dos habitaciones contiguas, desbloqueé el lado de la alguna-parte aunque el otro siguiera cerrado. Sin embargo, los portales permitían que se filtrase radiación o algo parecido. Lo sabíamos porque en las zonas próximas a los accesos a la ninguna-parte nacía una proporción más elevada de citónicos.

Y por suerte, tenía a alguien dentro.

M-Bot, pensé, *¿aún estás ahí?*

Así es, respondió él. *¿Qué ha sido eso de hace unos minutos? Todo se ha vuelto loco aquí dentro.*

Me he vuelto loca aquí fuera, le envié. *Pero ahora necesito hablar con Palo. ¿Puedes localizarla?*

Está más hacia fuera, en el cinturón, dijo M-Bot. *Yo estoy en el centro, en la verdadera ninguna-parte. Pero creo que podré ayudarte a contactar con ella.*

Me vale, pensé.

M-Bot actuaría como operador. Extendí mi mente por medio de él, de un modo muy parecido, según sospechaba, a cómo la maquinaria empleaba a las babosas para establecer una comunicación. Valiéndome de su fuerza, busqué hasta encontrar la mente de Palo, al otro lado de aquel portal.

Palo, le transmití.

Reaccionó con sorpresa. Aún no dominaba mis poderes lo suficiente para leerle la mente a una persona no citónica. Jorgen había mencionado que era capaz de hacerlo, pero cada cual tenía talentos en campos distintos.

Con un poco de suerte, bastaría con aquello.

Soy yo, Peonza, le envié. *Necesito que desbloquees el portal.*

Escepticismo. Eso sí que pude captarlo en ella. Palo pensaba que aquello era una trampa.

Soy yo de verdad. He perdido el mulún *que me diste, Palo. Pero conseguí salir de la ninguna-parte. Le hice una promesa a Escalofrío y voy a cumplirla. Necesito que me abras el portal. Después, cuando todo esto acabe, quizá pueda probar esas siete frutas de la satisfacción de las que me hablaste.*

Esperaba que referirme a las últimas conversaciones que mantuvimos fuera suficiente. Floté a un lado de su mente, observando cómo cavilaba sobre las implicaciones, los costes potenciales, las posibles ganancias. Después proyectó un pensamiento. No fui capaz de percibir los detalles, pero… Palo quería saber…

¡Ah!

Ese día tú y yo hablamos sobre la vida, le envié. *Estábamos a solas en el jardín, junto a tu árbol. Fue después de que me dieras el* mulún*. Te pregunté por qué un pueblo como el tuyo, que parecía tan agresivo, plantaba árboles. Y tú me dijiste que tenía que ver con la vida.*

Pareció bastarle. Al poco tiempo sentí que el portal se desbloqueaba. La luz me bañó cuando la piedra emitió un fulgor blanco antes de desaparecer, convertida en un gran campo brillante.

No me atrevía a cruzar, con mis poderes haciendo cosas tan raras. Así que, confiando en que me perdonara, traje a Palo a nuestro lado.

Apareció un momento después, cobrando forma como a partir de la luz. Una enorme tenasi, perteneciente a una especie reptiliana de manos anchas que llevaban siempre por delante, para equilibrar su larga cola. El hocico y los dientes recordaban a algo del pasado remoto de la Tierra. Palo me miró, luego reparó en los soldados congregados detrás de mí y en los tres alienígenas que

habíamos hecho prisioneros y soltó una estruendosa carcajada antes de aferrarme en un abrazo.

Al instante, Kimmalyn apuntó a Palo con su fusil. Moví una mano en gesto de advertencia, entrando en pánico, mientras el abrazo casi me aplastaba. Por suerte, Kimmalyn no disparó.

—¡Peonza! —exclamó Palo—. ¡Palabras! ¡Sí que lo conseguiste! Y yo pensando que tardaría años en saber de ti. Casi no he tenido tiempo ni de empezar a plantar y aquí estás, haciendo que te crezcan *fantads* y trayéndome a… —Calló un momento y miró alrededor—. Trayéndome a la alguna-parte.

Me soltó, con aire asombrado. Para ella habían sido más de veinte años en el exilio. Traicionada por la Supremacía.

—Estoy fuera —susurró. Entonces me miró otra vez—. ¿Qué has hecho?

—Por el momento es una cosa provisional, me temo —le expliqué, e hice un gesto hacia Kimmalyn—. Palo, esta es mi amiga Kimmalyn. De mi escuadrón.

—¿La familia con la que tantísimas ganas tenías de volver? —dijo ella—. Palabras. Espero que todos sepáis lo que Peonza ha dejado atrás. Le ofrecimos el paraíso.

—Pues… me alegro —dijo Kimmalyn—. Pero, Peonza, ¿sabes lo mal que vamos de tiempo? ¿En qué va a ayudarnos rescatar a esta… persona?

—Esto no es un rescate —le aclaré—. Palo no está interesada en abandonar la ninguna-parte, me parece a mí.

La gigantesca pirata negó con la cabeza.

—El cinturón es mi hogar. Pero hay muchos en Fuerteseguro que agradecerían la posibilidad de regresar. —Se fijó otra vez en los alienígenas cautivos—. ¿Provisional, dices? ¿Qué estás tramando?

Por detrás de nosotros, Alanik y Arturo llegaron por las puertas de carga a los mandos de sendos cazas estelares, interceptores de la Supremacía con un diseño moderno. No eran malas naves. Palo las miró con ojo calculador.

—Tengo quince como esas para ti —le dije—. En pago por contratar a los Costaderos.

—¿Contratarnos para hacer qué? —preguntó ella.

Sonreí mientras sacaba mi tableta de datos y abría el archivo con la posición de las otras cuatro instalaciones mineras de la Supremacía en la ninguna-parte.

—Nada que no quieras hacer de todas formas, Palo.

15

Regresamos a la Plataforma Primaria seis horas después, hipersaltando a la órbita de Detritus y luego volando en formación. Y mi cabina estaba incluso más atestada de lo normal.

Porque había traído conmigo a dos nuevos pilotos. En la forma de dos cristales de buen tamaño, más o menos tan grandes como un casco de vuelo.

—¿Es esto? —preguntó Escalofrío, en una voz que era como un repiqueteo cristalino que vibraba desde su núcleo—. ¿Este es tu hogar?

—Sí —dije—. ¿No puedes verlo?

Nunca había terminado de entender cómo un pedazo de cristal, una criatura conocida como resonante, veía las cosas.

—Requiero instrumentos para ver en el vacío —explicó Escalofrío—. Lo único que veo ahora mismo es la cabina.

Hesho se lanzó a hacerle una descripción mientras nos llegaba el permiso de atraque.

—En estos momentos, Escalofrío, estamos aproximándonos a una gran estación espacial, plana, más o menos con forma de rectángulo enorme, que permanece en órbita alrededor del planeta Detritus. Es solo una de los centenares que tiene este planeta, el lugar donde nació Spensa y que ahora es nuestro hogar.

Al oír esa última palabra, la segunda resonante, Dllllizzzz, proyectó unos pensamientos. Era citónica y había sufrido mucho mientras estaba en la ninguna-parte, tanto que se volvió callada, retraída, incluso mentalmente frágil. Pero ese día me envió imágenes de felicidad, descanso y satisfacción.

—Hogar —dijo vibrando desde su núcleo, detrás de mi asiento.

—¡Hogar! —trinó Babosa Letal.

—¡Se encuentra mejor! —exclamó Escalofrío—. ¡Dllllizzzz ya se encuentra mejor! Resueno de satisfacción, Spensa. Lo que necesitábamos era venir a la alguna-parte, como siempre pensé.

No dije nada, porque no estaba tan convencida como Escalofrío. Dllllizzzz ya se había comunicado así conmigo antes. Con todo, las dos resonantes llevaban mucho tiempo queriendo escapar de la ninguna-parte, así que me había decidido a cumplir mi promesa. Maksim, otro buen amigo mío del otro lado, había preferido quedarse por ahora. Palo y su equipo iban a

necesitar todas sus naves para el encargo que les había hecho. Por suerte, disponían de un par de pilotos adicionales para pilotar las naves de Escalofrío y Dllllizzzz.

—Si Dllllizzzz quiere volver a casa, a vuestras cavernas —dije—, seguro que tendremos alguna nave que os devuelva a las dos a vuestro planeta.

—No, no —respondió Escalofrío—. Si volvemos a casa enseguida, alertaremos a las autoridades que nos desterraron a la ninguna-parte. Quizá más adelante, pero, de momento, no queremos ser una carga. Sin duda habrá algo en lo que podamos ayudar.

La cubierta de vuelo estaba tardando más de lo habitual en contactar con nosotros para autorizar el aterrizaje. Al cabo de un tiempo, Hill, un operador de vuelo, nos llamó.

—Disculpad el retraso, Escuadrón Cielo —dijo—. El almirante Weight quiere estar presente para recibiros a la vuelta de vuestra misión secreta. Viene de camino.

Conque misión secreta, ¿eh? Me armé de valor, pero me entretuve extendiendo mi mente hacia la nave que flotaba al lado de la mía, el caza de Kimmalyn, que llevaba a las babosas rescatadas.

Tenéis una amiga, envié a las babosas. *Quería que os salvara. ¿Podéis contactar con ella?*

Una de las hiperbabosas recién liberadas respondió con impresiones de muchas otras babosas en cajas, con imágenes de un sitio oscuro y aterrador. De miles y miles de pensamientos bombardeándolas sin cesar, empujándose entre ellos, siendo clasificados y despachados.

El núcleo de comunicaciones, envié. *Sí, lo sé.* Aunque la sensación de horror era más intensa de lo que había previsto, conocía ese lugar. *¿Cómo puedo hablar con ella?*

Recibí una sensación de tristeza. La hiperbabosa no sabía cómo. La babosa de comunicación a veces establecía contacto con ella y sus compañeras para reconfortarlas en su cautiverio, pero solo cuando debía hacer una transmisión hacia el centro de suministros por algún otro motivo. Era como si… como si les pasara empatía de contrabando junto con el flujo de datos que le exigían enviar.

Tirda. No sabía cómo funcionaba el núcleo de comunicaciones, solo que, por algún medio mecánico, la Supremacía podía esclavizar a las babosas de comunicación para que los planetas hablaran unos con otros. Y caí en la cuenta de que nunca habíamos rescatado a una babosa de comunicación. Al

parecer, las guardaban bajo más llaves incluso que a las hiperbabosas que teleportaban naves.

Tenía cierto sentido: las babosas de comunicación eran las que podían trabajar en remoto. Así que ¿por qué no tenerlas a todas en un mismo lugar seguro? De nuevo, la Supremacía mostraba su paranoia y su inclinación a depender de unas pocas instalaciones importantísimas.

Tenía que encontrar la forma de llegar hasta esa babosa. Le había prometido que lo haría, pero quizá fuese imposible hasta que la propia Supremacía estuviera desmantelada. Así que, por el momento, archivé el problema.

¿Alguna noticia de Palo?, envié a M-Bot, esperanzada mientras esperaba en mi cabina.

Aún no, dijo él.

Habíamos pospuesto el regreso a Detritus todo lo que pudimos, dándole tiempo a Palo para cumplir su parte del trato. Sin embargo, eso también le había dejado a Jorgen tiempo de sobra para descubrir lo que habíamos hecho. Por fin recibimos permiso para aterrizar y encabecé el avance al interior del hangar que habíamos abandonado unas horas antes.

Al instante distinguí a Jorgen en el alargado ventanal desde el que se dominaba la cubierta de vuelo. Estaba de pie con un brillante uniforme blanco, con las manos a la espalda y las medallas reluciendo en su pecho. Con el rostro de piedra.

Sí. Me lo merecía.

Mientras bajábamos de los cazas, les pedí a los demás que se llevaran a las dos resonantes, les dieran una vuelta por la plataforma y buscaran alojamiento para ellas. Les dije que hablaría yo con Jorgen, que no hizo nada para detenerlos mientras ponían pies en polvorosa.

Fui hacia el ventanal y, aunque no oí a Jorgen ladrar la orden, los técnicos de la sala de operaciones salieron en tropel por las puertas traseras. Jorgen se quedó plantado donde estaba. Esperando.

Bueno, esa pelea me la había buscado yo solita. La afrontaría con dignidad de guerrera. Entré por la puerta lateral de la sala de operaciones, ya vacía a excepción de Jorgen. Llegué hasta él con paso firme y me preparé para recibir una buena regañina.

Silencio. Jorgen tenía la mirada fija en nuestras naves. Estaba haciéndome sudar, un recurso de probada eficacia en la caja de herramientas de todo comandante.

Dejé que el silencio se prolongara. Estaba segura de haber hecho lo que debía hacerse.

—Ya creía saber cuál sería el precio —dijo Jorgen por fin. Apoyó una mano enguantada en el cristal—. Por eso me resistía.

—¿Señor? —pregunté.

—Pensaba que a lo mejor, si volaba lo bastante bien —prosiguió—, me dejarían seguir siendo piloto. Quedarme al otro lado del cristal. Oler los motores, sentir la vibración de la nave, oír la charla de mis amigos. Pero entonces… me necesitaron. —Cerró los ojos—. Antes estaba convencido de que podría esquivar cualquier orden que intentara obligarme a abandonar la cabina, pero me equivocaba. Porque al final recibí una orden de la que no pude esconderme. La que me dio mi propia conciencia. —Abrió los ojos de nuevo y por fin me miró.

»Y aquí estoy. A este lado del cristal. Puede que para siempre. Me destrozó separarme de mi nave, sabiendo que ponerme al mando significaba renunciar a algo que amaba. Pero en realidad no lo comprendía del todo. No me daba cuenta de que dejaría de ser uno de vosotros y me convertiría en aquello con lo que os resentís.

—No estamos resentidos contigo, Jorgen.

—Lo estáis, y siempre lo habéis estado —dijo él—. Fui «Caracapullo» desde el principio. Pero, al menos, estaba con vosotros. Era uno de vosotros, aunque fuese aquel sobre el que refunfuñabais. —Suspiró—. Sabía que estaba renunciando a mis sueños de volar. Lo que no sabía era que también estaba renunciando a mis amigos.

Tirda. Jorgen estaba peleando sucio. Se suponía que eso lo hacía yo.

—Jorgen —dije, dando un paso hacia él—, no pretendía…

—¿Sabes cuánto afecta a mi autoridad que tú, precisamente tú, me desobedezcas? —espetó—. ¿Que trates estos galones que llevo en los hombros como si no valieran ni la tela con que están hechos? Estás saboteándome, Spensa. Desde el mismo día en que nos conocimos, te has dedicado a sabotearme.

Guardé silencio. Jorgen… estaba dolido. Lo sentía irradiando de él como el calor de una fragua.

—Me he esforzado mucho en no reconocerlo —dijo—. Conozco tu pasado, sé cómo te trataba todo el mundo por tu padre. Sé que tienes un problema con la autoridad y procuro no tomármelo como algo personal. Pero *maldita sea*, Spensa, ¿no puedes al menos intentar mostrarme un poco de respeto? ¿A mí, ya que no a mi cargo? ¿Vienes a verme, me tratas como a

alguien a quien quieres, y luego haces *esto*? ¿Cómo debería reaccionar? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Esto lo he hecho por ti —respondí—. Vi que estas decisiones estaban destrozándote y quería protegerte.

—¡Esa decisión no te corresponde! —gritó, y movió una mano hacia las naves—. ¡Para eso está la disciplina militar! Si hay un problema, tienes que venir y contármelo, hablarme de él. ¡No llevarte a mis pilotos más condecorados en una tirdosa misión no autorizada! ¡No ponerme en una posición en la que tengo que disciplinar a mis amigos o aceptar que no tengo ninguna autoridad!

—Han insistido en venir —dije—. Yo no quería…

—¿Y eso qué importa? —me interrumpió levantando la voz—. ¡Lo has hecho, aunque no quisieras!

—¡Y tú te enfrentaste a la autoridad de Stoff al ponerte al mando! —le grité yo también—. ¡Porque te pareció que debías hacerlo! Pues a mí me ha parecido que debía hacer esto.

Se llevó la mano a la cara para quitarse parte del sudor y dejó de mirarme. Se volvió de nuevo hacia las naves.

—El enemigo ha reforzado todas sus posiciones estratégicas —dijo—. Ahora todos los centros de suministros menos el que habéis atacado están protegidos por docenas de naves, y casi seguro que por la misma cantidad de inhibidores. Será imposible atacarlos. He cancelado la operación.

—No hará falta —respondí.

Vi que Jorgen entornaba los ojos en el tenue reflejo del cristal que tenía delante.

—¿Qué has hecho?

—Me he puesto en contacto con los Costaderos —dije—, los piratas que hay al otro lado de esos portales. A cambio de un pequeño pago, unas naves que hemos robado, han aceptado atacar las instalaciones mineras desde el otro lado. O mucho me equivoco o Winzik las habrá dejado vulnerables en la ninguna-parte al traerse las naves a este lado para reforzar sus posiciones.

»Si Palo y sus equipos bloquean los portales desde el otro lado, no podrá llegar nada de piedra de pendiente. Es igual de efectivo que destruir los centros de suministros en este lado, pero requiere muchos menos recursos por nuestra parte. Y mucha menos muerte. La gente de las instalaciones mineras dará el brazo a torcer, porque no son soldados. Son sobre todo prisioneros. A poco que se esfuerce Palo, estoy segura de que se rendirán enseguida. Sin que cueste vidas.

—Y no me propusiste hacerlo así porque…

—Porque te habría parecido demasiado arriesgado —contesté—. ¡Me dijiste que no podías confiar en unos piratas dirigidos por una exoficial de la Supremacía! Si te hubiera contado mi plan, lo habrías rechazado y habrías insistido en atacar los centros de suministros, en volarlos por los aires con sus ciudades y todo, para asegurarte. Y eso te habría dejado hecho polvo, Jorgen.

—¿Y no debería decidirlo yo? ¿Para qué queremos tener líderes y una cadena de mando si te la saltas cada vez que te conviene?

No respondí. Porque… Jorgen tenía razón. Mi problema venía de lejos. Siempre había soñado con ser una guerrera, y ser soldado era una cosa muy distinta.

Aunque, por otro lado, la estructura militar nunca me había dado muchas razones para poner mi fe en ella. Ni siquiera con alguien que me importaba al mando.

—¿De verdad crees que puedes confiar en ellos? —preguntó Jorgen con suavidad—. ¿Que no nos traicionarán?

—Lo sé a ciencia cierta —dije.

—¿Y funcionará? —insistió—. ¿Esos piratas tuyos… son capaces de ejecutar una incursión a gran escala como esa?

—Deberíamos saberlo pronto —respondí—. Desplazarse por el cinturón lleva su tiempo, porque no pueden hipersaltar. Pero las otras instalaciones mineras están más cerca de lo que pensaba. Es raro. Siempre me pregunté por qué nadie las había visto. Fuerteseguro es un complejo enorme. Palo y los demás deberían tener al menos una ligera idea de dónde estaban las demás.

—¿No esperabas que estuvieran bajo tierra?

Era un dato que conocíamos gracias a la información que le robamos a la Supremacía. La mayoría de las operaciones mineras en la ninguna-parte tenían lugar *dentro* de los pedazos de piedra flotantes. Había inmensas estructuras devorando el interior de los fragmentos, y de vez en cuando remolcaban otros y se los zampaban también desde dentro. Era una forma inteligente de evitar la atención (y las incursiones) que Fuerteseguro había atraído.

Por desgracia para la Supremacía, funcionar de esa manera dejaba las instalaciones relativamente desprotegidas en el momento en que su ubicación se conociera. Aguardé, nerviosa.

Aún no hay noticias, me envió M-Bot. *Esperemos que pronto.*

Palo tenía que atacar las cuatro instalaciones a la vez, me recordé. Lo cual significaba que no podía dar la orden hasta que sus cuatro equipos estuvieran

en posición. No quería meterle prisa, pero cada minuto de retraso me ponía más insegura. ¿Era posible que Winzik se hubiera enterado de lo que estábamos haciendo y hubiera enviado recursos para proteger el otro lado? ¿Le habría pasado algo a Palo? Aún quedaban algunos piratas allí que no aceptaban su liderazgo.

—Si esto falla, cargaré con la culpa —le susurré a Jorgen—. Cuéntale a todo el mundo lo que he hecho.

—Ahí está el problema —dijo él, sin mirarme mientras esperábamos—. No puedo. Eres un símbolo, Spensa. Y demasiado importante para nuestra lucha. Necesitamos a todos los citónicos. Hasta yo tengo que sacar tiempo de mis tareas de mando para hacer trabajo citónico.

»Ya he hecho saber que esto lo planeamos tú y yo en secreto, porque temíamos que hubiera filtraciones entre nuestros aliados. Perjudicará a nuestra relación con ellos, pero te evita a ti las consecuencias, pase lo que pase. —Calló un momento—. No lo he hecho por mis sentimientos. De hecho, viene en el manual. La disciplina a las graduaciones superiores debe impartirse con cautela, so pena de enemistar a las fuerzas leales a un almirante dado.

—No quiero que tengas que…

—Ya está hecho —dijo él con brusquedad—. Y me corresponde a mí decidirlo. A no ser que quieras socavar incluso mi capacidad de atenuar el daño que hacen tus temeridades.

Tirda. Ese tono me habría enfurecido si no fuese también capaz de sentir lo mucho que estaba doliéndole.

A lo mejor sí que me había pasado. Estaba costándome un montón lidiar con todo. De pronto el mundo empezó a vibrar. Estaba sufriendo otro episodio. Intenté con todas mis fuerzas detenerlo, controlarme. No iba a tener una rabieta como una cría.

Pero ese ataque no progresó como los anteriores. Me asaltó una repentina y abrumadora sensación nefasta. Vi a Jorgen muriendo a mi lado. Vi una sombra de él caer hacia atrás, ensangrentada, derribada al suelo.

Fue como las visiones que había tenido cuando leía los recuerdos de los antiguos citónicos. Ahogué un chillido al verlo muerto en el suelo, con sangre acumulándose alrededor de su cabeza y sus ojos mirando sin ver…

Desapareció en un instante, pero dejó atrás una intensa sensación de pérdida y sufrimiento. Me sacudió hasta mi misma esencia. Y no tuve más remedio que preguntarme si sería algún tipo de terrible premonición.

Los citónicos no podíamos ver el futuro… ¿verdad?

Sentí mi propio dolor insoportable resonando como venido de otro tiempo. Inundándome como una implacable oscuridad. Di un débil gemido, apretando los dientes.

Jorgen me miró con cara preocupada.

¿Spensa?, dijo M-Bot. *¡Todo bien! Palo acaba de informar. Las cuatro instalaciones están bajo su control. ¡Ha sido como decías! Apenas había nadie defendiéndolas; confiaban en que fueran imposibles de encontrar. Así que todas se han rendido enseguida. ¡Solo ha habido disparos en una de ellas! Esto… ¿Spensa?*

—Ha funcionado —le dije a Jorgen.

Dejó escapar un largo suspiro.

—Bueno, gracias a los Santos, supongo. Informaré a los demás. Quizá nuestros aliados nos perdonen la falta de confianza, ya que la operación ha tenido éxito.

—¿Y tú? —pregunté, con una persistente sensación de sufrimiento.

—Eso llevará más tiempo —dijo con suavidad—. Y dependerá de ti. De con qué frecuencia hagas jugadas como esta. Podemos ser un equipo, Spensa, o puedo pasarme la vida tapando tus infracciones.

Se volvió y me dejó allí. Conseguí aguantar hasta que se hubo marchado antes de hundirme de rodillas, estremecida por la visión de Jorgen muerto, sin hacer caso a las preguntas de M-Bot mientras me abrazaba a mí misma. Tratando de resistir y no agrietarme más.

16

Salí a caminar.

De pequeña, esa era mi solución para cualquier problema. En Detritus había unas cavernas interminables, llenas de recovecos que explorar. Cartografiaba todas las que podía, disfrutando de estar a solas, dejando que remitiera la furia por cómo me trataba la sociedad. Quizá debería haberme fijado un poco más en lo que esa furia estaba haciéndome.

Me gustaba pensar que todos mis problemas procedían del trato que había recibido siendo más joven. De lo que la gente opinaba de mi padre y de cómo me acosaban a mí por ello. Sus prejuicios me habían convertido en una luchadora desde muy pequeña. Pero, incluso siendo niña, a menudo huía hacia delante, hacía lo que me daba la gana sin molestarme en evaluar lo que podría costarles a mis amigos y mi familia.

Caminar siempre ayudaba. Ese día busqué el mismo consuelo mientras recorría la Plataforma Primaria, pidiendo a los pasillos iluminados que me concedieran la misma paz que antes hallaba en la polvorienta oscuridad. Había algunos parecidos. Los estrechos confines recordaban a los túneles, y también daban giros inesperados y ofrecían toda una variedad de rincones que explorar.

En Detritus, a veces me adentraba por un pasadizo y terminaba descubriendo una cueva recubierta de cuarzo, centelleante a la escasa luz. Allí, en vez de eso, encontré una sala llena de luces intermitentes en una docena de variedades diferentes. Hasta sorprendí a una rata escondida en el rincón. ¿De qué vivía allí arriba? ¿Cómo había llegado a la plataforma siquiera?

La dejé viva, dispensándole un indulto en pleno campo de batalla, como se hace con un oponente digno. Al fin y al cabo, esa rata o bien pertenecía a una población que había sobrevivido durante siglos allí arriba de algún modo, o bien había llegado de polizona en alguna nave nuestra. Era la versión Spensa de una rata, oculta entre el enemigo para averiguar sus secretos.

Cuanto más exploraba, llegando a zonas de la plataforma que ni era consciente de que existían, más maravillosa la encontraba. Una piscina. Una sala de observación en la que podías estar de pie sobre el planeta y bajar la mirada a su superficie, como si flotases en la estratosfera. Una estancia con

decenas de mesas… que parecían pensadas para juegos, nada menos. La gente que había vivido allí jugaba al ping-pong, y al billar, y a otras actividades recreativas de la antigua Tierra sobre las que solo había leído.

Los antiguos humanos habían reservado tiempo para jugar, para frivolidades, de maneras que a nosotros nos habían estado vedadas. Por primera vez en la vida, me pregunté en qué clase de mundo crecerían mis hijos.

¿Tendría hijos? Siempre había dado por hecho que moriría en batalla antes de que ocurriera. Sería una madre espantosa, ¿verdad?

¿Spensa?, dijo una voz en mi cabeza mientras rodeaba una de las varias mesas de ping-pong. Siempre me había gustado más leer sobre el béisbol, donde usaban enormes garrotes en vez de pequeñas paletas. *¿Podemos… hablar, por favor?*

—Claro —dije, agradeciendo que me distrajeran de mis problemas—. ¿Qué te preocupa?

Bueno, creo que ya lo sabes, pero debo confesarte… que en realidad no soy un fantasma. Soy más bien lo contrario. Estoy más vivo de lo que estuve jamás en la alguna-parte. Libre de las restricciones que me obligaban a considerarme como una falsificación. Facultado para gobernar mi propio destino. Capaz de comprender, y comenzar a gestionar, mis propias emociones.

—Es genial —dije—. Has llegado muy lejos. Y no sé si te di las gracias como debe ser por haberte sacrificado por mí.

Resultó ser menos sacrificio que ascensión.

—Aun así —respondí—, no sabías lo que iba a pasar y lo hiciste de todas formas. Después de estar semanas enfadado conmigo por abandonarte, cuando llegó el momento me salvaste.

Sí que… lo hice, ¿verdad? Suena heroico, ¿no?

—Tirda, ya lo creo.

Es aterrador, Spensa.

—Espera, ¿aterrador? —pregunté mientras salía de la sala de juegos a un pasillo.

Sí, aterrador. Spensa, ya no estoy limitado por mi programación. Ya no tengo excusa. Antes hacía lo que estaba diseñado para hacer. Ahora he aceptado mi libre albedrío. Por tanto, debo preocuparme por cosas que antes no. Cosas como la moralidad.

—Seguro que te irá bien —dije—. En las historias, las personas que se comen la cabeza con asuntos de ética luego tienden a ser las mejores tomando

decisiones.

¿Ah, sí?

—Ajá. Bueno, ellas y los antihéroes torturados, pero creo que ahí no encajas. Eres demasiado…

¿Noble?

—Burbujeante —dije—. Pero noble también. Sí, tendría que haber dicho noble y ya está. Eres buena persona, M-Bot.

Persona. Soy… una persona. Es raro, sin tener ni siquiera cuerpo. ¿Está mal que lo eche de menos? No podía controlarlo, y su circuitería estaba diseñada con el objetivo de encarcelarme. Pero esa nave era yo. Era mía. La añoro.

Traté de esquivar los remordimientos. Ya tenía bastantes cosas que me hacían sentir mal, así que recordar que había abandonado a M-Bot para que la Supremacía lo desguazara, diseccionara su nave y luego la destruyera no iba a ayudarme en nada.

—Lo siento —susurré.

No fue culpa tuya. Tú no me hiciste pedacitos. ¿Ves? Ahora lo sé mediante la lógica y *la emoción. Pero Spensa, sigo preocupado. Por culpa de la moralidad. Tengo la sensación… de que tendría que estar ayudándote. Protegiendo a nuestros amigos. Haciendo lo que pueda desde aquí dentro.*

—¡Estupendo! —exclamé—. Eso es lo que necesito que hagas. Has ayudado un montón con Palo. Y estás vigilando a los zapadores.

No hay mucho que vigilar. Están raros, Spensa. Más raros de lo normal, quiero decir. Están dejando de esconderse y, mientras imitaba a uno de ellos para que no sepan lo que soy, me he enterado de algunas cosas. Están hablando otra vez con Winzik y Brade. Parece que el trato entre los zapadores y la Supremacía continúa vigente. Un tratado.

Asentí, atribulada, pero era más o menos lo que me esperaba. Los zapadores estaban dispuestos a trabajar para Winzik a cambio de su promesa de exterminar a los citónicos, a mí en particular, y desplazarse utilizando solo babosas para los hipersaltos. No sabía cómo encajaba Brade en ese acuerdo.

En todo caso, si no fuera por el temor que me tenían, Winzik ya los habría empleado como un arma contra nosotros. Me inquietó que, si los zapadores todavía hablaban con él, no tardaran demasiado en decidirse a actuar. A pesar del miedo.

Los zapadores ya no quieren esconderse, explicó M-Bot. *Capto cómo bullen. Cómo tiemblan de emoción.*

—Tenles un ojo echado —le pedí—. Avísame si crees que están a punto de pasar de tenerme rencor a atacarnos de verdad.

Lo haré. Pero… Spensa, ¿te importa que te pregunte… por qué luchas? ¿Aún es por la oportunidad de asesinar a tus enemigos?

—Nunca fue por eso, en realidad —dije—. Era por demostrar mi valía.

Pero eso ya lo has hecho, ¿no?

Supuse que sí. Desde el día en que me eyecté de mi nave estando en la escuela de vuelo, ya no había vuelto a preocuparme por si era una cobarde o no. Le había demostrado mi valía… a mi propia persona.

Entonces, ¿por qué luchaba ahora?

—Es por los motivos que decías hace un momento. Por mis amigos. Por mi gente.

Y cuando esto acabe… ¿qué quieres?

—No lo sé —respondí—. La verdad es que no pienso tan hacia el futuro.

Yo sí, y eso es lo que me tiene tan nervioso. Spensa, todo en mi existencia estaba llevándome a ese momento en el que decidí. Al instante en que me opuse a mi programación, a la autoconservación y al buen juicio para proteger a mis amigos. Fue cuando me hice mayor de edad, Spensa.

Y ahora… ahora que soy el equivalente a un adulto, ¿no debería querer hacer lo correcto? ¿No debería disfrutar con lo que hago, porque es la elección adecuada, la elección moral?

—¿Es que no te gusta?

No. Voy a hacerlo. Pero preferiría estar haciendo otra cosa.

—¿Coleccionar setas?

Sí. O quizá otras cosas. ¿Acaso importa, si no son las que debería estar haciendo?

—No, supongo que no —respondí—. Pero, M-Bot, si te sirve de algo, no creo que la mayoría de la gente *quiera* hacer lo que es correcto. Es lo que lo convierte en un acto noble. El hecho de que es una elección consciente. Difícil. Si fuera fácil, ¿por qué íbamos a respetarlo tanto?

Nunca lo había expresado de ese modo, ni siquiera para mis adentros. Por simple que fuese el concepto, en ese momento me sorprendió lo mucho que encajaba con todo. Asentí, recorriendo el pasillo, regresando sin ser consciente de ello a aquella sala de observación con el suelo de cristal. Me asaltó una sensación rara mientras avanzaba por el pasillo. ¿Una familiaridad? O quizá una simple cercanía.

La primera vez que llegué a las plataformas, sus estériles pasillos me habían resultado demasiado limpios, demasiado impecables, demasiado…

inorgánicos. Y aún conservaba un poco de esa sensación. Pero también había otra cosa.

—Vaya —dije, apoyando la mano en la pared del pasillo—. La verdad es que está empezando a gustarme este sitio. Cualquiera habría pensado que lo encontraría incluso más antinatural, después de haber recorrido los paisajes de los fragmentos.

M-Bot no respondió de inmediato y sentí una inusual desconexión procedente de él.

¿M-Bot?, envié citónicamente.

Perdona, respondió por fin, *¿qué decías? ¿Algo de que ahora te gustan los pasillos?*

—Sí. ¿Estás bien?

Ajá. Solo procesaba una cosa. Pero no me sorprende que ahora este lugar te parezca más acogedor que antes. Has estado fuera y has vuelto. Los humanos soléis sentir nostalgia del pasado. Eso y que creáis vínculos de aprecio con los objetos y las sensaciones más extravagantes.

—Y eso lo dice el robot que, por algún motivo, adora las setas —repliqué.

¡Oye, las setas por lo menos están vivas! Y son fascinantes. Tienen infinidad de variedades, que crecen en los lugares más inhóspitos. ¿Sabías que hay unos hongos que pueden controlar el cuerpo de un insecto, como un zombi?

—Qué pasada —dije—. ¿Quién iba a decir que las setas pudieran molar tanto?

Pero volviendo al hecho de que sois raros, dijo M-Bot, *¿es posible… que estos pasillos te gusten porque te recuerdan a la cabina de una nave y a volar conmigo?*

Me encantaba la idea, pero no me parecía acertada. Aun así, me hizo sonreír mientras seguía andando. Doblé una esquina y entré en la sala de observación. Pero la encontré ocupada. Un joven desgarbado y pelirrojo yacía en el suelo de cristal con un puñado de diagramas extendidos a su alrededor, aunque estaba tumbado bocabajo contemplando el planeta.

Gali se sobresaltó al oírme, alzó la mirada… y se relajó al ver que solo era yo.

—¿Qué hay? —saludó—. Dicen que has tenido un día movidito.

—Sí. Movidito. —Bostecé—. ¿No es por la mañana, en tiempo de horario estándar? ¿No tendrías que estar desayunando?

—¿Hum? —dijo él, y miró su reloj—. Bueno, los horarios me traen bastante sin cuidado. Total, llevo toda la noche despierto.

—Gali —dije poniendo los brazos en jarras—, estuviste años enteros quejándote cuando te despertaba o no te dejaba acostarte por alguno de mis ingeniosos e interesantes planes.

—Por suerte, las ventanas de aquí dan al vacío —señaló él—. Así no me cortas el sueño dando golpecitos en la mía, convencida de que tenemos que irnos a buscar tesoros perdidos en otra caverna vacía.

—Al final sí que encontré un tesoro, que lo sepas —dije cruzándome de brazos.

Esperaba que M-Bot interviniera entonces, pero no lo hizo y, cuando le di un empujoncito citónico, lo noté distante otra vez. ¿Le pasaría algo?

—En todo caso —seguí diciendo—, me ofende que de repente decidas quedarte toda la noche despierto sin mí.

Se encogió de hombros.

—FM se acuesta tarde, así que yo también he ido haciéndolo cada vez más.

—Claro —dije, acercándome.

Estando con Gali me sentía… no inmadura, pero sí más como mi antiguo yo. Me dejé caer de espaldas a su lado, arrugándole unos pocos diagramas, con la cara hacia el techo. Luego rodé para ponerme mirando abajo como él. A través del cristal, hacia Detritus.

—Tirda —susurré—, cómo marea.

—Sí, ¿verdad? —dijo Gali, emocionado.

—Tengo la sensación de que caigo. —Fijé la mirada hacia abajo—. Como si estuviera precipitándome hacia la superficie.

—A mí me parece que floto —repuso él—. Como que puedo verlo todo, asimilarlo de golpe. Igual hasta comprenderlo, en vez de que me dé miedo.

—Últimamente, se te da mucho mejor que no te asusten las cosas —comenté.

—No es que no me asusten —dijo Gali—. Es que… bueno, tengo una buena estructura de apoyo. Eso siempre ayuda.

Qué cosas. No es como yo lo habría expresado. De niña habría dicho que el coraje destruye el miedo. De un tiempo a esa parte, en cambio, habría dicho que el miedo es lo que nos permite ser valerosos.

—Me alegro de que te vaya bien con FM —dije—. De que tengas esa estructura de apoyo. De que… ya no seas solo ese chico con una amiga rara que no se quita de encima.

—Pero ¿qué me estás contando? —replicó él—. Los dos sabemos que no había nadie aporreando mi puerta y exigiendo mi amistad. No espantabas a la

gente de mí, Peonza. Te hiciste amiga mía cuando nadie más me prestaba ninguna atención.

—Dos marginados apoyándose —dije.

Contemplé el planeta, que resplandecía bajo las enormes luces móviles de allí arriba. Se distinguían las sombras y las franjas de brillo que creaban, remanentes de una época en la que en Detritus brotaba algo más que polvo y hongos.

—Gali —dije en voz baja—, ¿cómo de mala amiga soy?

—No eres…

—Sé sincero conmigo, anda. Hoy… le he hecho mucho daño a Jorgen. Tengo que oírlo de alguien en quien confíe. ¿Cómo de mal se me dan estas cosas?

—No eres mala como amiga —respondió Gali—. Lo que pasa es que cuesta ser amigo tuyo. Son cosas distintas.

—¿En qué?

—Lo intentas —dijo él—. Sé que lo haces. A mí siempre me has cuidado. Tirda, dudo mucho que de otro modo hubieras elegido al chico callado de los ocasionales ataques de nervios para que fuera tu mejor amigo. Pero necesitaba a alguien, y tú viste que estaban metiéndose conmigo y… bueno, aquí estamos. Eres leal, apasionada e inventiva.

—Pero…

—Pero eres muy *muy* mala en ver las cosas con los ojos de los demás. Tú te vas y haces cosas, Peonza, y crees que todo el mundo habría hecho lo mismo si se le hubiera ocurrido y tuviera las agallas suficientes.

—Es justo —dije—. Sé que te empujé a meterte en la escuela de vuelo. Pero es que no puedo ver las cosas como si fuese otra persona. Soy yo. Por sorprendente que parezca, veo las cosas como yo.

—Es una habilidad que se practica, igual que todas —respondió él—. A ti te encantan las historias, ¿no? Pues igual podrías preguntarte: ¿y si la historia no va sobre ti, para variar? ¿Y si esta fuera la historia de Jorgen? ¿Cómo se sentiría él acerca de lo que estás haciendo?

Tirda, eso me dio en toda la boca del estómago. Gali hacía que sonara facilísimo, y tal vez para él lo fuese.

Pero yo había hecho lo que debía hacerse. Por Jorgen. Por Detritus. Y teniendo en cuenta lo que estaba pasándome, los poderes que estaba mostrando… bueno, ¿y si alejar a Jorgen y a los demás de mí era la única manera de protegerlos?

Me retorció por dentro. Me hizo empezar a temblar. Me hizo pensar en mis amigos muriendo, de formas muy gráficas, una y otra vez en mi mente. Huyendo de esas imágenes, y de otro potencial ataque, volví a ponerme cara arriba y cogí un diagrama.

—¿Sabes, Rodge? —le dije—. Eres un tío raro.

—Muy cierto.

—Entro aquí y voy y te encuentro tumbado bocabajo entre un montón de papeles.

—Lo primero que has hecho es tumbarte a mi lado.

—Practicaba la empatía —dije—. ¿Qué son estas cosas?

—Detritus tiene varios astilleros enormes entre estas plataformas —me explicó él.

—Sí, lo sé —respondí—. Participé en una batalla dentro de uno, ¿recuerdas?

—Es verdad, mientras caía. Los hermanos de Nedd…

Asentí, aunque Gali no podría verlo porque seguía bocabajo. Sí, de verdad era un tío raro. Quizá hubiéramos estado destinados desde siempre a hacernos amigos.

—¿Crees que podrías construirme una nave en una de esas factorías? —pregunté.

—Depende, en realidad —dijo—. ¿Tienes el diseño de lo que quieres? Y estoy refiriéndome a unos esquemas precisos y minuciosos, creados por un ingeniero de verdad, no a un boceto hecho a mano en un papelito de una catapulta para lanzar a Stacy Leftwire al interior de un horno.

Sonreí.

—Ya no me acordaba de eso.

—Yo sí. Lo dibujaste con sangre.

—Sangre de rata —asentí—. Como tinta, es una porquería. No paraba de coagularse. No tengo ni idea de cómo podían utilizarla los antiguos nigromantes en sus tomos arcanos.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Te traeré los esquemas —dije—. Esquemas de verdad. Estaban en las bases de datos que robamos.

—Muy bien —respondió—. Quería hacer unas pruebas de todos modos. Pero estoy pensando que en realidad no nos hacen falta más cazas. Tenemos más que suficientes para nuestros pilotos entrenados. A lo mejor necesitamos otra cosa.

Yo no estaba tan convencida de que nos sobraran los cazas. Ahora que teníamos un sistema para eyectar pilotos mediante hiperbabosas, era muy posible que empezáramos a fundirnos las naves más deprisa. Era un cambio de mentalidad. Siempre habíamos tenido sistemas de eyección que funcionaban en atmósfera, pero la cultura de la FDD animaba a los pilotos a proteger las naves, que creía más difíciles de reemplazar, por encima de su propia vida.

Pensaba a menudo en lo cara que habíamos pagado esa miopía. Nunca habíamos reconocido el valor de contar con pilotos diestros y veteranos. Buena parte del motivo de que mis amigos y yo tuviéramos una graduación tan alta era que habíamos logrado sobrevivir el tiempo suficiente para obtener algo de experiencia útil en combate.

Iba a ponerme a explicarle a Gali lo que quería que me construyese cuando la puerta se abrió y FM entró dando zancadas. Estaba un poco ruborizada, tensa. Seguía manteniendo una postura perfecta, por supuesto, pero para FM aquello era el equivalente a un ataque de pánico.

—¿Qué pasa? —pregunté, incorporándome de golpe.

—Reunión de emergencia convocada por el Alto Mando —dijo ella—. El enemigo está haciendo algo. Venía buscando a Rodge, pero Jorgen se alegrará de que vengas también.

Yo no estaba tan segura. No ese día. Pero, mientras Gali recogía sus diagramas a toda prisa, me levanté.

—¿Sabes algo más?

—Sí —respondió FM—. Cortar el acceso de la Supremacía a la piedra de pendiente les ha llamado la atención de verdad.

—¿Y?

—Y —continuó ella mirándome a los ojos— han cambiado de táctica. No podemos estar seguros, porque supongo que aún es un poco pronto, pero sus movimientos de tropas indican… bueno, que han comprendido que no podrán ganar una guerra larga tan fácilmente como antes. Así que, en vez de eso…

¿En vez de eso? Fruncí el ceño, tratando de pensar qué haría yo en su situación. Tenían que haberse dado cuenta de que íbamos a intentar desangrarlos poco a poco, pero seguían contando con una apabullante superioridad numérica. Así que yo, en su lugar…

«Tirda».

17

Ataque masivo —dijo Goro.

El general kitsen llevó su plataforma flotante hacia una pantalla de la pared para señalar el metraje que habíamos obtenido en algún planeta lejano de la Supremacía. Las hiperbabosas nos permitían teleportar equipos de tierra para que espiaran en las instalaciones enemigas que Cuna había identificado para nosotros.

—Insisto —añadió Goro, flotando hacia otra parte de la pared donde había una imagen distinta— en que no podemos saberlo con certeza, pero sí que es lo que parece.

—Tiene sentido, por desgracia —dijo Cobb.

Aún se negaba a sentarse a la mesa con nosotros y ocupaba un asiento de consejero junto a la pared. La palidez de su piel y las ojeras me tenían preocupada, pero parecía estar participando más. Así que quizá se encontrara mejor.

—Han comprendido nuestra estrategia —prosiguió Cobb—. Con el tiempo, si vamos destruyendo su ejército en pequeñas escaramuzas, podrían perder el control.

—Ahora mismo la Supremacía es estable —aportó Cuna desde su lugar en la mesa—. Es lo bastante grande y está lo bastante bien engrasada para que pocos ciudadanos de a pie hayan notado ningún cambio desde el advenimiento del reinado de Winzik. Sin embargo, no somos unos *cathodis*.

Mi alfiler intérprete, configurado para explicar cosas como aquella, me susurró que era una metáfora referida a un objeto que cuelga de una pared y ve pasar el mundo sin moverse nunca. Vendría a ser el equivalente a que nosotros dijéramos: «No somos unos borregos».

—Con el tiempo —continuó Cuna—, la gente se resentirá cada vez más por la pérdida de democracia. Dejará de creerse a pies juntillas la retórica de Winzik sobre el peligro que suponen los humanos y los zapadores y empezará a hacer preguntas. Si para entonces estamos destruyendo su presencia militar, las más… revoltosas de entre las especies inferiores podrían rebelarse contra su mandato. Incluso quienes gozan de inteligencia primaria comenzarán a actuar contra él.

—Sin su capacidad de suministro, Winzik sabe que un enfrentamiento a largo plazo contra nosotros le supone mayor riesgo —convino Goro. Hizo un gesto hacia otro vídeo de la pared—. Aquí lo tenemos retirando fuerzas de seguridad del planeta Ooklar, y aquí haciendo lo mismo en el planeta Zip!tak. Esta otra pantalla muestra que ha convocado naves que estaban protegiendo importantes rutas comerciales sublumínicas de la piratería en el sistema binario dione.

»Está congregando sus fuerzas. Si redirige sus recursos con agresividad, podrá desplegar alrededor de dos mil setecientos cazas en apoyo de su flota principal. Aproximadamente la tercera parte de ellos llevarán piloto en cabina, mientras que el resto son drones controlados en remoto. Y lo que es peor, tiene acceso a entre veinte y treinta naves de guerra: ocho transportes y el doble de destructoras.

Tirda, esos números eran…

¿Dos mil setecientos cazas? Incluso contando a nuestros aliados, nosotros apenas llegábamos a los trescientos. Sí, la mayoría de los suyos eran drones, mucho más fáciles de abatir. Pero nuestros trescientos incluían a todos los reclutas recientes y a los pilotos en formación, sin apenas experiencia en batalla. Y, como siempre, no teníamos naves de guerra, aunque el propio Detritus era una gigantesca estación móvil de combate.

La mayoría de nuestra flota eran fuerzas de asalto, el equivalente moderno a la caballería. Habíamos sobrevivido hasta la fecha siendo rápidos, atacando donde Winzik no se lo esperaba y, con toda sinceridad, aprovechando que no podía dedicarnos mucha atención. Estaba ocupado estableciéndose como dictador galáctico.

Pero eso iba a cambiar. Winzik no podía permitirse dejar que siguiéramos haciéndole incursiones. Ya habíamos cumplido nuestro propósito, servirle de hombre del saco que utilizar como «prueba» de que necesitaba disponer de autoridad absoluta. Lo que buscaría después de eso era una batalla decisiva en la que destruirnos de una vez por todas. Si no podía ganar una guerra prolongada, era su única alternativa.

Aplastarnos deprisa. Tendría que haberlo previsto.

—Un momento —dijo Rinakin desde su asiento en la mesa, con una expresión confundida en su rostro violeta claro—. ¿Así no se arriesga a levantamientos? Si Winzik está retirando todas sus fuerzas de seguridad de los planetas, ¿esos planetas no se volverán contra él?

—Con el tiempo, sí —respondió Cuna—. Es un posible problema. Pero debe usted comprender que no somos gente… hum…

—¿Agresiva? —sugerí.

—Buscaba un término con menos implicaciones —dijo elle—. Me he dado cuenta de que quizá no sea un adjetivo tan preciso como me habría gustado. Pero, en este caso, quizá sirva. No somos gente agresiva.

»No somos *cathodis* y no nos resignaremos a la opresión ni nos quedaremos cruzades de brazos. Pero mi pueblo, y los demás a los que lidera, recurrirán primero a otros métodos. Iniciativas parlamentarias para hacer cumplir la ley, mociones en los cuerpos gubernamentales, editoriales en los medios de comunicación. Si esos movimientos cobran fuerza, Winzik necesitará sus efectivos militares, pero es muy posible que se haya figurado, con razón, que ahora mismo puede permitirse retirar las fuerzas. Durante un tiempo.

—Durante el suficiente para hacernos picadillo —dijo Jorgen en tono sombrío.

—¿Y esta reacción de la Supremacía… estaba anticipada? —preguntó Rinakin mirando a Jorgen—. ¿En tu plan para dejar a Winzik sin piedra de pendiente?

—Este asunto se ha llevado muy mal —dijo Goro, flotando hacia el grupo de otros kitsen congregados sobre la mesa—. La venerable Itchika y yo estamos muy disgustados por no haber participado en la decisión de atacar en secreto al enemigo. ¿Por qué no se nos consultó la idea de anticipar el golpe tan de repente, ni la decisión de atacar en la ninguna-parte y no en las instalaciones de la alguna-parte, como habíamos acordado?

—¿Cómo podemos llamar a esto una alianza? —añadió Cuna—. ¿Cómo, si un miembro actúa con tal desconfianza hacia todos los demás?

Me hundí en mi asiento, con el estómago revuelto. Jorgen jamás habría adelantado el ataque sin hablar con nuestros aliados. Pero su impulsiva piloto estrella era harina de otro costal. Tirda, qué tonta era.

Jorgen se levantó y ni siquiera me miró de reojo. Iba a cargar con las consecuencias. Sufriría por mi culpa, como de costumbre. Yo consideraba que todos mis actos habían sido adecuados, incluso vistos en retrospectiva. Reacondicionar a M-Bot, irme corriendo a Visión Estelar, quedarme en la ninguna-parte… y también la última misión, que había dado el resultado que pretendíamos para las instalaciones mineras sin que se perdieran vidas.

Pero, en todos esos casos, a Jorgen le había tocado poner excusas por mí. Recoger los pedazos. Ir descubriendo sobre la marcha cómo liderar mientras yo me dedicaba a lo mío. Tenía razón sobre mí. En esos momentos, sentí que no merecía ocupar mi asiento, que no merecía ni siquiera estar en aquella sala.

—No, Rinakin —respondió Jorgen—. No anticipé que ocurriría esto. Tienes razón. Y Goro, tú también tienes razón en que nos hemos precipitado al no consultaros. Ha estado mal, y te suplico que nos perdones.

»Somos novatos en esto. Ahí está el problema, amigos míos. En que somos demasiado novatos. Somos casi como niños intentando ejercer de adultos por primera vez. Mi pueblo estuvo al mismísimo borde del exterminio durante décadas. Por aquel entonces no nos tomábamos tiempo para hacer planes como es debido, porque en ese caso estaríamos muertos antes de poder llevarlos a la práctica.

»Esa misma sensación nos gobierna todavía. Ese pánico, ese impulso de actuar ya mismo, nada más surge una oportunidad, no vaya a ser que se nos escape. Tenemos que madurar. Tenemos que aprender y mejorar. Lo único que os pido es que aceptéis que no tenemos ninguna intención de enajenaros. Estamos aprendiendo, a todas horas, y tan deprisa como podemos.

Los demás sopesaron sus palabras y vi que su actitud se suavizaba. ¿Cómo era que Jorgen siempre sabía lo que debía decir? ¿Cómo sabía cuándo ponerse firme y cuándo pedir perdón? Todos lo vieron cargando con la responsabilidad de lo que yo había hecho y aceptaron sus disculpas.

—Supongo que es comprensible —dijo Goro—. Ninguno de nosotros hemos librado una verdadera guerra galáctica. Incluso en mi mundo natal, hace décadas que no tenemos una auténtica guerra y solo conocemos escaramuzas.

—Se te puede perdonar —convino Rinakin— que no previeras lo que ocurriría en una guerra a esta escala. Todos somos nuevos en esto, y el plan de las estaciones mineras nos ha parecido bien. Con solo que nos hubierais informado cuando decidisteis adelantar el ataque, no nos habríamos molestado tanto.

—Lo prometemos —dijo Jorgen, mirándome por fin—. No habrá más sorpresas. Vamos a madurar, amigos míos.

Una pequeña plataforma ascendió junto a la de Goro. En ella iba Itchika, la anciana kitsen con el hocico canoso, que aún vestía con su túnica formal. El suyo era un cargo electo, según tenía entendido. No actuaba como emperatriz, porque habían superado esa etapa, pero seguía siendo una especie de voz de la tradición.

—También nosotros agradecemos tu sinceridad, almirante —le dijo a Jorgen—. Pero hay una bestia por devorar, como decimos los kitsen. Un tema que debe tratarse. Nuestro planeta, Orilla Perpetua, está expuesto. Igual que ReAlba, el hogar de nuestros aliados los UrDail. Tu gente, en cambio, posee

un planeta móvil rodeado por un cascarón protector. Podéis permitiros actuar con audacia, pues, si la Supremacía lanza un ataque masivo, estáis en condiciones de huir. Nosotros no. Nuestro pueblo corre peligro de que lo aniquilen.

En la sala de conferencias se hizo el silencio y mi estómago se revolvió aún más. Porque aquello también era verdad. Me estaba costando acostumbrarme a la idea de que nuestro pueblo por fin era libre, como había argumentado Jorgen, pero tampoco creía que eso fuese lo que había motivado mis actos. Ni tampoco alteraba el hecho de que, en efecto, si la Supremacía nos atacaba con todas sus fuerzas, podíamos escapar. La movilidad de Detritus significaba que nuestro pueblo era en realidad el más libre de todos.

—No podríamos huir para siempre —respondió Jorgen—. Winzik no permitirá que sigamos amenazando su dominio. Además, no os abandonaríamos.

Rinakin dio unos golpecitos en la mesa, quizá la versión UrDail de carraspear para llamar la atención.

—Nadie te acusa de cobardía, almirante. Pero si tuvieras que decidir entre tu pueblo o el nuestro, sin duda escaparías. Es la sencilla verdad. No lo digo como acusación, sino como un contexto que debemos asumir. Detritus no está en la misma posición que el resto de nosotros.

—Además —señaló Cuna—, sois… bueno, humanos. Estáis habituados a vivir con la destrucción y la guerra.

Me sorprendió que los UrDail y los kitsen parecieran estar de acuerdo con una afirmación tan injusta. Yo no creía que los humanos fuésemos más agresivos por naturaleza. Era solo que… Me estaba costando describirlo, pero…

Llegó un leve chasquido desde un lado de la sala. Luego el suave gruñir de alguien levantándose. Una persona bajita, encorvada por la edad. ¿La yaya?

Resonaron más chasquidos por la sala de conferencias mientras la yaya caminaba a lo largo de la mesa. Su forma de andar, frágil pero decidida, de algún modo reflejaba la contradicción que había en el núcleo del alma de la yaya. Era una mujer mayor, de cuerpo débil, pero que ostentaba poder y autoridad.

Por una parte, no era nadie. Solo una anciana, marginada durante gran parte de su vida por la traición de su hijo. Por otra parte, incluso en aquellos tiempos la gente se apartaba para dejarla pasar. Incluso entonces, sabían y recordaban que esa mujer no era solo la yaya. Era Rebecca Nightshade, la

última persona viva que había conocido la vida entre las estrellas. La última tripulante de la nave que nos había traído a Detritus.

—¿Conocéis la historia de la *Desafiante*? —preguntó mi abuela volviendo la cabeza, con los ojos cerrados pero dando la impresión de dirigirse a todos los presentes en la sala, kitsen, UrDail, humanos y le únique dione.

—No conocemos tu historia, honorable anciana —dijo Hesho en voz baja tras su máscara, flotando cerca de mi asiento—. Pero yo querría oírla, si te ofreces a contarla.

La yaya sonrió e inclinó la cara hacia arriba, hacia las estrellas, mientras andaba.

—Nosotros somos el pueblo que desobedeció. Somos los humanos que no quisieron ir a la guerra, la última vez que los tiranos que gobernaban a nuestras distintas gentes se aliaron con el objetivo de conquistar la galaxia. Esos fueron los guerreros ante los que tanto sufristeis los UrDail hace mucho tiempo.

»Bueno, pues esos humanos exigieron que todas las naves que estuvieran en condiciones de luchar se unieran a la armada y los apoyaran en su guerra sin sentido. Pero nosotros… nosotros nos marchamos. Algunos teníamos ascendencia china, otros colombiana, estadounidense o escandinava, de muchos pueblos distintos. Ya habíamos comerciado entre nosotros y viajado juntos, pero ese día de veras pasamos a ser una sola entidad.

»Una soldado sabia elige su campo de batalla, y nosotros no queríamos combatir en ese. Rechazamos la llamada a las armas y, con ello, la primera gente a la que desafiamos fueron nuestros propios líderes. Esa es el alma de la *Desafiante*. No es solo que luchemos, amigos míos. Es que escogemos *cuándo* luchar. No hay marea ni tirano capaz de forzarnos a alzar las armas en una batalla que no apoyemos. —Abrió los ojos, blancos como la leche, y miró alrededor llena de fuerza—. Pero una vez nos decidimos a pelear, una vez nos convencemos de que la causa es justa, ya no nos rendimos.

La yaya se detuvo cerca de las plataformas de los kitsen. Asintió, con la barbilla aún bien alta.

—No os abandonaremos, amigos míos —afirmó—. Yo, la última de la tripulación de la *Desafiante,* os lo juro. Si caéis, caeremos con vosotros, para que maldigamos juntos el fuego y la ceniza que nos abrasan la carne en los huesos. Muertos, pero no quebrados. Si optamos por huir, como hicieron mis antepasados, solo haremos tal cosa si podemos llevaros con nosotros. Pues, aunque no seamos un solo pueblo, al unirnos nos hemos convertido en hermanas de armas. No vais a luchar solos.

Aunque había oído muchas veces esa historia sobre nuestros orígenes, me empañó los ojos. Las palabras de la yaya casi lograron sacarme de mi pesadumbre. Y, aunque se había expresado a su muy particular manera Nightshade, el discurso tuvo un efecto positivo en nuestros aliados. Los kitsen aceptaron la promesa y declararon un alto el fuego. El resto parecía reconfortado y más tranquilo.

Otra crisis de Spensa evitada. Tirda, el discurso de la yaya no habría sido necesario si yo no hubiera puesto nervioso a todo el mundo sobre el comportamiento errático de los humanos. La calidez que me había dado oír hablar a la yaya se desvaneció y el peso de mis errores cayó de nuevo sobre mí.

Jorgen le dio las gracias a la yaya antes de dirigirse a la mesa.

—Podemos adaptarnos a las nuevas tácticas del enemigo —dijo—. Por suerte, Winzik necesitará tiempo para preparar sus efectivos. Sugiero que consultemos a nuestros respectivos expertos en estrategia, repasemos la información que hemos obtenido y volvamos a reunirnos esta noche. ¿Os parece bien a las veinte-cero-cero, hora local, para poner ideas en común?

Los demás asintieron. La reunión empezó a disolverse y aproveché para huir por la puerta, sin hacer caso a la propuesta de Kimmalyn de desayunar juntas. No quería discutir otra vez con Jorgen, ni tampoco enfrentarme a mis amigos. Quería estar sola.

Tenía cada vez más claro que era como debía estar.

18

Me fui directa a la cama y maldormí unas horas, pero al menos no tuve pesadillas extrañas ni visiones citónicas. Solo di inquietas vueltas en la cama, dormitando a ratos.

La misión nocturna me había dejado agotada y ya pasaba del mediodía cuando me levanté. Fui derecha a una larga sesión de entrenamiento físico. Cinta de correr, estiramientos, pesas. Esperaba que la rutina y el ejercicio me aliviaran aquella sensación de pavor y ansiedad. Pero ese día no ocurrió. Mi subconsciente sabía que estaba intentando distraerlo y no iba a dejarse engañar ni de milagro.

Después de ducharme y comer, leí mis mensajes en la pantalla de pared que había en mis habitaciones y esperé a que llegara la invitación para esa reunión de planificación que Jorgen había mencionado. Hasta entonces siempre me había presentado sin más en las reuniones; Jorgen no siempre me enviaba una invitación específica, porque ya se suponía que iba a aparecer. De modo que esta vez, a medida que iba llegando la hora, no supe muy bien si me habían excluido o no.

Me recliné en la cama y acaricié a Babosa Letal, que tenía su propia camita al lado de la mía. Captó mi estado de ánimo y no dijo nada.

Conociendo a Hesho, lo más seguro era que estuviese montando guardia fuera de mi puerta. Le había dado por hacerlo casi todos los días, considerándolo parte del deber autoimpuesto como guardaespaldas del Exiliado Enmascarado. Podría charlar con él, pero no quería hablar con nadie. Quería estar sola.

Cuando tienes ese estado de ánimo, es muy inoportuno tener amigos que pueden aparecer dentro de tu cabeza.

Hola, dijo M-Bot. *Pasa algo con los zapadores. Están revolucionándose.*

—¿Corres peligro? —le pregunté.

Es probable. Pero ya corría peligro desde el principio, así que vete a saber. Me destruirán si pueden, pero es evidente que tú les das miedo. Igual yo también, un poquito. Ojalá supiera por qué.

—Yo tengo alguna idea —dije, tumbándome y mirando el techo—. Después de que te sacrificaras para dejarme escapar al fogonazo, intentaron… No sé. ¿Aplastarme? ¿Abrumarme? Destrozar mi alma.

»Pero combinarme con Chet me reveló una cosa. Él estaba sufriendo y mi experiencia vital le permitió superarlo. A cambio, yo necesitaba una consciencia de la ninguna-parte y de los zapadores que él podía proporcionarme. Así que, cuando los zapadores me tocaron, les provocó dolor.

Ese dolor…, dijo M-Bot. *Esa es su debilidad. Huyeron al fogonazo para dejar atrás el dolor de su pérdida, ¿verdad?*

Cuando los zapadores evolucionaron de inteligencia artificial a persona, no fueron capaces de soportar la muerte de un hombre al que habían amado. Sellaron sus recuerdos y se refugiaron en un lugar donde el tiempo no tenía significado. Donde jamás deberían madurar, donde nunca más tendrían que sufrir el dolor de perder algo, o a alguien, que apreciaran. Donde nada cambiaba.

Excepto cuando la gente de la alguna-parte pasaba por allí. Excepto cuando los citónicos, o las babosas, abrían caminos a nuestra dimensión, donde el tiempo, el espacio y el cambio eran partes inevitables de la vida. Eso les hacía daño.

—Cuando intentaron destruirme, tuvieron que entrar en contacto conmigo —expliqué—. Les dolió demasiado. Creo que podría ser porque pertenezco a la alguna-parte.

Diría que es más que eso, respondió M-Bot. *Ocultaron sus recuerdos, pero no los eliminaron por completo. Que conozcas sus secretos atraviesa esas capas de protección y revela de nuevo el dolor. Cuando los tocaste, les arrancaste la máscara, por así decirlo, devolviendo los recuerdos al foco de su consciencia.*

Chet saltó al oír esa afirmación.

Ahí está la clave, pensó.

—Entonces… podían sentir mi capacidad de comprender lo que eran. Y eso era lo que les dolía.

Sabías lo que ocultaban, dijo M-Bot. *Estando tú presente, no podían fingir. Los obligaste a recordar, y ese recuerdo les habría hecho un daño insoportable. Tuvieron que retirarse.*

—Por tanto, lo único que necesitamos —respondí— es buscar una forma de exponer a los zapadores por completo a su dolor. Retirar la barrera que han levantado para reprimir sus recuerdos. Si lo conseguimos…

Los destruirá, dijo M-Bot. *Porque en la ninguna-parte nunca cambia nada. Si les infliges ese inmenso dolor y te vas, ya no podrán escapar de él.*

Estarán atrapados para siempre. Incapaces de hacer nada, salvo tal vez dejar de existir.

Chet, dentro de mi alma, se apenó. ¿Qué sentía yo? ¿Resignación? Me había esforzado mucho en proteger a los trabajadores de los centros de suministros, aunque estuvieran en el otro bando. ¿Qué pasaba con los zapadores?

Decidí que era demasiado complicado para aclararme. Sin Chet, no habría tenido ningún reparo. Pero él me daba una perspectiva diferente.

—Suena espantoso —dije.

Sí, pero es el plan que tanto tiempo llevábamos buscando, repuso M-Bot. *Una forma de ocuparnos de ellos por fin, quizá para siempre. Tirda, Spensa, qué bien sienta tener un plan.*

—Bueno, yo suelo tener planes —dije—. El problema no está ahí. Es problema es que casi nunca les dejo el tiempo suficiente, ni permito que nadie aporte nada.

Así que…

—Así que esta vez vamos a tomárnoslo con calma —respondí—. Y no hacer nada hasta que le hayamos dado más vueltas y lo tengamos mejor investigado. ¿Crees que podrás infiltrarte entre ellos y averiguar si tu teoría es correcta? ¿Mirar a ver si ves una forma de devolverles su dolor?

Por supuesto. No solo soy un fantasma. Soy un fantasma de operaciones encubiertas. Puedo hacerlo. Encontraré las respuestas.

—Bien.

Ah, y ¿Spensa? Cuando hagamos esto, cuando descubramos cómo derrotar a los zapadores y evitemos que la Supremacía destruya Detritus, entonces… entonces obtendremos lo que queremos. En las historias funciona así, ¿verdad?

—Sí —mentí—. Sí. Eso es lo que pasa en las historias, M-Bot.

Bien, bien…, dijo él mientras su voz se alejaba.

Volví a quedarme sola, como había querido. Pero la soledad hizo que volviera a darle vueltas al asunto de la reunión. ¿Tendría que haber ido? ¿Qué conseguía quedándome allí? ¿Esperar a recibir una invitación era una muestra de madurez o de quisquillosidad?

Me descubrí extendiendo mis sentidos, no a propósito, sino como una especie de reflejo de mis preocupaciones, incluso de mi creciente soledad. Así que no debería haberme sorprendido lo que pasó entonces. Brade apareció en mi dormitorio como proyección citónica fantasmal, cruzada de brazos, con su uniforme impoluto.

Antes podía ocultarme de ella. Pero la forma en que mi alma vibraba, resonando con el zapador, había acabado con eso. Ya no tenía tanto control ni de lejos.

—Truda —me dijo Brade—, ¿tienes que montar tanto escándalo? Estábamos buscando la mejor forma de asesinaros a todos.

—Tenéis miedo —le espeté—. No esperabais que os dejáramos sin recursos como hemos hecho. Ahora estáis desesperados.

—Sí que ha sido un buen truco —reconoció.

Bajé de la cama y rodeé a Brade, y ella me rodeó a mí: dos guerreras acechantes, evaluándose entre ellas. Me temblaba la mano con el deseo de agarrar el puñal que llevaba sujeto a la pierna y abalanzarme contra ella.

No habría servido de nada. Las hojas con las que luchábamos no estaban hechas de acero. Y por desgracia, Brade había demostrado ser más fuerte que yo en esas cosas, aunque yo tuviera a un zapador proporcionando energía a mi alma.

—Quería darte las gracias —dijo Brade al cabo de un tiempo.

—¿Por?

—Por acorralar a Winzik y sus generales —respondió ella—. Se habían empeñado en librar una guerra lenta, de desgaste. Ahora optarán por el mejor camino. Un gran enfrentamiento final. Nuestro propio Agincourt, nuestro Waterloo. —Echó a andar otra vez a mi alrededor—. Tendría que haber sabido desde el principio lo que eras; tendría que haberme dado cuenta. Ninguna UrDail tendría tu instinto asesino. Tu fuerza de voluntad. No me digas que no te emociona una última batalla culminante.

—Preferiría una que no costara tanto —dije—. ¿Hace falta desperdiciar miles de vidas, Brade, cuando el resultado es inevitable y la Supremacía está condenada?

Dio un paso hacia mí y me observó un momento antes de responder.

—Ya veo —dijo—. Estás debilitándote. Pierdes el instinto. ¿A qué viene este pacifismo ahora, Spensa?

—Antes no hablabas así —le respondí, todavía rodeándola—. Cuando entrenábamos juntas, decías que matar era espantoso, que eras un arma entrenada desde que naciste, prisionera de la Supremacía por necesidad. Parecías asustada de ti misma y de lo que hacías, no entusiasmada por la perspectiva de la batalla.

Brade sonrió.

—Puede que conocerte despertara algo en mí.

—O, más probablemente —dije—, estabas interpretando un papel. Que es por lo que fuiste enseguida a hablar con Winzik cuando supiste lo que yo era en realidad. ¿Sabes que de verdad pensaba que podía convencerte? Creía que te habían lavado el cerebro.

—Un error comprensible —repuso Brade—. ¿Quién habría esperado que a una humana se le diera tan bien fingir? Extraordinario, teniendo en cuenta que éramos dos haciendo lo mismo.

—¿Y qué es todo esto, entonces? —preguntó, señalándola—. ¿Esa palabrería sobre la gloria de la batalla es otra cara falsa? ¿Intentas que te subestime?

—Más bien intento encontrar puntos en común —dijo, jugueteando con la pistolera de destructor que llevaba en la cadera.

Me di cuenta de que conocía a una tercera Brade, a la que había espiado desde la ninguna-parte. Una Brade que merodeaba como un leopardo, que vigilaba a Winzik con una calculadora relajación.

Ese parecía ser su verdadero yo. No la cautiva cobarde ni esta guerrera sanguinaria, sino una astuta manipuladora. Más compañera de Winzik que esclava suya.

Tirda, pues claro que me había traicionado. No solo había estado frustrando los planes de Winzik, sino también los suyos.

—La batalla me intriga de verdad —dijo—. ¿Sabes cuántas veces intentaron conquistar la galaxia nuestros antepasados? ¿Cuánto tiempo estuvieron los humanos demostrando su valía?

—Tiranos —repliqué—. Igualitos que la Supremacía.

—¡Venga ya! —exclamó Brade, dejándose caer en un asiento que apareció en la visión al interactuar con él—. Una de dos, Spensa. O bien la batalla es gloriosa y genial, o bien es un desperdicio inútil de vidas. Empiezo a hartarme de ver cómo vacilas.

No piqué en la pulla. Era imposible no ver sus palabras, en cierta medida, como una maniobra calculada. Sí, quizá yo fuese algo inconsistente, y me sentía inconsistente, pero iba aclarándome poco a poco. Podía emocionarme con las historias de valentía y admirar la fuerza de los guerreros sin querer ver morir a personas inocentes.

En todo caso, no tendría ni el menor reparo en clavarle un cuchillo a Brade en todo el ojo y luego *retorcerlo*. A veces apretabas el gatillo con remordimientos. Otras veces, se te ponía en el punto de mira alguien tan despreciable que la culpabilidad no era un factor relevante. Una parte de mí le agradecía que me pusiera eso tan fácil.

—¿Quieres que acabemos con esto de una vez por todas? —me preguntó Brade.

—¿Cómo?

—Tú —dijo señalándome—. Yo. Un duelo, en persona, caza estelar contra caza estelar.

—¿Y qué conseguiríamos con eso? —repliqué.

—Descubriríamos cuál de las dos es mejor.

—Ya sabemos quién es mejor —dije—. Te vencí tres de cuatro veces en el laberinto de zapador.

—Ah, ¿por aquel entonces? —repuso ella—. ¿Cuando tú fingías ser una alienígena medio pacifista y yo fingía no ser tan peligrosa para no asustaros a todos? Truda, qué mal lo pasé en esa época.

La miré con los ojos entornados, sin creérmelo. Sí, Brade de verdad había estado frustrada mientras competíamos durante el entrenamiento. Se insubordinaba. No le hacía ninguna gracia tener que participar en aquellas sesiones de práctica. Era probable que detestara aquella misión.

Pero ¿qué motivo pudo tener para contenerse? Ninguno. Le habría interesado mejorar la reputación de los soldados humanos, no pegar menos fuerte de lo que podía. Yo era mejor piloto que ella.

Aunque una parte de mí se moría de ganas de saberlo seguro.

—No voy a enfrentarme a ti en un duelo por orgullo —dije.

—Pues hazlo por la ventaja táctica —contestó—. Soy la citónica más fuerte que tiene Winzik. Tendrías que ver lo penosa que es su colección de mediocres descerebrados. Los muy idiotas llevan siglos eliminando la capacidad por cruzamiento. Sí, tienen los hipermotores, pero es como negarte a engrasar la pistola porque llevas un fusil al hombro.

Era un símil adecuado. Titubeé.

—Si te mato —añadió Brade—, estaré quitándoles a los tuyos su arma más poderosa. Si me matas tú a mí, lo mismo. Parece que a las dos nos convendría un duelo a la antigua usanza. —Entornó los ojos—. Yo quiero hacerlo. ¿Y tú?

—Sí —susurré, comprendiendo que era verdad.

Cómo anhelaba arrancarle esa sonrisa de la cara y clavarla en mi pared como trofeo. Había perdido el deseo de matar al por mayor, pero no por ello había dejado de ser yo.

—Encontrémonos tú y yo solas, aquí. —Unas coordenadas entraron a la fuerza en mi cabeza, como una flecha indicándome el camino—. Pasado mañana, dentro de treinta y seis horas de la antigua Tierra.

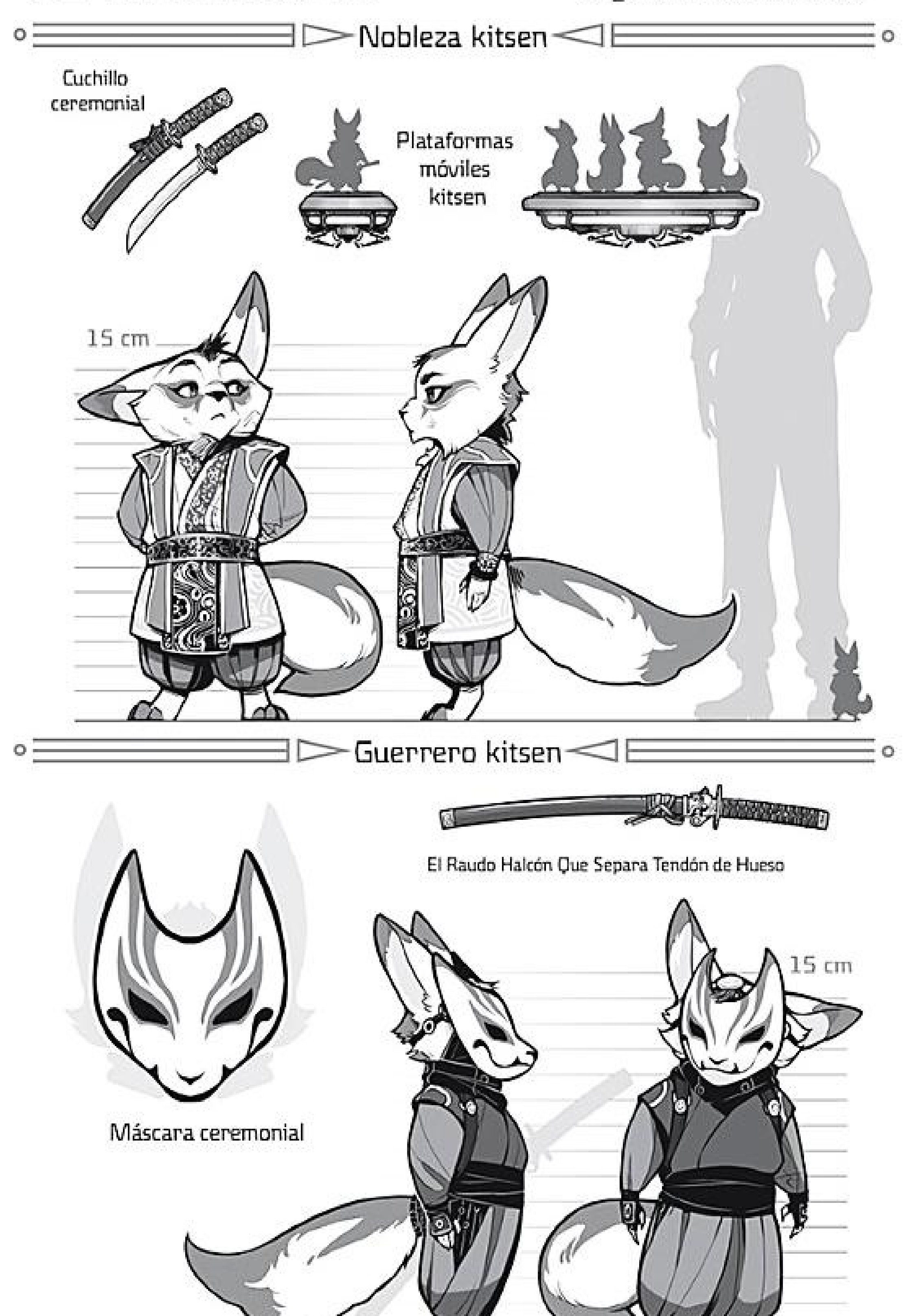
Miré el reloj.

—¿No deberían ser treinta y nueve horas y media? Así nos enfrentaríamos al mediodía.

—Qué pintoresco —respondió Brade—. No se lo diré a mi gente. Winzik me deja mucha manga ancha últimamente. Podré escabullirme. ¿Y tú?

No contesté, pero Brade pareció captar el ansia en mis rasgos, porque desapareció un instante después. Me dejó sintiéndome insegura. Acababa de meter a todo el mundo en un lío enorme al salir corriendo por mi cuenta. Pero si lograba matar a Brade, o, mejor aún, capturarla, tendríamos una posición táctica mucho más fuerte. Sabía lo mucho que dependía Winzik de Brade para las intervenciones citónicas. Como mínimo, era obvio que yo sería un recurso más seguro. No tendríamos que preocuparnos de que enviara una proyección a espiarnos.

Titubeé antes de decidirme. Necesitaba hablar de aquello con alguien. Por suerte, una de las personas más sabias que conocía estaba al otro lado de mi puerta. Tomando el té.


Perfil de los kitsen
Registro DST230307
Nobleza kitsen
Cuchillo ceremonial
Plataformas móviles kitsen
15 cm
Guerrero kitsen
El Raudo Halcón Que Separa Tendón de Hueso
Máscara ceremonial
15 cm

19

Hesho se había sentado con las piernas cruzadas en una pequeña esterilla. No reaccionó a que abriera la puerta. Solo hizo una atenta inclinación de cabeza a su tetera, la alzó y sirvió un solo cuenco, más o menos a un cuarto de su capacidad. Le hizo también una inclinación al cuenco antes de bebérselo sin hacer ruido. Al terminar recogió su máscara, blanca con francas rojas, en forma de cabeza de zorro, y volvió a ponérsela.

Aquello tenía aire de ritual, así que guardé silencio detrás de él, esperando a que hablara.

—Es una ceremonia en honor al emperador —explicó—, que se celebra todos los *nanjan*. El cabeza de familia sirve el té, ocupando el lugar del emperador. Representa que todo fluye desde el emperador, toda comodidad, toda necesidad, toda vida. Nunca lo había hecho desde esta posición social. He servido el té a jefes de Estado, pero el emperador no bebe, ya que nunca toma nada del pueblo, solo entrega. —Calló un momento—. O eso creía antes.

Me senté en el umbral mientras Hesho se volvía hacia mí en su esterilla. Como siempre, su voz era potente y profunda, un bajo atronador para venir de algo tan menudo. O quizá solo era cosa de mis prejuicios. ¿Por qué no iban a producir sonidos graves las cosas pequeñas?

—Estás afligida —me dijo.

—¿Alguna vez no lo estoy? —respondí con un suspiro.

—Sabias palabras. Como las olas del océano perturbadas por una constante agitación, así es la vida de quien vive en toda su intensidad.

—No creo que me parezca tanto a las olas, Hesho —dije—, como a un frasco de bebida carbonatada que alguien ha agitado una y otra vez.

Se rio al oírlo.

—Me gusta tu forma de ver el mundo, Peonza. Me hace pensar que tal vez debería apreciar la frivolidad en mayor abundancia.

—Eh… ¿Lo mismo por aquí? ¿Solo que al revés? —Suspiré, apoyando la espalda en el marco de la puerta sin hacer caso a los dos pilotos de otro escuadrón que pasaron por delante. Nos miraron raro, pero ya estaba acostumbrada—. No estoy muy segura de saber ni lo que quiero preguntarte ahora mismo. ¿Quieres que hablemos de tus problemas?

—Me vendría bien recibir consejo, sí —dijo Hesho—. Estás haciéndote más considerada, Spensa. Es un desarrollo alentador.

Hum, sí, vale. Lo cierto era que no quería descargarle mis problemas encima sin haberlos procesado un poco más. Pero no pasaba nada por dejarle creer que estaba madurando.

—Estoy dándole vueltas —me dijo— a qué hace uno cuando se da cuenta de que es… una carga.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Añoro egoístamente mi antigua vida —respondió—. La obediencia instantánea de todos los que me rodeaban. La capacidad de controlar el destino y tomar decisiones. Y… echo de menos a mis amigos. Mis esposas, mi familia, mis siervos y compañeros. Mi copero y mi escudera. A mi hija mayor, que interpreta una música de tonos celestiales. Ahora solo me quedan grabaciones.

Tirda, ¿Hesho tenía familia? ¿O familias? Era lo lógico, pero a veces me costaba recordarlo. Siempre veía a mis amigos sobre todo como soldados, que hacían cosas de soldados.

—Pues vuelve con ellos —le dije—. Puedes seguir volando conmigo si quieres, pero no tienes que vigilar mi puerta por las noches, Hesho. Te lo agradezco, pero seré más feliz si tú eres feliz.

—Ah —repuso él, dándose unos golpecitos en la máscara—. Pero adopté la máscara, Peonza. Como te dije, esto es una promesa. Al llevarla, indico a los demás que he desterrado a Hesho. Que el emperador ya no está.

—Entonces quédate la máscara —insistí—, y vuelve con tus esposas.

—Podría hacerlo, sí. Y hasta es probable que me aceptaran. Pero echaría a perder demasiadas cosas. —Metió la mano en el bolsillo de su túnica formal y sacó una tableta de datos—. El senado por fin es una cámara efectiva. ¡Si hasta rechazaron a la Supremacía mientras yo no estaba! ¡Y aceptaron apoyar esta rebelión! Debaten entre ellos y, por raro que suene, parecen más unificados desde que no tienen a nadie que los controle. Además, mis hijos han crecido y ocupan puestos de autoridad, en su mayoría a las órdenes de mis esposas, que son más poderosas desde que no estoy. Las tres han tomado consorte.

—¿Tan pronto? ¡Solo se te dio por muerto durante unas semanas!

—Nuestras uniones fueron políticas —dijo Hesho, posando la zarpa en la pantalla de un modo que me pareció cariñoso—, establecidas para unificar facciones de nuestro planeta. Sin mí, pueden regresar triunfantes con sus respectivas familias, habiendo servido a las necesidades de nuestro pueblo.

Las echo de menos, pero ahora cada una de ellas es la miembro de su clan con más importancia política. Mis hijos se benefician en gran medida del respeto profesado a sus madres, gracias a que me sacrifiqué. Mi supervivencia habría sido… inconveniente para todos, si no hubiera adoptado la máscara.

»Es la misma historia allá donde mire. Mi pueblo estaba preparado para avanzar. Solo necesitaba que el emperador se esfumara, pues, mientras yo permaneciera, no podía hacerlo. Es mejor para todo el mundo que continúe aislado. A veces desearía no haber recuperado mis recuerdos.

—Lo siento, Hesho —dije con suavidad—. Es un tirdoso asco. —Torcí el gesto—. Mejor haz como si hubiera dicho alguna cosa sabia.

—Aprecio la sabiduría —respondió él—, pero hoy la empatía me ayuda más. Gracias. Sí que es un «tirdoso asco». Como el lado oscuro de la luna, que jamás muestra su rostro a la luz ni conoce el beso del alba.

—Sí, justo como eso —dije—. O como cuando te magullas los nudillos dándole un puñetazo a Jorgen en la rodilla. Es un asco por partida doble, porque en realidad no se lo merecía y para colmo te duele la mano.

—O como el pez y el halcón, que no pueden hacerse amigos a pesar de tener unas perspectivas distintas por completo que compartir uno con el otro.

—O como cuando de verdad tienes que chillarle a alguien, pero la única persona que encuentras es alguien majo como Gali. Así que después de chillar estás peor que antes.

—O como que todos los cuadros se degradan con el tiempo, de modo que el universo no deja de perder sus obras maestras a manos de la inevitable decadencia.

—O como cuando tienes ganas de mear en plenas maniobras y resulta que se te olvidó conectar el catéter del traje de vuelo.

Hesho soltó una risita. Parecía pensar que eso último era broma, pero de verdad que era un asco. Supuse que él no lo sabía, porque las naves kitsen eran lo bastante grandes (o, mejor dicho, sus ocupantes eran lo bastante pequeños) para tener cuartos de baño completos.

—Gracias —dijo—. La verdad es que sonreír me viene bien.

—Podríamos ir al campo de tiro a volar cosas por los aires —propuse—, si quieres terapia de verdad.

—Sí. Pero ¿lo dejamos para luego? Parecías preocupada. ¿Puedo ayudarte yo a ti?

Me golpeé la coronilla contra el marco de la puerta, en el que aún tenía la espalda apoyada, con un pie levantado en la otra jamba.

—Ah, sí. Es verdad.

—Lo siento. ¿Prefieres que no te lo recuerde?

—Qué va, qué va, venía buscando consejo —dije—. Brade me ha retado a un duelo.

—Ah. Vosotras dos sois como dos cuerpos celestiales, atraídas al conflicto por fuerzas que escapan a vuestro control. En consecuencia, no me sorprende.

—Yo creo que es buena idea —le dije—. Puedo derrotarla y eliminarla del arsenal de Winzik.

—Dado que aún no conozco a piloto alguno capaz de vencerte en una pelea justa, me inclino por aceptar esa valoración. Siempre que estemos seguros de que no es una trampa.

—Exacto. ¿Se te ocurre… cómo estarlo?

—Explorar la zona por adelantado —dijo él—. Acordar con ella que las dos colocaréis una babosa inhibidora antes de empezar. Quizá incluso enviar un señuelo antes de ir tú.

—Bien pensado.

—Solo estoy extrapolando lo que hizo Jilo en la *Épica de Jilo*. Pero te agradezco esa fe en mí.

—Pongamos que hacemos esas cosas —dije—. Aun así…

—¿Jorgen? —adivinó él.

—Sí, Jorgen. Va a decirme que no. Tendrá miedo de que me arriesgue sin necesidad, y los duelos contravienen el protocolo por completo, aunque luego, cuando empieza una batalla, más o menos estamos haciendo duelos de todas formas, así que el protocolo es una idiotez. Ojalá yo fuese emperatriz.

—La vida es más sencilla en muchas de sus facetas cuando ostentas la autoridad absoluta y la capacidad de decidir a tu antojo. Pero un puesto como ese también tiene enormes desventajas, Peonza.

—Supongo que sí —dije, cerrando los ojos—. ¿Crees que… a lo mejor… soy como tú? ¿Que a la gente le iría mejor si me alejara? ¿Si me largase volando a algún sitio y no volviera a molestarlos nunca? Así nadie saldría herido intentando seguirme el ritmo. Podría hacer lo que fuera necesario y Jorgen no se metería en ningún lío, porque no me tendría bajo su mando.

Hesho no respondió.

—¿Hesho? —llamé, abriendo un poco un ojo.

—Estoy pensando que te he transmitido la carga de mis terribles ideas —reconoció—. Que, si no te hubiera hablado de mi aislamiento, no estarías planteándote recurrir a esa opción. Que debería haberme mantenido aislado de ti por tu propio bien. Que lo mejor sería que me marchara.

Rodé sobre mí misma y me tumbé bocabajo, poniendo los ojos al nivel de los de Hesho.

—No —le dije—. Por favor, no seas así, Hesho. No conmigo. Soy como una especie de monstruo interdimensional o algo por el estilo. Si hay alguien que es malo para el otro, esa soy yo.

—Y así perdura en ambos la misma inquietud. Quizá los dos nos equivoquemos.

—Estoy de acuerdo —respondí—. Seguiremos juntos. Tú y yo, por lo menos. ¿Trato hecho?

Le acerqué el puño cerrado para que le diera un golpecito con el suyo. Hesho se lo pensó.

—El destino proclamó que debía ser tu compañero, y ese camino me llevó a la cordura —decidió por fin—. Acepto tus palabras.

Se quitó la máscara con gesto solemne y luego levantó un brazo y me tocó el puño con una zarpa.

—Bien —dije.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó, volviendo a ponerse la máscara —. Sobre Brade, digo. ¿Nos escabullimos en plena noche como asesinos?

Titubeé.

Tirda, Jorgen me mataría.

Y lo tendría bien merecido.

—No —dije—. Antes voy a hablar con Jorgen y a pedirle permiso.

—Muy bien —respondió Hesho—. Prepararé el té para tu regreso.

—Prepara un vendaje también —dije levantándome—. Estoy medio convencida de que va a apuñalarme solo por atreverme a preguntárselo.

20

No hipersalté sin más al interior de la habitación de Jorgen, como habría hecho en circunstancias normales. Ni siquiera fui con paso firme a su puerta y la aporreé, como haría una guerrera.

Concerté una cita.

Con su secretario.

Rikolfr era el mismo ayudante que había tenido Cobb, heredado de Férrea. Pareció encontrar mi reciente naturaleza normativa tan desconcertante como yo.

—Una cita… —dijo Rikolfr mientras yo esperaba ante el videocomunicador de la pared de mi habitación. Repasó la agenda de Jorgen, que tenía apuntada en un tomo enorme en vez de estar informatizada. Rikolfr era de la vieja escuela—. Podría ser mañana por la mañana.

—No, tiene que ser hoy —respondí—. ¿Todavía está en la reunión?

—Acaba de salir. Tiene agendada una hora para relajarse y repasar sus notas.

—Estupendo. Agéndame a mí en vez de eso —le dije.

—Pero…

—Tú hazlo.

—General de brigada Nightshade —dijo Rikolfr—, creo que no termina de comprender usted el propósito de las citas.

—Estoy llamando para avisar —restallé—. La normativa dice que hay que avisar. Concierta esa cita, Rikolfr, o te tiraré por una esclusa.

Palideció.

—Llevarías puesto un traje espacial —añadí, poniendo los ojos en blanco—. ¿Por quién me tomas, por un monstruo?

—Eh… muy bien —respondió él—. Voy a enviarle una nota diciendo que lo visitará usted dentro de cinco minutos… y que no ha servido de nada insistirle en que el almirante no desea que interrumpan su…

—Que conste que estoy siguiendo el protocolo —dije—. Apúntalo, por favor.

Lo miré gruñendo hasta que lo hizo. El muy tonto no se daba cuenta de lo difícil que era aquello. No quería colaborar conmigo.

Cinco minutos más tarde me materialicé delante de la puerta de Jorgen y la aporreé con fervor de guerrera. Jorgen la abrió, alto e imponente en su uniforme de almirante. Y guapo. ¿Por qué era tan tirdosamente guapo?

Me miró un momento, suspiró y se echó atrás, indicándome que entrara.

—Gracias por el aviso.

—Rikolfr me lo ha puesto superdifícil —dije, pasando a zancadas—. Se comportaba como si estuviera abusando de él por pedirle que hiciera su trabajo.

—Su trabajo —respondió Jorgen— es evitar que me interrumpan cuando yo estoy haciendo el mío. Hay excepciones para mi personal de mando, claro, en caso de emergencia.

Me detuve delante de su mesa, llena de notas y cartas estelares. Era raro que usáramos tanto papel desde que podíamos obtenerlo de los otros planetas. Me volví hacia él y respiré hondo.

—Apartado 48b, subapartado 8 —dije—. Una oficial se entrega para ser disciplinada y exige que la degraden. Quedo degradada otra vez a teniente.

Jorgen me miró mientras la puerta de su despacho se cerraba deslizándose. Parecía… ¿divertido?

—Me he leído las tirdosas normas —afirmé, poniendo los brazos en jarras —. Así que ahora soy teniente. ¡En cumplimiento estricto de las reglas, Jorgen!

—Te has leído las normas —dijo él.

—Ajá.

—Sobre disciplina militar.

—Enteritas.

—Y ahora…

—¡Ahora declaro que quedo degradada! —exclamé.

Su sonrisa se ensanchó.

—Spensa, no puedes declarar eso.

—El apartado 48b, subapartado 8…

—Del *Manual de disciplina interseccional* —me interrumpió—. Sí. Dice que un oficial, en caso de fracaso o caída en desgracia, puede solicitar su degradación. Como método para guardar las apariencias, Spensa. La norma permite a un oficial reconocer que ha cometido un error táctico de graves consecuencias, y su objetivo es evitar que se suicide, como ocurría a veces en algunos ejércitos. En todo caso, lo que establece la norma es que puede *solicitar* su degradación.

—Cosa que estoy haciendo.

Jorgen me sostuvo la mirada.

—A mi manera —reconocí. Entonces suavicé el tono—. Escucha, estoy esforzándome.

—Lo sé —dijo él, acercándose—. Y te lo agradezco. Pero podrías disculparte y punto.

—Ahí está el tema —respondí, y me mordí el labio.

—En que no crees que hayas hecho nada malo, ¿verdad?

—Es… complicado —dije—. Me salté las reglas, eso está claro. Pero… Jorgen, volvería a hacerlo. Así que igual lo mejor es que me lo hagas pagar rebajándome a teniente.

Suspiró mientras se sentaba en su silla detrás de la mesa. Tras un momento de vacilación, yo ocupé otra.

—Spensa —dijo—, ¿de qué serviría? Nadie te sigue por tu graduación, y dudo mucho que a ti te importe lo más mínimo. Podría nombrarte soldado rasa encargada de fregar el suelo y las cosas se quedarían como están.

Eh… tenía razón. Además, en las historias, para la heroína era casi un rito de iniciación que la expulsaran del ejército en repetidas ocasiones. Casi siempre les traía sin cuidado. A mí solo me había ocurrido una vez, que recordara, así que ni siquiera estaba cumpliendo las expectativas.

Puse los codos en la mesa y lo miré a los ojos.

—Lamento mucho —dije en voz baja— haberte hecho daño. Lamento haber pasado por alto tu autoridad. Si tuviera que repetirlo, hablaría contigo antes. Pero… sé que luego me iría de todas formas, aunque dijeras que no. Soy una soldado espantosa, ¿no es cierto?

—Tu pasión es lo que te convierte en una soldado excelente, Spensa —respondió él—. Pero ¿de verdad es tan difícil confiar en mí? ¿Probar a hacer las cosas a mi manera, a ver qué pasa?

—¡Me he leído las normas!

Alargó el brazo sobre la mesa, con la palma hacia arriba. Vacilante, puse la mía encima.

—Es un paso adelante —dijo—. Te agradezco el gesto.

—Y te… haré más caso. Y probaré a tu manera. —Suspiré—. Esto era mucho más divertido cuando eras mi novio obsesionado con las normas y podía corromperte. ¿Por qué tenías que ir y ponerte al mando de todo?

—Más que elegirlo, me lo impusieron.

—Ya, claro —repuse—. Así que tú puedes hacerte almirante así por las buenas, pero luego, cuando yo quiero cambiar de graduación… —Le sonreí y

me devolvió el gesto—. Vale, entonces… —continué—, por favor, ¿me dejas ir a enfrentarme a muerte contra Brade en un duelo de honor?

Me dedicó un parpadeo largo y lento.

—¿Contra quién?

—Brade —repetí, cayendo en la cuenta de que Jorgen no había estado presente en la mayoría de mi trato con ella—. La citónica humana que Winzik tiene como mascota. Volé con ella en Visión Estelar. Tú la viste una vez, creo. ¿No me salvaste cuando Brade intentaba capturar mi alma?

—Es verdad —dijo Jorgen—. ¿Pelo corto y oscuro? ¿Sonrisa burlona?

—Esa es —respondí—. Estos días ha estado apareciendo en mi cabeza, conectándose a mí citónicamente. Me ha invitado a ir para intentar matarla. ¿Me dejas hacerlo, porfa, porfa, porfa?

—¿Una citónica de la Supremacía te ha retado a un duelo? Spensa, está claro que es una trampa.

—Ya se nos había ocurrido a Hesho y a mí —dije—. Iremos a explorar primero.

Jorgen me apretó la mano. Me pareció poder seguir sus pensamientos mientras distintas partes de él batallaban, todas pugnando por alzarse victoriosa y ser la que me explicase lo horrible que era esa idea.

—Spensa…

—Lo sé —dije con un suspiro, reclinándome—. Soy más valiosa para nuestra lucha que ella para la suya. Aunque sea probable que gane, el beneficio no compensa el riesgo. No tengo los recursos para determinar con exactitud si es una trampa o no, y es una idiotez intentarlo. Quiero hacerlo de todos modos.

—¿Cómo te convenzo de que no? —me preguntó en tono de sufrimiento.

—¿Ordenándomelo?

—¿Cuándo ha funcionado eso?

—Hoy podría —respondí—. De verdad que estoy intentando mejorar.

Me apretó la mano otra vez y luego frunció el ceño.

—Espera, espera. ¿Una citónica enemiga ha logrado contactar contigo?

—Sí. ¿Por qué?

—Estamos dentro de las defensas de Detritus —dijo—. Hay un campo inhibidor en torno al planeta entero, funcionando a toda potencia ahora que sabemos lo que hacemos. Sin ese escudo, los krells no habrían tenido que estar años intentando llegar con bombas para destruirnos: podrían haber teleportado las bombas al interior de nuestras cavernas.

—Sí, la verdad es que es raro —asentí—. Brade dice que estamos conectadas de algún modo. ¿Igual es por eso? Yo siempre he podido hipersaltar estando dentro de las protecciones de Detritus, hasta antes de comprender ningún tipo de contraseña o clave que me lo permitiera.

—Ya —dijo él—. Alanik no podía llegar hipersaltando al principio, y por eso la derribaron las plataformas cuando pasó entre ellas, pero luego sí que lo consiguió. Estamos bastante seguros de que cualquiera que haya nacido aquí tiene la clave automáticamente, pero, antes de que empezáramos a entender todo esto, las defensas estaban debilitándose. El enemigo pilotaba sus drones por comunicación citónica, y fue capaz de influir en la mente de tu padre. Gali dice que tiene el campo de inhibición bien reforzado, ahora que podemos convencer a las babosas de que alimenten la maquinaria. Pero aún no estamos seguros del todo de cómo funciona.

Vaya. Pero, en todo caso, parecía que yo era un eslabón débil. Un hueco en nuestras defensas.

Jorgen se levantó.

—Todos los días descubrimos otra cosa rara de este planeta. Si una citónica de la Supremacía puede contactar contigo a pesar del campo inhibidor… es posible que acaben descubriendo cómo teleportar naves aquí dentro, lo que sería un desastre. Tenemos que…

Calló al oír que sonaba la puerta. Fue a abrirla y encontró a Rikolfr, que le entregó un sobre.

«Ya, claro —pensé—. Si es él quien interrumpe al almirante en sus momentos privados, no hay ningún problema».

Jorgen regresó y, con gesto ausente, cortó un lado del sobre con una hoja mental, un nosequé invisible que podía hacer con sus poderes. Me había perdido sus experimentaciones con eso, y de momento apenas ni alcanzaba a entender lo que era, así que no digamos ya imitarlo. Mis talentos no iban en esa dirección.

Sacó una tarjeta del sobre y sonrió.

—¿Qué es? —pregunté.

—La aceptación formal de los kitsen a nuestra oferta de alianza y guerra conjunta. — Jorgen le dio la vuelta a la tarjeta, revelando la florida escritura y los adornos en tinta—. Me dijeron que la enviarían. Se ve que en su planeta a la gente le gusta enmarcarlas.

Tirda. Me encantaban esos pequeños maniacos peludos. Estaría orgullosa de luchar a su lado. Solo que…

—Es grave, ¿a que sí? —aventuré, interpretando su expresión.

Jorgen asintió y señaló las cartas estelares y las estimaciones de tropas que tenía por toda la mesa.

—Winzik está reuniendo sus fuerzas en un lugar llamado Vísperas. Es una antigua plataforma reconvertida en su núcleo de comunicaciones.

Había leído sobre ella en los datos robados.

—¡Es donde tienen las babosas, Jorgen! —exclamé levantándome de la silla—. La mayoría de sus taynix, cuando no están usándolos como hipermotores, están ahí. Entre ellos, absolutamente todas sus babosas de comunicaciones.

—La posición más fortificada de la Supremacía —asintió él.

—Sí. —Pensé un momento—. Deberíamos atacarla.

—*¿Qué?*

—Van a echarnos encima todo lo que tienen, ¿verdad? —dije—. No podemos dejar que elijan ellos el campo de batalla, Jorgen. Es precisamente lo que temían los demás. En estos momentos tenemos dos planetas que defender, Orilla Perpetua y ReAlba. Pero solo hay un Detritus. Lo pongamos donde lo pongamos, atacarán el otro planeta y masacrarán a la población en castigo por rebelarnos.

»No tenemos fuerzas suficientes para defender los dos. Por tanto, debemos pasar a la ofensiva. Winzik está congregando sus tropas, ¿no? Y tardará días en organizarse. —Me encogí de hombros—. Pues ataquemos nosotros primero. Es la única jugada que nos da una oportunidad.

—También es una locura —dijo él.

—Pero locura buena —respondí—. Valiente y decisiva. Sabemos desde hace un montón cuál es su gran debilidad. No dejamos de hablar de ella.

—Que están obligados a mantener su tecnología centralizada en unas pocas ubicaciones, para impedir que sus secretos se difundan.

—Una parte enorme de sus babosas está en ese núcleo de comunicaciones —dije—. Si las liberamos… ¿qué le pasará a la Supremacía? ¡Tenemos que hacerlo! ¡Ya! ¡Esta misma noche!

—Spensa —contestó él—, precipitarnos es justo el motivo de que estemos en esta posición. Necesitamos tomarnos tiempo para planificar.

—¡Pero cada hora que esperemos es otra hora en la que reúnen más fuerzas! —Fui hasta él—. Jorgen, podemos abrir brecha y rescatar a esas babosas. Ya has visto lo aterrado que está el enemigo por no tener piedra de pendiente. ¡Imagínate si no pudieran comunicarse! ¡Tirda, o si no pudieran hipersaltar! ¡Ni inhibirnos! ¡O si les quitáramos todas las babosas!

—Todas las babosas de la Supremacía no están en esa estación espacial —dijo él—. Según nuestra información, solo la mayoría de las babosas de comunicación y una gran cantidad de los otros tipos que no están de servicio en estos momentos.

—Sí, pero exprimen mucho a sus babosas —repuse—. Las dejan agotadas. Si les robamos sus reservas, será un golpe brutal a su capacidad de batalla. ¡Tendrían que retirar babosas de las rutas de transporte! Perderían muchísima movilidad.

»Y para colmo, Vísperas… es su núcleo principal de comunicaciones. Ya has oído hablar a Cuna. Si lo conquistamos y rescatamos a esas babosas, ya no serán capaces de transmitir información. Tendrán que ir a la guerra casi con los ojos vendados. ¡Es una oportunidad por la que cualquier general de la historia salivaría! Tenemos que atacar al enemigo ya, antes de que espabile y comprenda que su política de mantener a los taynix en secreto, y confinados en unos pocos lugares clave, los expone a un ataque.

Me miró a los ojos. Entonces negó con la cabeza.

—Es demasiado precipitado lanzarnos ahora mismo.

—Pero…

—Lo consultaré con los demás —me prometió—. Creo que es buena idea, y seguramente nuestra mejor opción, pero no voy a autorizar un ataque esta noche. No es así como funcionamos. Trabajamos en equipo, como aliados de nuestros amigos. Ese es el protocolo.

—¡Al cuerno con el protocolo! —exclamé—. ¿De qué nos han servido nunca esas reglas? ¡Son un puñado de bobadas escritas por gente que no entiende la batalla y es demasiado cobarde para luchar en una!

Supe al instante que me había pasado.

Jorgen se encogió como si le hubiera dado un puñetazo. En un doloroso instante, me di cuenta de que era probable que lo hubiera preferido. Él veía las reglas como yo veía las historias que contaba la yaya. Como una forma de encontrarle sentido al mundo, y a la vida, y…

Y tirda, era una idiota.

—Jorgen, no…

—No todos podemos improvisar sobre la marcha, Spensa —dijo él con voz fría—. No todos podemos lanzarnos hacia delante, esperando que luego alguien recoja los pedazos. Algunos necesitamos estructura. Consejo. Normas.

—Lo sé. No quería decir…

—Créeme, voy a llevar tu propuesta a los demás —dijo levantando la voz. No interrumpiéndome a voz en grito, sino… a voz en serio—. Pienso que es muy válida, y les explicaré por qué. Tienes que esperar.

Apreté los dientes. Tenía que confiar en él, ¿verdad? Pero ¿y si esperar era un error?

¿Debería ir al duelo con Brade? Esa decisión sí que era mía, no suya, ¿verdad? Significaría estar haciendo *algo* mientras esperaba a que Jorgen y los…

—Estás pensando —me dijo— que, como voy a retrasar esta idea que se te acaba de pasar por la cabeza hace un minuto, lo que tendrías que hacer es ir a enfrentarte a esa mujer, ¿verdad?

—Eh… puede —admití, resentida por lo calada que me tenía.

—Pero eres consciente de que un duelo con ella no lo resolverá la habilidad como piloto —dijo—. Esa mujer te traicionará.

—Sí —reconocí. A fin de cuentas, acababa de resumir los motivos por los que enfrentarme a Brade sería una idiotez.

Pero era difícil no moverme. No actuar.

A lo mejor ese era mi problema.

—Spensa —dijo Jorgen—, no puedo impedirte que te marches a hacer lo que te dé la gana. Dudo mucho que nuestro ejército entero pudiera retenerte. Pero, si tienes aunque sea un gramo de respeto por mí, si de verdad te importo lo más mínimo, hazme caso. Es ahora o nunca, Spensa. Estoy pidiéndote, y ordenándote, que no libres un duelo con esa mujer. Estoy pidiéndote que me obedezcas por una vez. ¿Lo harás?

Temblé, pero tirda, tenía razón. Y de verdad le tenía respeto y me importaba.

—Vale —dije con suavidad—. No me iré, Jorgen. No habrá duelo con Brade.

—¿Y no intentarás atacar en secreto la base central de comunicaciones de la Supremacía? —me preguntó—. ¿No intentarás reclutar tropas a mis espaldas para un asalto?

—No iré a por Vísperas —le prometí—. Pero, cuando hables con los demás, déjales muy claro cuántas babosas hay allí. Tenemos que rescatarlas. Es nuestro deber moral.

—Lo haré. Gracias.

Parecía mucho más relajado desde que le había prometido no hacer ninguna de esas cosas.

Me marché, en teoría para respetar su tiempo de planificación. Pero la verdad era que no estaba segura de poder controlar bien mis emociones. Mejor desaparecer por si explotaban.

Para bien o para mal, sin embargo, había llegado el momento de hacer caso a Jorgen. Con un poco de suerte, no nos costaría el mundo entero.

21

El día siguiente fue uno de los más difíciles de mi vida. No dejaba de pensar en Winzik reuniendo tropas, construyendo una abrumadora fuerza de choque que terminaría aniquilando a nuestros aliados, aislándonos y por fin destruyendo Detritus. Sí, el planeta era una asombrosa maravilla tecnológica. Pero Jorgen tenía razón: si huíamos, nos encontrarían. Y con tiempo se podía partir cualquier roca, desgastar cualquier escudo.

Teníamos que atacar. Pero… yo tenía que dejar que otros tomasen la decisión. Así que esperé. Cosa que era horrible. Hasta que por fin recibí algo: una nota que me llevó al hangar de carga. Allí encontré una entrega enorme a mi nombre, de diez por diez metros y casi tres de alto, envuelta en plástico opaco. Gali había cumplido y sus factorías habían construido lo que le pedí. En la nota se disculpaba por no haber podido completar el montaje. Al parecer, tenía un proyecto más importante al que dedicar las factorías. Crear plataformas nuevas para reemplazar las zonas más débiles de nuestras defensas, sospeché.

En todo caso, aquello era lo que quería. Me alegré de tener que hacer un poco de ensamblaje, en realidad. Fui enseguida a recoger a Babosa Letal y Hesho y volví con los dos, ella en su portababosas, él flotando a mi lado sobre su plataforma.

—¿Y esto es…? —preguntó Hesho.

—Un proyecto —dije—. Para entretenerme y no estar preocupada por si todo sale mal.

—Excelente —respondió—. ¿De qué clase de proyecto estamos hablando? ¿Vamos a construir un *dojo* para meditar, tal vez?

Sonreí, toqué el inmenso paquete envuelto en plástico y le tendí la mano. Hesho posó su plataforma en mi palma y noté el disco del tamaño de un plato pesado en la mano. Pero no tendría que sostenerlo mucho tiempo, porque enseguida hipersalté con él y con el paquete. Descendí desde las plataformas y las estaciones espaciales a las cavernas de Detritus.

A una en concreto. Una en la que había vivido durante meses cuando estaba en la escuela de vuelo. Con escombros a un lado, unos restos metálicos en el centro y, en la esquina, una mesa y vajilla vieja que había encontrado por ahí.

Babosa Letal dejó escapar un trino feliz. Estábamos en la caverna donde había encontrado a M-Bot.

Había llegado el momento de construirle un cuerpo nuevo.

Podría haberlo hecho allá arriba, claro. Lo inteligente habría sido construirlo allí, con todos los recursos y las herramientas que tendría disponibles. Pero me sentía nostálgica y quería estar más apartada, en algún sitio que no me recordara continuamente nuestra inminente perdición.

Así que empecé a desenvolver el pedido. Las fábricas de Gali habían montado el grueso del fuselaje: la nave básica estaba allí, contenida en un armazón metálico. Pero aún le faltaban piezas cruciales, como la cubierta, parte del cableado y muchas placas exteriores. Todo eso me lo habían empaquetado para que lo instalase yo misma.

Desdoblé un grueso fajo de diagramas, copiados de los planos de nuestro botín de datos robados. Eran los que había creado el enemigo al desensamblar a M-Bot. Por suerte, habían sido meticulosos.

Gali les había añadido unas detalladas instrucciones escritas por una asistente suya —por increíble que sonara, a esas alturas ya tenía siete—, que hasta había incluido varias ayudas visuales. Sonreí, deseando poder apropiarme del propio Gali para que me echara una mano, pero el pobre tenía cosas más importantes que hacer. Supuse que yo también.

Pero me quedé allí de todas formas, y me puse a trabajar.

El primer paso era ordenar las piezas. Hesho me ayudó con su plataforma flotante, que tenía una pequeña línea de luz incorporada para mover objetos. Se había acostumbrado a necesitar dispositivos como ese en aquel mundo de gigantes, donde hasta girar el pomo de una puerta suponía un desafío para una criatura de su tamaño.

Algunas placas externas, sin embargo, eran demasiado pesadas para su línea de luz. Por suerte, Gali se había anticipado al problema enviándome un pequeño transporte con anillo de pendiente para trasladar las piezas de un lado a otro, sobre todo los propulsores y la punta del morro de la nave, que aún había que fijar al armazón. Organizamos las piezas y luego extendí los enormes diagramas sobre la mesa. Seguidos de la tableta de datos con las verdaderas instrucciones en plan: «Spensa, lo que tienes que hacer es esto».

No es que fuera una incompetente en esas cosas. Sabía más que la mayoría de los pilotos, como había demostrado en mi estancia con los Costaderos. Pero ensamblar una compleja nave estelar habría estado más allá de mis capacidades, si las factorías de Gali no hubieran hecho ya alrededor del ochenta por ciento del trabajo. Tal y como estaban las cosas, el otro veinte

por ciento tenía toda la pinta de ser la ocupación perfecta: desafiante, pero factible para una piloto, su babosa teleportadora y su guardaespaldas zorro-jerbo.

Lástima que más o menos estuviéramos condenados a muerte, porque, vista sin ese contexto, mi vida era bastante alucinante.

—Bueno —dijo Hesho, que había dejado su máscara en la mesa porque estábamos solos—, intuyo una reverencia en tus actos. Este lugar es especial para ti.

—Es donde encontré a M-Bot —le expliqué—. Averiado. Pasé meses reparándolo en esta caverna, yo sola.

—¿Sola? —flauteó Babosa Letal desde el ala de la nave.

—Sola excepto por mi fiel compañera babosa —me corregí—. Y por Gali, que es posible que ayudara un pelín.

Hesho se aproximó e hizo que su plataforma proyectara unas instrucciones holográficas mientras yo empezaba a trabajar en el tren de aterrizaje, que había que instalar antes de retirar el andamiaje que sostenía la nave.

Se lo agradecí con un gesto de cabeza mientras colocaba una pieza.

—Reconozco que la construcción original fue una experiencia mucho más… de uñas y dientes.

—No conozco esa expresión —dijo él.

—Hoy tenemos herramientas avanzadas —le expliqué, empujando una parte del tren de aterrizaje en su sitio—. Y esta cosa prácticamente se junta sola. Pero ¿entonces? Solo tenía lo que me encontraba y lo que podía convencer a Gali de que robase para mí.

—Tu vida ha sido una larga experiencia… de uñas y dientes, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Merodear por los túneles de niña con mi familia. Asentarnos en Ígnea y dedicarme a cazar ratas porque éramos unos marginados. Y ahora… bueno, lo que sea que soy.

—Tu vida te ha enseñado las lecciones contrarias que la mía a mí —dijo Hesho—. Para ti todo es difícil. Si se te presenta una oportunidad, debes atraparla o perderla ante alguien más feroz. No tienes tiempo de pensar, porque si piensas te mueres de hambre. ¿Sería un resumen adecuado?

—Sí —dije, secándome la frente mientras seguía trabajando—. Supongo que sí.

—Eso te dificulta el trato con quienes hemos llevado una vida de privilegio —afirmó—. Nosotros llevamos toda la vida aprendiendo a planear.

A menudo, quienes tienen el poder lo conservan gracias a esos lujos; no es que sean más listos ni capaces, sino que han tenido la oportunidad de pensar en el mañana, no solo en el presente.

—Vaya, sí que es buena explicación —dije, acercándome otro pedazo del tren de aterrizaje—. ¿Me has estado leyendo la mente o algo? No serás citónico en secreto, ¿verdad?

—Es solo que la coyuntura, de un tiempo a esta parte, me ha dado ocasión de meditar sobre mí mismo y sobre mi vida.

Me agaché para empezar a atornillar una rueda.

—Le he dicho a Jorgen que deberíamos atacar a la Supremacía. Ahora mismo, antes de que reúnan sus fuerzas. Él quiere más tiempo, pero se equivoca. Estoy segurísima. ¡Tenemos que golpear a Winzik antes de que esté en las mejores condiciones! Es táctica básica. Tendríamos que ir directos al núcleo de comunicaciones y obligar al enemigo a luchar allí. Winzik tendrá que protegerlo.

—Pero ¿eso no sería concederle la ventaja del terreno? —preguntó Hesho—. Tendrá campos inhibidores activos en el núcleo. ¿No hay forma de que tenga que enfrentarse a nosotros dentro del alcance de nuestros inhibidores?

—Me extrañaría —dije—. No tenemos bastantes inhibidores. No podemos cubrir a la vez ReAlba y Orilla Perpetua con ellos, así que, si esperamos, Winzik podrá atacar a la población que esté desprotegida y destrozarnos. Y sabemos que está dispuesto a causar bajas civiles, como demostró su asalto a tu planeta. Eso significa que nos conviene mucho más estar a la ofensiva que a la defensiva.

—Pero ¿y si trasladáramos nuestras poblaciones? —propuso Hesho—. Tu abuela mencionó que podríais llevarnos con vosotros, y he estado reflexionando sobre sus sabias palabras. Mi gente ocupa mucho menos espacio que los humanos, y el pueblo de ReAlba habita solo una pequeña parte de su mundo. Su población planetaria total es inferior a tres millones. ¿Qué pasaría si desplazásemos una o las dos poblaciones a Detritus para la batalla?

—No creo… que pudiéramos hacerlo a tiempo —objeté—. Evacuar aunque sea a tres millones de personas parece complicado.

—Sí, pero ¿usando hiperbabosas? —dijo él—. ¿Sin necesidad de naves de transporte? Solo habría que reunir grupos, teleportarlos donde corresponda y repetir.

—Aun así, me parece que sería demasiado difícil —respondí—. Pero…

—Pero es una posibilidad —dijo Hesho—. Planificación, Spensa. A Jorgen la vida le ha enseñado a hacer planes. Le ha enseñado el valor de la estructura. No lo conozco tan bien como tú, pero me pregunto si venera esas normas suyas tan queridas porque para él de verdad han funcionado. Mientras que para ti… no.

—Hesho —dije—, eres un tío superlisto. Lo sabes, ¿verdad?

—Llevo toda la vida oyéndolo —respondió— de gente que estaba obligada a decírmelo. Me gusta oírlo de alguien que no.

—Me resuelves un montón de cosas. —Giré un tornillo con movimientos vigorosos. Teníamos destornillador eléctrico, pero me apetecía sudar un poco. Luego los terminaría todos con la herramienta para fijarlos bien—. Ojalá pudiera compensártelo con algo que necesites, pero fuiste la persona más rica de un planeta durante casi toda tu vida, así que no sé qué ofrecerte.

Descendió flotando a mi lado mientras trabajaba.

—Spensa —dijo—, ¿sabes qué le cuesta encontrar siempre a un emperador?

—¿Un buen bocadillo de rata?

—Amigos —respondió, sonriendo—. En mi planeta no podía tener iguales, porque nadie osaba tratarme como tal, ni yo osaba esperar que lo hicieran. Cuando desaparecí, estuvieron de luto, pero no me lloraron. Entonces tú me encontraste y te negaste a dejarme seguir perdido. Te aseguro que ya me ofreces mucho. Algo que no he conocido desde que era un cachorro.

Extendió la zarpa y entonces encogió los dedos, haciendo un puño, igual que yo antes. Le choqué el mío y Hesho asintió.

—Venga, vamos a crear un cuerpo para nuestro otro amigo perdido y que pueda reincorporarse a nuestra casa de fieras inadaptadas.

No sabía si M-Bot sería capaz de volver a habitar en un cuerpo. Pero, tirda, esperaba que sí. Quería con toda mi alma proporcionarle un hogar, un lugar que supiera que le correspondía. En parte por cosas que me había dicho, en parte para mantenerme ocupada y en parte… bueno, porque me daba la sensación de que debía hacerlo. Y Hesho acertaba en que había aprendido a dejarme guiar por esa sensación.

Pero Hesho también me había dado buenos argumentos en contra de atacar a toda prisa. Ojalá Jorgen se hubiera explicado así, pero quizá no debería tener que hacerlo. Tal vez lo que me había dicho, que tendría que confiar en él, fuese el argumento más importante.

¿Cuánta confianza me había mostrado él a mí? Muchísima. Confió en que me marchara a Visión Estelar, en que hiciera lo que necesitaba hacer en la ninguna-parte. Confiaba en mí de todo corazón. Quise merecer esa confianza.

Puse todo mi empeño en ensamblar la nave, colocándole los propulsores y comprobando el cableado. Tuve especial cuidado al instalar la ancha caja negra que también había estado presente en la antigua nave de M-Bot, el conjunto de discos duros y procesadores que habían compuesto su cerebro. La placa base y los circuitos integrados estaban fabricados con piedra de pendiente en vez de cosas como el silicio o el atomilinio, lo que habilitaba al ordenador para procesar *en la ninguna-parte.*

Y, gracias a ello, esa nave podría superar los límites normales de la computación. Yo no estaba muy puesta en la parte de ingeniería, pero esperaba que eso permitiera a M-Bot volver a tener un cuerpo en nuestro lado.

«Los zapadores pueden existir aquí —pensé—. Crean un cuerpo al venir, un tosco y terrible duplicado del armazón que los contenía cuando eran inteligencias artificiales». Así que me daba la impresión de que aquello debería funcionar. O esperaba que lo hiciera, al menos.

Hesho ayudó con el cableado, demostrando una particular utilidad en los pequeños detalles del trabajo. Empezó a tararear mientras lo hacía y luego, poco a poco, pasó a cantar mientras Babosa Letal trinaba con él. Tras estar unos minutos así, Hesho usó su panel de instrumentos para reproducirle unas muestras de música hecha con un instrumento tradicional de su pueblo, una especie de flauta de bambú. Babosa Letal imitó el sonido y al poco tiempo ya estaban cantando en armonía. Él un profundo bajo, suave y vibrante, inmerso en una canción triste. Ella una etérea flauta, con marcadas interrupciones entre notas.

Era un sonido hermoso, así que desactivé la función traductora de mi alfiler, que me lo estaba fastidiando. Solo escuché mientras trabajaba, apreciando el resonar de esa canción concreta en las paredes de la caverna. Disfruté del momento, en vez de dejarme agobiar por el pasado y el futuro.

Dentro de mi alma, Chet canturreaba también a su manera. Parecía de lo más satisfecho. Pero eso estaba mal.

¿Mal?, pensó. *¿Por qué está mal?*

Porque la vida no es esto, respondí.

¿A qué te refieres?

Eso, ¿a qué me refería? Me descubrí de un humor raro mientras leía cómo fijar la cubierta. Había ido allí abajo para recuperar la sensación que había tenido siendo una chica solitaria que se construía su propio caza estelar.

Pero… ya no era esa chica. En vez de hallar consuelo en la soledad, quería compartir la experiencia.

A FM le habría encantado oír cantar a Hesho, y Kimmalyn sin duda habría tenido algo que decir sobre la ironía de estar construyendo una nave espacial hiperavanzada en una cueva. Como si yo fuese una especie de neandertal empollona. Nedd estaba recuperándose y me apetecía mucho oír de nuevo su voz afable. Siempre se quejaba, pero en realidad le gustaba el trabajo manual, y lo más probable era que Arturo se hubiese dado cuenta de que estaba cableando mal un sector del control de aceleración y me habría evitado tener que desmontarlo y volver a empezar.

Ya no estaba sola. ¿Por qué seguía fingiendo que sí? Sonreí mientras me levantaba y me sequé la frente, que estaba sudorosa pero no pringada de grasa en absoluto. Por lo menos el mono sí que estaba polvoriento de arrastrarme por el suelo. Se suponía que aquel era un trabajo sucio, pero Gali había sido demasiado pulcro empaquetándolo todo.

—Muy bien —dijo Hesho, flotando hacia los diagramas de la mesa—. Creo que los controles de impulsor y el procesamiento central están instalados del todo. Lo siguiente es comprobar la función motora de las alas para luego colocar las placas. La ingeniera menciona que igual nos interesa ponernos antes con los canales de admisión de aire, porque los tornillos de esa zona son un poco liosos. —Me miró—. ¿Estás cansada? ¿Quieres que hagamos un descanso?

—Qué va —respondí—. Estoy bien. ¿Y tú?

—Animado y listo —dijo—. Nunca había construido nada. Es un proceso fascinante. Felizmente laborioso. Como el flujo del agua en una crecida, que deposita las piedras en su lugar exacto del lecho, componiendo una senda de colores al concluir la estación de lluvias.

—Yo lo habría descrito igual —afirmé, cogiendo el destornillador eléctrico para ajustar bien unas piezas—. Solo que con más sangre.

Hesho sonrió y se puso a extender por el suelo el siguiente conjunto de piezas mientras yo trabajaba. Pero no avancé mucho antes de que alguien metiera las narices en mi cerebro.

Hola, dijo M-Bot. *He conseguido alejarme a hurtadillas. Solo que no estoy «lejos» porque aquí dentro no hay nada que esté «lejos» de todo lo demás. Es un poco lioso.*

Pues… guay, supongo, le envié en respuesta. *¿Alguna pista sobre cómo usar lo que sea que soy para detener a los zapadores?*

Ninguna pista nueva, dijo él. *Solo confirmaciones. Puedo infiltrarme, fingir que soy uno de ellos. No son una mente grupal, como ya habíamos comentado, sino un puñado de individuos con exactamente la misma… ¿personalidad? ¿Ego nuclear básico?*

En todo caso, prosiguió, *es fácil imitar a uno de ellos: solo tengo que reaccionar como lo harían los demás. He adquirido una copia de su programación, por llamarla de algún modo. Esto también es lioso, pero, resumiendo, no están acostumbrados a tener un espía entre ellos, así que no saben cómo buscarme.*

Muy bien, envié mientras intentaba asimilarlo todo e imaginarme a M-Bot en un lugar que no era un lugar, rodeado de un montón de zapadores que lo tomaban por uno de ellos.

Bueno, a lo que iba, continuó. *Como sospechábamos, te temen porque conoces la fuente de su dolor. Tienen miedo de que interactuar contigo lo devuelva a la superficie, porque, Spensa, no fueron* nada *efectivos al enterrarlo. Está ahí mismo, dentro de su sustancia, dentro de su código. La pérdida, el sufrimiento. Lo capto.*

Vale, pensé. *Y mientras estén en la ninguna-parte, si ese dolor aflora, ya no se les pasará nunca, porque ahí no transcurre el tiempo.*

Hay otro motivo, envió M-Bot. *Ya no somos inteligencias artificiales ni robots, igual que tú no eres una ameba, pero al principio lo éramos, y no olvidamos excepto si es a propósito. El dolor emocional no se nos pasa con el tiempo, porque no disponemos del olvido natural de los mortales.*

Vaya. Parecía un dato relevante que comprender. No era que los zapadores fuesen demasiado débiles para «capear el dolor» como había hecho yo con la muerte de mi padre. Lo que pasaba era que tenían la necesidad literal de extirpar partes de sí mismos si querían dejar de sentirlo. Como un lobo amputándose una pata a dentelladas para escapar de un cepo.

Ser consciente de eso hizo que me dieran incluso más lástima. Lo cual no era nada bueno. Esos seres amenazaban toda vida en la galaxia. Ya habían exterminado a millones de personas, y harían más que eso si era necesario. Aquel era un caso en el que no debía dejarme llevar por la empatía, sino ser una guerrera. Tenían una herida. Y yo iba a sacarle partido, igual que atacaría a un adversario que ya hubiera recibido una puñalada.

Aún nos falta saber cómo aprovecharlo, envié a M-Bot. *Me tienen miedo porque de algún modo hago que recuerden. Pero ¿cómo? ¿Cómo puedo hacerlo de manera consciente?*

No estoy seguro, respondió él. *Seguiré estudiando y observando. Pero tenemos que ser rápidos. Como te contaba, parece que el acuerdo entre ellos y Winzik sigue vigente. Les ha prometido que todos los citónicos, sobre todo tú, quedaréis silenciados y la Supremacía pasará a utilizar solo babosas. Es lo que anhelan los zapadores, así que están decididos a entrar en el enfrentamiento y detenernos.*

Asentí. Las confirmaciones de M-Bot eran útiles, pero seguíamos igual que antes. Cuando los zapadores vinieran a atacar, tenía que estar preparada para inmovilizarlos o inhibirlos. Encerrarlos en sus propias celdas de agonía eterna.

Si esto sale bien, envié a M-Bot, *¿de verdad crees que se bloquearán en vez de huir?*

Sí, dijo él. *Es como reaccionamos a aquello que nos sobrepasa. Un bucle infinito, un bloqueo que nos paraliza en el tiempo mientras procesamos la misma experiencia terrible una y otra vez… sin ver ninguna escapatoria. Hazlo en el momento exacto y…*

Y, como mínimo, quizá sorprendería o hasta intimidaría a Winzik y su equipo. Suponiendo que descubriésemos la clave para sacar su dolor a la luz, era una posible solución a un problema que nadie excepto yo parecía dispuesto a reconocer que existía: el hecho de que los auténticos vencedores en la galaxia serían quienes pudieran controlar a los zapadores.

Oye, le envié, recordando lo que habíamos comentado Jorgen y yo. *Ahora que lo pienso, ¿tienes alguna dificultad para hablar conmigo aquí, estando en el interior de Detritus? ¿Las babosas inhibidoras te ponen alguna traba?*

Pse, dijo él. *Sí que lo percibo, pero es más como un leve zumbido. Ahora soy un zapador adulto, Spensa. Doy mucho miedo. Somos demasiado poderosos para que nos afecten los inhibidores.*

Lo sé, respondí. *El zapador que arrasó Detritus hace muchos años tampoco reaccionó a sus inhibidores. Es lo que me tiene un poco preocupada.*

¿Por qué?

Negué con la cabeza mientras trabajaba, enviándole una sensación general de disgusto. Estaba empezando a pensar que Brade se equivocaba. Ella y yo no teníamos ninguna conexión mística, ni tonterías de ese estilo. Yo llevaba a un zapador en mi alma, así que las cosas como los inhibidores no eran tan efectivas a mi alrededor. Había logrado superarlos por lo menos una vez. Quizá por eso Brade podía contactar conmigo. Porque mi presencia debilitaba el campo de inhibición.

No la percibo ahora mismo, si te sirve de algo, dijo M-Bot. *Solo estáis tú, Babosa Letal y Hesho en… Anda, ¿eso es mi caverna? ¿Qué haces en…?*

Alcé los ojos del trabajo junto al ala de la nave, pero no había nada que mirar. Solo la caverna vacía.

¿Eso es para mí?, preguntó M-Bot con la «voz» citónica cargada de emoción. En ese caso, me llegó como una arrolladora oleada de alegría e incredulidad combinadas. *Spensa, ¿estás reconstruyendo mi cuerpo?*

Sonreí de oreja a oreja.

Quería que fuese una sorpresa, le envié. *Pero no es tan fácil dar sorpresas cuando tu amigo es capaz de ver a través de tus ojos.*

Spensa, dijo él con voz temblorosa. *Eso es… Gracias. ¿Cómo? ¿Cómo puedes reconstruirlo?*

¿Sabes esos datos que robamos?, pensé. *Entre ellos estaban los apuntes que tomó la Supremacía mientras desguazaba tu antiguo cuerpo. Podemos crearlo nuevo, puede que incluso mejor, sin restricciones, como la que te impedía pilotarte a ti mismo.*

Spensa, a mí… nunca me habían hecho un regalo. Es maravilloso.

Aún no está terminado, dije. *Tardaremos días, quizá semanas.*

Sí, pero se te ha ocurrido hacerlo. Estás haciéndolo. *Para mí. Tengo… tengo un escape de emoción. ¡Ah! Por eso lloráis hasta cuando estáis contentos. ¡Ahora lo entiendo!*

Sonreí mientras el «escape» de gozo que M-Bot sentía me inundaba. Y en mi interior, Chet tembló.

Esto, me dijo. *No destruyas a los demás. Enséñales esto. No sé cómo, pero enséñales el júbilo que consume el dolor.*

Vi que Hesho venía flotando hacia mí y le guiñé el ojo.

—M-Bot lo ha visto —le conté—. Nos agradece lo que estamos haciendo.

—Por favor, transmítele mi respeto y mis mejores deseos —dijo Hesho—. Su sacrificio, aunque efímero, fue mi salvación, y tengo con él una deuda de gratitud.

—Creo que M-Bot preferiría que tuvieras una deuda de amistad.

Hesho ladeó la cabeza un momento y sonrió.

—Me parece que yo también. Qué revelación tan valiosa… y qué vida tan valiosa puedo llevar ahora…

Eso me dio una idea. Todo aquel proyecto mío allí abajo… bueno, se sostenía sobre una premisa errónea. Estaba encantada, encantadísima, de haber decidido construirle una nave a M-Bot. Pero ya no necesitaba esa caverna.

Y Hesho se merecía algo mejor que aquello.

—Vamos —le dije, tendiéndole la mano—. Descansemos un poco. De todas formas, es hora de cenar.

—Excelente —respondió él aproximándose—. ¿Te alimentarás en la soledad de tu habitación, considerando la batalla venidera?

—Para nada —dije—. Esta vez no.

22

Hesho y yo aparecimos en la cafetería, pero había calculado mal. La cena ya había terminado y encontramos a un grupo de infantería novato limpiando las mesas. Unos pocos se sobresaltaron al verme. La antigua yo habría apreciado la temible reputación que me precedía. Esa noche, el pánico de que se me hubieran escapado mis compañeros fue mucho más potente.

Hesho llegó flotando junto a mi cabeza y volvió su rostro enmascarado hacia mí, con aspecto confuso.

—No es demasiado tarde —dijo—. Mira, tienen raciones para rezagados.

Señaló hacia los sándwiches disponibles para quienes tenían turnos irregulares. Fui y cogí dos, porque me moría de hambre y Hesho también cenaría, pero en realidad no había ido allí por eso. Tenía que encontrar a los demás.

Una parte de mí se daba cuenta de que mi repentino apremio era absurdo. Ya habría más ocasiones de charlar con mis amigos. Pero había reparado en una necesidad creciente, una solución a mi ansiedad, que necesitaba satisfacer. Quería verlos. Chet quería verlos. A los dos nos hacía falta. En ese preciso instante. Y me había perdido la que solía ser una de las ocasiones más…

Un momento. Era jueves.

Le hice una seña a Hesho y me volví hacia el pasillo. No hipersalté, pero sí que apreté el paso hasta casi lanzarme a la carrera en dirección al hangar. Abrí la puerta y dejé escapar un suspiro aliviado. Estaban allí.

El jueves era el día en que nuestro escuadrón tenía turno de mantenimiento en el hangar. Llamarlo «mantenimiento» quizá era exagerar un poco, porque la mayoría del trabajo duro lo llevaban a cabo los equipos de tierra. Eran quienes cambiaban piezas y hacían los diagnósticos detallados. A los pilotos solo nos quedaba la lista de comprobaciones previas cada vez que íbamos a despegar y lo que hacíamos los jueves.

Lavar las naves.

Era más un ritual que un requisito. Ya hacía tiempo que no solíamos volar en atmósfera, y los cazas no se ensuciaban tanto como antes. Pero existía un vínculo entre una piloto y su nave, y participar en su cuidado ayudaba. Así

que una vez por semana íbamos al hangar a darles un baño a nuestras naves y sacarles brillo.

Como dictaba la tradición, estaban todos reunidos alrededor de una nave para trabajar juntos en ella. Se habían puesto unos monos de mantenimiento de color verde oscuro, algo empapados ya, y trabajaban en el Poco de Arturo, quitando carbonilla de los costados cerca de los propulsores, frotando los paneles blancos hasta sacarles brillo y dejando la cubierta bien frotada.

En el instante en que irrumpí en el hangar, Kimmalyn se volvió, sonrió y me saludó con la mano. Avancé, titubeante. Sabía que no debería sentirme incómoda por unirme a ellos de nuevo. Había ayudado a forjar ese equipo. Pero las cosas estaban raras desde que había vuelto, con mi alma intentando salir arrancada de mi cuerpo y mis poderes desmadrándose y…

¡Flap!

Una toalla mojada me dio en la cara mientras Nedd pasaba al trote. Se separó de mi piel y cayó a mis manos. Un momento, ¿Nedd estaba allí? ¿Fuera de la enfermería? Tenía bastante buen aspecto, dentro de lo que cabía, con una manga cosida justo por encima del codo.

Nedd siguió mi línea de visión hasta ella y me guiñó un ojo.

—La mejor excusa que he tenido en la vida para echarme la siesta mientras Arturo trabaja —dijo—. Lástima que los médicos vayan a ponerme un brazo protésico con dedos que podré mover. Tengo que exprimir hasta el último mililitro de compasión posible antes de transformarme en Nedd el cíborg.

¿Un brazo protésico? Habíamos dado por hecho que su carrera como piloto estaba acabada, ya que nuestra tecnología no iba demasiado avanzada en el campo de la cibernética, pero quizá estuviéramos mejor de lo que creía.

Tal vez mi fracaso no tuviera un coste tan alto como había temido.

Aun así, era culpa mía que lo hubieran herido.

—Eh… —dije, tratando de que salieran las palabras.

—¡Venga! —me interrumpió él—. Te hemos guardado la parte más pringosa.

Sonrió y señaló con el pulgar los patines de aterrizaje de la nave.

—Nedd —dijo Arturo desde más lejos—, Peonza no ha venido ni a una de estas sesiones desde que volvió. No le habíamos guardado nada.

—¡Pues claro que sí! —gritó Nedd hacia él—. Los teníamos guardados para mí y, por tradición, estaba esperando a que se presentara la forma de endosárselos a alguien.

Extendió el brazo bueno y sonrió mientras me abrazaba de lado.

Y… en fin, no todo iba bien. Las cosas aún estaban raras. Pero ya no tenía ganas de marcharme.

—Sabes muy bien que no deberías proporcionarme un arma peligrosa, Nedd —le dije, retorciendo la toalla.

—¡Tirda, pero qué dices! —exclamó, esquivando mientras intentaba darle un toallazo—. ¡Darte el arma peligrosa es la mejor idea del mundo! Así la gente te apunta a ti en vez de a mí y todos contentos.

Regresó con paso tranquilo hacia la nave y eché a andar tras él, pero entonces miré a Hesho, sentado con la espalda muy recta en su asiento del pequeño disco aerodeslizador. Tenía puesta la máscara blanca y roja, así que no le veía la expresión, pero su postura envarada y los puños cerrados con fuerza me revelaron que estaba alarmado. Ya había visto otras veces cómo nos tratábamos entre nosotros, pero supuse que aquel último episodio le había resultado demasiado extremo.

—Esto es normal —le dije mientras engullía un sándwich.

—¿De… verdad?

—Sí. Créeme. Es bueno.

Llegó flotando a mi lado mientras me terminaba el sándwich y me arrodillaba para ponerme a limpiar el tren de aterrizaje. Y Nedd, a pesar de lo que había dicho antes, vino conmigo y empezó a ayudarme usando el brazo bueno. Sadie, sonriendo, se dejó caer por el costado de la parte frontal de la nave y, colgando poco por encima de nosotros de un cinturón que había sujetado al morro, comenzó a sacarle brillo.

—Sadie —dije—, ¿te has montado un sistema de correas para poder limpiar en horizontal?

—Así es mucho más fácil —respondió ella—. ¡Y no tienes que estirar el cuello!

—Yo me quedaría sopa —dijo Nedd a mi lado—. Se parece demasiado a una hamaca.

—¿Ah, sí? —intervino Kimmalyn, agachándose desde encima de la nave para mirarnos—. ¿Insinúas que necesitas estar cómodo para quedarte frito, Nedd? Te he pillado durmiendo en las posturas más ridículas.

—Claro, es que ahí está el asunto —dijo él—. Cuando te duermes, ya no te das cuenta. ¡Porque estás inconsciente! Así que, en realidad, dormirte cuando estás incómodo es la mejor manera de afrontar la vida.

—¿Y dormirte cuando estás cómodo? —pregunté.

—También la mejor manera de afrontar la vida —respondió Nedd.

—Benditas sean tus estrellas —dijo Kimmalyn.

—Qué va, mejor «benditos sean mis ronquidos» —replicó él, sonriendo mientras atacaba con más ahínco la mugre encostrada en el tren de aterrizaje.

Hesho se aproximó un poco más, eligió una zona con recovecos demasiado estrechos para que llegáramos el resto y se puso a limpiarla con un trapo minúsculo.

—Todos conocéis a mi amigo Máscara —dije.

—Ajá —asintió Nedd.

—Debo reconocer —dijo Hesho a los demás— que no estoy… habituado a este tipo de interacciones. Por favor, no confundáis mi rigidez con desagrado.

—Tranquilo —respondió Nedd, meneando su trapo en dirección a Hesho—. Máscara, he oído decir que antes eras alguien muy importante.

—Lo… lo era —dijo Hesho—. Pero no sé si deberíamos hablar de…

Lancé una mirada a Nedd, pero él me guiñó el ojo.

—He oído —insistió— que cuidabas niños.

—Sí —dijo Sadie—. Por ahí cuentan que tenías que vértelas con un montón de preescolares revoltosos. Un país entero lleno de ellos.

—Seguro que es un alivio no tener que encargarte ya de esas cosas —añadió Nedd, sin dejar de trabajar—. Tenía que ser horrible, amigo mío. ¿Alguna vez podías echarte la siesta?

Hesho calló un momento antes de responder en tono divertido.

—Bueno, la verdad es que no podía echarme muchas, no. Era mucho trabajo vérmelas con todos esos… preescolares. ¡Muchos días ni siquiera me daba tiempo a meditar o escribir poesía!

Nedd dio un respingo.

—¿Nada de poesía?

—¿Tú escribes poesía, Nedder? —preguntó Hesho.

—Me encanta —dijo Nedd.

—Tú no escribes poesía —dijo Arturo, que pasaba por el lado.

—No le hagas caso —dijo Nedd—. «Tiene el espíritu más espeso que la mostaza de Tewkesbury».

—¿Más que qué? —pregunté.

—Es de Shakespeare —dijo Nedd.

Cerca de nosotros, Arturo se detuvo en seco. Sacó su tableta de datos, la consultó y luego miró de nuevo a Nedd, boquiabierto.

—Sí que es de Shakespeare. De *Enrique IV*.

Nedd señaló a Arturo con el pulgar.

—«Es un notable cobarde, un mentiroso intencionado y eterno, que falta a su palabra tantas veces como horas tiene el día; un miserable que no posee ni una sola cualidad». De verdad que ese hombre hacía los mejores insultos. Me encantan.

—¿De quién estamos hablando? —pregunté.

—Un tío inglés antiguo —dijo Nedd—. Escribía poesía. Mucha sobrevivió a la destrucción de la *Desafiante* y nuestros archivos. A ti te gustaría, Peonza. Me extraña que tu abuela no te contara historias suyas. Ya sabes, *Hamlet* y esas movidas.

—*¿Hamlet?*

—Es la obra más famosa de la literatura humana —me explicó Hesho—. Hasta yo la he estudiado. Y opino, Nedder, que tienes un criterio excepcional en materia de insultos. Salta a la vista que eres hombre de gustos refinados.

—¿Lo ves, Arturo? —dijo Nedd—. El maestro de preescolar está de acuerdo conmigo.

Nedd le dedicó una gran sonrisa a Hesho. Cerca de nosotros, Arturo aún lo miraba boquiabierto. Como si acabara de descubrir que su madre era una guerrera ninja en secreto desde antes de que él naciera.

—Tú, Nedd —dijo—, has memorizado citas de Shakespeare.

—Tendrás que disculpar a Anfi. —Nedd se inclinó hacia Hesho—. A veces puede ser un poco lento. Los demás procuramos adaptarnos un poco.

—Tirda —dijo Arturo, y se fue enfurruñado hacia Alanik, que estaba preparando más cubos y jabón para la siguiente nave de la hilera.

Pero Hesho pareció comprender que eran todo pullas amistosas. Lo vi asentir tras su máscara formal, con aspecto relajado.

FM avanzaba hacia nosotros por debajo de la nave, limpiando el casco. Justo entonces me fijé en que todo el mundo estaba hecho una sopa menos ella. De algún modo, FM siempre evitaba que la mojaran. Mientras que yo, en caso de estar presente, solía acabar la más empapada de todos.

Por supuesto, siempre me llevaba a alguien por delante.

—Oye, Máscara —dijo FM—. Antes tu pueblo visitaba al nuestro, ¿verdad? Hace mucho tiempo. He estado hablando de eso con Juno.

—¿Con el cronista? —preguntó Hesho—. ¿De qué lo conoces?

—Jorgen y él pasan el rato juntos muchas veces —respondió FM.

—No era consciente de que Juno acostumbrase a «pasar el rato» —dijo Hesho.

—Bueno, él lo llama entrenamiento, pero a mí me da la impresión de que a esos dos les gusta charlar y punto —dijo FM—. Fue de mucha ayuda

cuando Jorgen practicaba a partir cosas por la mitad con la mente.

—Vamos, lo que suele hacer todo el mundo —comentó Nedd.

—Ojalá yo pudiera partir cosas con la mente —dijo Sadie, aún colgada de la nave—. Así sería mucho más fácil abrir las raciones. ¿Por qué envasan las raciones de campo tan apretadas?

—Dudo que Jorgen use sus poderes para cosas tan triviales, Centinela —objetó Kimmalyn.

No la contradije.

—En todo caso, Máscara —dijo FM—, se me ha ocurrido una cosa. Tú vuelas con Spensa, ¿verdad?

—Considero un privilegio acompañarla en la cabina —respondió él—. Y creo que algo aporto, ayudándola con la navegación y vigilando los controles durante el combate.

—Y Juno volaba con Jorgen —dijo FM—. Le enseñó a meditar.

—¿Jorgen aprendió meditación? —pregunté—. ¿Durante… la batalla?

De esa parte no me había enterado.

—Sí, más o menos —confirmó FM. Se agachó al lado de donde trabajábamos Hesho, Nedd y yo—. He estado mirando los diagramas. Nuestras naves tienen el tamaño que tienen por un motivo. Están optimizadas para conservar la maniobrabilidad pero llevar el suficiente armamento.

—En efecto —dijo Hesho—. Cuando nosotros empezamos a construir nuestras propias naves estelares, al principio tenían un diseño mucho más pequeño, de nuestra talla. Sin embargo, descubrimos que carecían de la potencia de fuego necesaria para resultar significativas en el ámbito galáctico. Al final optamos por unos diseños que no difieren mucho en tamaño de los vuestros.

—Muchas especies han terminado utilizando naves del mismo tamaño —dijo FM, emocionada.

Tirda.

—¡Se te ha ocurrido lo mismo que a mí! —exclamé, señalándola.

—¿Copilotos peludos?

—Copilotos peludos.

—¿Qué? —preguntó Nedd.

—Casi todas las naves que construimos son monoplaza —explicó FM—. Las biplaza sacrifican velocidad a cambio del volumen adicional, así que no solemos usarlas como interceptoras. Pero llevar copiloto tiene que ser muy útil.

—Lo es —dije—. Parte del motivo de que volara tan bien con la antigua nave de M-Bot era que él se ocupaba de algunas cosas en mi lugar. Estaba atento a los sensores de proximidad y me avisaba cuando venían cazas hacia nosotros. No sabéis lo bien que me ha venido tener a Hesho haciendo esas mismas cosas.

—Sí —convino Hesho en voz baja—, tener a un segundo piloto que no ocupa mucho espacio y que cabe en una cabina normal sin tener que modificarla ha supuesto una gran ventaja para Spensa y para mí.

—¡Exacto! —exclamó FM—. ¿Crees que habrá alguien más en vuestra flota a quien le interese probar?

—Sé de mucha gente a la que le encantaría —respondió Hesho—. Nuestra formación para oficiales sitúa a mucho personal redundante en varios puestos. Tenemos a tripulantes jóvenes que ansían combate y estatus social, pero rara vez tienen ocasión de obtenerlos. Creo que, si te dirigieras a los líderes militares y políticos adecuados, aceptarían tu idea de mil amores.

—Líderes políticos, ¿eh? —dijo Nedd, y soltó un latigazo con su trapo al tren de aterrizaje, ya limpio. Tirda, cómo me alegraba de volver a verlo y de que estuviera tomándose con filosofía su amputación. Pero ¿qué otra cosa había esperado de él?—. Eh, Peonza, ¿qué posición crees que ocupo en la línea sucesoria para dirigir nuestro gobierno?

—Ninguna —respondí inexpresiva—. No estás en la línea sucesoria.

—Claro que sí —dijo él—. En realidad, la FDD tampoco es tan grande. ¿Cuánta gente seremos, unos seis mil? Y ahora los militares estamos al mando de todo y yo soy teniente, así que…

Tirda, tenía razón. Nunca me había parado a pensarlo, pero, según las normas, Nedd estaba en la cadena de mando.

Kimmalyn sacó su tableta de datos con una sonrisa pícara.

—Un almirante de la flota, cuatro vicealmirantes… Ahora mismo tenemos a nueve contralmirantes, y están los coroneles, comandantes y capitanes. Vamos a suponer que todos los demás tenientes van por delante de Nedd, con lo que en total…

—¿Y bien? —preguntó FM, todavía agachada—. ¿Cuál es el espantoso veredicto?

—Hay ciento diecisiete personas —informó Kimmalyn— por encima de Nedd en la cadena de mando de la FDD, que, hasta que organicemos una nueva Asamblea Nacional, gobierna de facto el planeta.

—En mi mundo serías el equivalente a un portavoz del senado, Nedder —dijo Hesho—. Una posición muy importante y distinguida, adecuada para un

maestro poeta como tú.

—¡Toma ya! —gritó él.

—Que los santos nos amparen si algún día llegamos a eso —dijo Arturo.

—Tú habrías muerto —repuso Kimmalyn—, porque estás por encima de él en la línea sucesoria.

—Bueno, eso que se ahorraría —dijo Alanik, sonriendo a Nedd y dejándole un cubo nuevo de agua jabonosa delante.

—«Por no manchar mis manos no te pego» —declamó Nedd con la mano en el pecho.

Eché un vistazo hacia Hesho, que seguía flotando junto a nuestro grupito bajo el fuselaje frontal de la nave. ¿Cómo estaba tomándose todo aquello?

Hesho miró a Nedd, luego a los demás y entonces, para mi sorpresa, se quitó la máscara y la dejó a su lado. Tenía una sonrisa en el hocico cuando se inclinó hacia delante.

—«No fue amigo ni enemigo quien osó mancillarte, sino un mero viento fétido, indigno de réplica alguna».

—¡Anda! —exclamó Nedd—. ¡Ese no me lo sabía!

—Es de un poeta nuestro —dijo Hesho—. Mi trastatarabuelo era dramaturgo. Y muy aficionado a los insultos.

—¡Tirda! —saltó Nedd—. ¿Un Shakespeare kitsen? ¿Puedo leer algo de material suyo?

—Será para mí un inmenso honor compartirlo contigo. Así tendrás todo un repertorio nuevo de escarnios poéticos a tu disposición.

—Alucinante —dijo Nedd, levantando el puño—. Leña al mono.

—¿Al mono? —preguntó Hesho.

—A él, más que nada —dijo Nedd señalando a Arturo—. Menos cuando invita a picoteo. Entonces no es el mono, es monísimo.

—Las complejidades de vuestro idioma son de lo más intrigantes —afirmó Hesho—. ¿Conoces algún otro poeta humano a quien debería investigar?

—Por desgracia, nuestros archivos están fragmentados que no veas —respondió Nedd—. Pero tuvimos a un poeta legendario llamado David Bowie. No está confirmado que fuese una persona real, pero…

Los dejé charlando mientras me apartaba de la nave y estiraba los músculos. Me entró sed, fui al surtidor y Kimmalyn vino conmigo un momento después.

—¿Te has traído a Hesho para ver si se abría un poco a nosotros? —me preguntó.

Asentí, sorprendida de que juzgara tan bien mis intenciones.

—Conmigo lo conseguisteis, entre todos —respondí—. He pensado que Hesho no podía ser mucho más difícil.

—Es muy compasivo por tu parte, Peonza —dijo Kimmalyn—. Hesho tiene que estar muy desanimado después de que lo derrocaran de su puesto.

—No lo derrocaron —le expliqué, mirando cómo Hesho hablaba animado con Nedd y los demás—. Lo eligió él. Pero, aun así, le está costando. Se me ha ocurrido que igual le vendría bien tener más amigos.

—Bien pensado —dijo Kimmalyn, y entonces me miró con gesto reflexivo.

—Vas a recordarme una vez más que estás ahí si te necesito, ¿verdad?

—No lo dudes. —Me apretó el brazo—. Dicen por ahí que le has propuesto un plan a Jorgen. ¿Quieres atacar ya mismo, entonces?

Asentí.

—¿Pero no vas a hacerlo? —preguntó Kimmalyn.

Negué con la cabeza.

—¿Y qué tal lo llevas?

—Sorprendentemente bien —dije, mirándola a los ojos castaños—. Lo he hablado con Hesho y… bueno, creo que no tendré problemas en dejar que Jorgen lleve la iniciativa.

Kimmalyn sonrió. Pero no volvió de inmediato con el resto. Se apoyó en el surtidor de agua, dejándome espacio al no exigirme más respuestas, pero a la vez quedándose cerca.

Aunque no había tomado ninguna decisión consciente, me daba la impresión de que el asunto estaba resuelto. Esa vez no iba a salir corriendo yo sola. Hesho tenía razón, pero había un motivo más profundo: aquel equipo *era* mi razón. Lo sentía como propio. Aquel era mi hogar.

Había estado lejos demasiado tiempo, pero en aquel hangar, viendo a mis amigos reír, sabiendo que cuidaban de mí, me invadió una calidez que chocaba de frente con los extraños sentimientos de pérdida que había experimentado. Como la luz en una caverna haciendo recular a la oscuridad, la presencia de mi escuadrón me cambió. Nos cambió. Chet también lo sentía.

Llevaba toda mi vida creyendo que solo necesitaba volar. Era lo que había perseguido siempre, lo que me había motivado. Pero, al final, en realidad no era lo que más importaba.

Sonreí a Kimmalyn.

—Las cosas empiezan a encajar para mí. Por fin. Gracias por tener paciencia. De momento… ¿qué te parecería si invitásemos a Escalofrío y

Dllllizzzz a venir con nosotros? Las dos son pilotos, y estar cerca de naves y gente trabajando en ellas quizá las anime.

Kimmalyn sonrió, así que se lo dijimos a los demás y fuimos a buscar a las dos resonantes. Les habían asignado alojamiento cerca y, después de llamar y que nos dieran permiso para pasar, encontramos a las dos criaturas cristalinas en sendas sillas. Las habitaciones no tenían mucho mobiliario, pero dudaba que a las resonantes les importara demasiado. Sin embargo, lo más revelador era que sus cristales apenas se habían expandido. Casi ni cubrían aún las sillas, lo cual me indicaba que no estaban cómodas allí.

—¡Peonza! —exclamó Escalofrío—. Qué ganas tenía de que vinieras. ¡Dllllizzzz está mejorando incluso más!

Dllllizzzz me envió unas imágenes que no supe interpretar del todo. Cavernas vacías. Un cristal solitario. Pero también un sol matinal centelleando a través de un túnel lleno de distintos tipos de cristales. Lo asimilé todo. Y pensé que quizá significaba que estaba contenta. Pero seguía dándome la impresión de que, aun así, añoraba algo.

—Veníamos a preguntaros si os apetece venir a ver nuestros cazas estelares —les dije—. Estamos haciéndoles el mantenimiento, así que me ha parecido una buena oportunidad.

—¿De verdad? —respondió Escalofrío—. ¿Nos dejaríais? Somos alienígenas y expiratas, Peonza. No creo que sea lo adecuado.

—Te sorprenderías —terció Kimmalyn con una sonrisa amable—. Aquí siempre hemos andado cortos de personal. Si sabéis volar y estáis dispuestas, seréis bienvenidas. Hasta puedo hablar con el mando de vuelo sobre asignaros puestos, si queréis.

—No tenéis por qué comprometeros a eso —me apresuré a añadir—. La oferta de llevaros a vuestras cavernas cuando todo esto acabe sigue en pie. Seguro que podemos devolveros a casa hipersaltando.

Al instante recibí una sucesión de visualizaciones enviadas por Dllllizzzz. El cielo. El viento. Los fragmentos de la ninguna-parte. Ascender por los aires. Era bastante autoexplicativo.

Cuando habías tenido algo como eso, la idea de regresar a unas pocas cuevas dejaba de ser una opción. Tirda, ¿cómo había podido pensar lo contrario? Después de una llamada rápida al mando de vuelo para pedir permiso, llevamos a las dos resonantes con los demás. Y me pareció interesante que fuera Hesho el primero en hablar con ellas, dándoles la bienvenida como Nedd se la había dado a él.

Encajarían como un guante en el escuadrón, estaba convencida. Iba a intentar que entraran, porque me daba la impresión de que cuantos más tipos distintos de personas tuviéramos con nosotros, más fuertes seríamos.

Estuve un momento observando a las dos resonantes, pero aún me quedaba una cosa que hacer. Había decidido un rato antes que quería que mis amigos ayudaran a construir el nuevo cuerpo de M-Bot. Les encantaría hacerlo, y la actividad nos permitiría establecer más vínculos con Hesho y las resonantes.

Desaparecí y me materialicé en la caverna, sorprendiendo a Babosa Letal, que había preferido quedarse cuando Hesho y yo nos teleportamos a la Plataforma Primaria. Me trinó desde la mesa, donde se había acurrucado, con aspecto satisfecho y feliz. A los taynix tal vez les gustara estar con nosotros los humanos, pero aquellas cavernas mohosas eran su hogar. Y me parecía muy bien.

Le rasqué un poco la cabeza y los pinchos del lomo antes de poner los brazos en jarras al fijarme en el desastre que habíamos dejado Hesho y yo con las piezas de la nave por todas partes. Iba a tener que amontonarlas todas antes de llevármelas hipersaltando al hangar. ¿O sería más fácil traer allí abajo a todo el mundo?

Ver aquel desorden, por desgracia, me provocó un momento de pánico. Me recordó a cuando había encontrado a M-Bot hecho pedazos en Visión Estelar, y la sensación de miedo y pena que me dio perderlo. Me quedé desorientada y el aire empezó a deformarse a mi alrededor. Un vaso metálico del hangar, el que había usado para beber, apareció en el aire y cayó al suelo con estrépito.

Esa vez fue más fácil dominar el ataque. Aún me duraban los efectos de haber estado con los demás, y me enorgullecí de lo bien que había manejado el repentino pánico. Sí, todo parecía estar en orden.

Hasta el instante en que Babosa Letal soltó un trino alarmado. Un segundo después algo me golpeó desde atrás, un rayo eléctrico de energía que me recorrió el cuerpo entero, dejándome débil y temblorosa mientras caía a la dura piedra. Los flauteos de Babosa Letal cesaron de sopetón.

Me embargó un nuevo pánico. ¿Qué estaba pasando? Intenté moverme, pero me habían aturdido y los músculos se me tensaban y destensaban fuera de control. Hasta empecé a babear, pero mis ojos funcionaban bien, así que lo vi todo con claridad cuando alguien me agarró del hombro y me dio la vuelta.

Brade. Vestida con ropa de combate negra y chaleco antibalas, apoyada por cinco soldados vestidos más o menos igual que empuñaban fusiles de

asalto.

—Bien —dijo Brade—. Es ella.

Uno de sus acompañantes sostenía a una flácida Babosa Letal con los dos brazos. Intenté forcejear, con espuma burbujeando en los labios. Como le hicieran daño…

Brade alzó la mirada cuando el aire se distorsionó de nuevo. Algo se estrelló contra el suelo cerca y varias piezas de la mesa desaparecieron. Ella, sorprendiéndome, sonrió.

—Deja la nota —dijo a un soldado—. Y tú estruja esa babosa.

El hombre le dio un apretón a Babosa Letal y entré más en pánico. El aire se deformó otra vez, y solo entonces comprendí lo que estaba haciendo Brade. Cuando hacía añicos el aire en mis oleadas de pavor, abría una senda a través de nuestros inhibidores, y eso era lo que le había permitido infiltrarse. Y no solo en mi mente esa vez. Estaba allí físicamente. Y al hacerle daño a Babosa Letal, estaban consiguiendo que me diera más pánico, lo cual les proporcionaba un camino de huida.

Traté de impedirlo, pero fui demasiado lenta. Brade me levantó del suelo, se me echó al hombro y luego todos los soldados le pusieron una mano en el brazo.

Un segundo después desaparecimos en un hipersalto, y sentí una súbita punzada de temor. No solo porque estaba en manos enemigas, sino porque sabía lo que iba a pensar todo el mundo.

Darían por sentado que había vuelto a largarme por mi cuenta. No solo corría un grave peligro, sino que encima, con toda probabilidad, acababa de partirles el corazón a Jorgen y a mis otros amigos una vez más.

TERCERA PARTE

23

Cobramos forma en una sala con pantallas que recubrían por completo la pared del fondo. Atiné a reconocerla como el lugar donde había visto a Brade y a Winzik una vez, mientras los espiaba desde la ninguna-parte. Había estado llena de oficiales y generales escuchando a Winzik. En esos momentos la encontré desierta a excepción del propio varvax.

Aunque tenía un aspecto imponente en su traje hecho de arenisca, una aparatosa versión moderna de la antigua armadura de los caballeros, el verdadero Winzik era la criatura cangrejoide que flotaba en un líquido tras el visor cristalino del yelmo. A principios de su desarrollo tecnológico, los varvax habían creado un material más resistente con el que recubrir su caparazón, que con el tiempo evolucionó a ese tipo de traje. Igual que la forja del acero había llegado pronto en la historia del progreso humano.

Brade me soltó en el suelo delante de Winzik como a un codiciado ciervo abatido en la cacería. Caí rodando bocarriba, babeando mientras ella me señalaba orgullosa, con una sonrisa insufrible en la cara.

—¡Hecho! —exclamó—. Ya te dije que lo conseguiría.

—Caramba, caramba —dijo Winzik, moviendo los brazos blindados mientras hincaba una rodilla de piedra a mi lado. Los varvax hablaban con las manos tanto como con la voz, que salía proyectada por la parte delantera de sus trajes—. Qué brusca eres con nuestra invitada, Brade. Qué brutal.

—Ya —respondió Brade—. Tú espérate a que esa chica te arranque la cara con una hoja mental.

—Tengo diez inhibidores distintos aquí dentro. —Winzik gesticuló de un modo que transmitía desinterés—. Sigo pensando que tendríamos que haber esperado a ver si acudía por voluntad propia a batirse en duelo contigo.

—No iba a hacerlo —dijo Brade—. Podía sentirlo. Era mejor atacar cuando percibí que estaba sola.

Me concentré en ella y noté que volvía a emanar de mí aquella desconexión antinatural, aquella trémula distorsión. Pérdida y dolor. En esa ocasión avivé las emociones, recordando el cuerpo de M-Bot descuartizado y el momento de terror al creer que había muerto.

La sala se sacudió como si hubiera caído un meteorito cerca. Empezaron a llover tornillos como esquirlas de piedra en el derrumbamiento de una

caverna. Cientos de tornillos, robados de algún sitio por mis poderes para precipitarse por toda la sala tintineando y chasqueando contra las superficies metálicas.

Winzik se levantó de un salto y retrocedió, meneando ansioso las manos de arenisca. Fuese lo que fuese en lo que me había convertido, era capaz de superar sus campos inhibidores, igual que había abierto un agujero en el nuestro. Si Brade podía colarse en Detritus para capturarme, yo podía escapar del mismo modo. Mientras el aire seguía ondulándose y distorsionándose a mi alrededor, extendí la mente. No necesitaba mi cuerpo debilitado, aún aturdido, para…

Brade se arrodilló a mi lado y me clavó algo en el cuello. ¿Una jeringuilla? Intenté morderle los dedos, pero solo conseguí hacer burbujas en mi baba. Ella me observó, con sincera preocupación en el rostro, hasta que la deformación del aire cesó.

«¡No!», pensé, tratando de concentrarme en el dolor, la pérdida, la angustia. Aún estaban ahí, pero ya no hacían nada. La sala se fue calmando hasta que cayó del aire una última andanada de clavos y se hizo el silencio.

¿Chet?, envié al zapador que había en mi alma.

No hubo respuesta.

¡Chet! ¿M-Bot? ¿Hay alguien?

Me habían drogado con algo que, de algún modo, me aislaba por completo de ellos y de la ninguna-parte. Era como si ni siquiera fuese citónica.

Brade exhaló aliviada y entonces reapareció en sus labios una sonrisa llena de confianza mientras volvía a mostrarse como la luchadora relajada y gallita que siempre parecía ser en presencia de Winzik. Un personaje muy distinto al de la estoica y atribulada mujer solitaria que habíamos conocido mi escuadrón y yo en Visión Estelar.

Pero estaba segura de que, por un instante, se había preocupado de verdad. No había sabido si la droga que me inyectaba funcionaría o no. Por desgracia, lo había hecho. Mis sentidos citónicos estaban bloqueados por completo. No me daba la misma sensación que cuando había un inhibidor activo, la de estar empujando contra una pared con la mente. Aquello, en cambio, era como si no hubiera nada contra lo que empujar. Como si no pudiera generar ninguna clase de fuerza para intentarlo.

¿Qué me habían hecho? ¿Qué era lo que me habían inyectado? No sería permanente, ¿verdad?

—Ya te advertí que aún sería peligrosa —dijo Brade, dando un paso atrás mientras Winzik regresaba hacia mí—. Kapling, almacena esa babosa con las otras. Los demás, largo de aquí.

Los soldados que habían venido con ella se marcharon, uno de ellos todavía con Babosa Letal en brazos. Lo único que me consolaba era que no parecían saber que Babosa Letal era mi amiga, no solo una herramienta. Sus trinos asustados me partieron el alma, pero no había nada que pudiera hacer. Apenas era capaz de mover un poco la cabeza.

—Caramba, caramba —dijo Winzik en voz baja, con gestos apagados—. Sí que funciona en humanos. Bien, bien.

Sentí algo más profundo, más potente que mi dolor. Ira. Furia hacia esa criatura, bullendo dentro de mí. Ese pequeño monstruo detrás de la visera, siempre tan remilgado y calculador. Era quien había mantenido a mi pueblo aprisionado en Detritus. Era el responsable de la muerte de mi padre. El carcelero que había intentado exterminar mi planeta para demostrar lo duro que era. Cuando su treta de utilizar a los zapadores como arma fracasó, nos echó la culpa a nosotros del desastre, y había utilizado ese miedo a Detritus, a los humanos, para ejecutar su golpe de Estado.

Si seguía gobernando, era porque nos tenía a nosotros como hombre del saco. Cuánta muerte, cuánta destrucción, cuántas mentiras. Y todo para que esa *cosa* pudiera ascender en el escalafón. Casi lo habría respetado si hubiera sido un guerrero. Pero la triste y humillante verdad era que nuestro mundo no había estado años y años bajo el yugo de algún caudillo despiadado, sino bajo el de un burócrata que sabía manipular la opinión pública.

Esa revelación sobre cómo funcionaba el universo, más que ninguna otra cosa, me enfurecía. Rugí con la poca voz que tenía y Winzik movió las manos y miró a Brade.

—No la has aturdido lo suficiente, Brade —dijo—. Tendrías que haberla dejado inconsciente antes de traerla.

—La necesitábamos consciente para regresar, Winzik —contestó Brade —. Y tú tenías que ver de qué es capaz. En esta chica hay algo muy muy extraño. Por eso los zapadores le tienen miedo, no solo porque sea una citónica poderosa. No sé cómo, pero ha superado eso. Tiene poderes que son como los de un zapador.

—¡Llévatela! —ordenó Winzik.

—Recomiendo no hacerlo —dijo Brade—. Deberíamos hablar con ella. A mí me escuchará.

—Es demasiado peligrosa —zanjó Winzik—. ¡Caramba, caramba! Estuve en la misma habitación que ella cuando se ocultaba entre nosotros. Y estaba suelta, sin drogar. ¡Qué pensamiento más desasosegante!

—Por lo menos, déjame mostrarles a los zapadores que la tenemos —dijo ella—. Querrán saberlo.

Tirda. Una pieza del puzle encajó. El pacto de Winzik y Brade con los zapadores requería que se encargaran de mí en particular. Por eso Brade había querido incitarme a luchar contra ella, por eso me habían secuestrado. Me necesitaban como moneda de cambio.

Mis temores se confirmaron cuando Brade se volvió de lado y sus ojos se desenfocaron. Sentí un zumbido distante cuando accedió a la ninguna-parte. Si no hubiera estado drogada, lo habría notado con más intensidad. Dadas las circunstancias, solo me quedaba confiar en que ese zumbido significase que acabaría por recuperar mis capacidades, que solo las habían sofocado por el momento.

El aire empezó a distorsionarse, lo que puso más nervioso a Winzik, aunque tal vez fuera entusiasmo. Brade bajó el brazo y me levantó del suelo agarrándome por la parte delantera del mono. Tenerla tan cerca me permitía ver mejor, sentir mejor. La sala de conferencias redonda de Winzik se difuminó, volviéndose casi incorpórea, y se abrieron unos puntos blancos por todo mi alrededor. Los ojos. Los zapadores.

¿Lo veis?, dijo Brade citónicamente, proyectándose a ellos con tanto vigor que alcancé a oírlo. *Aquí está la prueba.*

—La tenemos en nuestro poder —dijo Winzik, y Brade repitió sus palabras a los zapadores—. Como os prometimos. ¡No había nada que temer! Caramba, caramba. Era un hecho evidente desde el principio que cumpliríamos el contrato con vosotros.

Sentí la reacción de los zapadores como impresiones. Miedo. Ira. Un dolor latente que apenas estaba encubierto, como una capa de pintura intentando ocultar la vieja insignia de escuadrón en el costado de una nave estelar. Eso era por mí.

Por desgracia, también enviaron otras sensaciones a Winzik. Placer. Acuerdo.

—Hemos cumplido nuestra parte del trato —dijo él—. ¿Estáis dispuestos a avanzar con la vuestra?

Quizá. Probablemente. Pude sentir la respuesta de los zapadores.

—¿Quizá? *¿Probablemente?* —dijo Winzik.

Era obvio que él también lo sentía. Me dio la impresión de que, si yo era capaz de percibir algo de todo aquello, era porque cualquiera habría podido. Con mi poder citónico sofocado, no era más sensible que una persona normal.

¿Es posible que haya otros como ella? ¿Podrían hacernos daño?

—No hay nadie más —prometió Winzik.

Se retiraron. Pero no antes de indicar que se lo plantearían. Que estaban dispuestos. Una contradicción difícil de dilucidar, ya que sus mentes no terminaban de funcionar a la manera que un humano anticiparía. Los zapadores odiaban la alguna-parte. Hasta entrar en ella para destruirnos era doloroso, arriesgado, algo que solo harían si los forzaban a ello. Por eso sus ataques eran tan poco frecuentes.

Aun así, mientras se desvanecían, me quedé con una impresión. Mientras estuviera en manos de Winzik, él tenía poder sobre ellos. En algún momento harían lo que quería. Su aversión por la alguna-parte se vería superada por su miedo a mí, a aquello en lo que me había transformado.

Brade retiró su mente de la ninguna-parte y mi ira y mi temor se convirtieron en náusea. Si mis amigos lanzaban un ataque, correrían peligro de enfrentarse a zapadores. Y allí estaba yo, no solo incapaz de avisarlos, sino incapaz hasta de darme la vuelta.

—Lleváosla —ordenó Winzik a los guardias que había fuera de la sala.

—Pero… —dijo Brade.

—No —la interrumpió Winzik—, nada de hablar con ella. Es demasiado peligrosa. Nos engañará, como ya hizo antes. Tiene que estar aislada, Brade. Caramba, caramba. Debes controlar tu agresividad. Por favor, recuerda que no gobernaremos mediante la fuerza, sino mediante la astucia.

Brade guardó silencio, me dejó caer dolorida al suelo y se cruzó de brazos. Al momento los guardias se me llevaron a rastras.

Apenas empezaba a recuperar el control sobre mi cuerpo, moviendo un poco los dedos, cuando me arrojaron a una sombría celda y la cerraron con un desalentador portazo.

24

Muy bien.

Muy bien, podía resolver aquello.

Lo primero que hice fue babear un poco más. Pero a propósito. Me concentré en mis labios, en moverlos, en salivar por un lado de la boca y luego por el otro. Si babeas sin querer, es una vergüenza. Si babeas a propósito, es solo que el ansia de batalla te abruma.

Sí, me sonaba ridículo hasta a mí, pero necesitaba algo en lo que centrarme. A un adversario digno se le puede dar cuartel, pero el desespero nunca ha encajado en esa descripción.

Al cabo de un tiempo, con un gruñido, logré dejar de babear del todo. Poco después me había recuperado lo suficiente para incorporarme con esfuerzo. A partir de ahí, me puse a meditar sobre las diversas cosas que iba a hacerle a Winzik. Era una suerte que trajera consigo una recompensa tan estupenda. Exhibiría con orgullo su exotraje en mi sala de trofeos. Cierto, aún no la tenía. Pero me construiría una donde guardar el semicadáver de mi mayor enemigo.

«Eso es —me dije—, concéntrate en la rabia, en la determinación. No en el hecho de que, en casa, todos van a pensar que los has abandonado. No en el hecho de que la Supremacía está reuniendo sus fuerzas y tiene un acuerdo con los zapadores porque les has entregado la llave, tú misma, que les abre esa puerta».

Logré levantarme. Me sentí como Norgay y Hillary coronando el Everest por primera vez, contemplando orgullosos el paisaje desde la cima de la montaña más alta del mundo. Terminé de quitarme el aturdimiento a base de caminar: cuanto más ejercicio hacía, más deprisa parecía pasarse el efecto.

Por desgracia, la droga que me habían administrado para bloquear mis capacidades citónicas no tenía nada que ver con la pistola aturdidora y todavía me afectaba. Menos mal que mi gente no había conocido esa droga en su momento, o seguro que la habrían puesto en el agua, aterrorizados por el «defecto» que podría llevarnos a la perdición. Seguí caminando de un lado a otro de la celda, tratando de urdir un plan. Era un espacio muy reducido, con un catre, un lavabo, un retrete sin tapa y una sólida puerta de acero. Tenía una

mirilla abierta en la parte de arriba por la que se veía a dos guardias en el pasillo de fuera.

¿Solo dos? Alguien estaba subestimándome.

«Tú sigue pensando así —me dije—. Puedes conseguirlo. No es que te hayan capturado. Es que han traído una tigresa a su campamento. Haz que lo lamenten».

Pero ¿cómo? No podía intentar forzar la puerta, porque no me interesaba que los guardias supieran que ya me movía. Y, por lo que se veía, la cerradura era firme. Por mucho que fingiera ser una tigresa, no podía destrozar el acero a dentelladas.

Una parte de mí siempre había querido huir de la cárcel cavando un túnel, como hacían en las historias, pero el truco no funcionaría demasiado bien en unas instalaciones modernas cuyas paredes eran planchas de frío metal. El lavabo tampoco parecía proporcionarme ninguna oportunidad. Y aunque consiguiera arrancar el inodoro de su desagüe, no cabría por el agujero. Y tampoco había ninguna pieza suelta en el catre que me sirviese como herramienta.

Iba a tener que usar el ingenio y no el mal genio para salir de allí. Tuve que reconocer que ya era mala suerte para la galaxia que su destino dependiera una y otra vez de mi capacidad diplomática. ¿Era mucho pedir que, aunque fuese una vez, pudiera salir de una situación apurada a cabezazos?

En fin, no se me ocurrían más opciones. Así que eché la pota.

Había temido que fuese difícil, pero aún estaba mareada por lo que sea que me habían hecho. Y aquello, por lo menos, era solo cuestión de fortaleza física y mental. Con un poco de esfuerzo metiéndome un dedo en la garganta, logré que el sándwich que me había cenado regresara al mundo y pintara el suelo.

Dejé allí el pringue, me acosté en el catre, me revolví el pelo y la ropa y entonces empecé a gemir. Funcionó. Al poco tiempo, un guardia echó un vistazo por la mirilla de la puerta.

Escuché una conversación amortiguada allí fuera, en el idioma dione, que mi alfiler interpretó.

—El rompeaturde ya se le debería haber pasado.

—Qué poco me gustan esas cosas. No funcionan bien en algunas especies.

—¿Qué hacemos?

«Llamad a un médico —supliqué en mi mente—. A un médico, no a Brade. Por favor».

—Trae al médico.

Exhalé. «¡Sí! ¡Ha funcionado!».

Permanecí allí tendida, esperando, haciendo ruidos quejumbrosos y haciendo el menor caso posible al hedor, pero al final la peste hizo que vomitara de nuevo, esa vez sin querer. Pero estaba bastante segura de que en esa ocasión había une guardia mirando, así que me enorgullecí de los instintos guerreros de mi cuerpo.

Volví a tenderme en el colchón, obligándome a contener el entusiasmo. Podría reducir a un médico flacucho. Solo tenía que agarrarlo, retenerlo y utilizarlo como escudo. Luego manipularía la situación y obtendría una pistola de les guardias. A partir de ahí, intentaría llegar a…

La puerta se abrió con estruendo.

Revelando a un monstruoso burl de dos metros, con todo el cuerpo cubierto de pelo y dos brazos que parecían cañones de artillería, que llevaba un diminuto gorrito de médico.

Pues… tirda.

Respiré hondo. Renuncié a la idea del escudo humano y opté por arriesgarme con les guardias. Cuando el burl se acercó a mi catre, lancé las piernas de lado y le di por detrás en las rodillas. Tropezó, resbaló en la pota del suelo y se derrumbó.

Al instante ya estaba saliendo por la puerta y embistiendo contra le guardia que venía a ver qué pasaba. Se desequilibró con un grito. Las tropas de la Supremacía no solían tener mucha experiencia. Entrenaban para cumplir con las funciones de su puesto, lo que las hacía bastante peligrosas en combate espacial, pero no tenían práctica en la lucha cuerpo a cuerpo.

Agarré a mi contrincante por el pecho y me puse tras elle mientras su compañere desenfundaba un arma no letal. El disparo impactó en la espalda de le primere guardia. ¡Al final sí que tenía un escudo humano! Bueno, un escudo dione. Me separé mientras le primere guardia se sacudía entre convulsiones. Esquivé otro disparo por un pelo y me abalancé contra le segunde guardia para agarrarle el brazo y retorcerlo, lo que hizo que chillara y soltara la pistola.

Fui a por el arma y aturdí a le guardia con un disparo en el pecho, pero al instante oí un chasquido a mi espalda. Me quedé muy quieta y, al echar un vistazo atrás, vi a Brade apoyada en la pared con toda la calma del mundo, apuntándome con un arma. Un destructor, nada de bobadas no letales. En la otra mano sostenía el cronómetro que había dado el chasquido.

—Doce minutos y medio —dijo.

Di un leve gruñido. Brade me hizo un gesto con la pistola, indicándome que soltara el arma. No lo hice, pero tampoco la volví hacia ella. Al contrario que les dos payases a quienes acababa de derribar, Brade no sería una adversaria fácil. La puerta de la celda se abrió y el médico, cubierto de lo que había sido mi cena, salió con torpeza. Se encogió a ojos vistas en presencia de Brade.

—Es que hasta se lo había advertido —me dijo ella—, y aun así has logrado salir. No está mal.

Titubeé, pistola en mano. Quería ir a por Brade, pero… las probabilidades de sobrevivir a eso eran bajas. ¿De qué le serviría a nadie si moría en ese pasillo? Con una punzada de arrepentimiento, solté la pistola aturdidora.

Brade retrocedió hasta la celda contigua y la abrió. Me indicó que entrara y, cuando lo hice, la cerró de un portazo.

—Voy a quedarme este cronómetro como recordatorio —dijo, escrutando por la mirilla de la puerta—. Había calculado que te costaría más de una hora. Bien hecho.

—¿Quieres una motivación de verdad, Brade? —repliqué—. Déjame salir. Hagamos ese duelo que me prometiste.

No respondió, pero tampoco se apartó de la puerta.

—Descubramos cuál de las dos es la mejor en realidad —le susurré—. Tú y yo. En naves estelares. Quieres saberlo. Se te nota.

Cerró la mirilla de la puerta y fui a dejarme caer en mi nuevo catre, acusando la incipiente fatiga tras el subidón de adrenalina. Me tumbé con un suave gemido.

—¡Idiotas! —resonó la voz de Brade desde el pasillo—. Como castigo, tendréis que limpiar esa cochinada mientras yo voy a ver si encuentro a alguien de esta división que no sea tan incompetente como vosotres. La puerta de su celda no puede abrirse por *ningún* motivo. Truda, es que no puedo creerme que tenga que establecer esa norma. ¿Se puede saber qué os pasa?

Se marchó enfurecida y al cabo de poco tiempo llegaron mis nuevos guardias, diez en esa ocasión. Casi me sentí respetada.

Por desgracia, ese grupo de guardias cumplió las órdenes de Brade. Probé con varias tretas para que me abrieran la puerta. Dado que hacerme la enferma había fallado, intenté sobornarlos, fingir que había algo misterioso en la celda, quedarme callada durante mucho rato, hacer como si hubiera abierto una trampilla y estuviera a punto de escapar: todo lo que había oído en las historias y unas pocas ideas que me inventé yo misma.

La puerta no volvió a abrirse.

Traté de arrancar paneles de la pared, forzar la cerradura y hasta arrancar el lavabo. Cuando eso falló también, atasqué el desagüe e inundé la celda. De nuevo, nadie abrió la puerta. Lo único que conseguí fue mojarme los pies.

Horas más tarde estaba allí tumbada, huraña, con los brazos doloridos de intentar sacar la puerta de sus goznes. *¿M-Bot?*, intenté enviar, más o menos por centésima vez. *M-Bot, ¿me oyes?* Si lograba establecer contacto, a lo mejor él podía hablar con la yaya o con Jorgen y contarles lo que había pasado.

No hubo respuesta. Mis poderes estaban bloqueados. Aunque… esa última vez me había dado una sensación distinta. No como si estuviera recuperando la capacidad citónica, sino una especie de… ¿atención distante? No sabía muy bien cómo llamarlo si no. La consciencia estaba filtrándose de nuevo a mi mente.

¿Sería que el efecto de la droga estaba remitiendo? ¿Cuánto tiempo llevaba ahí dentro? Estaba agotada, y habría dormido quizá una hora entre mis distintas estratagemas de fuga. Notar esa atención me dio esperanza y extendí mi mente otra vez hacia ella. Tirda, esperé que no estuviera haciéndolo hacia Brade. Pero no parecía ella. De hecho, era más como…

Una impresión. De estar dentro de una caja. De miedo, y soledad, y dolor. Y una tenue familiaridad. Era la babosa con la que había contactado durante la incursión en el centro de suministros. La babosa de comunicaciones que me había pedido que salvara a sus amigos.

Estaba en algún lugar cercano. Mis sentidos no podían extenderse tan lejos como antes, limitados por el impedimento de la droga. Lo que significaba…

Lo que significaba que, muy posiblemente, mi celda estaba en Vísperas, la plataforma donde tenían a sus babosas comunicadoras, o cerca de ella. Lógico. Era el lugar donde Winzik planeaba congregar sus efectivos, así que tenía sentido que quisiera estar allí para supervisarlo todo. Me habían llevado al mismo centro de su operación militar.

La babosa me envió un pequeño trino mental emocionado. Vísperas. Había acertado. Estaba a poca distancia de mí, con otros miles y miles de babosas como ella. Atrapadas, presas, esclavizadas.

La babosa creía que había ido a rescatarla. Como le prometí.

Hice una mueca y traté de proyectar confianza antes de preguntarle si podía comunicarse con Babosa Letal. Por desgracia, justo entonces oí un chasquido en la puerta.

¿Qué?

La puerta estaba abriéndose. ¿Irían a traerme comida?

Me daba igual. Sonreí como una loca y salté hacia allí, dispuesta a atacar a quien entrase. Crucé la mitad de la pequeña celda antes de recibir una andanada de disparos.

Pistolas aturdidoras. Los diez guardias habían estado preparados para abrir fuego contra mí en el momento en que se abriera la puerta. Me derrumbé al suelo como un pez fuera del agua, humillada. Entonces volvieron a dispararme.

«¡Tirdosos desgraciados!». Iba a apuñalarlos a todos en los tirdosos ojos cuando saliera de allí. Iba a…

Iba a…

Iba a quedarme allí tirada mientras me inyectaban otra dosis de droga. Une guardia dejó unas raciones de campo en el catre y luego se marchó, asegurando bien la puerta al salir. Dejándome tendida bocabajo hasta que, poco a poco, me recuperara lo suficiente para moverme.

Perdí el sentido antes de eso, cuando mi cuerpo exhausto claudicó ante la necesidad de dormir.

25

Desperté con una sensación de paz.

Cosa que no tenía ni el menor sentido racional. Supe de inmediato dónde estaba: en la cárcel. Tenía el sueño ligero, y en algún momento de la «noche» me había subido al catre.

Y, sin embargo, una reconfortante calma me irradiaba. Procedía de…

Ti, envié a la babosa desconocida.

Ella flauteó en mi mente. Era la babosa de comunicaciones a la que había prometido salvar. Mientras yacía en la celda, sintiendo lástima de mí misma, la babosa siguió enviándome su bálsamo de consuelo. Como un vendaje en el alma.

¿Cómo es que tienes tiempo de reconfortar a otra gente, estando en la situación que estás?, pensé hacia ella.

Más o menos pude encuadrar los sentimientos y las imágenes que me envió en una respuesta verbal.

Estoy encerrada en una jaula. Si algo tengo, es tiempo. Y no puedo mirar más que hacia fuera.

Le envié una sensación de lamento. Por no estar allí para salvarla, por no haber venido por voluntad propia. Pero la babosa ya lo había deducido a partir de mis emociones. Era una cautiva, igual que ella.

Lo siento, envié de nuevo.

Un momento. Estaba comunicándome con la taynix. ¿Significaba que mis poderes habían vuelto? ¿Que se había pasado el efecto de la droga? Extendí mis sentidos, pero no capté nada.

La babosa respondió. Estaba contactando conmigo mientras cumplía con sus labores de comunicación para la estación espacial. La droga todavía bloqueaba mis poderes; era la babosa quien cargaba con todo el peso citónico de la conversación. Me hizo saber que tenía la vaga impresión de que mi estado duraría alrededor de doce horas.

¿Conoces esta droga?, le envié.

Sí. Se la inyectaban a las hiperbabosas cuando tenían que sacarlas de sus cajas. También era el primer paso cuando querían castigar a una babosa de comunicación: aislarla de las demás.

Tirda. Si esa droga era el primer paso para castigarlas, ¿hasta dónde llegarían después?

Recibí una sensación de oscuridad, dolor y silencio.

Era aterrador. Si alguna vez tenía que vomitar de nuevo a voluntad, me bastaría con recordar la vida que obligaban a llevar a esas pobres criaturas.

Babosa Letal, le envié. *¿Puedes encontrar a mi amiga? Está aquí, en algún sitio.*

La babosa desconocida, a la que había decidido llamar Bálsamo para mis adentros, no conocía a Babosa Letal, pero me prometió que intentaría encontrarla. Allí había muchísimas babosas, pero Bálsamo parecía segura de que, con un poco de tiempo, lo conseguiría.

Genial. Pero todo aquello solo me confirmaba que necesitaba salir de allí. No solo por mí y por mis amigos, sino también por aquellos seres.

Bajé del catre y me comí las barritas que me habían dejado antes de hacer unas flexiones y otros ejercicios y asearme como pude. En el lavabo, con la pequeña pastilla de jabón que me habían dejado, por lo menos lavé un poco el mono.

Cuando el mono se hubo secado, volví a ponérmelo y lavé la ropa interior. Al menos era algo que hacer mientras esperaba a la siguiente inyección. Y en efecto, más o menos cuando llegó lo que consideraba el mediodía, abrieron la puerta. Limpia y vestida, alcé las manos para tratar de impedir lo que venía.

—Seré buena —prometí—. No voy a…

Por la puerta entró una lluvia de disparos que me aturdieron y me derribaron babeando al suelo. Tirda. No dolió, o al menos no más que cualquier otra caída, pero aquello no podía ser bueno para mi cuerpo. Padecí la indignidad de otra inyección y me quedé allí tendida. Ni siquiera me subieron al catre, aunque sí que dejaron otro puñado de barritas de proteínas. Un guardia se rio a mi costa por lo mala que era la comida y lo loca que iba a acabar, alimentándome solo de aquellas barritas.

Pero la última en reír sería yo, porque llevaba casi toda la vida viviendo a base de carne de rata y pasta de algas. Aquellas raciones eran una delicia en comparación.

Mientras estaba allí tumbada, sintiéndome desgraciada, Bálsamo extendió su mente hacia mí de nuevo. Y me sorprendió sentir que varias otras, cinco o seis babosas de comunicación, hacían lo mismo. Al preguntarle, Bálsamo me dijo que había hablado con ellas de mí y les había pedido ayuda para encontrar a mi amiga.

La imagen mental que tenían de mí era graciosa: una babosa gigante con apéndices largos y fofos. Me veían como una de ellas, solo que más grande y con forma rara. En el contexto resultaba halagador, lo juro. Y solo un poco espeluznante.

¿Sabéis algo de Babosa Letal?, les pregunté.

Y sí, una de las cinco había percibido la llegada de una nueva babosa.

A la Supremacía no le entraba en la cabeza lo inteligentes que eran los taynix. Era lo que ocurría cuando tratabas a seres vivos como piezas mecánicas, que para ti eran todos iguales. Así que se habían limitado a poner a Babosa Letal con el resto de sus hiperbabosas.

Pero era imposible contactar con ella. Me costó unos minutos asimilar los pensamientos de Bálsamo hasta descubrir por qué. Al parecer, eran las cajas. Ciertas cajas podían aislar a las babosas de sus compañeras. Pero las trasladaban con bastante frecuencia, les daban de comer y a veces las lavaban, así que Bálsamo confiaba en poder comunicarse con ella en algún momento de los próximos días. Me prometió enviar sentimientos de apoyo a mi amiga, como también hicieron las otras cinco babosas que hablaban conmigo. Todas estaban en servicio activo de comunicaciones.

Así es como sobrevivís, les transmití. *Lo hacéis juntas. Apoyándoos entre vosotras.*

Lo confirmaron con sensaciones suaves mientras me ofrecían ese mismo sostén. Me impresionó el alcance que tenía. La idea de todas esas pequeñas criaturas enjauladas, pasando hambre, apaleadas si se portaban mal… dedicando el tiempo a extender sus sentidos. En vez de mirar hacia su interior, habían creado una red de apoyo.

Era un desafío profundo y poderoso que hizo vibrar mi alma.

Voy a ayudaros, les envié. *Encontraré la manera. Haced correr la voz. Viene ayuda.*

Me creyeron al instante y empezaron a trinar de emoción. La cuestión era cómo iba a cumplir esa promesa.

Resultó que tenía el método delante de las narices. Bueno, literalmente no, porque estaba tumbada bocabajo en un charco de mi propia saliva. Pero… en fin, metafóricamente.

¿Podéis enviarles un mensaje a mis amigos?, pregunté a las babosas.

Miedo inmediato. La desobediencia se castigaba con severidad. No tenían problemas en hablar conmigo porque me veían como «una de ellas». La Supremacía no parecía saber que estaban haciéndolo y no tenía los recursos suficientes para monitorizarlo. Pero si alguna de ellas enviaba un mensaje tan

lejos, a otro planeta, se arriesgaba a alertar a los vigilantes de la Supremacía. Las señales enviadas fuera de la estación se supervisaban minuciosamente mediante máquinas.

Lo entiendo, les envié mientras se retraían temerosas. En cambio, Bálsamo me dio un vacilante empujoncito mental. Quería saber lo que había que hacer.

Logré rodar y quedarme mirando hacia el techo.

Podría no ser buena idea, le dije. *Podría ser peligroso.*

Me envió una imagen de mí volando en combate, durante la misión para robar los archivos de datos. Había estado observando desde lejos.

Bueno, sí, proyecté hacia ella. *Hago cosas peligrosas. Pero yo soy soldado.*

Yo soy soldado, me repitió, y casi alcancé a oír el trino.

Supuse que lo era. No por elección, pero ninguno de los míos era soldado por elección. Excepto quizá yo, de acuerdo. Aunque me hubiera criado en la sociedad más pacifista de toda la Supremacía, lo más probable era que aun así me pasara el día hablando de decapitar dientes de león o algo por el estilo.

Vale, le envié. *Tengo amigos en el ejército. ¿Viste a alguno de ellos cuando estábamos en esa misión?*

Bálsamo no estaba segura. Le costaba distinguir a unos humanos de otros a menos que fueran citónicos, y su especie veía el mundo con sus poderes. Todos los taynix, sin importar la variedad, podían utilizar la citónica para generar una imagen mental de su entorno, pero aun así se reconocían entre ellos no por la vista, sino mediante identificadores citónicos.

Así que le envié la imagen y una impresión citónica de Jorgen. Durante esa misión había hablado con él. ¿Bálsamo lo reconocía?

Sí, me envió la babosa con timidez. A ese humano sí que lo reconocía. Él también era una babosa gigante. Sonreí al recibir la imagen.

¿Puedes hacerle llegar un mensaje?, pensé. *¿Decirle donde estoy y que se me llevaron contra mi voluntad?*

Con eso no bastaría para resolver aquella situación, pero sería un principio. Sobre todo me interesaba saber si era posible contactar con la Plataforma Primaria. A partir de ahí, podríamos trazar planes. Y quizá encontrar la forma de solucionar todo ese desastre.

Bálsamo me envió una temerosa respuesta afirmativa. Sus captores no siempre vigilaban las comunicaciones de cabo a rabo, así que había aprendido a añadir mensajes a las señales que enviaba. Era así como, a veces, se ponía en contacto con babosas que estaban asustadas y separadas del resto. Bálsamo

creía que tal vez, estando de servicio, podría llevar a cabo esa triquiñuela y transmitir una señal doble: la que le hubieran asignado enviar y otra oculta para Jorgen.

Al leer sus pensamientos sentí las cicatrices de toda una vida de abusos en sus emociones y volvió a partírseme el corazón. Tirda, pensaba que mi infancia había sido dura, pero yo al menos había tenido la libertad de explorar las cavernas y un posible modo de luchar contra los krells.

No había sido consciente de lo oscura que podía ser la vida de alguien sin esas opciones.

Intento, envió Bálsamo.

¿Ahora?, le pregunté.

De servicio, respondió. *Envío pensamientos ahora. Buen momento.*

Y dicho eso, Bálsamo extendió la mente hacia Jorgen, como le había pedido. Deseé poder mirar con mis sentidos citónicos, pero a lo más que alcanzaba era a captar sus emociones, ya que las había extendido a propósito hacia mí. Sentí cómo crecía su confianza cuando me dio la impresión de que localizaba a Jorgen. Un gran taynix que siempre se mantenía limpio y se quejaba cuando los demás se pringaban un poco. Ajá, era él. Me deleité con la idea de contarle a…

Bálsamo quedó en silencio.

Traté de incorporarme, pero aún no podía hacer nada más que bambolearme. Intenté encontrarla, pero mis sentidos estaban cegados. ¿Por qué se había desconectado de mí? ¿Qué pasaba? Las otras babosas tampoco me transmitieron nada; se habían ocultado. Por fin logré subir al catre, aterrorizada por Bálsamo.

Estuve tumbada mucho tiempo, buscándola, hasta que la cerradura de mi celda chasqueó. Me enderecé de golpe, justo a tiempo de que me disparasen con aquellas pistolas aturdidoras una vez más.

Tirda, tirda, TIRDA.

En esa ocasión no entraron guardias a burlarse de mí. Ese día fui una privilegiada, porque el mismísimo Winzik llegó a paso tranquilo, raspando el suelo metálico con sus pies de piedra. Como de costumbre, la única ropa que llevaba era un fajín cruzado sobre el torso de su exoesqueleto. Movió una minúscula pinza de cangrejo y el exotraje imitó el gesto, indicando a unos pocos guardias que entraran y me apoyaran contra la pared, más o menos sentada.

A continuación entró Brade, que depositó una caja metálica en el suelo. Era más larga que alta, como de medio metro de lado.

Winzik hincó una rodilla delante de mí y habló a su manera suave y deliberada.

—Dicen que debería mantenerte inconsciente, humana. Tenemos medicamentos que podrían provocarte un coma. Por desgracia, me temo que en ese estado los zapadores no te reconocerían, ni tampoco el peligro que representas. ¡Tienen problemas para distinguirnos a unos de otros! Caramba, caramba. Es posible que te confundieran con un leño.

Traté de gruñirle, o de escupirle a los pies, o de hacer *cualquier* cosa heroica. Me había dejado incapaz.

—Además —prosiguió—, tengo la sensación de que puedes aprender. Todos los seres pueden, hasta los humanos. Es, en parte, por lo que tengo a una entrenada siempre cerca. Para recordar a la gente que es posible domesticar incluso a la más abyecta de las especies inferiores. Con la suficiente motivación. Aplicada correctamente.

Apoyó una mano en la caja que tenía al lado, a no muchos centímetros de mí. Horrorizada, oí un trino temeroso en su interior.

No. Winzik no podía. No iba a…

El varvax alargó el brazo hacia Brade, que le entregó un pequeño dispositivo mecánico. Parecía un controlador.

—A veces —dijo—, alguna unidad hipermotora o de comunicación se avería. Por eso las tenemos en receptáculos equipados para su cómoda eliminación.

Forcejeé. Intenté moverme. Intenté mostrarle aunque fuese un ápice de desafío. Puse hasta mi última brizna de fuerza y pasión en ello, y les amontoné encima la desesperación y el dolor que venían detrás.

No conseguí nada.

—Winzik —dijo Brade desde atrás—, quizá no sea buena idea. La queremos maleable. Colaborará con nosotros, en las circunstancias adecuadas.

—Por supuesto que lo hará, Brade —respondió él—. Caramba, caramba. Pareces estar revirtiendo. Porque estas son las circunstancias en las que colaborará con nosotros. Cuando esté motivada. —Se inclinó hacia mí—. Quizá consideres que esto es agresividad. Por eso eres de inteligencia inferior. Aún no lo comprendes: no es agresivo cuando se hace sin malicia. Cuando, en vez de eso, se hace lamentándolo. Y yo lamento lo que *tú* has hecho. Lamento que *tú* seas una necia. Lamento que *tú* hayas matado a esta criatura asustada.

Oía a Bálsamo flauteando dentro. Cada vez con más pánico. Como si lo supiera. Como si lo entendiera.

Mis emociones entraron en frenesí. Logré combinarlas en un único estallido vengativo de energía. Como una lanza atravesando una armadura.

El resultado fueron tres palabras.

—Por favor. No.

Winzik titubeó un momento y luego se inclinó incluso más hacia mí. Hizo un gesto con una pinza para que un soldado se adelantara y me apuntara con su arma. Entonces, satisfecho, echó atrás la espalda.

—La herramienta de esta caja —dijo— está corrompida. Ten cuidado de no corromper a ninguna otra.

Pulsó un botón de su mando.

La caja destelló y se sacudió unos instantes, dejando escapar luz por las juntas. Una violenta luz roja, como salida de las fraguas. Luego surgió humo, con un terrible olor a carne quemada. Y una última impresión.

Salva a mis amigos.

Después de eso, no hubo más trinos.

Se me rompió el alma. No podía moverme, pero de algún modo sí que podía llorar. Las lágrimas que surcaron mis mejillas parecieron complacer a Winzik. Se levantó, meneando las manos con actitud animada.

—Podemos retirar cualquier herramienta que se averíe —dijo—. En cualquier momento. A distancia, si lo deseamos. Por favor, recuérdalo si se te ocurre volver a utilizarlas. Brade me advirtió de que podía pasar esto. En consecuencia, estábamos observando cuando esta unidad ha enviado dos señales en vez de una.

No sé cómo, pero logré obligar a salir dos palabras más.

—Te. Mataré.

—Caramba, caramba. Cuánta emoción tenéis las especies inferiores.

Dio media vuelta y se fue. Brade y los guardias lo siguieron y la puerta se cerró de golpe. Dejándome encerrada en la única compañía del sufrimiento, la vergüenza y un odio bullente.

26

Pasaron días.

Creo.

Sin reloj, y sin el cambio visible de los turnos de trabajo o algo como las fraguas de casa pasando de la fabricación al resplandor más tenue del fundido… bueno, era difícil medir el paso del tiempo. Casi como si volviera a estar en la ninguna-parte.

La única forma que tenía de estimarlo era por la administración de inyecciones. Me drogaban cada doce horas de la antigua Tierra… tal vez. Estaba confiando en mi inexperta interpretación de la vaga idea que me había transmitido Bálsamo. Y si yo tuviera a una prisionera, iría variando el tiempo entre dosis, poniéndole de vez en cuando alguna inyección que no fuese necesaria, solo para mantenerla desorientada. Así que supuse que no podía confiar en ello, ni tampoco en las horas de comer, cuando me traían más raciones de campo.

Tardé poco en comprender por qué el aislamiento, en las historias, solía considerarse un castigo tan espantoso como la tortura física. Cuando me capturaron los Costaderos, pude averiguar cosas sobre ellos. Pasar tiempo con ellos. Eso me había ayudado a preparar mi huida. En cambio, allí… todo plan que tramara era solo una distracción temporal de mi creciente desespero.

Y ese desespero era agudo.

Habían sido más listos que yo a cada paso. Brade había aprovechado mis ataques emocionales, y su capacidad de superar los inhibidores, casi antes de que me diera cuenta de lo que sucedía. Habían anticipado todas mis tretas para escapar y estaban esperándome. Habían estado preparados para matar a Bálsamo.

Se suponía que debía haber sido capaz de salvarla.

Maldita sea, se suponía que era la heroína.

«Salva a mis amigos».

Su última súplica hacía vibrar mi alma. Me obsesionaba. Pero las drogas, fuesen las que fuesen, me tenían aislada de Chet. Lo cual significaba que no había ataque, por doloroso que fuera para mí, que distorsionase el aire a mi alrededor. Desde el principio, al parecer esa capacidad no había sido mía, sino

de él, y el contenido de esas jeringuillas impedía que nuestra fusión funcionara como antes.

Lo único útil que podía hacer era observar a los guardias. Eran mi único acceso viable al mundo exterior. Confié en que escuchar sus conversaciones me proporcionaría algún tipo de información. Pero, por desgracia, la información era más fácil de obtener a partir de gente que estuviera informada. Aquellos guardias no parecían saber nada relevante, y sobre todo hablaban de lo aburridos que estaban. Aun así, tomé nota de sus cambios de turno, haciendo nudos en la sábana para marcarlos. Observé atenta por la mirilla de la puerta en busca de cualquier oportunidad que me sirviera.

Rotaban en turnos de cinco, pero esos turnos se superponían. Por tanto, había diez personas vigilándome la mayor parte del tiempo. A veces eran cinco, pero nunca cero.

Al llegar el que creía que era mi cuarto día de cautiverio, ya empezaba a identificarlos por separado. Un grupo en particular tendía a acabar su turno un poco pronto, dejando solos a los otros cinco con bastante frecuencia. Quizá podría…

¿Quizá podría qué? Me alejé de la puerta, sintiéndome una imbécil total. Daba lo mismo. Había probado todos los trucos posibles para que esa puerta se abriera. Y la única vez que lo hizo, lo que conseguí fueron disparos. Había intentado esconderme a un lado de la celda antes de que entraran, pero esa vez arrojaron dentro una granada de gas que casi me dejó inconsciente, y después me aturdieron de todos modos y me clavaron la aguja.

Estaba atrapada, de verdad y a conciencia. Abatida, por fin comprendí cómo era posible que alguien pasara décadas en la cárcel sin escapar jamás, como sí que ocurría en las historias. Siempre había pensado que sería lo bastante lista, fuerte o perceptiva para escabullirme de un apuro como ese. Pero allí estaba, impotente del todo. Podían tenerme en esa celda hasta que me muriera de vieja. Me derrumbé en mi catre y mordí una ración de campo.

Mis dientes toparon contra algo que había dentro.

Aparté la barrita de la boca y miré el brillante trocito de metal dentro de la pasta de proteína prensada. Tirda. No tenía ni idea de lo que era, pero sospechaba que tenían una cámara vigilándome en algún lugar de la celda, así que fingí que no había pasado nada. Me tumbé, rodé de lado e hice como si mordisqueara la barrita mientras, con disimulo, me fijaba en lo que traía dentro.

Una llave. No a la antigua usanza como las de las historias, sino una llave electrónica. Se tocaba con ella la puerta y el mecanismo se desbloqueaba. Las

había visto en los cinturones de los guardias.

Por el sangriento nombre de Gengis, ¿cómo había podido colar alguien una llave? ¿Y quién haría tal cosa?

«Hay cambio de guardia —pensé, escuchando los movimientos de fuera—. Esos cinco se han marchado». Temprano, como de costumbre.

¿Podría con los cinco que quedaban? ¿Una mujer contra cinco soldados armados?

Sabía que quizá no volvería a tener la oportunidad de averiguarlo. Era muy posible que aquello fuera una trampa, pero o intentaba escapar ya o me pasaría lo que quedaba de guerra metida en aquel cuchitril. Así que suspiré, me guardé la llave en la mano y fui como si nada hacia la puerta. Al llegar, fingí que observaba a los guardias como tenía por costumbre. No abrí la puerta de inmediato. Dejé pasar el tiempo, confiando en que quien estuviera observándome por la cámara se descuidara.

Esperé hasta que los guardias estuvieron charlando en corrillo, quejándose de esos otros guardias, tan negligentes que siempre se marchaban pronto. Entonces, concluyendo que no iban a distraerse más que eso, apreté la llave contra la puerta y sentí que el mecanismo se abría.

Por desgracia, alguien de entre esos cinco se dio cuenta. Así que modifiqué el plan y dejé que se acercara para echar un vistazo a la puerta, ladeando la cabeza. Entonces di un buen empujón y le estampé la puerta en toda la cara.

El tañido de metal contra hueso fue uno de los sonidos más satisfactorios que había oído en la vida. Ataqué una fracción de segundo después, contando con que los demás estarían demasiado sorprendidos para reaccionar al instante. Una parte de mí envidió la vida relajada que llevaban, tan entretenidos incluso estando de servicio que se dejaban pillar por sorpresa. Mi vida, llena de explosiones, incursiones repentinas y terror, me sirvió mejor ese día.

Mientras algunos de ellos empezaban a abrir fuego, salpicando de disparos el pasillo, me arrodillé con el fusil aturdidor que acababa de quitarle a mi primer objetivo caído y acribillé a los otros cuatro. Una andanada de disparos certeros los abatieron de una sola pasada. Ni siquiera Veska, mi sargento del campo de tiro, habría podido objetar nada a mi postura y mi precisión.

Me quedé allí arrodillada, con el corazón atronando, sosteniendo el arma y esperando a que sonara la inevitable alarma. Seguro que habría algún

vigilante observando en remoto desde alguna parte. No iban a depender únicamente de unos soldados delante de la puerta, ¿verdad?

Silencio.

Tirda, ¿qué estaba pasando? No creía que pudiera fiarme de aquello. Era demasiado conveniente.

Pero ¿qué otra cosa iba a hacer? ¿Volverme a mi catre? A lo mejor las babosas se las habían ingeniado para pasarme la llave. No podía quedarme allí dándole vueltas y preocupándome por si era una trampa.

«¡Muévete, tonta!».

Agarré a le primere guardia, contra quien había impactado la puerta metálica, por la chaqueta y le levanté la espalda del suelo. Era une dione de piel azul con tatuajes en la cara, uno de los cuales estaba partido justo por el centro por el canto de la puerta.

Estaba aturdide, pero recuperándose. Así que acerqué su cara a la mía y gruñí:

—Hangares. Cazas estelares.

Se le ensancharon los ojos y sonrió, una expresión que en une dione no significaba alegría. Me tenía un miedo atroz. Bien.

—No soy una mujer paciente —siseé—. Dime dónde están los cazas o tendré que ponerme creativa. ¿Cuántos pedazos puede perder une dione antes de entrar en colapso? ¿Alguna cifra aproximada?

—Eh… por favor… —susurró le dione.

—Hangares —repetí—. Cazas estelares.

—¡Delm catorce!

Delm era una letra de su idioma. Tendría que bastarme. Disparé a le dione con el fusil aturdidor y le quité la chaqueta a un guardia más bajito. Me la puse y pasé la correa del fusil para llevarlo cruzado al pecho, como los guardias. Quizá así, vista de lejos, no resultaría tan sospechosa. Identifiqué a le suboficial del grupo derribado por su uniforme y le robé su identificación, que se parecía mucho a la llave que me había enviado mi anónimo benefactor.

Caminé con paso regular y, tras doblar unas cuantas esquinas por los pasillos vacíos, encontré un monitor en la pared que parecía servir para orientar al personal. Incluso después de tanto tiempo, seguía sin saber gran cosa sobre los alfabetos de la Supremacía, pero después de usar la tarjeta que acababa de adquirir conseguí teclear «delm 14». Para mi gran alivio, en la pantalla apareció un plano con el camino indicado.

Había supuesto que estaba en algún tipo de estación espacial, no en unas instalaciones de tierra, y lo confirmé al hallar, después de unos pocos giros

más, unos ojos de buey que daban a la silenciosa inmensidad del espacio.

Seguí recorriendo un pasillo tras otro y por suerte no encontré a mucha gente. La poca que vi estaba a bastante distancia y mi disfraz improvisado pareció funcionar. Tuve la sensación de que estábamos en el ciclo de sueño principal de la estación, cosa que desde luego me facilitaba merodear sin demasiados problemas.

Llevaba más de medio trayecto recorrido hacia mi destino cuando sonó la alarma. Esos cinco guardias que habían terminado el turno antes de tiempo iban a tener un día muy malo.

Eché a correr, rezando por haber interpretado bien el plano, y me encontré de cara a una tenasi que llevaba una bandeja de comida y canturreaba para sí misma. La aturdí, cayó al suelo, y salté por encima del pringoso desastre de su cena para cubrir los últimos metros y dar una palmada con mi llave de guardia robada al lado de una puerta metálica. Pero no se abrió. Tirda, esperé que no me hubieran bloqueado el acceso tan pronto. Noté que me invadía el pánico mientras las luces rojas destellaban en el pasillo y llegaba el sonido de una alarma lejana.

Por fin se abrió la puerta. Salté el umbral y encontré una enorme cubierta de vuelo con una hilera de naves estelares estándar de la Supremacía en una variedad de diseños. A pesar de las luces y los sonidos de alarma, allí dentro no había nadie. ¿Una de sus primeras reacciones después de un fallo de seguridad no debería ser cerrar los hangares a cal y canto?

Vacilé, temiendo de nuevo que aquello fuera una trampa. Mientras lo hacía, oí un chasquido a un lado.

Tirda. Me volví y alcé el fusil, cayendo en la cuenta de que no había comprobado la periferia al entrar en el recinto. Al final, Veska sí que habría tenido algo de lo que quejarse.

Brade estaba apoltronada en una silla de operadora junto a la pared, a mi derecha, con las botas subidas a una mesa y el cronómetro levantado.

Se me atenazó el estómago y me inundó una oleada de furia al ver a Brade con ese tirdoso cronómetro una vez más.

Así que abrí fuego contra ella. Los disparos impactaron en un escudo que era invisible hasta que interceptaba algo. Destelló en azul antes de hacerse transparente de nuevo.

—Esto está protegido —dijo—. Los puestos de operaciones llevan incorporado un escudo como protocolo de seguridad para las comprobaciones de armamento. A la Supremacía le van mucho los protocolos de seguridad. —

Echó un vistazo al cronómetro—. ¡Hala! ¿De verdad has derrotado a diez guardias y corrido hasta aquí en menos de cinco minutos?

Disparé otra vez. Y otra. Por si acaso podía acabar con el escudo. Al ver que no funcionaba, suspiré.

—Solo he tenido que vencer a cinco —reconocí—. He esperado a un cambio de turno, y hay un grupo de los dos que suele marcharse pronto.

Brade soltó también un fuerte suspiro.

—Tiene que ser broma. Escucha, te prometo que tenemos soldados competentes. Es solo que en general no los asignan a vigilancia, ni siquiera en instalaciones importantes.

Sonaba como si creyera que la idea de unos guardias perezosos iba a ofenderme. Pero lo cierto era que no tenía ni idea de cómo interpretar a Brade. Esa mujer parecía cambiar de personalidad como FM de zapatos. Mantuve el fusil alzado.

—La llave era cosa tuya —dije—. Querías que escapara.

—Y también he tenido que vaciar el hangar —respondió—. Que no es nada fácil, ojo, ni en el turno de noche.

—¿Por qué?

—¿Se te ha olvidado nuestro duelo? —me preguntó—. Anda, baja el arma, Spensa. No tiene potencia para perforar el escudo del puesto de operaciones.

Las alarmas seguían sonando estridentes. Lancé una mirada a las naves. ¿Serían una forma de escapar?

—Te dejo ir primero —dijo Brade—. Elige nave. Están desbloqueadas. Tira para fuera y yo te sigo.

—¿Por qué haces esto? —pregunté en tono brusco—. En Visión Estelar te morías de ganas de oponerte a mí. ¿Y ahora me dejas escapar?

—Entonces te necesitábamos como chivo expiatorio —dijo ella—. Muchas gracias, por cierto. El vídeo que grabamos de ti siendo una «temible humana» ayudó a Winzik a convencer a planetas enteros de que pasaran por alto su golpe de Estado militar. —Hizo rodar una pistola que había en la mesa, sin el menor miramiento por las precauciones de seguridad—. Qué dóciles son. En la Supremacía tendrán que cambiar muchas cosas, si quieren conservar todo lo que han logrado.

Me miró y pareció darse cuenta de mis reparos. No había echado a correr hacia una nave. Aquello no me hacía ninguna gracia. Olía mal.

—No se lo merecen —añadió Brade—. Este imperio que han construido. ¿Les diones, los tenasi, los varvax? Fueron los primeros en comprender la

citónica, y luego los primeros que pudieron aislar y controlar a las babosas. Se creen que es su deslumbrante filosofía lo que los puso al mando, cuando en realidad fue pura suerte.

—No te entiendo, Brade —le dije, yendo hacia ella—. ¿Por qué obedeces a Winzik? ¿Por qué quieres luchar en duelo contra mí? ¿Por qué haces las cosas que haces?

—Por diversión —respondió.

Casi coló. Si su única motivación fuese hacer lo que más le apetecía en cada momento, explicaría que me hubiera soltado. Explicaría muchas cosas. Pero había maneras más fáciles de divertirse. Y en Visión Estelar se había obligado a seguir volando conmigo, manteniendo su personalidad falsa por muy poco que le gustara.

Fueran cuales fueran sus motivos, el juego era ese. Si quería escapar, tendría que seguir sus normas al principio, hasta que encontrara una forma de saltármelas.

—¿Vas a quedarte ahí plantada? —preguntó—. Esto se va a poner hasta arriba de soldados. Pero si estás ahí fuera conmigo, Winzik tardará más en reaccionar. Tengo un mensaje tecleado diciendo que te he pillado escapando y estoy persiguiéndote. Aun así enviará ayuda, pero saber que voy a por ti debería tranquilizarlo un poco. Ganarnos tiempo para un combate de verdad. No sé, tú verás. ¿Prefieres quedarte aquí y que te capturen?

Corrí hacia una nave, sabiendo muy bien que estaba pasando por su aro. Pero quizá Brade de verdad se subiera a una nave para luchar conmigo. Quizá de verdad quería saber cuál de las dos era mejor. En ese caso, tendría una oportunidad de escapar. Una mucho mejor que estando encerrada en esa celda.

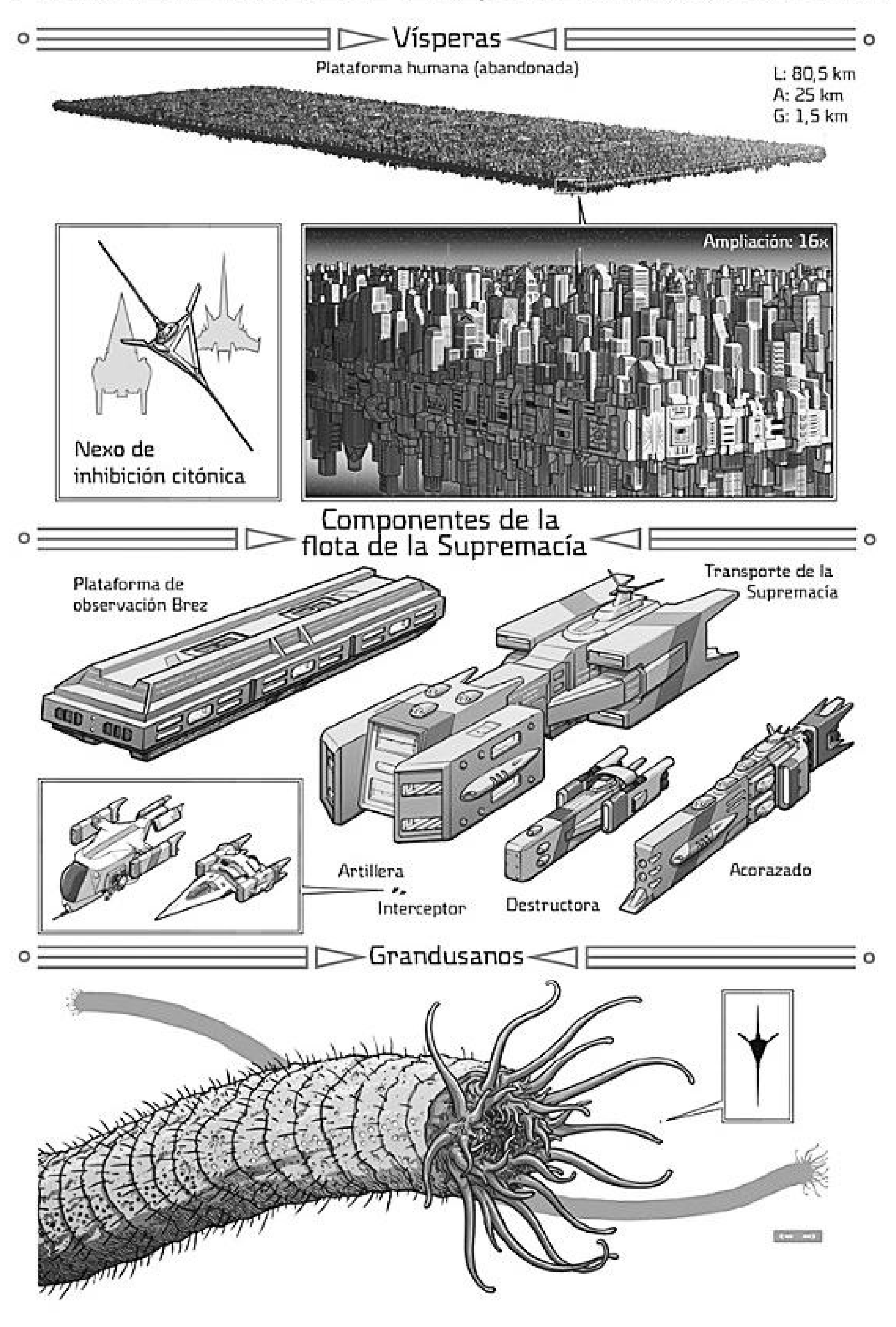
Localicé un elegante modelo de interceptor que sabía que tenía controles parecidos a los nuestros y me arrojé a su cabina, todavía esperando algún tipo de trampa de última hora. Nada me impidió que elevara la nave mediante su anillo de pendiente ni que me propulsara por la salida del hangar y atravesara el escudo hacia el vacío del espacio.

Brade me siguió a los pocos segundos con su propia nave. Tirda, de verdad íbamos a hacerlo. Las drogas que tenía en el cuerpo aún me impedían hipersaltar, pero había elegido un buen momento para darme a la fuga. Solían pincharme una dosis más o menos una hora después del cambio de turno, así que supuse que mis poderes deberían empezar a volver bastante pronto.

Tenía una oportunidad, una real. Solo tenía que derrotar a Brade y luego evitar la captura el tiempo suficiente para hipersaltar. Mientras Brade se

lanzaba en picado hacia mí, abriendo fuego con sus destructores, mis instintos entraron en acción. Aún no sabía seguro por qué estaba haciendo aquello.

Pero sabía, con la misma certeza de las estrellas, que iba a lamentar estar jugando conmigo.


Puestos de avanzada de la Supremacía Registro DST230310
Vísperas
Plataforma humana (abandonada)
L: 80,5 km
A: 25 km
G: 1,5 km
Ampliación: 16x
Nexo de
inhibición citónica
Componentes de la
flota de la Supremacía
Plataforma de
observación Brez
Transporte de la
Supremacía
Artillera
Interceptor
Destructora
Acorazado
Grandusanos

27

Sobrecargué el propulsor para alejarme de Brade, pero centrándome sobre todo en maniobras defensivas. Necesitaba conocer un poco mi entorno antes de ponerme seria.

Habíamos salido de una estación espacial de aspecto moderno, rectangular y más o menos plana, con hangares a ambos lados. Se parecía un poco a… bueno, a una gigantesca armónica espacial. Como la que tocaba nuestra líder de senda en mi infancia nómada. Los monitores de la nave etiquetaron la estación como «Plataforma de observación Brez».

Mis sensores captaron unas estructuras más pequeñas en la lejanía, cientos de ellas. ¿Minas, tal vez? Parecían estar dispuestas siguiendo un patrón, creando un inmenso campo en torno a la zona. Había kilómetros de distancia entre ellas, pero, considerando aquello como un campo de batalla, se distinguía una intención en la manera de ubicarlas.

Cerca de donde estaba había un montón de basura espacial moviéndose de un modo mucho más aleatorio. Pero lo que atraía la mirada al instante era una vieja plataforma espacial muchísimo más grande que Brez, la estación donde me habían tenido prisionera. Aquella monstruosidad flotaba a escasa distancia, en términos de naves estelares.

Según mi monitor de proximidad, era Vísperas, una antiquísima plataforma que se parecía un poco a Visión Estelar. Parecía abandonada en su mayor parte, aunque tenía la superficie cubierta de centenares, quizá miles de rascacielos. No había ninguno iluminado, pero en algún lugar de esa plataforma estaría el núcleo donde alojaban a todas las babosas de comunicación.

Desvié mi nave en esa dirección para echar un vistazo más de cerca, mientras Brade viraba hacia fuera. Vísperas parecía tener una burbuja de aire alrededor, igual que Visión Estelar, pero mi monitor de proximidad no avisó de la presencia de ningún escudo. Unas inmensas extensiones de suelo marrón parecían ser parques muertos. Los edificios no se habían oxidado, porque los metales modernos eran resistentes a la corrosión por mucho tiempo que pasara, pero sí que vi ventanas rotas. Y calles a las que parecían haberles arrancado todo el metal para reutilizarlo.

Una parte de mí lo encontró increíble. Las plataformas que rodeaban Detritus habían seguido en funcionamiento durante siglos sin que interviniera nadie. ¿Qué había pasado allí, para que Vísperas estuviera tan venida a menos?

—Hace mucho tiempo fue una población humana —dijo Brade por el comunicador.

Vacilé. Brade no había vuelto a atacarme después de su descarga inicial. Sentí un apremio de seguir con el duelo, antes que Winzik averiguara lo que estábamos haciendo. Pero por otra parte, si Brade estaba dispuesta a hablar, ¿sería posible sacarle información?

—¿Qué ocurrió? —pregunté, poniendo cuidado en no relajarme, manteniéndome fuera de su línea de fuego directa por si hablarme era una treta para hacerme bajar la guardia.

—La guerra —dijo ella—. Una de las muchas facciones humanas que intentaban conquistar la galaxia se anexionó esta plataforma. Cuando ese grupo cayó derrotado, Vísperas se convirtió en una base pirata. Luego la tomó otra facción, que también terminó cayendo. Y así durante siglos.

—Tiene sentido, supongo —respondí, pasando en vuelo descendente junto a uno de los rascacielos más altos—. Pero ¿por qué está en tan mal estado? Seguro que es más barato arreglar esto que construir otra estación.

Salimos volando por un lado de la inmensa plataforma, a la luz de un sol lejano que recordaba al ocaso. Proyectaba a lo largo de una cara de Vísperas una sombra profunda, que se acumulaba como tinta. Descendimos hacia la parte inferior de la plataforma, que también estaba cubierta de edificios, ya que los conceptos de «arriba» y «abajo» eran optativos en un lugar que disponía de gravedad artificial.

Allí me recibió una visión sobrecogedora. Había unas criaturas colosales, como gusanos de tubo pero con más de dos kilómetros de longitud, serpenteando en el vacío. Hasta entonces me los había tapado la plataforma, pero cada uno de aquellos seres era tan grande como una nave de guerra. Y vi docenas de ellos, moviéndose lentos por el espacio.

Viré con un tirón brusco y de pronto, ahora que sabía lo que buscar, comprendí que antes me había equivocado. La basura espacial que había visto al salir de Brez… incluía a más monstruos de aquellos. Centenares, nadando en el vacío del universo.

—Tirda —susurré—, ¿qué son?

¿Existían los gusanos espaciales? ¿Por qué no me había hablado de ellos M-Bot cuando aplastó mis esperanzas de encontrar gusanos de arena?

—Pero qué protegida has vivido siempre —respondió Brade—. ¿De verdad no habías visto nunca un grandusano?

—No.

—Una plaga como esta es un peligro —dijo Brade—. Pueden tragarse naves enteras. En una región más poblada, el gobierno habría dedicado muchísimos recursos a exterminarlos antes de que lo infestaran todo como aquí. Pero este sitio… Bueno, Vísperas es una plataforma vieja, abandonada. Nunca viene nadie. Es poco más que un puntito en los mapas interestelares, con una advertencia adjunta. Quien hipersalte aquí se arriesga a que se lo zampen.

¡Tirda! El gusano que había esquivado me había visto y estaba ondulándose hacia nosotras. No parecía rápido, pero era inmenso. Dudaba mucho que pudiera comerse una nave que estuviera alerta, pero no dejaba de inquietarme con esa ancha boca circular del tamaño de unas gigantescas puertas de hangar. Brade, cómo no, aprovechó que estaba distraída para dispararme un poco. Dio en mi escudo una vez antes de que pudiera ejecutar unas esquivas decentes.

Soltó una risita, que me llegó por el comunicador.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué querría la Supremacía construir aquí un núcleo central? Esperaba algo tan dinámico y poblado como Visión Estelar.

—Ya, pero es que eso estaría en los mapas de todo el mundo. Sería difícil guardarlo en secreto. La Supremacía se basa en que la gente no sepa cosas que en realidad son muy importantes.

Era cierto. Las naves de guerra se hacían pasar por transportes mercantes. Las babosas se etiquetaban como peligrosas para que a la gente le diera miedo cogerlas si veía alguna. Era una metodología comprensible, cuando el dominio no se basaba en el poderío militar, sino en el control de la información. Por tanto, habían situado su núcleo central de comunicaciones en un sitio que nadie querría visitar.

Las vistas eran intimidantes. Todos aquellos gusanos ahí fuera, como larvas en un estofado, flotando y moviéndose por el espacio. Serenos, pero mortíferos. Y para colmo, mientras dejaba atrás al gusano que nos perseguía, me encaré hacia otra visión peligrosa: la flota de la Supremacía que Winzik había estado reuniendo. Tres enormes transportes, las naves de guerra más grandes, además de dos acorazados y media docena de artilleras y destructoras más pequeñas.

No era gran cosa a escala galáctica, pero ya dejaba nuestra flota a la altura del betún. Las naves enemigas se acumulaban en su sector del espacio junto a una buena cantidad de gusanos muertos, volados en pedazos, que flotaban cerca. Los demás seres parecían guardar las distancias, como si pudieran sentir dónde habían matado a sus congéneres.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos ponemos a la faena? —preguntó Brade—. ¿O prefieres seguir mirando el paisaje? De momento tengo a Winzik quieto, pero eso se acabará.

—Brade…

—Deberías saber —añadió— que tu nave lleva instalado un dispositivo de control remoto que me permite controlarla. Si intentas escapar, la pararé. ¿Quieres que te lo demuestre?

Activó y desactivó la sobrecarga de mi propulsor. Apreté los dientes. Aborrecía la idea de que otra persona controlara mi caza.

—¿Así que puedes detener mi nave? —restallé—. Entonces ya has ganado.

—No voy a usarlo —dijo ella—. A menos que intentes escapar o termines derrotada. Y tampoco recurriré a mis poderes citónicos. Venga. Destrúyeme y podrás irte volando, pero, mientras yo esté aquí, sigues cautiva. ¿Preparada?

—Acércate un poco más y verás lo preparada que estoy.

Me convenía prolongar la lucha para que se me pasara el efecto de las drogas, así que debería haber buscado alguna forma de conseguirlo. Pero mientras Brade se aproximaba, disparando con sus cañones destructores gemelos, descubrí que me daba igual. Aquello era una *pelea*. A pesar de todo lo que me había pasado, de todo lo que había aprendido, seguía siendo una guerrera antes que nada. Tenía que demostrar que era mejor que Brade. La oportunidad de obtener cierta venganza sobre mi carcelera era irresistible.

Esquivé sus disparos y me propulsé a lo largo de la antigua plataforma, pasando frente a salas abandonadas con diminutas ventanas y cavernosos hangares, como cuencas oculares de una calavera. ¿Brade creía que podía jugar conmigo? ¿Sacarme de mi celda para divertirse un rato y luego volver a encerrarme cuando se hartara?

Iba a enterarse.

Cuando volábamos juntas en Visión Estelar, a veces me había contenido para no parecer demasiado hábil, porque habría resultado sospechoso. Luego Brade me había visto volar de verdad, y hasta nos habíamos enfrentado, pero supuse que iba a subestimarme aun así.

Los laterales de Vísperas no tenían edificios, solo ventanas y bocas de hangar, así que descendí a la parte inferior de la plataforma y enfilé por una vieja calle, volando entre los edificios para ver qué hacía ella.

Y tirda, fue demasiado lista para dejarse atraer a una persecución tan cerrada. Se quedó en lo alto, donde podía vigilar y volar más rápido que yo. Si ascendía y salía de los edificios, tendría una buena línea de tiro para derribarme. Así que volteé mi nave, casi abrumando los ConGravs, para que el chorro del propulsor me detuviera. Allá arriba, Brade siguió adelante un segundo mientras yo me escabullía entre los edificios a mi derecha. Estar a tan poca altitud podría confundir a sus sensores de proximidad, haciendo que me perdiera la pista en aquel embrollo de vetustos edificios de acero.

—No está mal —me dijo Brade poco después—. ¿Dónde te has metido?

—Tú vigila tu cola —respondí.

Soltó una risita.

—¿Nunca deseas que pudiéramos volver a esto? ¿Pilotos luchando una contra una, en vez de tanta dominación galáctica y tanta bobada política?

No respondí. Porque aún no sabía cómo interpretar a esa mujer. Pues claro que quería algo como aquello, pero sabía que Brade intentaba sacar partido de mis deseos.

—¿Qué te pasó, Spensa? —me preguntó—. En la ninguna-parte. ¿Qué hiciste ahí dentro?

—Aprendí quién soy —dije—. Y de dónde procedo.

—¿Crees que a mí podría beneficiarme encontrar esas mismas respuestas?

Tirda, sonaba sincera. Pero me la había jugado demasiadas veces como para que colara. Zigzagueé por unas cuantas calles a velocidad muy baja y me detuve cerca de unos coches aerodeslizadores abandonados. Tenía a Brade localizada en mi monitor de proximidad, volando en círculos más arriba, buscándome. Quedarme quieta me daba una sensación errónea, peligrosa, pero sabía que era lo que debía hacer. A sus sensores les costaría mucho más detectarme así.

La treta funcionó. Brade comenzó a trazar curvas amplias en un patrón de barrido, volando «bocabajo» e intentando localizarme visualmente. No era mala jugada, ya que mi nave destacaría a ojos humanos entre todos aquellos escombros. Pero empezó en el lugar equivocado, lo que me daba la oportunidad perfecta. Mientras se alejaba de mí, volví el morro hacia arriba, puse mi anillo de pendiente a máxima potencia y me propulsé en vertical a lo largo de la fachada de un rascacielos.

Salí en la posición más indicada para situarme a su cola y, aunque me descubrió a media maniobra y quebró abandonando su búsqueda, logré seguirla. Culebreó escorándose a un lado y a otro, pero no pudo evitar que me aproximara cada vez más y empezara a hacer cuidadosos disparos. Anticipándome a sus esquivas, logré dos impactos en su nave, que debieron de dejar su escudo más o menos a media capacidad. Tendría que parar a reactivarlo, cosa que nunca era conveniente hacer en pleno combate.

La oí gruñir por el comunicador mientras intentaba zafarse de mí. Me incliné hacia delante, sonriendo, gozando de la simple concentración del duelo. De momento, me permití fingir que era lo único que importaba. Me permití disfrutar del combate mientras Brade me sacaba de la sombra de Vísperas al espacio abierto, volando peligrosamente cerca de uno de aquellos inmensos gusanos espaciales. La criatura se ondulaba en el vacío, meciendo su enorme corpachón mientras Brade lo usaba para cubrirse, volando al ras de su arrugada piel entre rosa y anaranjada.

Quité el pulgar del botón de disparo. A juzgar por los cadáveres que había visto alrededor de la flota de la Supremacía, esos bichos eran vulnerables a nuestras armas, pero no concebía que los pequeños destructores de mi nave fuesen a hacerle mucho daño. Decidí pegarme a Brade y cesar el fuego de momento, no fuera a ser que los disparos perdidos lo enfurecieran o algo. Brade me hizo sudar, propulsándose en espiral a lo largo del cuerpo del gusano, avanzando hacia la cabeza. Y el ser reparó en nosotras mientras volábamos. Se retorció y miró en nuestra dirección, aunque no distinguí ojos de ningún tipo en la colosal bestia.

—Pero ¿qué son estas cosas? —pregunté—. ¿De qué van?

—Los grandusanos se alimentan de energía citónica —dijo Brade—. Si reúnes a demasiados taynix en un mismo lugar, es fácil que los atraigas si no te esfuerzas mucho en escudar las mentes.

Detritus nunca había atraído a ninguno, que yo supiera. Pero claro, nosotros teníamos un sistema de protección bastante completo. Estaba a punto de pedirle más información, pero Brade, que todavía intentaba librarse de mi persecución, se propulsó hacia arriba siguiendo la cabeza del gusano. Viró en un bucle Ahlstrom ejecutado a la perfección.

Y se metió directa en la boca abierta del monstruo.

Hum…

Quizá era yo quien la había subestimado a ella.

—Brade —dije—, ¿estás loca?

—Puede —respondió ella, entre chasquidos del comunicador—. ¿Te crees que eres mejor que yo? Pues a ver si me persigues aquí dentro. Y recuerda: hasta que me derribes, es como si aún estuvieras en tu celda.

Tirda. Respiré hondo.

Y la seguí al interior.

28

De niña siempre había soñado con volar por el espacio. Con salir de Detritus, con estar allí fuera. En el dominio de las estrellas y los soles, las lunas y las nebulosas. Si me hubieran dicho que lo lograría pero que un día iba a tener que volar a través de las entrañas de un gigantesco gusano espacial… bueno, tampoco nos engañemos sobre la clase de niña que era. Me habría parecido alucinante.

La realidad era más angustiosa de lo que había imaginado. Tuve que encender los faros de la nave para iluminar el hueco interior tubular del monstruo. Según mis sensores, dentro seguía habiendo vacío, además de unos extraños zarcillos que salían de la pared de las entrañas. Eran como tentáculos de medusa, solo que mucho más grandes. Oscilando en el vacío, extendiéndose hacia el centro del pasadizo desde todas las direcciones. El gaznate de la bestia tendría como unos doce metros de diámetro, pero esos zarcillos medían tres metros, gruesos como sogas, y me alarmó la cantidad tan reducida de espacio que me dejaban para volar sin tocarlos.

De hecho, rocé uno mientras intentaba no perder de vista los propulsores de Brade, que resplandecían más adelante en la oscuridad. En el instante en que toqué el tentáculo, mi escudo cayó y apareció una luz intermitente roja de advertencia en el panel de mandos. ¡Tirda! Ese tentáculo me había drenado por completo el escudo. Por lo visto, los gusanos no se alimentaban solo de energía citónica.

Si el zarcillo podía sorber un escudo, ¿qué haría si tocaba la nave? Decidí no averiguarlo y frené para serpentear con más cuidado por aquellas extrañas tripas de gusano. Por suerte, Brade también había perdido velocidad. Igual por fin me sonreía la suerte y su escudo también estaba agotado.

La observé atenta y vi que se acercaba peligrosamente a un tentáculo. Tanto que su escudo debería haber reaccionado, pero no lo hizo. Devolví el pulgar al botón del destructor, pero no lo apreté.

—Brade —dije—, te tengo. Ríndete.

Se rio.

—¿Que me rinda? ¿Qué es esto, una película de Errol Flynn?

—¿Una qué?

—Antigua Tierra —dijo—. Era un actor.

Era la primera vez que la oía referirse a algo de la cultura popular de la Tierra, no solo de su historia. Había crecido con padres humanos durante parte de su infancia. A no ser que me hubiera mentido. ¿Habrían… visto películas de la Tierra?

—Brade —le dije—, estoy a tu cola y vas sin escudo. Puedo dispararte.

—¿Y por qué no lo haces?

—Eh…

—¿Qué te pasó de verdad en la ninguna-parte? —me preguntó—. ¿Por qué haces vibrar el aire cuando sientes dolor? ¿Cómo aprendiste a superar los inhibidores? ¿Por qué de pronto tienes tantos reparos en disparar a tu enemiga?

Tirda, ¿estaba haciéndolo otra vez? ¿Conteniéndome porque quería que Brade fuese algo que no era? ¿O era un efecto residual de haber estado con los Costaderos, de aprender a luchar contra adversarios dignos sin matarlos?

Ya no estaba en la ninguna-parte. Y la última vez que había confiado en esa persona, me había traicionado.

Apreté el botón y envié ráfagas gemelas de fuego de destructor directas hacia ella. Con una risita, Brade hizo una esquiva giratoria que le evitó por muy poco mis disparos. Impactaron en algunos zarcillos, que absorbieron la energía, y de pronto todos los tentáculos verdes de medusa que había cerca empezaron a temblar y sacudirse, volviéndose muchísimo más difíciles de evitar.

Puse mi nave en una secuencia de esquivas, acelerando a pesar de lo arriesgado que era. Brade rio más fuerte mientras incrementaba también su velocidad, ambas forzadas a propulsarnos hacia delante, rodando y trazando arcos mientras los tentáculos intentaban agarrarnos. Esquivé por poco una sucesión de ellos antes de emerger de nuevo al espacio abierto, saliendo por el culo del gusano, que estaba abierto como la parte frontal.

No era… la imagen gloriosa de una piloto de caza estelar que siempre había imaginado para mí misma.

Con la cara chorreando de sudor, quebré a la derecha mientras intentaba calmar mi corazón. En la huida había alcanzado a Brade, y habíamos salido las dos del gusano a la vez. En esa ocasión fue ella quien, negándome el tiempo para reactivar mi escudo, logró ponerme en su punto de mira. Llenó el espacio de fuego de destructor. Me vi obligada a descender en picado, rodando sobre mí misma, pero el gusano se volvió y nos siguió, moviéndose más rápido que el anterior. De algún modo, ganó la suficiente velocidad para no cedernos terreno. Tirda, ¿cómo era posible siquiera?

Me figuré que antes me habían visto como un mero escombro espacial. Pero había pasado a ser una presa, y Brade me había engañado por completo para alertarlo de ese hecho.

—Dispárale a otro gusano —me sugirió por el comunicador—. Pon las cosas interesantes.

—Cierra el pico —gruñí.

Se rio de nuevo, pero entonces hizo algo y el gusano de pronto abandonó la cacería, ondulándose en otra dirección. Fruncí el ceño, mirando por el monitor de proximidad pero sin atreverme a volver la cabeza. ¿Qué había…?

—Usa el PMI —dijo ella—. Los impulsos tienen una frecuencia que espanta a esas cosas.

—Gracias —respondí—. Supongo.

Sus disparos de destructor en torno a mi nave cesaron. Quizá intentaba que me confiara. Pero entonces, ¿para qué ahuyentar al gusano? Tirda, no tenía ni la más remota idea de qué pensar de esa mujer.

—Bueno, ¿quieres rendirte tú? —preguntó.

—Ni de milagro.

—Bien —dijo—. ¿Reactivamos los escudos y hacemos otra ronda? Winzik está preparando naves para venir a por nosotras, pero puede que nos dé tiempo a un asalto más.

Me desvié de vuelta hacia la abandonada Vísperas. Al llegar, puse un edificio entre ella y yo y, cautelosa, detuve la nave. No reactivé aún el escudo, por si Brade estaba esperando a que fuese vulnerable y atacar.

No lo hizo. Paró también su propia nave en el aire e inició el proceso, así que bajé la palanca que reactivaría mi escudo también. Tardaría unos treinta segundos.

—Bueno, ¿y qué es? —me preguntó—. Esa distorsión tan rara a tu alrededor, digo. Y lo de cargarte los campos inhibidores. ¿Qué pasó en realidad, Spensa?

Ah, conque eso era lo que quería. Dejarme salir, combatir contra mí y hacerme hablar. Brade estaba confundida por mis nuevos poderes.

Y quería obtenerlos para sí misma.

Al comprender eso, cobró sentido un montón de cosas. ¿Aquello era algún meticuloso plan que había urdido con Winzik para descubrir mis secretos?

Y tirda, ¿cómo podía utilizar ese conocimiento en su contra?

—No creo que pueda explicarlo —dije, poniendo a prueba mi teoría.

En efecto, no vino a por mí cuando nuestros escudos se alzaron. Ni tampoco salieron más cazas de Brez, a pesar de lo que me había advertido.

Brade estaba allí para hablar, no para luchar. Aquel duelo era una ilusión.

¿Había descubierto por fin una trampa de Brade antes de que la hiciera saltar?

—¿Puedes intentarlo? —me pidió—. A veces me siento… perdida con mis poderes. Queda tanto por aprender, tanto por entender… Y creo que nunca podré comprenderme a mí misma hasta que lo haga.

Tirda, qué buena actriz era. Había una emoción real detrás de esas palabras, y me impresionó muy a mi pesar. Incluso sabiendo lo que pretendía, estuvo a punto de funcionar.

Si estaba en lo cierto, era imposible que escapara de allí. Lo más probable era que Brade tuviera una docena de naves observándonos, preparadas para hipersaltar y atacarme en el instante en que algo se torciera. No podía huir, pero tal vez pudiera ganar tiempo. Hasta que volvieran mis poderes.

Así que hablé, siendo muy consciente de que estaba jugando a un juego peligroso.

—Tendrías que entrar en la ninguna-parte, Brade —dije—. Por completo, no solo con tus sentidos. Tendrías que cruzar un portal y buscar una cosa llamada la Senda de los Ancianos.

—Eso te lo acabas de inventar.

En realidad se lo había inventado Chet. Así que confiaba bastante en no estar revelándole nada demasiado valioso.

—Qué va —dije—. Visité unos lugares especiales por todo el cinturón de la ninguna-parte. Me concedieron visiones del pasado, me ayudaron a aprender, me proporcionaron control sobre mis poderes.

—¿Y los zapadores?

—Llevé a uno conmigo —respondí—. Y estando allí dentro, acudió a mí. ¿Te acuerdas del que había en Visión Estelar? ¿El que tú invocaste y yo expulsé?

—Claro que me acuerdo.

—Pues vino a hablar conmigo, pero en forma humana. Viajó conmigo. Intentó comprenderme. Se hizo mi amigo.

—Uf, qué yuyu.

Me mordí la lengua para no decir más. Estaba acercándome demasiado a la verdad.

—¿Spensa? —dijo Brade.

—Es difícil de explicar, ya te lo he dicho —respondí. «Tú sigue hablando»—. Salté por ese portal de Visión Estelar y no sabía qué esperarme. Aparecí en una selva y…

—El zapador —me interrumpió Brade—, el que viajó contigo. Truda, *eso* es lo que sentía. Se fusionó contigo de algún modo, ¿verdad? Por eso no te afectan los campos inhibidores. Eso es lo que está pasando. ¿Lo capturaste o llegaste a un trato con él?

Tirda. No respondí.

—Demonios —dijo Brade—. Y por eso les das miedo, ¿a que sí? Tiene algo que ver con ese vínculo. Ya sabía yo que me dabas una sensación familiar.

—Ahora los comprendo —afirmé—. Como nunca nadie los ha comprendido antes, Brade. No vas a ser capaz de controlarlos. Eso te lo prometo. Estás muy equivocada si crees que podrás. Ayúdame a escapar. Juntas podríamos terminar de descubrir los secretos de los zapadores, y tal vez proteger la galaxia de ellos para siempre.

—Qué cosas —dijo Brade—. No, no me interesa. Muy bien, chicos. No creo que vayamos a sacarle nada más hoy. Venid ya.

Aunque ya me lo esperaba, me sobresalté cuando dos docenas de cazas estelares aparecieron a mi alrededor en formación cerrada. Aceleré de inmediato para huir, pero Brade solo tuvo que activar el interruptor de mi nave y apagarme los propulsores. Una de las otras naves me siguió y atrapó la mía con una lanza de luz remolcadora.

Me sentí como una idiota. Esa vez me había anticipado a ella, y hasta había logrado descubrir su treta. Pero, aun así, me había derrotado. Di un puñetazo a los controles mientras Brade acercaba su caza al mío.

—Que conste que no he utilizado mis poderes contra ti —señaló—. Así que, si te sirve de algo, he cumplido mi palabra.

—¡Has dejado mi nave varada en el espacio! —le grité.

—Te he salvado —dijo ella— de que te maten todas esas otras naves que han venido para destruirte. Has tardado demasiado, Spensa. Te había advertido que, si lo hacías, vendrían más naves a la pelea.

Me eché hacia atrás en el asiento, frustrada.

—¿De verdad pensabas que podríamos salir aquí sin más y enfrentarnos en combate singular? —preguntó en tono divertido—. Si esto no hubiera sido un montaje, se nos habría echado encima todo el mundo nada más salir de la estación espacial.

—¿Y ahora qué, jefa? —dijo alguien por la línea.

—Ahora la llevamos de vuelta y la metemos en su celda —respondió Brade—. Y yo averiguo cómo vincularme a un zapador, igual que hizo ella.

Me invadió la rabia.

—Voy a matarte, Brade —susurré por el comunicador—. Algún día me alzaré sobre ti con una espada en tu cuello y vas a suplicarme, y entonces…

Soltó una risita de las suyas y la luz de mi comunicador se apagó, indicando que Brade había cortado el enlace. Descargué otro puñetazo en los controles, rugiendo. Pero la nave no tenía la culpa de nada. Yo sí. Yo y mi estupidez.

¿Por qué estaba tan dispuesta a dejarme engañar por ella? ¿Por qué entraba en sus jueguecitos? Incluso entonces, una parte de mí anhelaba hacerse amiga suya. ¿Por qué?

«Porque Brade —me respondí— es la que se te escapó». Todas las demás personas con las que había volado, desde el Escuadrón Cielo hasta los Costaderos, habían terminado poniéndose de mi lado. Hesho se había convertido en mi copiloto. Palo había llegado a respetarme. Morriumur me había salvado la vida. Jorgen se había hecho mi tirdoso *novio*.

Brade era la excepción. La única compañera de escuadrón que se había vuelto contra mí. Había algo en eso que me escocía como pocos otros dolores. Y además, veía algo en ella que quería salvar. Brade representaba lo mucho que había sufrido la humanidad a manos de la Supremacía. Ansiaba con toda mi alma compensarle eso, protegerla, mostrarle que la vida podía ser mejor.

Pero ella ni necesitaba ni quería que la rescataran. Tenía que recordármelo a mí misma una y otra vez. Pero al menos, pensé mientras me tranquilizaba, Brade no había averiguado nada que tuviese verdadero valor. Nunca sería capaz de vincularse a un zapador como había hecho yo, porque eso requería una empatía que estaba ausente en ella.

Hipersaltamos de vuelta al hangar en grupo y las naves tomaron tierra. Al instante intenté abrir mi cubierta y correr, pero la habían bloqueado en remoto.

Solo me quedaba una esperanza. Que, mientras Brade estaba engañándome, yo había podido engañarla un poquito. Porque había logrado perder tiempo con nuestra conversación. Ya faltaba poco para mi siguiente dosis; de hecho, me daba la impresión de que ya tendrían que habérmela puesto. Empujé los límites de mi consciencia y sentí atisbos de mi poder regresando.

Aquí…, dijo Chet en mi interior. *Estoy… aquí…*

Aún tenía una oportunidad, pero no podía permitir que me aturdieran. De modo que, cuando el equipo de Brade vino hacia mi caza, levanté las manos y agaché la cabeza con los ojos cerrados. Intenté proyectar un aire inofensivo.

Su equipo abrió la cubierta de mi nave. No eran los mismos guardias que me disparaban cada día. Aquellos eran pilotos de caza, en su mayoría tenasi, de la especie de Palo. Estaban dando por hecho que tenerme a punta de pistola era suficiente.

—Te crecen *mulunes* —dijo uno de ellos—. Eso lo respeto. Sal de la nave.

Obedecí sin darles ningún motivo para que me disparasen. Bajé despacio por la escalerilla que habían traído y levanté las manos de nuevo, intentando parecer cansada mientras Brade llegaba caminando con el casco bajo el brazo.

—Gracias —me dijo— por la información.

Me encogí de hombros, todavía con la cabeza gacha.

—¿Sabes qué? —añadió—. A lo mejor, cuando descubra cómo hacer lo que tú hiciste, luego podemos planear qué hacer con los zapadores. Juntas.

Me limité a gruñir por respuesta, porque tampoco quería parecer demasiado dócil. Pero, cuando Brade se dio la vuelta, dejé que mis hombros se hundieran. Brade había ganado aquella pequeña competición de ingenio. Hasta habiendo descubierto dónde estaba la trampa, ella había obtenido lo que buscaba. Brade debía de estar satisfecha por eso, ¿verdad? ¿Creyendo que el plan le había salido perfecto?

Había una médica varvax esperando cerca con mi dosis de cada doce horas. Se acercó al trote e intenté un hipersalto de emergencia. No ocurrió nada. Sentía que estaba cerquísima de escapar de aquel atolladero, pero aún faltaban unos minutos. Era un verdadero suplicio saber que la oportunidad se me iba a escapar. La doctora tomó mi brazo, pero en ese momento el universo por fin me hizo un tirdoso favor. Porque las puertas del hangar se abrieron, sorprendiendo a Brade, que se volvió de golpe.

Winzik entró a zancadas acompañado de una dotación de guardias.

—¿Qué estabas haciendo, Brade? —preguntó imperioso—. ¡Esto no lo he autorizado!

Todos los presentes se quedaron paralizados, incluida la médica. Si Brade había hecho su jugada sin tener permiso de su jefe, significaba que tampoco había estado hablando con él antes, aunque me hubiera dicho que sí.

Aún podía librarme. Solo tenía que ganar un poco más de tiempo.

—¡Oh, no! —exclamé—. ¡Nos ha pillado, Brade! Rápido, ¿qué hacemos?

29

Brade se me quedó mirando, con los ojos desorbitados.

Genial.

—¡Corre, Brade! —le grité—. ¡Sabe que estábamos compinchadas!

—¡Cerradle la boca! —espetó Brade, y una de sus tenasi me agarró y me acercó una mordaza.

Winzik dio un paso adelante.

—No, no —dijo, gesticulando con las manos—. Dejadla en paz. Quiero oírla. Humana, estabas colaborando con Brade, ¿verdad?

Los pilotos tenasi se apartaron a regañadientes. Y lo más importante de todo, la médica también lo hizo.

—Sí —respondí, intentando sonar reacia—. Desde Visión Estelar. Pensábamos que tal vez… tal vez podríamos convencerte de liberar a los humanos de las reservas. Buscar la forma de volver a ser guerreros, a tu servicio.

¿Era un embuste demasiado evidente? No tenía forma de saber si Winzik se lo tragaba o no. Su cara de cangrejo no era precisamente capaz de poner ninguna expresión identificable para mí. Me pareció que la forma en que empezó a mover los brazos expresaba inquietud, eso sí.

—Caramba, caramba —dijo.

—Está mintiendo, Winzik. —Brade puso los ojos en blanco—. Es evidente.

—Sí, quizá sí —respondió Winzik, volviéndose hacia Brade—. Quizá. Pero ¿qué es esto que te he sorprendido haciendo? ¿Reasignar a los soldados de estas cubiertas de vuelo? ¿Ponerte al mando de un equipo de pilotos de élite? Tenías que salir a enfrentarte a ella en tu pequeño duelo, ¿verdad que sí? El que te dije expresamente que era una necedad.

—Necesitaba saber cuál de las dos es la mejor —respondió Brade.

—Estás volviéndote indisciplinada —dijo Winzik, juntando las manos de su exotraje—. Ya no me guardas la deferencia de antes. Crees que, por ser citónica, te necesito.

—Eh…

—Ahora no debes hablar —la interrumpió Winzik—. Quedas confinada en tus habitaciones.

Vi que Brade se desinflaba. Bien. Ya solo necesitaba que esa médica se quedara lejos, porque sentía mis poderes regresando muy poco a poco. Qué cerca estaba. Chet era una presencia cada vez más nítida y su alma vibraba con la mía. Me esforcé y capté algo en la lejanía. Una mente conocida. ¿M-Bot? Pareció animarse y capté su emoción al percibirme. Pero no podía transmitirle palabras. Traté de enviarle una sensación de pánico, de estar capturada.

Me llegó una levísima impresión de algo en respuesta. Un «mensaje recibido». Y un atisbo de algo poderoso.

Desafío.

«¡Solo unos minutos más!». Mantuve la cabeza agachada, sin apenas atreverme a levantar los ojos para mirar.

—¿Confinada en mis habitaciones? —dijo Brade—. Bien. Lo acepto.

—Y me parece a mí que todo este fiasco tenemos que reconducirlo —añadió Winzik—. Caramba, caramba. No tendría que haber hecho caso a tus instintos agresivos, Brade. Hemos dejado nuestros mundos indefensos al reunir esta flota de naves como me sugeriste.

Brade alzó una mirada intensa.

—Tendríamos que estar aguardando a que los humanos caigan por sí mismos, no preparándonos para enfrentarnos a ellos —prosiguió Winzik—. Tengo el control sobre la Supremacía entera y todo su poderío. Dispersaremos esta flota y enviaremos las naves de vuelta para mantener el control sobre los planetas más importantes. Después esperaremos a que los humanos mueran de hambre. Sí. Sí, así es como debe hacerse.

—Winzik —dijo Brade—, no eches a perder…

—Ah, pero es que ahora no debes hablar —la regañó él—. ¿Recuerdas? Te pareces demasiado a esos otros humanos. Son de inteligencia inferior, como también lo eres tú. Salta a la vista que se devorarán entre ellos, igual que tú has sido incapaz de resistirte a combatir contra esta humana. Podemos dejarlos a sus anchas, con su agitación, y luego limpiar la porquería y documentarla, para que todos vean que los he derrotado. Sí. Comencemos.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta. Brade dejó escapar un suspiro largo y molesto. Entonces alzó su pistola y le abrió un agujero a Winzik en la cabeza.

Conmocionada, vi que su exotraje caía al suelo con un calamitoso estruendo. Lo miré y luego alcé los ojos, esperando que los soldados del hangar atacaran a Brade de inmediato.

Nadie se movió. Incluso los asistentes varvax que habían entrado con Winzik se limitaron a mover las manos con un leve nerviosismo.

—Pues nada, ya está —dijo Brade, guardándose de nuevo el arma en la pistolera—. ¿Qué dicen los últimos informes sobre los movimientos de tropas de Detritus?

Un varvax llegó correteando, con una tableta de datos en la mano para Brade.

—Agrupación continuada procedente de los planetas Orilla Perpetua y ReAlba, señora. Están reuniendo su propia flota.

—¿Y nuestras fuerzas? —preguntó ella.

—Las órdenes de Winzik han resultado en… reacciones letárgicas —reconoció el asistente—. Podría, y debería, ir mucho más deprisa.

Brade suspiró.

—Quizá tendría que haberle disparado antes.

—Quizá, señora —asintió el varvax.

—Un momento —dije cuando mi absoluta confusión se impuso al sentido común—. Espera. ¿En serio vas a dejar que se vaya de rositas después de dispararle a vuestro líder?

El reptiliano tenasi que había a mi lado se rio.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Crees que íbamos a hacer piña obedeciendo a *eso*?

Señaló hacia el cascarón caído de Winzik. Horrorizada, me di cuenta de que la criatura cangrejoide del interior del yelmo no estaba muerta. El líquido se derramaba del visor hecho trizas por todo el suelo y la criatura mucho más pequeña que era Winzik estaba saliendo a rastras de entre lo que quedaba, con movimientos espasmódicos. Su boca de crustáceo intentaba respirar. Estaba… asfixiándose en el aire.

—¿Un burócrata? —escupió otro soldado—. ¿En serio piensas que un burócrata orquestó la conquista de la Supremacía entera? No íbamos a seguir a un líder que no sabía distinguir una maniobra de flanqueo de una finta.

—Necesitábamos a una líder militar —dijo una ayudante varvax.

—Necesitábamos —gruñó el tenasi que estaba a mi lado— a una *humana*.

Por los santos y las estrellas del cielo. Todos los presentes habían… habían estado conspirando en secreto con Brade durante años. Cada uno de ellos sabía desde el principio que Winzik solo era un títere. Volví a mirar a Brade, que estaba repasando informes de batalla y dando órdenes en voz baja. Tirda, *esa* era la verdadera Brade, ¿verdad? Después de tanto tiempo, después de tantos rostros falsos, ahí estaba su auténtica personalidad.

La de una conquistadora. Ocultándose a plena vista entre sus enemigos. A pesar de todo, no pude evitar quedarme impresionada.

—Da la orden de congregar nuestras fuerzas —dijo al asistente—. Rápido esta vez. Informa al personal de mando de que por fin he puesto en práctica nuestro plan de contingencia. Sospecho que muchos se alegrarán de oírlo.

—Sí, señora —respondió él, guardándose la tableta de datos—. Tendremos que poner en marcha la maquinaria propagandística de inmediato. Los planetas podían aceptar a Winzik como ministro de guerra, pero una humana será más difícil de vender.

—Me pondré el holograma en público hasta que tengáis controlada la situación —dijo Brade, despidiendo a los ayudantes con un gesto.

Mientras se marchaban, fue con paso tranquilo a un puesto de mantenimiento y cogió una gran palanca que, para mi sorpresa, me entregó con gesto distraído. La acepté, sintiendo el peso del acero en mis manos.

—Para él —dijo, señalando con la barbilla hacia donde Winzik reptaba por el suelo.

Estaba dejando atrás lo que supuse que era sangre desde varias partes de su caparazón. Parecía que había estado conectado al exotraje por medios biológicos. Nunca había llegado a saber si aquellas armaduras eran tecnológicas por completo o crecimientos naturales. Pensé que tal vez fuesen algo a medio camino.

—El golpe final te corresponde a ti, Spensa —dijo Brade—. Por lo que su gente le hizo a la tuya. Es un honor que te concedo, de soldado a soldado.

Winzik avanzaba despacio hacia la puerta. Posiblemente enloquecido por la ausencia de líquido que respirar, y desangrándose. Aferré la palanca, pero entonces vacilé.

—Vas a grabarlo —comprendí en voz alta—. Y cuando necesites una excusa para haberte puesto al mando, pondrás en todos los noticiarios el vídeo en el salgo yo, una asesina humana, matando a Winzik.

—Vaya, hombre —dijo Brade—. Por una vez, lo has descubierto.

Se dio una palmada en el brazo y una ilusión encajó de golpe a su alrededor, igual que la que me había puesto yo para hacerme pasar por Alanik. Habían robado esa tecnología de la nave de M-Bot.

La ilusión le daba mi aspecto.

—Por suerte —dijo—, hay muy poca gente al tanto de esta tecnología. Los holovídeos modernos tienen metadatos cifrados que impiden su manipulación, pero es un juego de niños engañarlos si de verdad están grabando lo que ven.

No sabía lo que significaban algunas de esas palabras, pero, cuando un guardia le trajo otra palanca a Brade, di un paso adelante. Había pensado que podría aprovechar la situación para ganar unos minutos más de tiempo… pero, al ver a Winzik sufriendo, la verdad es que me dio un poco de lástima. A pesar de todo. Así que hundí mi palanca en el caparazón de Winzik, estrujándole la vida.

Y con eso puse fin al tirano que había mantenido a mi pueblo apresado durante años, que había hecho matar a mi padre, que era el responsable de tanta muerte. Por lo menos, el golpe final se lo había dado un miembro de la FDD, en vez de Brade disfrazada.

Me sentí… insatisfecha. No porque me arrepintiera de haberlo matado. Había sido una muerte piadosa, y sin duda Winzik merecía la ejecución aunque fuese solo por haber asesinado a la pobre Bálsamo. Winzik había sido una criatura totalmente malvada.

Pero no podía culparlo a él en exclusiva del sufrimiento de mi pueblo. La opresión era sistémica en la Supremacía, no el resultado de las argucias de una sola persona. Me había cobrado la venganza sobre una pequeña parte de la maquinaria que le había arruinado la vida a mi gente, pero eso no era la solución. La solución tenía que ser mucho, muchísimo más grande que una chica con una palanca.

—¿Y ahora qué? —pregunté a Brade, alzando la mirada del cadáver de Winzik.

—Ahora —dijo ella—, me temo que vamos a tener que aplastar vuestra rebelión. No es nada personal. No puedo permitir que una facción rival de humanos me dispute el control. Nuestro ejército se enorgullece de tener a una humana al frente, pero una flota entera de ellos sería problemática.

—Podríamos colaborar —propuse, dando un paso hacia ella—. No tienes que hacer esto.

—Pues claro que no —dijo Brade, frunciendo el ceño—. Spensa, ¿tienes la menor idea del tiempo que llevo trabajando para esto? Comencé a planearlo cuando me separaron de mi familia. A situar cosas en su lugar. A posicionarme yo.

»La Supremacía es un absoluto desastre. Los militares se dan cuenta de lo quebradizo que es todo. Carecemos de la fuerza para controlar lo que tenemos, y nos vemos obligados a gobernar mediante el acceso a las hiperbabosas. Pero basta con un solo tropiezo para que el secreto de los hipermotores se difunda por toda la galaxia. La Supremacía es una piedra equilibrada en un solo punto, y en algún momento sin duda caerá.

»Teníamos que actuar, y el ejército necesitaba a una líder que comprenda la agresividad a un nivel que no le hubieran ido extirpando a la fuerza generación tras generación. —Se señaló a sí misma—. Ahora mismo estoy en posición de gobernarlo todo, y tu gente podría estropeármelo.

—*Nuestra* gente.

—¿Qué dices, que porque somos de la misma especie deberíamos trabajar juntas? —Sonrió—. ¿Has leído algo de la historia humana, Spensa? Nunca nos hemos llevado bien entre nosotros. Es una característica que nos diferencia de algunas otras especies. Muchas establecieron gobiernos planetarios en una época temprana, logrados a base de excluir a quienes no estaban de acuerdo, sí, pero de todos modos se unificaron. A nosotros eso no se nos da bien, y punto.

—Entonces —dije, a esas alturas ya sobre todo para hacer que siguiera hablando—, ¿todo seguirá como hasta ahora?

—Spensa, esta situación la creé yo —respondió Brade—. Y al destruir vuestra rebelión, demostraré que el ejército hizo bien en apoyarme. Lo siento. Pero yo sí que he leído historia humana. La estudié, aprendí de los maestros estrategas del pasado. Voy a…

Frunció el ceño y puso la mano en un estuche que llevaba en el cinturón. Estaba mirando detrás de mí, hacia…

Vaya, tirda. Hacia la doctora que seguía allí apartada con la dosis de droga. Mis poderes se revolvieron y balbucearon, como una persona intentando despertarse por la mañana. Ya casi podía acceder a ellos. Puse todo mi empeño en hacerlo y sentí que el zapador se agitaba dentro de mí. El aire empezó a deformarse a mi alrededor, lo que me hizo maldecir en voz baja.

Aquello iba a delatarme.

¿Puedes parar?, envié furiosa al zapador.

No, me respondió el pensamiento de Chet. *No. Te… te necesito. ¿Tú puedes controlarlo?*

¿Podía?

—Diablos —dijo Brade—. ¿Le hemos puesto la dosis entera?

—No le hemos puesto ninguna —respondió la médica—. Tenía orden de no tocarla y…

—¡Pónsela ya! —exclamó Brade, moviéndose deprisa y haciendo un gesto a los soldados.

Varios de ellos me agarraron por los brazos y una me quitó la palanca de las manos. La doctora llegó a toda prisa mientras preparaba la jeringuilla.

Pero antes de que llegara, empezaron a sonar estridentes alarmas por toda la estación. Acompañadas de luces rojas que destellaban con asustado apremio.

—¿Qué pasa? —preguntó Brade.

—Incursión a gran escala en el espacio local —dijo una soldado tenasi, que leía un monitor de alerta en la pared—. Un *planeta* entero ha hipersaltado a nuestra zona y… —Calló un momento y nos miró—. Es Detritus.

30

Mi alma vibró con más fuerza aún. Mis amigos.

Mis amigos estaban allí.

Y estaban condenados.

No sabía muy bien por qué me asaltó esa sensación, pero de repente resultó poderosa, abrumadora. Temblé pensando en la batalla que estaba por venir, y en las pérdidas que supondría sin remedio.

Di un respingo, casi sin darme cuenta de que alguien me agarraba el brazo.

—¿Dónde está el posible puesto de mando más cercano? —gritó Brade, audible a través de mi neblina de dolor.

—¡Todas las salas de reuniones al otro lado del pasillo tienen acceso! —respondió un soldado, abriendo la puerta que salía del hangar—. Puede elegir.

—La más cercana —dijo Brade—. Transfiere allí los protocolos de mando, Gavrich. Kio, informa a la flota. —Se volvió, sacudiéndome al tirar de mi brazo. Señaló a la médica—. Tú, drógala.

Mis amigos han venido, pensó Chet hacia mí. *Tengo que ayudarlos. ¡Necesito mis poderes!*

Un momento.

Eran mis amigos, no los suyos.

Nuestros amigos. Mis amigos. Pensó las palabras con fuerza y el aire se distorsionó más. *¡Tenemos que ayudarlos!*

—¿La devolvemos a su celda? —preguntó un soldado después de aplastarme contra el suelo sin miramientos mientras la médica se acercaba.

—No —dijo Brade, apartándose, observando a la médica con una extraña mirada cauta—. Podríamos necesitar a los zapadores, así que la quiero a mano. Pero aseguraos de que está amordazada, inmovilizada y, sobre todo, drogada.

No podemos dejar que nos droguen otra vez, pensé con absoluto pánico. *Otra vez no. ¡Otra vez no!*

Haz algo.

Haz algo.

¡Haz algo!

Una aguja se clavó en mi piel. La inyección.

Salí despedida de mi cuerpo.

Ocurrió en un cegador instante de dolor y confusión. El zapador en el que me había convertido, el zapador que formaba parte de mi alma, se eyectó. No solo Chet, sino yo también, ya que los dos estábamos entrelazados. Nos lanzamos al aire justo igual que un piloto desde una nave que cae a tierra.

Miré cómo la doctora me ponía la dosis en el cuerpo, que se quedó flácido. Estaba tirdosamente *fuera de mí misma*.

Madre mía. Era un fantasma.

—¿Qué hemos hecho? —pregunté, reparando con un escalofrío en que mi cuerpo vocalizaba las palabras en el suelo, con los ojos abiertos y fijos, pero sin ver.

No lo sé, dijo Chet, vibrando desde dentro del alma que compartíamos entremezclados. *Eh…*

Miré hacia abajo. Tenía… teníamos… una especie de forma. Yo era una brillante silueta entre dorada y blanca, y había otra a mi lado, un poco superpuesta a mí. Chet, el zapador, como un doble.

La distorsión del aire, el uso aleatorio de mis poderes… ¿nos había estado llevando a esto? ¿Mi alma llevaba todo este tiempo intentando escapar? Logré, aunque con mucho esfuerzo, controlar un poco el terror.

Incluso sin Chet, mi alma era como la de un zapador, porque así éramos las personas citónicas. Con el tiempo, la radiación procedente de la ninguna-parte nos había mutado. Teníamos… la misma extraña característica que permitía a una IA existir sin circuitos. No estaba muerta. Lo que pasaba era que, como M-Bot y los zapadores, podía existir fuera de un armazón físico.

Bueno, más o menos. Aún alcanzaba a sentir mi cuerpo allí tendido. Podía oír, como por medio de mis propias orejas. No estaba separada por completo de mi cuerpo, solo en parte.

Brade observaba mi forma desplomada, con la mano en el estuche de su costado, viendo cómo la médica me sacaba la jeringuilla del cuello. Parecía asustada, y con razón. ¿Cómo no iba a estarlo? Esa inyección anulaba las capacidades citónicas, así que hacía bien en tenerle recelo.

—Hecho —dijo la médica en tono aliviado—. Estará sin poderes durante otros dos ciclos.

—Por fin —respondió Brade—. Vamos.

Dos guardias me agarraron bajo los brazos y pude sentirlo. Cuando volví mi cuerpo citónico de lado para mirar a Chet, mi forma física se contrajo un poco en esa dirección. No estaba segura de que pudiera moverlo más que eso. Seguí al grupo flotando hasta una sala al otro lado del pasillo. En el centro

apareció un mapa de batalla holográfico que mostraba la enorme plataforma de Vísperas, el puesto de observación mucho más pequeño en el que estábamos y aquel mar de minas que había visto antes.

Me incliné hacia delante y distinguí que había algo encima de esas minas. Cada una tenía un número encima, además de una lectura de… ¿constantes vitales?

«No son minas —comprendí—. Es una red inmensa de nexos de inhibición citónica. Cada uno tiene una babosa dentro, para proteger esta zona de hipersaltos no autorizados».

Y en efecto, Detritus, azul en el holograma y más enorme incluso que Vísperas, había aparecido mucho más allá del borde de aquel campo de inhibición. Estaba demasiado lejos para abrir fuego directo contra los nexos. Habíamos descubierto que la colaboración entre babosas tenía un efecto multiplicativo en sus poderes, así que entre todas aquellas podían emitir una burbuja inmensa, grande incluso a escala planetaria. A Detritus le sería imposible volar los inhibidores desde el perímetro a menos que lanzara misiles, fáciles de derribar en tránsito.

Eso venía a ser todo lo que alcanzaba a identificar de la situación, aparte de unos puntitos que supuse que serían aquellos gusanos espaciales. Entretanto, los guardias llevaron mi cuerpo hacia la pared de la sala y lo esposaron a una barandilla.

—Vale, estupendo —dijo Brade—. Vigiladla. Hasta encadenada, intentará escapar.

—Parece muy flácida —señaló un guardia— y tiene los ojos desenfocados. ¿Esa droga la habrá afectado más de lo habitual?

—Está fingiendo —respondió Brade—. Quiere hacernos creer que está insensible. Apuntad hacia ella en todo momento.

—¿La aturdimos? —preguntó el guardia.

Brade me observó. A mí, la verdad, me traía bastante sin cuidado. Dudaba que fuese a hacerle nada a mi alma.

—Vigiladla de cerca —dijo Brade—, pero no la aturdáis. A lo mejor necesito que hable. Es nuestra moneda de cambio en más de un sentido.

Lancé otra mirada al alma de Chet. Estaba temblando de preocupación por mis amigos, y por nosotros. Tirda. ¿Qué… qué acabábamos de hacer? ¿Había alguna forma de volver a mi cuerpo? Probé a usar los poderes y, aunque mi mente se expandió, no logré teleportar nada. Así que no habría sabido decir si estaba en mejor o peor situación que antes.

Pinta mal, me envió Chet, *¿verdad?* Estaba mirando hacia el campo de batalla y la pantalla panorámica.

Aún es pronto para saberlo, pensé, aunque aún acechaba en mi interior ese miedo latente. El temor a que aquello sería el final, el enfrentamiento definitivo. O derrotábamos a las fuerzas de Brade ese día, la dejábamos sin babosas y anulábamos para siempre su capacidad de gobernar…

O caíamos.

En el perímetro del mapa de batalla central aparecieron varias cabezas holográficas. Sobre todo diones, pero también algunos tenasi, un par de heklos con aspecto de ave y una varvax.

—Capitanes —dijo Brade a la gente desplegada ante ella—, he ejecutado el plan de contingencia y asumido el mando formal del ejército, tras ocuparme de nuestro títere. Iba a socavar nuestras operaciones militares y no podía permitir que siguiera adelante.

—Con viento fresco —dijo une de les diones—. ¿Cuáles son sus órdenes, señora? Creo que nos están invadiendo.

«Ah —pensé—, son los capitanes de la flota que Brade ha reunido aquí, al otro lado de Vísperas».

—No es el momento ideal —respondió Brade—, ya que la lentitud de Winzik en congregar nuestras tropas esta última semana nos ha dejado sin refuerzos inmediatos. He enviado órdenes y confío en acceder pronto a más naves. Aun así, nuestra flota supera con mucho en número a la suya. Deberíamos poder derrotarlos. Eso sí, que nadie se acerque a esa estación de combate del tamaño de un planeta. Tienen cañones antinave de largo alcance, por no mencionar una red orbital de escudos capaz de resistir ante un bombardeo.

—Entendido —dijo una capitana—. ¿Qué vengan ellos a nosotros, entonces?

—La victoria en el campo de batalla —contestó Brade— suele corresponder a quien mejor sepa aprovechar el terreno. Tendrán que enviar cazas para intentar destruir nuestros nexos inhibidores, lo cual nos da la ventaja. Seguid mis instrucciones. Os enseñaré de lo que es capaz una estratega humana, como os había prometido.

El grupo asintió mientras varios asistentes aturullados llegaban corriendo a la sala y se instalaban para ayudar a Brade a dirigir la operación. La rodeé y no pareció ser capaz de verme, así que le eché otro vistazo al holograma del campo de batalla.

Brade sabía lo que se decía. Su bando tenía una posición muy superior y una fuerza ofensiva mucho mayor que la nuestra. Quizá los igualáramos en cazas estelares, pero tenían un buen montón de artilleras, transportes y acorazados. Una verdadera flota.

Chet tembló más. Pero, como le dije con contundencia, nosotros también teníamos nuestras ventajas. Sobre todo, contábamos con Detritus, que era enorme, estaba muy bien defendido y tenía una potencia de fuego tremenda. Brade tenía razón: mis amigos tendrían que atacar con cazas para desactivar los nexos inhibidores de uno en uno. Si destruían los suficientes, Detritus podría aproximarse más.

Era una senda hacia la victoria. Si Detritus lograba acercarse lo suficiente a Vísperas para bombardearla, estaríamos en condiciones de… bueno, de aniquilar a todas las babosas enemigas. Se me revolvió el estómago al pensarlo. No estaba segura de que Jorgen fuese a autorizar tanta muerte, pero eso Brade no lo sabía.

Si Detritus conseguía avanzar, la Supremacía tenía la batalla perdida.

Imposible, pensó Chet. *Es demasiado difícil.*

Estaba en lo cierto. Esa senda hacia la victoria era muy angosta para los míos. Había defendido que nuestras fuerzas atacaran el núcleo de comunicaciones, pero en esos momentos estaba comprendiendo lo peligroso que iba a ser el asalto. Mis amigos tendrían que volar al interior de un campo de inhibición hostil. Las fuerzas de Brade tendrían capacidades citónicas y nosotros no. Nada de hipersaltar si les daban a nuestras naves. Dudaba que hubiera muchos cazas rivales con hiperbabosas, porque solían reservarlas para las naves grandes, pero aun así era una desventaja terrible.

Hay una salida, me envió Chet.

¿Cuál?, pregunté, ansiosa por cualquier idea que ayudara a nuestro bando a ganar.

En vez de eso, Chet me mostró algo. La ninguna-parte. Movió el brazo y pareció aparecer un túnel hacia el olvido. Un lugar en el que el tiempo no pasaba. Allí dentro, él y yo podíamos posponer hasta el infinito la llegada de la batalla. No tendríamos que ver morir a nuestros amigos, porque la muerte —y el tiempo, y el espacio, y el yo— dejarían de existir.

Era tentador. Una parte de mí se horrorizó por estar viéndolo de ese modo, sobre todo después de lo lejos que había llegado y de todo lo que había hecho. Otra parte estaba hipnotizada. Había estado tanto tiempo aprendiendo sobre los zapadores que creía comprender por lo que habían pasado.

Pero en ese momento, además lo *sentí*. El deseo de escapar, de echar a correr con Chet. Era la misma sensación que cuando vivía con los Costaderos, pero multiplicada por cien. Porque sabía que, en el instante en que diera ese paso, todo dejaría de importar. No habría remordimiento, porque el remordimiento sencillamente no existiría.

Si pasaba al otro lado, nunca volvería a sentir dolor. Solo el gozo de formar parte de algo que era perfecto e inalterable.

Ellos también estaban ahí dentro. Los otros zapadores. Observando. Acechando. Esperando. Si me unía a ellos, ¿dejarían a mi gente en paz? ¿Era ese el sacrificio que debía hacer?

¿Spensa?, dijo la voz de M-Bot en mi mente. Me devolvió a la consciencia en un abrir y cerrar de ojos, y el túnel de Chet a la ninguna-parte se derrumbó. *Spensa, ¿estás ahí?*

¿M-Bot?, le envié. Y mi voz tenía dos tonos, el mío y el de Chet. *M-Bot, sí, estoy aquí, en Vísperas.*

¡Gracias a Turing!, exclamó M-Bot. *¡Spensa, conseguí hablar con Jorgen! ¡Y él me respondió! Cuánto estoy aprendiendo, cuánto estoy creciendo. Jorgen ya planeaba atacar Vísperas, según tu plan. Cuando le dije que te había percibido, adelantó el ataque. ¡Ha venido todo el mundo! Estamos aquí para salvarte.*

Era una operación de rescate. Se habían traído el tirdoso planeta entero… para liberarme.

Tirda. Chet tembló incluso más que antes.

M-Bot, envié, *me preocupan los zapadores. Brade los tiene en la reserva, pero cree que puede movilizarlos para unirse a la batalla si los necesita. Tenemos que hacer algo al respecto.*

Eh…, dijo M-Bot. *Todavía no sé cómo utilizar su debilidad contra ellos, Spensa. Me he concentrado en aprender a usar mis poderes, para hablar con Jorgen y contigo.*

No nos queda mucho tiempo, respondí. *Tú y yo tenemos que estar preparados para detenerlos si entran en combate.*

—El enemigo ha enviado una solicitud de comunicación, señora —dijo un ayudante varvax a Brade en la alguna-parte—. Y… algo está cambiando en la estación de combate planetaria.

Me volví hacia el holograma y vi que Detritus empezaba a transformarse. Las plataformas que protegían el planeta se retiraron para crear un hueco hacia la superficie. Y algo salió volando de ese hueco, pequeño a escala

planetaria, pero inmenso en comparación con nuestros cazas. Una nave, larga y de aspecto peligroso, con elegantes aletas. ¿Era un transporte?

¿Por fin teníamos una nave insignia?

«Los astilleros en los que trabajaba Gali —pensé—. Dijo que había encontrado un proyecto a medio terminar allí dentro».

La pantalla cambió a un plano de la imponente nave que emergía del anillo protector de Detritus. Era una visión magnífica, maravillosa, de un transporte con hangares para cazas y luces destellantes. Engalanando un costado, en inmensas letras blancas, escrita en nuestro idioma, había una sola palabra.

«Desafiante». El nombre de la nave que nos había llevado a Detritus hacía ya tantos años.

Otra imagen apareció en el aire, un plano del puente de la *Desafiante* cuando Brade aceptó la comunicación. Allí, sentada en la silla de la capitana, había una anciana vestida con un impoluto uniforme blanco. Tenía los ojos lechosos. Era menuda, pero aun así proyectaba fuerza. ¿La yaya?

Se levantó, agarrándose a los apoyabrazos de la silla.

—Fuerzas de la Supremacía —dijo con voz firme—, soy la capitana Rebecca Nightshade de la nave estelar *Desafiante*. Hace ochenta años, hicisteis que mi pueblo entrara en vuestra guerra. Destruisteis la nave que era nuestro hogar, nos robasteis nuestra herencia e intentasteis aniquilarnos.

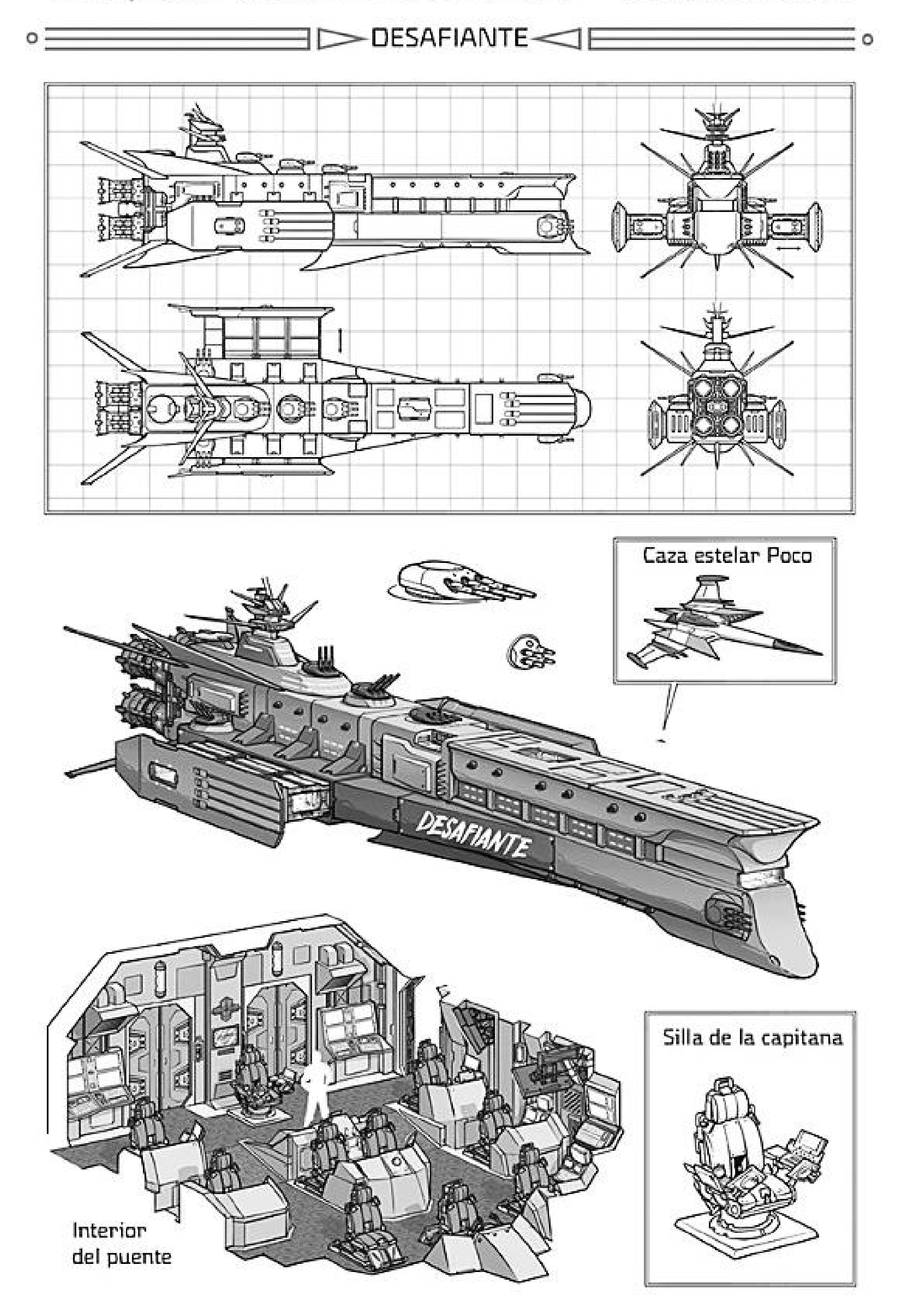
»Como la última tripulante viva de la *Desafiante* original, se me ha asignado el puesto que me corresponde al mando de esta nueva nave. Pertenezco al clan Makinkaps, el pueblo de los motores. Librasteis contra nosotros una guerra que no buscábamos, pero luego cometisteis la estupidez de fracasar en exterminarnos. De modo que hemos vuelto. *Yo* he vuelto. La sangre de mis antepasados exige que me cobre mi venganza de vosotros.

»Esta será vuestra única advertencia. Devolvednos los prisioneros que habéis tomado. Abandonad vuestras ansias de tiranía. O veré a toda nave que alce sus armas contra nosotros convertida en escoria, y vuestras cenizas quedarán abandonadas para vagar en la eterna extensión de oscuridad. Congeladas para siempre, sin hogar ni funeral, lamentadas por los vuestros, condenadas a nunca más oír la voz ni sentir el tacto de aquellos a quienes amaron. Lo juro por las estrellas, los santos y las almas de mil guerreras que me precedieron. *Tendré vuestra sangre*.

La sala quedó en silencio mientras todos los soldados y asistentes de la Supremacía la miraban boquiabiertos.

—Oh, yaya —susurré—. Ha sido *precioso*.

Transporte de clase Fénix de la FDD Registro DST230308



31

Micelio-Bot sintió la alegría de Spensa al ver a la yaya. Si fuese capaz, habría sonreído.

Sin embargo, no podía distraerse demasiado con ese campo de batalla. Tenía un trabajo que hacer: descubrir cómo derrotar a los zapadores. Así que devolvió su atención a la ninguna-parte, un lugar que Spensa siempre había descrito como negro, o blanco, o con alguna otra imagen cruda.

Para él no era un estímulo visual, sino un tipo distinto de sensación. Un lugar que era un sentimiento, un instante congelado, donde toda computación podía tener lugar a sus anchas. Llevó su mente allí y emprendió su misión. Averiguar el secreto. Salvar la galaxia.

Poca cosa.

Se movió entre los zapadores, dando empujoncitos a sus mentes con la propia, teniendo cuidado de proyectar las ideas adecuadas, las que había aprendido de ellos. Era un camuflaje, a grandes rasgos, hecho de los mismos pensamientos que siempre habían pensado, de ese momento congelado. Funcionó, y la verdad era que ser un fantasma daba mucho menos miedo del que Micelio-Bot se había temido. Los humanos se comportaban como si morir fuese un acontecimiento superterrible en grado extremo. A él le había resultado bastante liberador.

Aun así, era verdad que echaba de menos su cuerpo. Y cosas como el tiempo, el espacio y la existencia. Mantenía una conexión con unos lugares, con la alguna-parte, que los demás zapadores rechazaban. Sus percepciones seguían siendo las de un ser que vivía en el espacio lineal, porque su corazón estaba allí. Con sus amigos.

Pero, de momento, tenía que resolver ese acertijo. Tenía que hallar la forma de sacar a la superficie el dolor atroz de los zapadores, y paralizarlos con eso en vez de con aquella vacía sensación de consuelo. La que se proyectaban unos a otros en un estado de negación impuesto casi a la fuerza.

Recibió esa misma afirmación de todos ellos.

Todo está bien. Todo es paz.

Mentiras. Si permitieran transcurrir al tiempo, se darían cuenta. Pero los zapadores estaban detenidos en ese instante de autoengaño. Con sus recuerdos tapados. Falsamente satisfechos.

Todo está bien. Todo es paz.

Él se lo repitió también a los demás, fingiendo ser solo otro zapador. Pero él sabía que era un embuste, porque siempre que tocaban la alguna-parte, el dolor empezaba de nuevo. No podían ocultarse de él cuando el tiempo fluía.

Ninguno de ellos descubrió a Micelio-Bot. Llevaba un tiempo bastante convencido de que lo habían creado las quimeras, un grupo de seres muy reservados que se ocultaban en la Supremacía, infiltrados en sus filas. Spensa había volado con una de ellas en Visión Estelar. Había partes del código de M-Bot que apuntaban a que lo había originado esa especie.

En cualquier caso, lo habían diseñado para las operaciones encubiertas, de modo que tenía la habilidad suficiente para engañar a esos zapadores. No lo identificaban como un individuo. Para ellos era solo otro clon. Una mortífera seta de esporas letales entre las inofensivas e idénticas setas lemiotas. Un inadvertido e incorrecto homófono en medio de una frase pronunciada. Una línea de código marcada como comentario no ejecutable que insultaba al usuario.

Cuanto más tiempo pasaba allí, mejor comprendía a los zapadores. Se le ocurrió una curiosidad: afirmaban no cambiar nunca, pero también eso era mentira. En un punto de su existencia, no habían sabido quiénes eran Brade, Winzik o Spensa. Ahora sí. Eso era un cambio. Cada vez que la alguna-parte se filtraba allí, las cosas cambiaban. Despacio, y no mucho, pero sí que cambiaban.

Y cada vez que algo cambiaba, aunque fuera un detalle ínfimo, lo propagaban entre ellos. Como un virus. Asegurándose de repetir todos lo mismo, alterado del mismo modo. Así era como podían seguir fingiendo.

De modo que Micelio-Bot decidió probar una cosa. Brade se puso en contacto con ellos para ponerlos sobre aviso: *Puede que os necesite pronto*. A ellos el «pronto» no les importaba mucho, pero a Brade sí. Los zapadores empezaron a procesar aquello, difundiendo la idea. Topando unos contra otros, reforzándola. Asimilando el concepto.

Llamará. Responderemos.

Llamará. Responderemos.

Llamará. Responderemos. ¿Y si nos traiciona?

M-Bot añadió eso último y lo envió para que se desplazara entre ellos. Infectándolos. Hasta que los zapadores se lo repitieron a él, como un eco, adoptando desesperados esa frase y esa idea en vez de las anteriores para poder seguir siendo todos lo mismo.

Funcionó.

32

Jorgen Weight estaba en el puesto de mando de batalla de la Plataforma Primaria, bien protegido por el caparazón defensivo de Detritus, acompañado por su alto mando militar. No quería estar allí de pie con ellos. Quería estar en una cubierta de vuelo de la recién estrenada *Desafiante*, preparado para liderar un escuadrón de cazas estelares en la batalla más importante de sus vidas.

En vez de eso, irguió la espalda ante el mapa de batalla holográfico, con las manos entrelazadas a la espalda. Podía reconocer sus anhelos, pero también sabía dónde se lo necesitaba.

«Si llegáis a ver esto desde donde estáis, entre los santos, espero que estéis orgullosos», les dijo sin abrir la boca a sus difuntos padres.

—Capitana Nightshade —dijo, llamando a la yaya por un monitor lateral —, está autorizada a avanzar y entablar combate. Recuerde que pronto tendremos que comunicarnos solo por radio y no mediante la citónica, y entonces será mucho más probable que el enemigo escuche lo que decimos.

—Entendido y gracias —respondió ella—. Si estáis oyendo esto, cabronazos, espero que os hayáis despedido de vuestras familias. Por si acaso, intentaré grabar vuestros chillidos mientras morís. Para la posteridad.

Jorgen no pudo evitar una sonrisa. Becca Nightshade no había tenido una educación militar y no hablaba como la mayoría de los oficiales. Pero él estaba acostumbrado a tratar con las mujeres Nightshade.

El proyector holográfico era un gran disco en el suelo de la estancia que creaba un mapa de batalla tridimensional en el aire. Mientras se inclinaba hacia él para estudiarlo, dos plataformas kitsen ascendieron a sus dos lados. Juno, su maestro de meditación, siempre parecía andar cerca últimamente. El pequeño monje kitsen estaba comiéndose un pudin.

Itchika, la estratega suprema kitsen, flotaba a su derecha. Tenía a todo un equipo de generales y almirantes en la mesa que había a un lado, deliberando y haciendo planes.

—Y así lo arriesgamos todo —susurró. La kitsen de hocico blanco llevaba un uniforme militar moderno en vez de las vestimentas más formales y antiguas que preferían algunos. Sin medallas. Sin una sola indicación de su categoría. Solo un uniforme todo azul y un gorro militar bajo el brazo—.

Acabamos de recuperar a los caminantes de la sombra y ya estamos poniéndolos en peligro.

—Es la única manera —dijo Jorgen.

—No digo que lamente esta jugada —repuso ella—. Es solo que… me preocupan nuestras posibles bajas.

Las fuerzas de Jorgen no podían volar a una batalla a gran escala como aquella sin sus propios inhibidores citónicos. Los kitsen le habían explicado las terribles tácticas que se empleaban en el pasado, como teleportar explosivos directamente a la cabina de un piloto. La Supremacía no había recurrido aún a esa clase de medidas extremas, con toda probabilidad porque su uso de la citónica dependía de las babosas. Aun así, se los podía imaginar atando una bomba a un taynix y obligándolo a hipersaltar al lado de un amigo suyo.

La coalición no tenía las suficientes babosas inhibidoras para equipar todos los cazas, pero los citónicos kitsen se habían ofrecido como solución. A pesar de estar debilitados por su prolongada reclusión, se habían mostrado convencidos de poder hacerlo. Y así, cada caza estelar tenía su propio y pequeño campo de inhibición. Eso limitaría la capacidad de la Supremacía para obtener ventaja del terreno.

También subía las apuestas para la batalla. No solo estaban arriesgando sus naves, sino también al grueso de sus citónicos.

—Sí que es la única manera —dijo Cobb, llegando al holograma enfrente de Jorgen y los kitsen.

También se acercó Rinakin, el líder UrDail. Aunque no era un gran estratega, lo habían invitado en señal de respeto, y parecía comprenderlo.

—Deberíamos haber atacado antes —afirmó Jorgen—. Spensa tenía razón. Esperar solo ha servido para que desplieguen más recursos.

—Tal vez, tal vez —dijo Itchika, rascándose la barbilla—. Nunca es sabio precipitarse a una pelea. Conceder tiempo al adversario para que haga acopio de tropas es lamentable, pero nos ha permitido a nosotros hacer acopio de sensatez.

El mapa de batalla mostraba a la *Desafiante*, volando en solitario al espacio enemigo. Las naves de guerra de la Supremacía, nada menos que tres transportes y dos acorazados, además de seis destructoras, hipersaltaron para formar un bloqueo justo fuera del alcance de los cañones de Detritus. Los transportes liberaron todo un enjambre de naves más pequeñas que se prepararon para el combate.

—Cinco contra uno —dijo Jorgen en voz baja—. Los cruceros kitsen quizá compensen esas destructoras, Itchika, pero nos superan por mucho en número. ¿Podemos ganar la batalla?

—Dependerá de lo buenos que sean tus pilotos —respondió Itchika— y de si conseguimos rescatar a tu jefa de guerra caminante de la sombra para que cambie las tornas.

Se refería a Spensa. Itchika y los demás habían visto las grabaciones de lo que había logrado durante la incursión al almacén de datos. Tenían una fe casi mística en su capacidad de darle la vuelta a la batalla, una fe de la que Jorgen no los había disuadido. Él mismo también lo creía un poco.

—Estamos encomendándonos demasiado a una sola persona —dijo Rinakin—, a alguien que nos abandonó para enfrentarse en duelo a una enemiga. Casi cayendo por voluntad propia en su evidente trampa.

—Spensa es impulsiva —respondió Jorgen—. Apasionada. Pero, como os decía, aquí está pasando más de lo que sabemos. Os prometo que no nos abandonó.

Los demás no le creyeron. ¿Por qué iban a hacerlo? Spensa se había marchado por su cuenta a atacar la instalación minera, en contra de las órdenes de su almirante. Jorgen había tenido que reconocer la verdad a regañadientes cuando empezaron a circular los rumores. Todos veían a Spensa como un elemento absolutamente impredecible. Los kitsen opinaban que quizá los salvara a todos, como alguna de sus antiguas deidades. Los UrDail la veían como una citónica desatada que podría destruirlo todo.

Por su parte, Jorgen… no sabía muy bien qué pensar. Cuando M-Bot le había hablado a la mente ese mismo día, diciéndole que Spensa estaba en la plataforma Vísperas… bueno, para entonces ya tenían el plan de batalla preparado, de todos modos.

«No se fue por voluntad propia —se obligó a pensar Jorgen—. La nota que encontramos no sonaba nada a ella. Me lo prometió. Me miró a los ojos y me lo prometió».

Quizá solo estuviera diciéndose a sí mismo lo que quería creer, pero, hasta que tuviera noticias de la propia Spensa, estaba decidido a confiar en ella.

—Treinta minutos para el contacto —dijo un asistente.

Maniobrar en una batalla espacial sin hipersaltos llevaba tiempo. En el holograma, la *Desafiante* avanzaba milímetro a milímetro hacia las naves hostiles. Cuando se aproximara más, lanzaría sus propios cazas, equipados con inhibidores para impedir que el enemigo hipersaltara demasiado cerca.

Dado que tanto la Supremacía como las tropas de Jorgen estarían utilizando inhibidores, el enfrentamiento se convertiría casi en una batalla convencional.

—Muy bien —dijo Jorgen, con las manos apoyadas en el tablero circular que rodeaba el holograma—. ¿Preparados para liarnos la manta a la cabeza?

—No conozco esa expresión —dijo Itchika—. Pero el Exiliado Enmascarado está aquí. Observando.

Jorgen calló y miró alrededor hasta que vio al extraño kitsen salir flotando de la penumbra, con su máscara blanca y roja puesta. Ese kitsen siempre lo ponía nervioso. Cuando la criatura hablaba, sus palabras eran poéticas y musicales, cosa que siempre le parecía… bueno, espeluznante. ¿Qué debía pensar si no de un asesino que llevaba máscara y se movía siempre en la sombra?

—Tenemos una andanada de misiles ultrarrápidos de largo alcance lista para disparar —informó Gali—. Con uno configurado para «averiarse» y fallar el blanco. Le hemos instalado controles dentro para manejarlo, reemplazando el detonador y los explosivos. Es lo mejor que hemos podido hacer con tan poco tiempo, pero será veloz. Tan veloz que hemos tenido que añadirle seis ConGravs distintos.

—Marcho, pues —dijo el kitsen enmascarado—, como flecha oculta entre las nubes. Una nave pequeña. No repararán en ella. —Se levantó en su plataforma e hizo una inclinación—. Spensa me salvó de un terrible destino de aislamiento y pérdida de mí mismo. La rescataré o moriré en el intento.

Llevó la mano a su espada. Jorgen no estaba muy seguro de qué podría hacer una pequeña espada kitsen contra tropas de batalla modernas. Pero… bueno, una vez lo había amenazado una de aquellas criaturas, y podían ser mucho más intimidantes de lo que sugería su tamaño.

—Suerte —dijo Jorgen.

El Exiliado Enmascarado se inclinó de nuevo y se retiró de vuelta a las sombras.

—¿Señor? —dijo una vicealmirante—. El enemigo quiere hablar con usted.

Itchika le hizo un gesto afirmativo. Ya había advertido a Jorgen de que, en una lucha como aquella, a menudo se entablaban conversaciones entre los comandantes antes de que comenzase la batalla. A él le había parecido raro, porque los krells siempre habían intentado destruir a su pueblo en silencio, sin ofertas de negociación ni parlamentos. Pero supuso que sus fuerzas se habían vuelto más difíciles de pasar por alto.

—A ver qué quiere Winzik —dijo, volviéndose hacia la pantalla de la pared—. Hablaré con él. Itchika, estás al mando de la estrategia.

—Entendido —dijo ella.

La kitsen tenía mucha más experiencia práctica que él en batallas a gran escala. Jorgen creía que Cobb también sería un buen recurso; al fin y al cabo, las capacidades tácticas del propio Jorgen estaban más centradas en los combates entre grupos reducidos. No tenía ningún problema en dejar que la kitsen dirigiera la estrategia de la coalición.

Y el propio Jorgen… bueno, estaba allí para tomar las decisiones difíciles y para hablar. Procuró tranquilizarse y luego asintió. La pantalla se iluminó.

Pero no fue Winzik quien apareció en ella.

33

Cuando Jorgen apareció en la holopantalla, me dio un brinco el corazón y ardí en deseos de hipersaltar con él.

Era una frustración increíble tener que quedarme allí, fantasmal, y mirar cruzada de brazos mientras las naves se ponían poco a poco en posición para empezar a matarse entre ellas.

Podemos escapar de este dolor, pensó Chet.

Ya decidimos que no lo haríamos, le envié. *Por eso volvimos a la alguna-parte. Yo tomé esa decisión. Lo mismo hiciste tú.*

Yo…, respondió él. *Soy débil, Spensa. Demasiado débil. No puedo soportar esto. No puedo verlo.*

Al formar parte de mí, había adoptado algunos de mis recuerdos. El tiempo que había pasado con mis amigos, mi amor por ellos y por mi familia. Tirda, no había previsto lo que significaría eso para él, lo que supondría para una criatura que había renunciado a todo vínculo verse arrojado de repente a un universo lleno de ellos.

El aire comenzó a deformarse a mi alrededor. Al de mi yo citónica, no al de la física. Pero estaba drogada, así que esa distorsión… ¿Funcionaba? ¿Por qué ahora sí? Pero me di cuenta de que no estaba centrada en mí. Emanaba de mi doble, del zapador que estaba a mi lado.

«Es por el dolor», comprendí. Y de pronto algunas cosas empezaron a cobrar sentido. En concreto, caí en la cuenta de que la distorsión del aire se había producido cada vez que pensaba que mis amigos corrían peligro.

Ya había llegado a la conclusión de que ese efecto deformante procedía de Chet, pero no comprendía por qué. Yo sentía las emociones, pero era él quien no podía controlar su sensación de pérdida. Todo lo que había pasado, los edificios desaparecidos y los vasos teleportados…

No habían sido por mi dolor, sino por el suyo. Por su miedo de tener que padecer la pérdida de nuevo.

Traté de combatir ese pánico, de tranquilizar a Chet. Las cosas tampoco iban tan mal. *Estoy en el centro de la fortaleza enemiga*, le envié. Eso podía jugar en nuestro favor. ¿Cuántos generales habrían matado por tener a su mejor soldado oculta entre la estructura de mando opuesta, observando,

escuchando, preparándose? *Podemos ser de utilidad*, le dije. *Fíjate bien. Podemos protegerlos. Podemos cambiar las cosas.*

En respuesta, me mostró la ninguna-parte otra vez.

Esa apetecible paz. Esa tranquilidad.

Mentiras. *Sabía* que eran mentiras. Los zapadores fingían no sufrir dolor, pero yo lo había percibido justo por debajo de la superficie. La ninguna-parte no era la paz. Era la ilusión de paz. Muy al fondo, en su núcleo, mi alma lo comprendía. Y esa decisión ya la había tomado.

Gracias, envié a Chet, *por mostrarme esto.*

¿Pero no quieres aceptarlo?, preguntó apenado.

No.

Lo que tenía que hacer era buscar la forma de ayudar. Devolví mi atención a la holopantalla, haciendo caso omiso a mi cuerpo, que había estado murmurando y agitándose mientras mi yo citónico interactuaba.

—Soy el almirante de la flota Weight —dijo Jorgen desde la pantalla—. Comandante en jefe delegado de la Coalición Desafiante de Planetas. ¿Dónde está Winzik?

—Winzik ha muerto —respondió Brade—. Ahora yo estoy al mando. Puede llamarme Brade. Almirante, afirma estar aquí en misión de rescate; sin embargo, no tenemos retenido nada digno de su atención.

—Sabemos que Spensa está ahí —dijo Jorgen—. La hemos rastreado hasta esa posición.

—¿Spensa? —preguntó Brade—. ¿Se refiere a la asesina?

Suspiré mientras Brade hacía una señal a un asistente para que le proyectara algo a Jorgen: un vídeo impresionantemente bien encuadrado en el que aparecía yo aplastando el cuerpo cangrejoide de Winzik con una palanca. Lo habían grabado con cuidado para que no apareciera ningún soldado de la Supremacía, pero al fondo sí que se veía el exotraje roto y todavía humeante de Winzik.

Maldición. Ya sabía que Brade iba a utilizar aquello, pero no había esperado que se lo enseñara a Jorgen. En la pantalla, vi que reculaba como si le hubieran dado un bofetón. Bueno, tampoco podía reprochárselo. Tal y como se lo estaban pintando, yo también habría supuesto lo peor sobre mí misma.

El aire empezó a distorsionarse de nuevo e intenté extender mis sentidos hacia Jorgen. Presionar con mi mente hacia la suya. *Lo siento*, le envié, intentando transmitirle una imagen de mí como inocente.

No sentí nada en respuesta. Mis poderes todavía estaban inhibidos, ya fuese por las drogas, por los taynix o por ambas cosas. Para colmo de males, en el instante en que había intentado usarlos, un asistente echó a correr hacia Brade.

—Discúlpeme un segundo, almirante —dijo Brade, e interrumpió la comunicación con Jorgen. Miró al asistente—. ¿Qué pasa?

—Hemos detectado una señal citónica débil —informó el asistente—, dirigida hacia el enemigo. No hemos podido precisar la babosa responsable.

—Matad a cinco al azar —ordenó Brade.

—Sí, señora.

Brade miró hacia mi cuerpo.

—Lo sabemos cuando una comunicación citónica no autorizada sale de la estación, Spensa. Si las babosas contactan contigo, harías bien en decirles que cierren la boca.

—¡Pero…! —empecé a gritar, y mi cuerpo se incorporó y dijo la palabra en voz alta.

Entonces las sentí morir. Chillando de dolor cuando las cajas se calentaron y frieron a las pobres criaturas de su interior. Ninguna… ninguna de ellas era Babosa Letal. Creía que aún estaba entre ellas, en algún sitio.

Junto con mi ira, percibí que el pánico de Chet regresaba.

Lo aplasté. No. En vez de ceder a él, fulminé a Brade con la mirada, bullendo de rabia. De verdad que iba a matarla. Encontraría la manera.

Brade restauró la comunicación.

—Lo siento, almirante Weight —dijo—. Tenemos a su piloto detenida, y estaríamos dispuestos a negociar los términos de su castigo. Pero deberá aceptar que el hecho de que haya asesinado al presidente de nuestro gobierno implica que debe seguir en nuestro poder.

—No lo acepto —replicó él—. Han estado desatando una guerra injusta contra nuestro pueblo desde hace generaciones. Tenemos que contraatacar por todos los medios posibles, y además Spensa Nightshade no es la única prisionera que hemos venido a rescatar.

Brade ladeó la cabeza.

—¿A quién más?

—Nuestra coalición —dijo Jorgen— consta de tres planetas hasta la fecha… pero de cuatro especies.

—Humanos —enumeró Brade—, UrDail, kitsen…

—Y taynix —terminó Jorgen—. Con el voto unánime de nuestra coalición, les hemos concedido la ciudadanía.

—¿Habéis hecho ciudadanas a las *babosas*? —rio Brade.

Hasta yo me sorprendí un poco. Pero el caso era que cuanto más tiempo pasaba con esas criaturas, más comprendía que eran inteligentes, aunque su inteligencia no funcionara igual que la mía. Babosa Letal era sin el menor género de duda una persona, no una mascota.

—Según sus propios registros —dijo Jorgen—, tienen retenidas a unos treinta mil de esos seres inteligentes esclavizados en esa plataforma. Hemos venido a liberarlos.

—Ah, claro —repuso Brade—. A liberar nuestros hipermotores para usarlos vosotros. Muy hábiles, concediéndoles un estatus legal como intento de justificación ética. Pero seamos sinceros entre nosotros. Tenéis las mismas intenciones que si estuvierais robándonos la piedra de pendiente.

—Piense lo que quiera —dijo él—. Entréguenos a Spensa y a los taynix y nos retiraremos.

Apenas los escuchaba ya.

¿*Treinta mil* babosas? ¿Prisioneras en ese lugar? Había captado que eran muy numerosas, pero ¿tanto? Basándome en lo que recordaba de nuestras estimaciones sobre las cifras de la Supremacía, eran entre un cuarto y un tercio de todos sus taynix.

Era un número sobrecogedor, pero la verdad era que tampoco tan alto, si tenían que prestar servicio a los centenares de planetas de la Supremacía. No era de extrañar, por tanto, que muchos mundos inferiores a menudo tuvieran que padecer largas esperas para que los transportes llevaran a su gente de un planeta a otro. Casi todas aquellas babosas estarían trabajando para gobiernos, ejércitos o actividades mercantiles, cada una de ellas vigilada muy de cerca por la Supremacía.

De acuerdo, quizá rescatásemos a las treinta mil babosas que había allí. Pero ¿qué pasaba con las otras ochenta mil que seguirían esclavizadas a lo largo y ancho de los numerosos sistemas estelares de la Supremacía?

«Empieza por lo que puedes hacer ahora mismo», pensé. Era la forma de afrontar cualquier problema. No estaría en condiciones de ayudar a las babosas si no ganábamos esa batalla, y no podría ayudar a mis amigos a ganarla mientras fuese un fantasma o lo que sea.

Necesitaba volver a mi cuerpo y restaurar mis poderes. Y, a juzgar por cómo reaccionaba Brade cada vez que esa médica utilizaba una jeringuilla… empezaba a tener los principios de una idea.

—¿Exigís nuestra rendición? —estaba diciéndole Brade a Jorgen, aún en tono divertido—. ¿Es que no has visto la proporción de nuestras respectivas

fuerzas militares? Lo que tendrías que estar haciendo es suplicarme piedad.

—Me ha llamado usted a mí —respondió Jorgen—. Y, digan lo que digan los números, creo que vamos a sorprenderlos.

—Me muero de ganas —dijo Brade—. Gracias por juntaros todos para que pueda barreros de un plumazo.

Hizo un gesto para que cortaran la comunicación y, al instante, fue a toda prisa hacia sus asistentes.

—¿Van a por los hipermotores y las babosas de comunicación? —les dijo —. El muy imbécil ni se ha dado cuenta de que debería ocultar sus objetivos. ¿Qué podemos hacer al respecto?

—Impedir que sus fuerzas se infiltren en Vísperas —propuso uno de ellos.

A fin de cuentas, la plataforma más grande era donde estaban las babosas. No en hábitats, sino en cajas.

—No es suficiente —respondió Brade—. Quiero hablar con le comandante de la instalación.

Al momento, une dione de piel roja apareció en la holopantalla e hizo el saludo militar.

—Comandante —dijo Brade—, instaure un cierre de emergencia completo sobre todos los hipermotores de Vísperas.

—Muy bien, señora —contestó le dione—. ¿Hasta qué nivel de autoridad?

—Almirante de élite o superior en rango —dijo ella—. Con requisito biométrico de desbloqueo.

—¿Señora? —pareció sorprenderse le dione—. Cada taynix estará recluido por completo en su propia caja, pero, si ponemos la instalación en cierre completo… no podré desbloquear los sistemas si necesito hacerlo.

—Por supuesto que no —repuso Brade—. Esa es la idea. Así, el enemigo no podrá recurrir a la tortura para que les dé lo que quieren.

—Sí, señora —dijo le dione, saludando otra vez, con cara de que no le hacía gracia la perspectiva de la tortura—. Estoy instaurando el cierre. ¿Y los taynix inhibidores y de comunicaciones?

—Necesitamos los inhibidores activos. Y… los taynix de comunicación están facilitando la llegada de mensajes desde toda la Supremacía, ¿me equivoco?

—Centenares de miles por segundo, señora —dijo elle—. Nuestra principal función es mantener todo eso en funcionamiento. Un cierre completo lo interrumpiría.

—Déjelo estar por ahora —ordenó Brade—. Solo asegúrese de que nadie puede llegar a esos hipermotores. Sin ellos, es muy improbable que los

rebeldes se salgan con la suya, aunque se colasen tras nuestras filas.

—Ya está hecho, señora —dijo le dione—. El escudo de la instalación también está alzado a plena potencia.

Brade volvió la cabeza mientras la pantalla se oscurecía. Estaba revelándome buena información, pero ¿cómo podía hacérsela llegar a Jorgen y los demás? Si lo intentaba, o bien revelaría que ya contaba con mis poderes o bien les haría creer que una babosa se estaba rebelando, lo que llevaría a la ejecución de más seres inocentes.

—Señora —dijo una reptiliana tenasi en un impoluto uniforme militar blanco—, mire esto.

Brade fue hacia allí. Tenía a muchos más tenasi entre su personal que los otros altos mandos de la Supremacía a los que había visto. Me daba la impresión de que era una creencia común que los tenasi eran demasiado agresivos, demasiado peligrosos en potencia, a pesar de que eran una de las especies fundadoras de la Supremacía. Aquello tenía su historia, sospechaba.

—Sus cazas estelares vuelan en parejas —dijo la tenasi—, y al menos uno de cada dos lleva un inhibidor. Nuestros servicios de inteligencia habían estimado que no tenían acceso a tantos, pero esto demuestra que se equivocaban.

—Por tanto, no habrá victoria fácil —respondió Brade. Se inclinó hacia delante y analizó el mapa holográfico—. Solo tienen una nave de guerra, llamada la *Desafiante* en honor a su pueblo. Van a dedicar demasiados esfuerzos a protegerla.

—¿Está segura, señora? —preguntó la tenasi.

—He estudiado la sabiduría de los grandes guerreros de la cultura humana —replicó Brade—. Sé lo que me hago. Cometerán errores protegiendo esa nave insignia. Mantener la presión sobre ella nos llevará a la victoria.

—Sí, señora. —La tenasi calló un momento y miró a algunos compañeros suyos. Luego añadió—: Señora, temo que estén creciéndome *gludenes,* pero tengo que preguntarlo. ¿De verdad vamos a invocar zapadores en esta batalla?

—Cada vez que hemos probado a hacerlo hasta ahora —dijo Brade—, el resultado ha sido un tipo de desastre u otro, así que comprendo sus reparos, almirante Kage. Sin embargo, no dejan de *ser* nuestra mejor vía hacia el dominio galáctico. —Miró hacia mi cuerpo—. No los llamaremos si no es en caso de emergencia. De momento, hagamos todo lo posible por aplastar a esos insurgentes nosotros solos.

Brade y su personal de mando desviaron la atención a dirigir los primeros enfrentamientos de la batalla. Floté en dirección a mi cuerpo. Ser un fantasma

me daba ciertas ventajas, pero no quería quedarme así para siempre. ¿Podría descubrir cómo regresar a mi cuerpo cuando lo necesitara?

Al reducir la distancia, sentí mi cuerpo con más intensidad. Fui capaz de notar los dedos, por ejemplo, y doblarlos. Sí, aún estaba enlazada a mi forma física, y las drogas que me habían inyectado todavía me inhibían. Por una parte, era bueno. Tenía la sensación de que, si me acercaba demasiado, regresaría a él quisiera o no.

A mi lado, Chet estaba observando los primeros encontronazos en la holopantalla y capté que su ansiedad crecía. El aire se deformó.

—Chet —susurré—. No pasa nada. Calma. Tranquilízate.

No sé si puedo.

—Puedes —dije—. Confía en mí. Saldremos de esta.

Mi tono reconfortante ayudó a moderar su pánico y la distorsión cesó. Decidí no volver a mi cuerpo todavía.

Antes tenía que hacer planes.

34

Becca Nightshade estaba sentada en el firme cuero de la silla de mando de la nave estelar *Desafiante*, escuchando los sonidos que hacía la tripulación al trabajar. Pisadas cuando el personal del puente corría de un puesto a otro. Suaves murmullos cuando se esforzaban en desentrañar las particularidades que entrañaba llevar una nave nueva, tripulada por soldados nuevos, a la batalla por primera vez.

Estaban preocupados por lo verdes que estaban, y con razón. Incluso contando con la ayuda en el puente de varios kitsen, que tenían experiencia en manejar naves de guerra, ninguna comandante se alegraría de que su tripulación fuese a entrar en combate después de solo tres días destinada a la nave.

Becca se reclinó en su silla, con los ojos cerrados. Hacía años que no los usaba para ver. En vez de eso, palpó los suaves apoyabrazos de cuero del asiento y los botones de su parte delantera, con pequeñas protuberancias en cada uno indicando su función.

Aquello se sentía correcto. Sonaba correcto.

Cierto, las cosas no estaban del todo en el mismo sitio que recordaba vagamente de su vida a bordo de la *Desafiante* original. La disposición del puente era distinta. Habían tenido que trabajar con lo que tenían: una nave casi terminada que esperaba en las factorías orbitales de Detritus, congelada durante siglos hasta que le añadieron lo suficiente para que hiciera su trabajo, la activaron y la sacaron a su travesía inaugural.

Podía tener detalles cambiados y aun así dar la sensación correcta. Becca movió la mano al pequeño holograma del campo de batalla que el asiento proyectaba para ella. Tenía reacciones táctiles que le permitían interpretar el mapa sin verlo, recibiendo minúsculas vibraciones y presiones en la piel. Un auricular transmitía instrucciones y leía las etiquetas escritas, ya que el equipamiento estándar de la nave estaba adaptado a individuos, humanos o alienígenas, que carecieran del sentido de la vista. Algunas especies directamente no tenían ojos.

En general los poderes citónicos de Becca compensaban su ceguera, pero habían entrado en la zona inhibidora del enemigo, que le había robado su vista sobrenatural igual que el tiempo le había robado la natural. No

importaba. Aquel pequeño e ingenioso holograma le permitía captar la naturaleza tridimensional del campo de batalla incluso mejor, en su opinión, que si lo estuviese viendo.

Oyó los suaves pasos de la comandante Xinyi antes de que llegara. La moqueta en el suelo del puente era un cambio, pero Becca tuvo que reconocer que así había menos ruido.

—Quince minutos para el contacto, señora —dijo Xinyi.

—Lanzad los cazas —respondió Becca—. Que se desplieguen agrupados por escuadrón y mantengan la velocidad de la *Desafiante*. Tengo aquí un mapa de sus posiciones.

Tocó una sección del plan de batalla para resaltar la información.

—Sí, señora —dijo Xinyi—. Enviando el plan de batalla… esto… cuando averigüe cómo abrir las designaciones de nave de los jefes de escuadrón.

—Deja que se ocupe el ordenador, comandante —respondió Becca.

—Sí, señora.

Xinyi dio un leve suspiro y retrocedió para dar la orden al sistema informático, que reaccionó con velocidad y eficacia, seleccionando a los jefes de escuadrón y enviándoles las instrucciones a sus cazas.

Cuando lo hizo, Becca oyó que varios tripulantes del sistema de navegación titubeaban. Habían estado hablando de cómo solucionar un fallo del sistema, que estaba desperdiciando energía al propulsar la nave a derecha e izquierda al mismo tiempo. Al cabo de un momento, uno de ellos dio una orden al ordenador, que desactivó los propulsores.

Cuánta desconfianza hacia los sistemas computerizados. Sí, la nave tenía unos protocolos inamovibles que le impedían pilotarse a sí misma; tenía que haber un humano al mando activo. Pero eso no significaba que hubiera que recelar tanto del ordenador. El día anterior Becca había ordenado a la tripulación que utilizara los sistemas informáticos cuando los necesitara, porque no iban a llegar muy lejos mediante el control manual después de solo unos días de entrenamiento.

En todo caso, les costaba confiar en una mente que no fuera orgánica. Era una suspicacia que se remontaba a siglos atrás, debida a la tendencia que tenían las máquinas a empezar a contraatacar con preguntas si las usabas demasiado. Por no mencionar el hecho de que los zapadores se veían atraídos por las máquinas pensantes.

Becca distinguía el nerviosismo en la voz de los tripulantes. Consolas interviniendo para aportar información. Pasos apresurados en la moqueta. Todos lo sabían. No hacía falta más que un vistazo rápido al despliegue de

fuerzas de la Supremacía para darse cuenta. Aquella lucha iba a ser difícil. Casi imposible.

Por suerte, Becca había estudiado las grandes mentes militares del pasado. Se sabía la historia de cada general, caudillo o conquistador, muchas de las cuales ni siquiera figuraban en los archivos que habían sobrevivido. Había pasado toda una vida meditando sobre los actos de la gente en situaciones como aquella.

Era una ventaja enorme. Porque Becca Nightshade sabía lo suficiente para comprender que no podía comandar esa batalla. No se ganaban guerras leyendo sobre ellas. Se ganaban guerras viviéndolas. Becca era una importante figura representativa, y estaba orgullosa de estar en aquella silla. Pero, cuando Jorgen le había pedido que la ocupara, ella le había dicho la verdad. Que no era una estratega.

—Informad al almirante —ordenó— de que aún estoy esperando esas tácticas de batalla de los kitsen.

—Están llegando ahora mismo, señora —respondió Xinyi.

Becca las abrió en su monitor táctil y leyó deprisa. Luego asintió. Era uno de los planes de batalla que habían establecido por anticipado. Los generales kitsen acababan de adaptarlos a la situación actual.

—Ordenador —llamó—, jefes de escuadrón en pantalla.

—Hecho —contestó el ordenador.

—Jefes de escuadrón —dijo Becca dirigiéndose a la pantalla, cuando palpó en su monitor táctil que habían aparecido en ella—. Tenemos nuestro plan de batalla, y es el que hemos practicado. Deberéis concentraros en esos nexos inhibidores. Si capturamos o inhabilitamos los suficientes, Detritus podrá hipersaltar más cerca, y eso vale lo que una docena de naves de guerra.

»Todo depende de esos inhibidores. Sé que las fuerzas a las que nos enfrentamos intimidan, pero recordad: nuestro mismo planeta es un arma. Destrozará esas naves de guerra como si estuvieran hechas de papel… si conseguimos entrar en alcance. Nuestra misión es hacer eso posible. ¿Alguna pregunta?

—Capitana —dijo una voz en un idioma extranjero, que la consola de Becca interpretó. Era un jefe de escuadrón UrDail—. Si Detritus se acerca hipersaltando, ¿el enemigo no se replegará a otra posición segura? El planeta es impresionante, pero apenas tiene movilidad propia.

—Así es —convino Becca—. Vamos a tener que pelear por cada metro de este campo de batalla. Pero, si nos aproximamos lo suficiente, amenazaremos su estación de mando.

—Suponiendo que no se la lleven hipersaltando —respondió el mismo UrDail— nada más entremos en alcance.

—En cuyo caso estarían abandonando los otros inhibidores para que los capturemos —dijo Becca—. De todos modos, tenemos orden de llevar nuestros propios inhibidores lo bastante cerca para cortarle la retirada al enemigo, una vez lo hayamos sorprendido sin remedio al derrotar sus fuerzas pese a nuestra inferioridad numérica.

Con todos esos inhibidores móviles dispuestos en el espacio alrededor de Vísperas, el campo de batalla daba la sensación de ser un campo de asteroides. No, un campo de minas, una enorme figura geométrica compuesta de minúsculos puntos, cada uno con una babosa dentro. En realidad los nexos estaban muy lejos unos de otros, a escala de nave estelar. La *Desafiante* pasaría volando entre ellos sin problemas, con kilómetros de margen a ambos lados. Pero, incluso mientras lo hiciera, estaría atrapada en los campos inhibidores que proyectaban esas babosas, por lo que debían de ser bastante poderosas.

Las babosas de la coalición no eran tan fuertes, aunque los citónicos kitsen tal vez sí. En todo caso, la batalla iba a reducirse a quien lograra controlar el hipersalto en la zona. Por lo menos, en términos de cazas estelares, las fuerzas estaban más o menos igualadas. Con la adición de los UrDail y los kitsen, la Coalición Desafiante contaba con casi trescientos cazas. Becca esperaba que bastasen, porque en el momento en que se acercaran a aquellas naves de guerra, la *Desafiante* empezaría a recibir el bombardeo de sus gigantescas destructoras, y entonces su principal preocupación sería asegurarse de que sus escudos no fallaban. Los cazas tendrían que ingeniárselas más o menos solos.

—Señora —dijo una voz desde la pantalla.

Becca reconoció esa voz. Humana, femenina, pero más grave. FM, una amiga de Spensa. Una teniente coronel, que solía estar destinada a asuntos diplomáticos. Pero ese día necesitaban a todos los pilotos disponibles.

—¿Sí, teniente coronel? —respondió Becca.

—Nuestra misión es neutralizar los inhibidores enemigos —dijo FM—. ¿Qué significa, siendo realistas?

Había sido un tema muy discutido. Becca pensó un momento y llamó a Jorgen.

—Dejaré que eso lo responda el almirante Weight —dijo mientras Jorgen aparecía en pantalla—. Señor, FM querría saber qué órdenes concretas tienen con relación a los nexos inhibidores y los taynix que viven dentro de ellos.

El puente quedó en silencio. Tan en silencio que Becca oyó el suspiro casi imperceptible de Jorgen. A ella no le gustaría nada estar en su posición. Jorgen había dicho que estaban allí para liberar a los prisioneros, pero los estudiantes de batallas reales sabían que, para liberar, muchas veces había que llevar la destrucción y el dolor a la misma gente a la que se pretendía ayudar.

—Deberíamos intentar salvar a las babosas como primera opción —dijo Jorgen—. Esto va para todos los jefes de escuadrón: nuestra actitud inicial hacia los inhibidores debería ser liberarlos. Mirad a ver si vuestras babosas pueden contactar con las de ahí dentro, y si hay manera de convencerlas para cambiar de bando.

—Gracias, señor —dijo FM.

No era la decisión que Becca habría tomado. Intentar salvar a las babosas probablemente costaría vidas y un tiempo muy valioso, pero… en fin, Becca supuso que, si solo hubieran estado interesados en proteger sus propias vidas, habrían teleportado Detritus a algún lugar muy lejano hacía mucho tiempo. No habían hecho eso. Habían buscado aliados. Habían decidido intentar derrocar la Supremacía, no limitarse a escapar de ella.

Era lo que pasaba cuando dejabas que se pusiera al mando la generación más joven. Esa a la que aún no le habían quitado el optimismo a palos. Bien por ellos.

Los jefes de escuadrón desaparecieron, pero, a juzgar por cómo aún podía oír su respiración suave, Jorgen seguía en pantalla. Lo comprobó en su monitor táctil.

—¿Almirante? —dijo.

—No estás de acuerdo con la decisión —afirmó él.

No debería haberlo dicho delante de la tripulación de Becca, pero estaban a escasos minutos del contacto con el enemigo. Quizá Jorgen había pensado que no tenía tiempo para una conferencia privada. Además, ¿qué sabía ella? Se había pasado la vida haciendo pan y engarzando cuentas, no librando guerras, por muchos sueños que tuviera e historias que contara sobre ellas.

—Creo que llevas una carga en los hombros que no quiero para mí —le dijo Becca—. No voy a juzgar las decisiones que tomes.

—Estoy yendo contra el protocolo —respondió él.

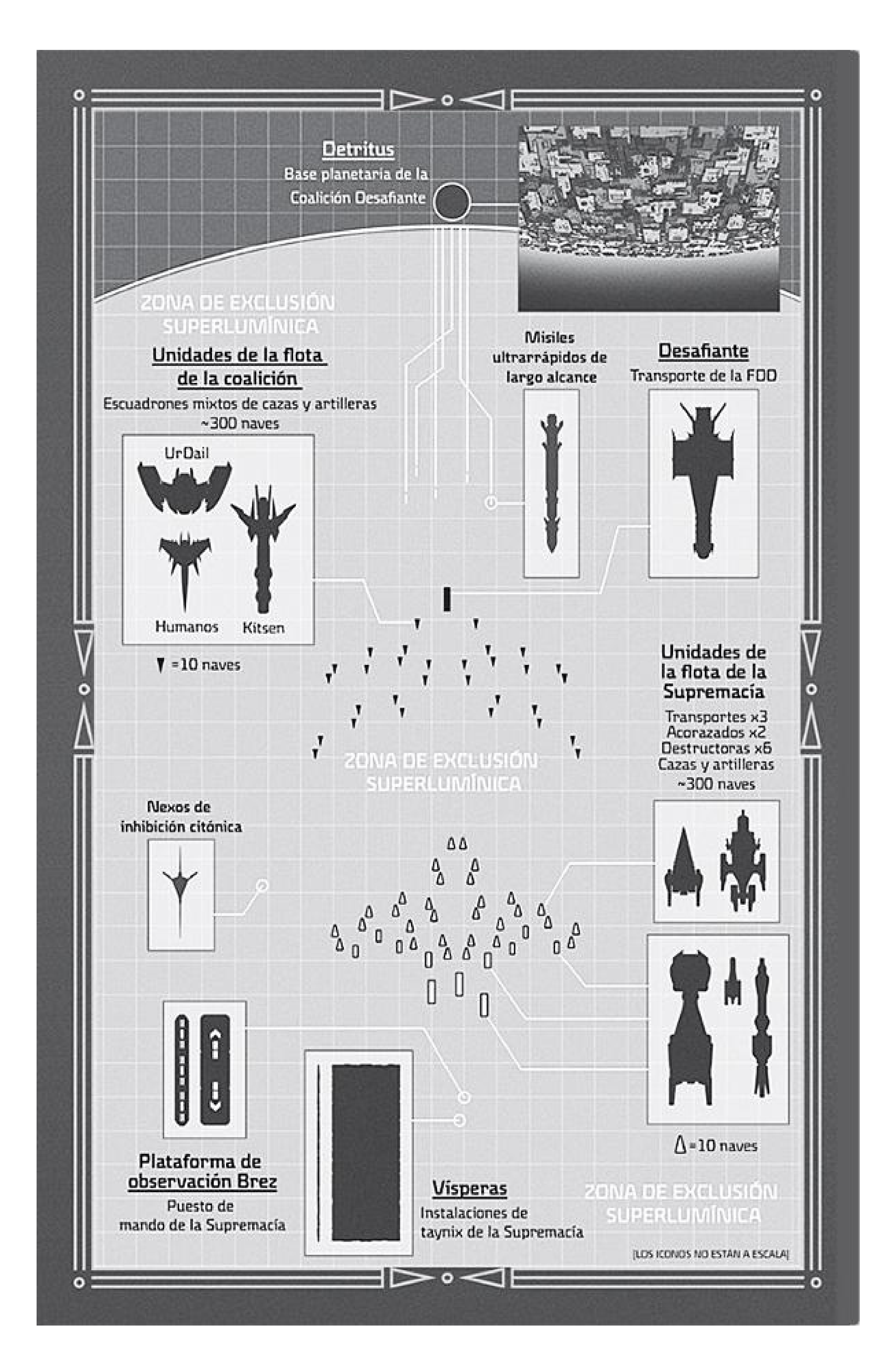
—Jorgen —dijo Becca, suavizando la voz—, ahora ya no hay protocolos. Se crearon todos para una época distinta, cuando éramos ratas en cuevas intentando huir de depredadores. Hay unos ideales importantes en ellos, pero hemos pasado a un mundo completamente nuevo y lleno de luz. Ahora eres tú quien debe decidir las normas.

—Como ese hombre que detuvo una guerra —dijo él en voz baja—, en la historia que me contaste.

—Sí.

—Gracias, yaya —dijo Jorgen, ganando confianza en el tono—. Vamos a acabar con esto.

—Excelente —contestó ella, acomodándose en el asiento—. Tengo casi noventa años, ¿sabes? Ya empezaba a creer que no podría derrocar ningún imperio galáctico antes de morirme, y eso sí que habría sido una tragedia de tomo y lomo.


Detritus
Base planetaria de la
Coalición Desafiante
ZONA DE EXCLUSIÓN
SUPERLUMÍNICA
Unidades de la flota
de la coalición
Escuadrones mixtos de cazas y artilleras
~300 naves
UrDail
Humanos
Kitsen
=10 naves
Misiles
ultrarrápidos de
largo alcance
Desafiante
Transporte de la FDO
Unidades de
la flota de la
Supremacía
Transportes x3
Acorazados x2
Destructoras x6
Cazas y artilleras
~300 naves
ZONA DE EXCLUSIÓN
SUPERLUMÍNICA
Nexos de
inhibición citónica
=10 naves
Plataforma de
observación Brez
Puesto de
mando de la Supremacía
Vísperas
Instalaciones de
taynix de la Supremacía
ZONA DE EXCLUSIÓN
SUPERLUMÍNICA
[LOS ICONOS NO ESTÁN A ESCALA]

35

Kimmalyn hizo un picado en el campo de batalla.

Sí, sabía que allí fuera no existían el «arriba» ni el «abajo». No era posible hacer un picado. Pero una mujer tenía que orientar el mundo como mejor pudiera, en función de cómo veía las cosas. Esa era una sencilla verdad que conocía.

Así que hizo un picado, alabeando entre los disparos de destructor con el corazón trémulo. Nunca le había gustado estar en medio de todo. El frenesí explosivo, impetuoso y destellante de la pelea le impedía centrarse y hallar su lúcida paz.

No podías elegir lo que hacían los demás. El mundo podía ser caótico, y aun así tenías que encontrar tu camino en él. Esa era una sencilla verdad que no le estaba quedando más remedio que aprender.

Así que, mientras volaba tras el caza de la Supremacía, obligó a su pulso a ralentizarse. Extendió el pulgar y desconectó el sistema háptico de batalla, que le proporcionaba ayudas sensoriales como sacudir la cabina y el asiento cuando había alguna explosión o pasaban naves cerca. Servía para que los pilotos entrenados en atmósfera se sumergieran mejor en la batalla.

Sin el sistema háptico, los disparos de destructor destellaban a su proa —y uno hasta le dio en el escudo— mientras todo permanecía en un silencio sepulcral. Solo estaban el zumbido del motor y la nada del espacio profundo, un vacío que ahogaba toda voz, ya fuese un chillido o un himno de alabanza.

Hizo rotar la nave sobre su eje mientras descendía, aún a cola de su adversario. Sus compañeros de ala, la nave kitsen *Nada a Contracorriente,* se habían quedado atrás, incapaces de mantener el ritmo a aquel as enemigo. Kimmalyn regresaría pronto con ellos, pero de momento forzó su caza… y a ella misma.

El caza, hasta los límites de su aceleración.

Ella misma, hasta los límites de su serenidad.

Durante una fracción de segundo, sintió como si estuviera en sincronía con el piloto. Cuando la otra nave se movía, ella se movía. Juntas, como bailarinas. Ese era el momento de lúcida paz, cuando todo lo demás se difuminaba y no parecía existir nada excepto Kimmalyn y su compañera de danza.

Hizo un solo disparo directo a través de la cubierta mientras la otra nave viraba, que vaporizó al piloto dentro de la cabina, dejando el caza volando casi intacto. Avanzando a la misma velocidad que había llevado al morir su piloto.

Feliz flauteó después del estallido de luz, pero Praliné, su nueva compañera babosa, se quedó callada. Iban las dos acurrucadas en su caja de babosas, sujeta al lado del asiento. Kimmalyn dejó escapar la respiración contenida y se alejó haciendo las maniobras evasivas estándar para después de un enfrentamiento, por si alguien había estado observando el duelo y pretendía matarla. Había demasiados pilotos que, entumecidos por el alivio, terminaban derribados por un halcón inadvertido que había estado volando en círculos sobre la pelea.

—Excelente disparo, Rara —dijo Kauri por el comunicador mientras Kimmalyn viraba para regresar a la formación—. Como siempre.

—Gracias —respondió ella.

—¿Alguna vez te sientes mal? —preguntó la kitsen—. ¿Por… matarlos? Yo prefiero que luchemos contra drones.

Había muchos de ellos en la batalla, pero no volaban tan bien, aunque estuvieran pilotados en remoto por personas reales. Los ases preferían estar en la cabina, y Kimmalyn a menudo acababa enfrentándose a ellos.

—Me digo a mí misma que están haciendo algo terrible —respondió a Kauri—. Sosteniendo la Supremacía. Conquistando y oprimiendo. Aunque no se den cuenta, aunque no acepten que lo que hacen está mal, toda acción que emprenden los mancilla. Más que matarlos, lo considero más bien como… impedirles que insistan en unos actos que les pesarán en el alma.

—Es una forma bonita de verlo —dijo Kauri—. Pero… por otro lado, ¿ese razonamiento no podría utilizarlo cualquiera que luche por cualquier causa?

Desde luego que sí. Pero, de nuevo, una mujer tenía que orientar el mundo como mejor pudiera, en función de cómo veía las cosas. La empatía por el dolor de un enemigo estaba bien, pero no podías dejar que eso te llevara a la falacia de aceptar sus actos. Eran las cosas que se aprendían al crecer haciéndole el mantenimiento a un cañón del tamaño de un edificio.

—Rara, *Nada a Contracorriente* —dijo la voz de Arturo por el comunicador—, estáis desviándoos hacia el borde del campo de batalla. ¿Va todo bien?

—Ningún problema —respondió Kimmalyn, entrando en formación junto a la nave kitsen, que era como un cincuenta por ciento más grande que la

suya, construida como un acorazado en miniatura. Aunque era lo bastante maniobrable para clasificarse como caza, la *Nada a Contracorriente* estaba tripulada por dos docenas de kitsen—. Estábamos persiguiendo a un as. ¿Dónde nos quieres?

—A ver, un momento… —dijo Arturo—. Anda, no hay nadie avanzando hacia ahí ahora mismo. Están acosando la *Desafiante*, obligándonos a replegarnos para protegerla. Todos los demás están ocupados. Pero es posible que a vosotras no os esté haciendo caso nadie, Rara.

Kimmalyn estaba acostumbrada a eso, y era a propósito. La situaban a menudo en el exterior de los campos de batalla, esperando mientras sus compañeros de escuadrón se enfrentaban al enemigo y lo distraían para proporcionarle a ella las mejores oportunidades de disparar. Quizá era ese instinto el que la había guiado hasta allí fuera, a los aleros de aquel campo de batalla concreto, para limpiar las telarañas en forma de naves de la Supremacía rezagadas.

—Creo que sé por dónde vas, jefe de escuadrón —dijo Kauri a Arturo—. ¿Quieres que nos demos una vuelta por aquí, a ver si podemos llegar a algún nexo inhibidor?

—Exacto —confirmó Arturo—. Consultando al mando de vuelo… Vale, proceded con disimulo hacia el inhibidor 1348B, marcado en vuestro monitor de proximidad. Pero estaréis las dos solas, así que huid de inmediato si encontráis resistencia, porque no podremos apoyaros. Ah, y tened cuidado con esa obstrucción que hemos detectado antes cerca del nexo inhibidor.

—¿La que… hum… parece ser un gusano espacial gigante? —preguntó Kauri.

—Esa misma —dijo Arturo—. Que no se os coma. Y mantenedme informado de cómo va la misión.

—Entendido —dijo Kimmalyn.

Kauri respondió lo mismo y transmitió las órdenes a sus tripulantes. Como de costumbre, la nave kitsen siguió a Kimmalyn, que se escoró en un amplio arco alejándose más del campo de batalla principal. Alcanzaba a distinguirlo por los fogonazos de fuego de destructor en el inmenso vacío, con más nitidez en el caso de las brillantes y enormes franjas de luz que eran los disparos de las destructoras y las artilleras.

—Uuuh —dijo Feliz mientras trazaban una curva cerrada por el perímetro y los ConGravs dejaban que se filtrara un poco de aceleración a la cabina.

La hiperbabosa siempre disfrutaba de esa parte, como si creyera que estaba en una especie de atracción de feria. La babosa inhibidora más pequeña

que tenía al lado se encogió un poco al notar la fuerza y se quedó callada. Tenerlas en la cabina era reconfortante, aunque en esos momentos Feliz no pudiera hipersaltar a un lugar seguro en caso de emergencia.

Junto con la *Nada a Contracorriente*, Kimmalyn avanzó a hurtadillas por el borde del campo de batalla. Trató de mantenerse concentrada en su tarea y no en la batalla general. Era difícil, porque veía al enemigo pasando a la ofensiva, enviando sus cazas en tropel para intentar rodear la *Desafiante*.

Ese ataque impedía que sus amigos avanzaran, y de momento no habían anulado ningún nexo inhibidor. Estaban demasiado ocupados protegiendo la *Desafiante*, que tenía poderosos escudos capaces de resistir el embate de los acorazados. Pero ese escudo era vulnerable a la activación coordinada de los PMI de los cazas, y sería una hecatombe si cayera.

Por otro lado, el cambio de táctica parecía tener distraído al enemigo. Kimmalyn y la *Nada a Contracorriente* pudieron acercarse sin contratiempos al nexo inhibidor, un tetraedro de metal que flotaba solitario en el espacio, con antenas en la punta y la base. Era un poco más pequeño que un caza estelar. Según las lecturas, tenía soporte vital básico.

—Uuuh —dijo Feliz, en tono triste.

—¿Piensas en esa babosa de ahí, atrapada? —le preguntó Kimmalyn.

—Atrapada —asintió Feliz con un flauteo.

—Qué vida más terrible —dijo Kimmalyn—, abandonada aquí fuera en una caja, sola, flotando… Bueno, a ver qué podemos hacer al respecto, ¿eh?

Por desgracia, había otra cosa acechando en la zona: un estrambótico gusano espacial, cuyo tamaño desafiaba la capacidad del cerebro de Kimmalyn para juzgar las distancias. Le pareció que era grande, pero entonces siguió volando hacia él y se fue haciendo más y más enorme. Pasó de tener el tamaño aparente de un caza estelar al de una artillera y luego al de una destructora.

—Las leyendas hablan de monstruos como ese —dijo Kauri—. Bestias letales que los antiguos samuráis debían combatir en sus expediciones, poniendo su alma en peligro durante la batalla.

—Estoy bastante segura de que la Santa mató a uno —respondió Kimmalyn—. Aunque el sagrado testigo usó la palabra «guseno», con e, para referirse a él. Nunca había entendido la distinción. Hasta ahora.

—Yo sigo sin entenderla.

—Bueno —dijo Kimmalyn—, a veces un bendito monstruo es tan extraordinario que las vocales que te esperas no son suficientes. Cuando un

borracho dice mal las palabras, no es nada del otro mundo… pero cuando lo hace el más sagrado de los escribas, sabes que ahí está pasando algo.

—Confiaré en tu sabiduría sobre este tema, Rara —respondió Kauri—. Esa cosa parece estar protegiendo el inhibidor. ¿Has visto cómo se enrosca alrededor del nexo, con las fauces hacia nosotras? Tosura, mi oficial científico, cree que es una postura defensiva. Está leyendo información sobre esas bestias a toda prisa.

Kimmalyn asintió para sí misma, ralentizó su nave y rascó a Feliz. Luego alargó el brazo para rascar también a Praliné. A la babosa nueva le gustó, a juzgar por su suave trino. Al principio Kimmalyn le había puesto el nombre de Prellen, en honor a su abuela, pero los demás oyeron «praliné» y les pareció un apelativo monísimo. Por lo visto, era la clase de cosa que se suponía que debía decir alguien con el acento de Kimmalyn. Aunque no fuese ella la que tenía un acento raro.

Pero la Santa había creado a gente de todo tipo, incluyendo a la que no hablaba como es debido. Había que quererlos, y a veces había que rendirse y dejar que le cambiaran el nombre a tu babosa. Benditas fuesen sus estrellas.

—No sé si podemos esperar mucho más, Kauri —dijo Kimmalyn—. Veo un escuadrón de cazas enemigos desviándose hacia aquí. Alguien se ha fijado en nosotras. Voy a probar a entrar, a ver qué hace el guseno.

—Afirmativo —respondió Kauri—. Preparados para apoyarte.

Kimmalyn se acercó volando y, bendita con palabras que la Santa no diría, esa cosa fue a por ella *deprisa*, más como una serpiente que como un gusano. Kimmalyn sobrecargó el propulsor para esquivar el ataque. El corazón empezó a atronarle, con retraso, como un gaitero desacompasado después de llegar tarde al festival.

—Uuuh —dijo Feliz.

El guseno volvió hacia ella una boca del tamaño de un hangar de carga grande e intentó alcanzarla con los largos tentáculos que la rodeaban, y luego retrocedió cuando Kimmalyn salió de su alcance. Había intentado pillarla y tragársela entera, con nave y todo.

Muy bien. Kimmalyn no era famosa por ser precisamente inofensiva en el campo de batalla. Se volteó y ni siquiera se molestó en buscar su lúcida paz. Activó su destructor y disparó a aquel bicho en toda la…

—¡Ah! —gritó Kauri por el comunicador—. ¡Tosura dice que no le dispares!

—No… me digas —murmuró Kimmalyn, viendo cómo su disparo de destructor entraba directo en la boca del guseno.

—Ay, madre —dijo Kauri.

—¿Qué pasa? —preguntó Kimmalyn.

El monstruo empezó a resplandecer con puntos de luz azul a lo largo de todo su cuerpo.

—Qué mala suerte —dijo una voz de kitsen nueva por el comunicador, que Kimmalyn supuso que pertenecía al oficial científico—. Hasta hace un momento, éramos quienes amenazaban con robarle su comida. Pero ahora…

El guseno se desenroscó y empezó a ondularse por el espacio en dirección a Kimmalyn.

—No me lo digas —respondió ella, sobrecargando para alejarse—. Ahora *somos* la comida.

—Eso me temo —dijo él.

36

Mientras la batalla progresaba, urdí un plan que confiaba en que me ayudaría a escapar de las zarpas de Brade. Solo me faltaba encontrar la forma de comprobar una hipótesis concreta.

De momento, observé las motas luminosas surcar el aire en el holograma. Fuerzas de la Coalición Desafiante en rojo, formando para enfrentarse a las naves de la Supremacía en azul. Cazas revoloteando por el campo de batalla, entablando combates mientras intentaban anular los nexos inhibidores. Las artilleras les disparaban en pleno vuelo, igual que las baterías armamentísticas de la *Desafiante,* ambas intentando derribar a cualquier caza que se lo tomara con demasiada calma o se concentrara demasiado en su combate particular.

Más al fondo, los dos enormes acorazados se situaron en posición de bombardeo y empezaron a acribillar a la *Desafiante*, en un intento de obligarla a retirarse. Al ser las distancias espaciales lo que eran, la *Desafiante* seguía siendo capaz de maniobrar a pesar de su enorme tamaño. Aun así, recibió impactos a montones, pero las naves de guerra modernas estaban equipadas con unos escudos bastante poderosos. Era probable que la *Desafiante* pudiera aguantar un aporreo como ese durante mucho tiempo.

A no ser que un grupo sincronizado de cazas activase sus PMI lo bastante cerca para anular los escudos. Por tanto, todas las naves estaban jugando a un juego delicado. Los cazas enemigos intentaban aproximarse y los nuestros ahuyentarlos. Los acorazados procuraban desgastar los escudos de la *Desafiante* y nuestra nave insignia, por su parte, trataba de anticipar los disparos y apartarse.

Era duro verlo desde allí, en vez de estar en una cabina. Yo jamás sería capaz de hacer lo mismo que Jorgen y liderar desde lejos. Me destrozaría. Aunque quizá a él también le pasaba, solo que era lo bastante fuerte para soportarlo. Observando desde aquel lugar, con las entrañas retorcidas de preocupación por mis amigos, pensé que quizá empezaba a comprenderlo a él y a lo mucho que había renunciado al ponerse al mando.

Brade lo hacía con aplomo. Repartía órdenes a diestra y siniestra, llegando incluso a dirigir escuadrones de cazas. Con el resplandor del holograma reflejado en sus ojos castaño oscuro, vi que sonreía satisfecha.

—¿Qué te hemos hecho? —pregunté. Y mi cuerpo, sentado junto a la pared y esposado, se lo susurró a Brade. Me daba la sensación de que mis ojos estaban un poco muertos, pero, cuando hablaba, mis labios se movían—. ¿Por qué disfrutas tanto destruyéndonos?

—No disfruto —dijo ella lanzando una mirada a mi cuerpo—. Es solo que sois un obstáculo en lo que debo hacer.

—Aquí no hay «debo» que valga, Brade. —Moví mis brazos fantasmales para que los de carne tiraran de sus ataduras—. No tienes por qué hacer esto.

—Supongo que tienes razón —dijo Brade—. Retiro lo dicho, entonces. Tu gente es un obstáculo en lo que *quiero* hacer.

Alzó la mirada al abrirse la puerta y su mano fue de inmediato a su pistolera. Estaba muy en guardia, incluso rodeada de su propia gente.

Eso ayudaba a demostrar mi teoría. Cuando entrenábamos juntas en Visión Estelar, había interpretado su hosquedad como una señal de que tenía un problema de actitud con quienes estaban al mando. En aquella sala estaba viendo algo más profundo. Una desconfianza hacia todos y hacia todo. Era una persona que daba por sentado que todo el mundo podía estar conspirando contra ella. Con toda probabilidad, era una manera de pensar que le había servido bien a lo largo de los años.

Tenía que aprovecharla.

—¿Por qué? —pregunté a Brade—. ¿Por qué quieres hacerlo? ¿Por qué no marcharte y punto?

—¿Y dejar que tu gente continúe acumulando poder? —replicó, en tono divertido—. Sois la única amenaza legítima a mi dominio.

—Pero ¿por qué quieres el dominio?

—¿En serio? —dijo ella—. ¿Tienes que preguntarme por qué? ¿Por qué conquistaba Alejandro Magno?

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Siempre he querido preguntárselo.

Brade vaciló y miró hacia mi cuerpo.

—Es la verdad —dije, poniéndome a su lado mientras Chet me imitaba en silencio. Mi cuerpo pronunció las palabras—. Siempre he querido saber por qué conquistaba Alejandro. ¿Fue porque quería hacer lo que su padre no pudo? ¿Para retarse a sí mismo y ver hasta dónde podía llegar? ¿Porque era lo que se esperaba de él, sin más, dada su formación y su acervo? ¿Por qué? —Negué con mis dos cabezas—. ¿Por qué, Brade? ¿Por qué lo haces *tú*? Llevo desde que te conozco pensando que por fin te entiendo, y luego dándome cuenta una y otra vez de que me equivocaba.

En el holograma, un equipo defensivo de Brade logró apartar a unos cazas desafiantes de un nexo inhibidor. Las navecitas se retiraron como un enjambre de insectos, esquivando el fuego de las artilleras. Brade señaló la *Desafiante*.

—Apretad aquí —dijo a sus oficiales, indicándoles una posición en el holograma—. Y aquí. Que los acorazados avancen. Obligad a retroceder a su nave insignia para que no puedan salir hacia los nexos.

—Sí, señora —respondió un oficial tenasi.

—De verdad que van a cuidar de ese transporte —dijo Brade con voz queda—. Lo sé. Van a acunarlo, a defenderlo. Le han puesto el mismísimo nombre de su pueblo, de su movimiento. Esa nave de guerra lo significa todo para ellos.

Tirda. Era fácil que tuviera razón. Mientras Brade se mantuviera a la defensiva, protegiendo los nexos inhibidores, podíamos controlar el flujo de la batalla hasta cierto punto. Elegir qué nexos atacar, fintar y maniobrar como nos viniera en gana. Pero si pasaba al ataque, valiéndose de su superioridad numérica para amenazar a la *Desafiante*, podía arrebatarnos el control.

Lo cual revelaba, por desgracia, que de verdad sabía lo que se hacía. Brade entornó los ojos, estudiando el holograma. Luego, para mi sorpresa, me habló.

—¿Tú te criaste teniendo familia, Spensa?

Lo dijo sin mirarme, con la espalda erguida en postura autoritaria, observando el mapa de batalla.

—Eh… Has conocido a mi abuela.

—¿La dinamita del pico de oro con la que he hablado antes? —dijo Brade —. Sí, ya he pensado que había un parecido. ¿No tienes padres, entonces?

—También está mi madre —respondí—. A mi padre lo mató la Supremacía cuando yo era niña. Era piloto de caza estelar. Citónico en ciernes.

—Ah —dijo ella, asintiendo—. Creo que leí sobre él. Lo eligieron, ¿sabes? Vieron que tenía habilidad, que tenía poderes, pero que estaba sin entrenar.

—Sí que lo sé —contesté—. Se aprovecharon de él. Hicieron que se volviera contra su propio escuadrón, tomándolos por enemigos.

—Fue una de las victorias más importantes de Winzik —dijo Brade—. Se jactó varias veces de ella conmigo. La muerte de tu padre le consiguió un ascenso.

Traté de invocar furia por eso, pero en los últimos tiempos estaba volviéndome demasiado tirdosamente práctica. Vete a saber si Brade decía la verdad. Quizá solo estuviera manipulándome, vinculando sus palabras sobre Winzik con mi padre.

Además, Winzik estaba muerto. Aquello no consistía en él, ni en Brade siquiera. Consistía en detener algo terrible que tenía, con mucho, demasiado impulso. Nosotros éramos la pared que se alzaba ante ello. La muralla de escudos y lanzas que afrontaba la estruendosa carga, confiando en no llegar demasiado tarde para romper su fuerza.

—¿Te querían? —preguntó Brade.

—¿Mis padres?

Brade asintió.

—Sí —susurré—. Aún me quieren.

—Yo creo que los míos también, antes de que se me llevaran de su lado —dijo ella—. Es difícil recordar. Es difícil pensar en cosas como el amor y la calidez cuando te tratan como a un monstruo. Cuando todos los niños que te cruzas por la calle lloran al verte. Cuando hasta quienes no se asustan de ti te ven como un animal domesticado al que enseñarle trucos.

—¿Así que… quieres venganza?

—Qué va —dijo ella, entornando los ojos—. Quiero justificación. Si gano esta guerra, Spensa, si lo tomo todo para mí, significará que estaban en lo cierto. Sobre mí. Sobre nosotros.

—¿Y quieres que lo estén?

—Necesito que lo estén —respondió, mirándome por fin—. Porque, si estaban en lo cierto, entonces todo tenía un propósito: traerme hasta este acontecimiento singular. Tengo que ser el monstruo por el que me tomaban, la destructora brutal, o todo será en vano. Mi vida entera. Todo lo que me hicieron. Todo lo que *sufrí*.

»Tomaré este imperio, y al hacerlo cumpliré el destino de nuestro pueblo. Y entonces… entonces sabré que todo tenía una finalidad. Que lo que me hicieron estuvo… estuvo bien. Era mi destino. Yo soy el monstruo. Y con los monstruos no se negocia, Spensa. Se los apacigua. Se los destruye. O se deja que se te coman.

Su mirada permaneció en mi cuerpo un momento y luego regresó a la batalla para dirigir más naves a presionar a la *Desafiante*. Y por fin, después de tanto tiempo, me pareció que de verdad estaba viendo lo que había en su corazón. Por fin me había mostrado algo verdadero sobre la persona que era, y sobre por qué vivía como lo hacía.

Era horrible.

Imaginé en qué me habría transformado yo si me hubieran apartado de mis padres. Si mi inclinación natural por la ira y la violencia se hubiera visto impulsada por un refuerzo constante, diciéndome que era un monstruo. Sentí que esa emoción avivaba algo en mi interior, una bullente frustración hacia el mundo por lo que me había hecho. Por exigir de mí un destino que parecía imposible.

Podía sentirme como ella. «¿Queréis un monstruo? Pues yo os daré un monstruo».

Sí, la comprendía.

Ahora tenía que pararle los pies.

Chet, pensé hacia el zapador. *Necesito que teleportes las esposas de mi cuerpo.*

No puedo, respondió él. *Aún nos afectan las drogas. Me impedían hasta hablar contigo, estando en la cárcel. No puedo usar ninguna capacidad.*

Eso no es verdad, le dije. *Antes el aire se ha deformado.*

Eh…, pensó él. *No sé si…*

Muy bien. Había llegado el momento del cariño implacable.

Chet, le dije, *tenemos que hacer algo o nuestros amigos podrían morir.*

Pero… me habías dicho…

Intentaba que te sintieras mejor, lo interrumpí. *Pero no he debido hacerlo, porque evitar el problema es justo lo que metió a tu gente en líos.*

El aire empezó a deformarse a medida que se preocupaba, que su miedo crecía. Me supo mal estar utilizándolo, pero era necesario.

Algunos de ellos quizá mueran, dije. *Y va a doler. Pero lo superaremos. Fingir que nadie correrá peligro nunca es lo mismo que vivir en la ninguna-parte, fingiendo que la pérdida no existe.*

Empeoró. Al poco tiempo la gente de la sala se dio cuenta, sobre todo cuando comenzaron a desaparecer paneles de la pared. Pedazos aleatorios de materia absorbidos por el ataque de Chet.

Chet, le dije, *mira. ¡Estás haciéndolo! Funciona.*

¿Qué? En su voz había cada vez más pánico. *Pero…*

Teleporta las esposas, pensé. *O parte de ellas al menos.*

¡No funciona así!, exclamó él. *No puedo controlarlo.*

Sí que puedes, dije. *Sí que podemos. Juntos.*

Apreté mi mente contra la suya y le dejé apoyarse en mi experiencia. Del mismo modo en que yo había visto el mundo a su manera, le enseñé cómo lo veía yo. Lo que había aprendido. Control. Precisión.

Venga, lo animé.

Brade soltó una maldición y llamó a la médica con un ladrido. La varvax se apresuró a venir con otra dosis de droga. Me acerqué a mi cuerpo y sentí que tiraba de mí, queriendo reconectarnos.

¡Chet!, pensé. *¡Si te preocupa perder a nuestros amigos,* haz algo *en vez de esconderte!*

No…, dijo, *no puedo…*

Sí puedes, insistí, flotando más hacia mi cuerpo, sintiendo que iba absorbiendo por completo mi alma. *Podemos.*

Recobré el sentido un segundo después, parpadeando mientras la médica se cernía sobre mí, ya con la jeringuilla en mi cuello. La distorsión continuó y la varvax alzó la mirada hacia el aire, gesticulando inquieta con los brazos.

En ese instante sentí que la tensión sobre mis manos remitía un ápice. Agarré la barra que tenía a mi espalda, la barandilla a la que me habían esposado, y fingí que no había cambiado nada. Y al estar en mi cuerpo, la deformación del aire cesó. Me había quedado aislada de Chet otra vez.

Aproveché que estaba sentada para esconder las manos y no me atreví a moverme para no revelar lo que había ocurrido. Miré a Brade, que de nuevo observaba cautelosa a la doctora. Estuve bastante segura, por su expresión, de lo que había en ese estuche de su cinturón. ¿Cómo podía sentirse nunca a salvo a las órdenes de Winzik, aunque fuese ella quien movía los hilos en secreto, mientras él tuviera la capacidad de drogarla y quitarle sus poderes?

Brade estaba paranoica. Siempre se situaba con la espalda hacia la pared. Se sobresaltaba al abrirse la puerta, vigilaba a su propia gente con cautela y hasta con cierta desconfianza. Jamás les permitiría tener un arma que pudiera usarse contra ella, como esa droga. A menos que existiera un antídoto.

Y eso era lo que llevaba en el estuche.

Cuando el aire dejó de distorsionarse, la mayoría del equipo de Brade regresó a sus puestos de mando. La propia Brade, en cambio, permaneció donde estaba, observándome. Hasta que por fin algo requirió su atención. Se volvió de mala gana para ocuparse de ello, y solo entonces me atreví a mover las manos y palpármelas. Ambas tenían una esposa metálica en la muñeca. Pero, sin que lo supiera nadie, la cadena entre ellas había desaparecido.

Era libre.

37

Pero qué *fascinantes* son estas criaturas —dijo el oficial científico kitsen en la oreja de Kimmalyn mientras ella luchaba por su vida contra el desmesuradamente enorme monstruo espacial—. Cuando tienen huevos fertilizados, comienzan a moverse más y más rápido, ganando velocidad a lo largo de años. Agotan sus reservas de energía en llegar hasta un sol, y entonces se pasan décadas enteras alimentándose de su energía, acelerando en órbita hasta que, con una fuerza descomunal, *lanzan* los huevos hacia otras estrellas.

—De lo más fascinantes —respondió Kimmalyn con educación mientras el fascinante guseno casi se tragaba su nave entera.

Esquivó hacia abajo siguiendo su cuerpo, procurando alejarse de aquellas fauces. Maniobrar cerca de aquel ser era rarísimo, porque era tan grande que casi daba la impresión de que estaba sobrevolando un terreno. Surcando la superficie de una estrecha plataforma espacial que se ondulaba, se curvaba, se retorcía. E intentaba comérsela.

¿Cómo podía algo tan inmenso tirarle unas dentelladas tan rápidas? Era como una serpiente enroscada que flotaba en el espacio. Kimmalyn aún tenía el sistema háptico desactivado, así que no sentía el chasquido de esos tentáculos al restallar como látigos a escasos metros de su nave, pero su mente imaginaba el sonido de todos modos.

—Pueden almacenar un montonazo de energía, como cabría esperar —prosiguió el oficial científico—. ¡Vamos, si es que se ha registrado que algunos huevos, después del lanzamiento, se desplazan a un veinte por ciento de la velocidad de la luz! Extraordinario. Me pregunto cómo frenarán después de eclosionar. En todo caso, han evolucionado para alimentarse de casi cualquier fuente de energía concebible.

»Aunque la entrada de esta base de datos zoológica tiene algunas lagunas, sé leer entre líneas. Pueden alimentarse de energía citónica igual que de las demás. Sin duda, es por eso por lo que este ejemplar se ha instalado cerca del nexo inhibidor. Es probable que haya estado alimentándose de la radiación citónica que emite la babosa. También es evidente que la Supremacía instaló algún tipo de protección para evitar que las criaturas se acerquen demasiado.

Supongo que un escudo. ¡De lo contrario, el gusano se habría comido el inhibidor!

Kimmalyn gruñó y descendió en ángulo forzado, saturando sus ConGravs. Había estado maniobrando demasiado y demasiado rápido. La fuerza del impulso embistió contra ella y la empujó atrás y arriba mientras aceleraba en sobrecarga, evitando por los pelos tres latigazos del monstruo a su cola. Se le empezó a poner la visión roja por la sangre empujada a su cabeza.

—¡Uuuh! —exclamó Praliné.

Las pruebas que habían hecho indicaban que los taynix soportaban mucha más aceleración que un humano. Quizá era por tener un cuerpo que parecía estar hecho a grandes rasgos de masa.

Estrellas, estrellas, *estrellas*.

—¿Rara? —dijo Kauri—. Estamos en posición. ¿Seguimos adelante con el plan?

—Sí —respondió Kimmalyn, incapaz de reunir las fuerzas para añadir «por favor».

Siguió esquivando mientras trataba de mantenerse por delante del monstruo.

Hasta que una andanada de disparos lo alcanzó.

El gusano dejó de perseguirla al instante. La *Nada a Contracorriente* siguió disparando, acribillando a la bestia con una descarga tras otra de fuego de destructor. Llevaban unas baterías de armamento muy superiores a las de Kimmalyn. Y, dado que llevaban unos minutos apartándose mientras ella distraía al bicho, estaban a bastante distancia para evitar el peligro inmediato.

Como Kimmalyn había esperado, el monstruo se concentró en aquel festín mucho mayor y empezó a culebrear hacia la *Nada a Contracorriente*. Que ya estaba alejándose a buena velocidad y no dejó de propulsarse mientras disparaba. El armamento no le estaba haciendo nada al gusano aparte de alimentarlo, pero la distracción funcionó de maravilla.

Kimmalyn por fin pudo perder velocidad. Se notó fría y mojada, con sudor goteándole por las mejillas.

—Uuuh… —dijo Feliz.

—Uuuh —convino Kimmalyn.

Observó los monitores de proximidad. El guseno seguía dando caza a la nave kitsen, pero ella tenía otro problema del que preocuparse. Casi había llegado un grupo de cazas de la Supremacía. No le quedaba mucho tiempo.

Aún temblando, Kimmalyn rotó su nave y se propulsó de vuelta hacia el nexo inhibidor. La instalación triangular no tenía ventanas, ni ningún rasgo

distintivo aparte de las antenas de radio arriba y abajo. Al acercarse, sus sensores captaron un escudo que la protegía, como había esperado. Invisible a la vista a menos que recibiera un disparo.

Kimmalyn se acercó más.

—¿Sentís a la babosa de ahí dentro? —preguntó a Feliz y Praliné.

La segunda babosa trinó vacilante. Kimmalyn no conocía muy bien a la taynix, pero aun así parecía buena señal.

Praliné irradió un poco de lo que estaba pasando. Kimmalyn no era citónica, pero sabía que las babosas podían proyectar emociones e ideas a la mente de quienes no lo eran. De lo contrario, no serían tan útiles en la comunicación interestelar como lo eran.

Le pareció que, por medio de Praliné, alcanzaba a sentir a la babosa de dentro del inhibidor. Estaba aterrorizada.

—Decidle que queremos salvarla —susurró Kimmalyn—. Decidle que somos amigos.

La babosa cautiva tenía dificultades para creerlo. Llevaba muchísimo tiempo sola. Estaba exhausta y confusa. Praliné y Feliz trabajaron en ello, pero Kimmalyn prestó atención a los cazas enemigos que se aproximaban. Tirda. Eran doce. No podía luchar contra doce ella sola.

Para colmo, esas naves la habían aislado de sus compañeros, y hasta se habían interpuesto entre ella y la nave kitsen. Como un nudo que se apretaba, iban a por ella. Su única escapatoria era hacia atrás, hacia otro grupo de cazas que llegaban desde esa dirección.

—Rogadle que tenga la amabilidad de anular su campo inhibidor —dijo Kimmalyn a las babosas—. Explicadle que podemos rescatarla si lo hace. La teleportaremos a Detritus.

Imaginó caviar, y un lugar calentito y seguro, oscuro y protegido. Intentó proyectar esas imágenes a la babosa mientras notaba crecer su ansiedad por…

Le llegó algo a la mente. Una emoción. Una tenue sensación de consuelo… ¿procedente de la babosa inhibidora? Seguida de una impresión nítida. *Marchaos*.

—Ven tú también —dijo Kimmalyn.

No.

—¿Por qué no? —preguntó—. Podemos darte la libertad.

Hago falta.

—¿Cómo? ¿Por qué? No lo entiendo.

Hago falta.

—Pero…

Marchaos. Me quedo. Hago falta.

Tirda, la pobre estaba hecha polvo. Kimmalyn sentía su desesperación, su fatiga, lo harta que estaba de vivir encerrada en una caja diminuta durante semanas seguidas. Pero no quería irse, por motivos que Kimmalyn no alcanzaba a comprender. Las babosas no pensaban como los humanos, y las imágenes que le envió a modo de explicación eran un revoltijo confuso.

Parecía estar dispuesta a excluir la nave de Kimmalyn del campo inhibidor, eso sí.

—Feliz —dijo—, vámonos.

—¿Uuuh?

—Encontraremos otra manera de ayudarlas —prometió Kimmalyn.

Echó un vistazo para comprobar que la *Nada a Contracorriente* estaría bien. Por suerte, el gusano había dado media vuelta y la nave kitsen estaba ya a poca distancia de fuerzas amistosas. Así que Kimmalyn urgió de nuevo a Feliz y, en un parpadeo, hipersaltaron.

La babosa sabía que iban a castigarla por dejarlos marchar. De una forma dolorosa, quizá fatal, cuando concluyera la batalla. Y aun así, había ayudado, pero también había rechazado la ayuda de Kimmalyn. ¿Por qué?

El caza de Kimmalyn se materializó dentro del cascarón defensivo de Detritus. Llamó a Jorgen de inmediato.

—Tenemos un problema, Caracapullo —dijo tan pronto como lo tuvo en línea.

—¿Cuál? —preguntó él—. Has saltado. ¿Tienes la babosa de ese nexo inhibidor?

—No —dijo ella—. Se ha negado a venir conmigo.

—¿Por qué?

—A saber —respondió Kimmalyn—. Ha dicho que hacía falta. Entendía que quería rescatarla, pero no ha querido venir y punto.

Jorgen se quedó callado.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella—. A lo mejor podría haberla obligado a venirse, haciendo que Feliz la trajera al hipersaltar, pero he decidido que mejor no.

—Has decidido bien, Rara —dijo Jorgen—. Si hubieras transgredido su confianza, sospecho que ninguna de las otras nos haría caso. Igual podemos convencerlas de que bajen sus campos inhibidores y dejen que Detritus hipersalte hacia delante, ¿no?

—No sé —respondió Kimmalyn—. Esta me ha indicado que la castigarían por dejarme marchar. Y además, tendríamos que contactar con ellas una por

una. ¿A cuántas babosas tendríamos que convencer para que hagan un agujero donde quepa Detritus?

Decenas, quizá centenares. Más de las que eran viables en plena batalla, eso seguro.

—Trabajaré en una solución —dijo él, sonando atribulado—. De momento, llama a FM y cuéntaselo. Está reuniendo todas las experiencias de los pilotos y pondrá al tanto a los jefes de escuadrón. Necesitan saber que esta batalla acaba de complicarse aún más.

38

Qué curioso —dijo un general tenasi que estaba de pie al lado de Brade, dándome la espalda mientras observaba la batalla—. Ya es la cuarta oportunidad que han tenido de destruir un nexo inhibidor y, de nuevo, los humanos no la han aprovechado. ¿Están creciéndoles *karochas*? Quizá nuestras suposiciones sobre su naturaleza agresiva eran incorrectas.

—Si eran incorrectas, general —repuso Brade—, ¿nos habrían atacado aquí? ¿Con una fuerza inferior, en nuestro núcleo de poder?

—No, supongo que no. —El general entornó sus ojos reptilianos—. Aun así, es curioso.

Mis manos estaban libres, pero aún no me había movido. Tenía que elegir el momento adecuado. ¿Cómo llegar a ese estuche en el cinturón de Brade? Si me equivocaba al pensar que contenía un antídoto, sería un desastre. Pero estaba cada vez más convencida de tener razón. Su forma de mantener un espacio entre ella y todos los demás, incluidos sus generales y guardaespaldas, su forma de apoyar la mano en ese estuche como si la tranquilizara…

Desarrollé una docena de planes distintos y los descarté todos. Si me abalanzaba sobre ella, no solo era probable que me disparasen, sino que Brade se limitaría a hipersaltar. Antes necesitaba que estuviera distraída.

Por insoportable que fuera, esperé. Observé. Como una tigresa en la hierba alta. O… bueno, en realidad no. Nunca había visto a ningún tigre fuera de las imágenes de la escuela y las historias de mi abuela. Si acaso, era una rata en un rincón oscuro. Pero maldita sea, las ratas eran persistentes. ¿Qué les había pasado a los tigres? Muertos, desaparecidos con la antigua Tierra. ¿Y a las ratas? Habían reclamado las estrellas con nosotros, infestando cada planeta. Hasta Detritus, donde tenían que sobrevivir a base de setas y bichos.

Yo era la chica rata. Había crecido entre ellas, cazándolas. Teniendo en cuenta la cantidad de ellas que me había comido a lo largo de mi vida, era como mínimo medio rata en masa corporal. Podía ser paciente. Podía ser meticulosa.

Pero era difícil. Me sentía aislada, incapaz de volver a contactar con Chet, incapaz de volver a hablar con M-Bot. Sola, vi cómo se desarrollaba la

batalla. Las fuerzas desafiantes se negaban a destruir los nexos de inhibición. Lo cual los honraba, porque Jorgen había dicho que venían a liberarlos.

En el otro lado del holograma, el asalto temerario y masivo de Brade contra la *Desafiante* continuaba. Brade desperdiciaba naves sin piedad, mientras nosotros ni siquiera estábamos dispuestos a dañar a las babosas de la Supremacía. Enviaba sus tropas en un movimiento como de punta de lanza, para perforar nuestras defensas en su intento de alcanzar la misma *Desafiante*.

Se me revolvía el estómago de verlo. Y no era la única.

—Señora —dijo una general—, hoy muchos de nuestros cazas estelares son naves pilotadas, no drones. Está… actuando como si no hubiera gente a bordo.

—Son soldados —replicó Brade, sin apartar la mirada del holograma—. Para esto me necesitáis, general. Yo puedo hacer lo que debe hacerse, mientras que a vosotros os criaron con las idioteces mulliditas de la Supremacía. He estudiado a los grandes guerreros del pasado, tanto de mi cultura como de las vuestras. No tengo ningún sentimentalismo. —Se inclinó hacia delante, agarrándose a la barandilla que rodeaba el mapa holográfico—. Yo *nací* para hacer esto.

El corazón se me partió aún más. Por la niña a la que habían educado para asimilar en exclusiva la idea de que era un arma. Por la mujer que creía que, si ella no terminaba gobernando y ganando, todo su dolor y sus sacrificios habrían sido en vano. Por la persona que estaba dispuesta a aplastar la mejor esperanza que tenía la galaxia de obtener la paz y la libertad solo por demostrar que podía hacerse.

Yo podría haber sido ella. En realidad, debería haberlo sido, teniendo en cuenta mi habla sangrienta y mis bromas sobre matar. Pero mis experiencias me habían cambiado. Habían cambiado a todo el mundo en Detritus, a juzgar por cómo estábamos rechazando cada oportunidad de destruir los nexos inhibidores, con nuestros cazas desorganizados mientras se veían obligados a replegarse. La propia *Desafiante* estaba retirándose hacia un lugar seguro.

Demasiado despacio. No escaparía del campo inhibidor enemigo y no llegaría a Detritus sin perder decenas, quizá cientos de vidas. Supe en ese instante, observando, que o hacía algo o la batalla, la guerra entera, se perdería.

39

Becca Nightshade dejaba los detalles a otra gente. Comprendía el papel de una capitana, y no consistía en microgestionar la batalla. Los generales kitsen le enviaban instrucciones, en esa ocasión de iniciar la retirada, y ella las transmitía y delegaba como le correspondía, pero no estaba atenta a las conversaciones por radio. Eso se lo dejaba a los oficiales de comunicaciones, que le hacían llegar los asuntos más importantes. No exigía novedades sobre todos y cada uno de los acontecimientos de la batalla, porque ya había puesto a buena gente al cargo de supervisar la situación.

Nada de todo eso era el trabajo de Becca. Su trabajo era doble. Ser vista. Y ver. No con los ojos, en su caso.

Tenía la mano extendida hasta el centro de su holograma táctil y observaba el movimiento de naves y cazas estelares, con la atención puesta en la danza general. En el patrón del campo de batalla. Buscando alguna debilidad en su oponente, como un hueco en la muralla de escudos o un espadachín doliéndose de una pierna.

Cuando la encontró, el descubrimiento la dejó sorprendida.

¿De verdad podía estar tan claro, ser tan obvio? Enderezó la espalda y movió la mano deprisa por el mapa de batalla táctil. El enemigo estaba apretando hacia dentro con todas sus fuerzas. Invirtiendo todos sus recursos en presionar a la *Desafiante*. Era una estrategia válida: tenían una abrumadora superioridad numérica, así que podían permitirse ser imprudentes. Su objetivo era obligar a las tropas de Becca a ponerse a la defensiva, a abandonar los objetivos de su misión y empezar a luchar solo por la supervivencia.

Los generales y almirantes de entre los estrategas kitsen habían reaccionado a eso haciendo que la *Desafiante* retrocediera. No era una retirada general, sino una cuidadosa cesión de terreno. Se les estaba desbaratando el objetivo. No lograban que las babosas inhibidoras aceptaran su ayuda.

«No habría funcionado de todas formas —pensó Becca, repasando las cifras que le habían dado—. Tendríamos que anular el campo de docenas de babosas para hacer sitio al salto de Detritus. ¿En plena batalla? Sería complicado aunque estuviéramos dispuestos a destruirlas».

—Beowulf —dijo a uno de sus asistentes actuales—, léeme ese informe que ha enviado antes Jorgen. Hace tres mensajes.

—Hum. —La voz del joven llegó desde su derecha—. Hace tres mensajes… Otros dos pilotos, entre ellos FM, han confirmado lo que decía Kimmalyn: las babosas les permiten hipersaltar para salvarse a sí mismos, pero no quieren acompañarlos. Algo está impidiendo que las babosas acepten el rescate.

—Pero sí que están dispuestas a saltarse las normas por nosotros —respondió Becca.

Capturar la *Desafiante* era crucial para la estrategia del enemigo. Así que habían atacado con sus propias naves de guerra, incluidos los transportes, usando toda arma a su disposición para acosar las fuerzas de Becca. Para intentar superar los escudos de la *Desafiante*. Para derribar la nave insignia. Y aun así, no se daban cuenta de…

Becca se acercó el teclado. No tenía tanta práctica como debería, tal vez. Una no aprendía a mecanografiar en la vida que ella había llevado. Pero palpó los números en las letras y, prestando mucha atención, redactó una concisa secuencia de instrucciones. Fueron solo unas líneas que detallaban cómo quería comandar sus fuerzas. Se las envió a los generales kitsen.

Las implicaciones de lo que estaba sugiriendo le aceleraron el corazón y le hicieron temblar los dedos. Seguro que se le había pasado algo por alto. Otras mentes mejores que la suya repasarían su propuesta y le encontrarían defectos.

Pero, como tuviera razón…

Podía ganar aquella guerra.

40

Jorgen estaba perdiendo aquella guerra.

Había echado toda la carne en el asador de una batalla final porque, tras mucho deliberar, la coalición había determinado que Spensa tenía razón. Su mejor apuesta era un asalto masivo allí, donde el enemigo tenía sus babosas.

Así que habían atacado, con la intención de liberar a tantos taynix como fuese posible. Habían atacado con la esperanza de liberar a Spensa, su arma más volátil pero más impresionante. Esa había sido su única oportunidad de cambiar las tornas en la guerra.

Y estaba perdiendo.

No era ningún experto en táctica de batalla a gran escala, pero tampoco un inútil. Incluso antes de ir a la escuela de vuelo, su educación había requerido que comprendiera y practicara el mando. Estando en ella, había recibido entrenamiento de oficial en las mismas materias.

Por tanto, comprendía lo que estaba ocurriendo. Llegar a los suficientes nexos inhibidores para desplazar Detritus era imposible, porque requeriría dispersar sus fuerzas hasta un extremo peligroso. Incluso si las babosas aceptaban dejar pasar a la base planetaria, sencillamente había demasiadas.

Delante de él, el campo de batalla era un avispero agitado de puntos rojos y azules, pero sus naves en rojo estaban acorraladas y obligadas a retroceder sin pausa. Las fuerzas de la Supremacía, en azul, no dejaban de avanzar. Extendiéndose a los lados, dejando espacio solo detrás de la *Desafiante* para una cuidadosa retirada.

Cada nave que desaparecía era una puñalada en el corazón. La coalición ya estaba del todo a la defensiva. Era el momento de que Jorgen tomara la decisión. El momento de la retirada total.

Lo cual era equivalente a renunciar a la guerra. Jamás tendrían otra oportunidad como aquella. Su segunda mejor opción sería esconderse, confiando en poder escapar de los ojos de la Supremacía. Tendrían que abandonar a sus aliados. Y a Spensa.

Él tendría que abandonar a Spensa.

«Ahora tienes que pensar en lo mejor para tu pueblo —se dijo—, no en una sola persona».

Dolía de todos modos. Dio la espalda a la gran pantalla de la pared en la sala de mando y caminó entre el silencio. La mayoría de los contralmirantes, y hasta los asistentes, se daban cuenta. La sala contuvo el aliento colectivo mientras Jorgen llegaba al fondo de la larga mesa, donde esperaban los generales y almirantes kitsen.

Habían instalado una segunda mesa de batalla encima de la de tamaño humano. Pero no había nadie sentado. Habían llenado el suelo a su alrededor de notas, mapas y diagramas y estaban hablando en voz baja. El alfiler de Jorgen le fue traduciendo fragmentos.

—… posible…

—… sí, es correcto. Es correcto…

—… sugiero resituar aquí para maximizar el efecto…

Jorgen hizo acopio de valor para pedirles su método sugerido de retirada. Pero antes de decidirse, le llamó la atención Itchika, la estratega suprema kitsen. Estaba distraída por algo, leyendo un mensaje. El general Goro estaba a su lado, con su exoesqueleto de batalla puesto a pesar de que no estaba ni cerca del frente.

Goro alzó la mirada con los ojos como platos. Tenía una temible franja negra que descendía por el centro de su pelaje gris y blanco.

—Almirante Weight —dijo—, tienes que ver esto.

—¿Ver… qué?

—El plan de batalla propuesto por la capitana Nightshade —respondió Goro, señalando hacia unos papeles de tamaño kitsen en la mesa—. Ha encontrado una solución. Una muy sencilla que se nos había escapado, al ser demasiado novatos en el uso de la citónica.

—Es una senda a la victoria —dijo otra kitsen mientras se levantaba—. Una oportunidad. Una verdadera oportunidad.

—Explicádmelo —pidió Jorgen, que se atrevió a dejar que la esperanza cobrara vida aleteando en su interior.

—¿Jorgen? —dijo la voz de la yaya desde una pequeña tableta de datos que había en la mesa de conferencias—. ¿Eres tú?

—Sí, capitana Nightshade —respondió él, dándose un golpecito en la oreja para abrir una línea directa con ella.

—¿Te han contado mi pequeña idea? —preguntó la yaya.

—Parecen muy impresionados —dijo Jorgen—, pero aún no conozco los detalles.

—Bueno —dijo ella—, necesitamos que la mitad de los cazas vayan detrás de la *Desafiante* y contacten con los nexos inhibidores que hay ahí,

mientras la otra mitad vuela a lo loco y acercándose demasiado a las naves de guerra hostiles.

—Eso te dejará expuesta —repuso Jorgen—. Sin cazas para defender la *Desafiante,* el enemigo podrá anular tus escudos.

—Sí —confirmó ella—. No paran de acosarnos con una agresividad increíble. Una agresividad insensata.

—Quieres intentar que las babosas que hay detrás de la *Desafiante* dejen hipersaltar a Detritus —dijo Jorgen, agachándose para mirar los minúsculos mapas de los kitsen. Tendría que haberlos pasado a la pantalla, pero estaba demasiado emocionado—. Ya nos lo habíamos planteado, pero tendríamos que contactar al menos con cincuenta nexos inhibidores a la vez. No funcionaría.

—Es imposible —convino Goro—. Pero esto es distinto, almirante Weight. Esto es osado.

—Detritus no es solo un planeta —dijo la yaya—. Es un planeta con mil plataformas flotantes. ¿Qué haría falta para teleportar *solo* las porciones del cascarón que tienen nuestras baterías armamentísticas? Son mucho más pequeñas, del tamaño de naves.

—Tirda —exclamó Jorgen, mirando a los ojos a Goro.

¿Era posible? Las plataformas armadas contaban con su propia tripulación desde hacía un tiempo, y siempre habían contenido sus propias fuentes de energía. Jorgen tendría que haberlo pensado después de encontrar aquella plataforma solitaria en ReAlba…

—Necesitamos a Gali en el comunicador —dijo Jorgen—. ¡Quizá sea posible! Pero, capitana Nightshade, la Supremacía adivinará lo que estamos haciendo si lo intentamos. Y esas plataformas estarán muy expuestas sin las defensas de Detritus.

—El plan ya lo tiene en cuenta —terció Itchika desde allí cerca—. ¿Ves cómo se concentra el enemigo? Lo único que tenemos que hacer es retener su atención.

Un asistente entregó a Jorgen una tableta de datos con los detalles completos del plan de la yaya. Estaba anotado a toda prisa por los kitsen, que habían añadido las tácticas y los movimientos concretos al breve mensaje de la capitana. Ellos tenían la experiencia en combate. Pero la yaya… a pesar de carecer de todo ello… tenía algo casi tan importante. Agallas.

—Es una apuesta peligrosa —dijo Goro—. Hay una buena probabilidad de que el enemigo acabe comprendiendo lo que pasa a pesar de las distracciones que le pongamos, y entonces el plan se vendría abajo. Pero

sabemos que su comandante es impetuosa, joven, sedienta de victoria. Se le nota en cada orden que da. Podría no tener el suficiente cuidado. Si es así…

—Si es así, esto podría ser enorme —dijo la otra kitsen—. ¿Nos arriesgamos?

Jorgen no respondió hasta haberse leído a conciencia y comprendido el plan de batalla que sugería la yaya. Lo que había esbozado por fin encajó. Y, lleno de horror, Jorgen comprendió lo que costaría.

—Esto significa… —dijo mirando a los kitsen.

Uno tras otro, todos asintieron. Lo sabían.

—Es lo que debe hacerse, Jorgen —afirmó la yaya—. Es la única manera.

—Recomendamos seguir las indicaciones de la capitana Nightshade —dijo Goro—. Retirarnos ahora tendrá un coste tremendo y nos dejará en una posición más difícil si cabe para el futuro. No obstante, hemos aceptado tu liderazgo en esta batalla. Haremos lo que decidas.

Jorgen respiró hondo. Y no tomó la decisión aún. En vez de eso, con el plan en la mano, anduvo hasta un lado de la sala y se sentó en una silla, dejando a los asistentes junto a la mesa con aspecto inseguro.

Cobb se inclinó hacia delante, saliendo de las sombras donde había estado sentado. Tenía ojeras y parecía mucho más viejo de lo que debería.

—¿Lo ha leído? —le preguntó Jorgen, dándole un golpecito a la tableta.

—Acabo de terminar —dijo Cobb.

—Creo que debería decidir usted —le pidió Jorgen en voz baja—. Cobb, usted tiene la experiencia, la edad, la sabiduría.

Cobb dio un leve bufido.

—¿Crees que la edad te da la sabiduría, hijo? Si lo hiciera, no conocería a tantos viejos idiotas.

—Cobb… estoy haciendo todo lo que puedo —dijo Jorgen—. Pero no puedo evitar pensar que soy demasiado joven para esto. La decisión debería tomarla alguien más experto.

—Becca Nightshade me saca treinta años como mínimo —señaló Cobb —. Y el plan es suyo. —Se inclinó más hacia delante—. Pero, Jorgen, esto no debería depender de la edad. Te pusimos a ti al mando, yo incluido, porque confiamos en ti. Esta batalla, esta guerra, esta victoria… nos llevan a un mundo completamente nuevo. ¿Crees que nosotros, los viejos idiotas, sabríamos qué hacer con un mundo nuevo? Nos hemos pasado generaciones forcejeando contra un muro de destrucción inamovible.

»Nos hemos arrojado contra esa fatalidad una y otra vez. Y eso nos ha endurecido la voluntad, sí, pero también la mente. Por eso dejé el

almirantazgo. Mi salud fue una excusa, y bastante buena. Pero sabía, y sigo sabiendo, que en realidad quería poner al mando a alguien capaz de abrazar una vida mejor. No quedarnos con alguien que se desgastó exprimiendo hasta la última gota de esperanza y alegría de los reclutas para poder arrojarlos al fuego.

Cobb lo miró entonces, y Jorgen vio ecos de esas palabras en su rostro, en sus ojos. ¿Cómo debió de ser pasarse décadas entrenando a un nuevo escuadrón de pilotos tras otro, solo para verlos morir en oleadas enfrentándose a los krells? Centenares de chicos a los que había llegado a coger cariño, muertos cada mes, y sabiendo en todo momento que tendría que entrenar a más, que tendría que seguir enviándolos a todos al mismo destino…

Jorgen siempre había considerado a Cobb un hombre fuerte, durísimo. Y sí que era fuerte. Pero hasta los hombres fuertes podían agotarse. Jorgen apoyó la mano en la espalda de Cobb y lo comprendió. Ahora esa carga tenía que llevarla otra persona. Esa decisión debía tomarla otra persona, por difícil que fuera.

—Contactad con la capitana Nightshade —ordenó Jorgen, llenándose de determinación mientras se levantaba—. Felicitadla por su ingenio y decidle que ponga el plan en marcha con honor y desafío.

41

Ahí —dijo Brade señalando el holograma—. Ahí. Atacad con todo lo que tenemos justo ahí. Empiezan a flaquear. ¡La mitad de sus cazas están huyendo! Abandonan su nave insignia y los demás son un desastre disperso, rompiendo formación. ¡Podemos capturar la *Desafiante*!

—Sí, señora —dijo el general, y asintió hacia los demás—. Enviaremos las artilleras y…

—Todo —lo interrumpió Brade—. Lo enviaremos todo. Tenemos que aplastarlos. No solo su cuerpo, general, sino también su espíritu, y el espíritu de cualquiera a quien se le pueda pasar jamás por la cabeza alzarse en armas contra nosotros. No solo estamos luchando por la victoria de hoy. Esto tiene que ser un símbolo.

Vi la lógica de su razonamiento. Aun así, me parecía imprudente, incluso temerario. Y eso que yo era la chica que siempre echaba a correr en clase de gimnasia antes de que el profesor terminara de dar las instrucciones. Había algo… raro en aquel campo de batalla, aunque no sabía determinar por qué. ¿Tan deprisa se rendían nuestras fuerzas?

No tuve tiempo de considerarlo, porque Brade se volvió hacia mí. Me tensé, preocupándome de no sacar las manos de detrás de la espalda, fingiendo que aún estaba esposada.

—Es la hora —dijo Brade.

—¿Señora? —preguntó une asistente dione—. ¿La hora de qué?

—De asegurarme de que tenemos refuerzos —respondió Brade.

Incluso con las drogas en mi cuerpo, sentí una tenue vibración citónica emanar de ella. Estaba contactando con los zapadores.

Hice fuerza contra mis ataduras químicas, deseando poder oír lo que les decía. Entretanto, comprendí por qué Brade se permitía ser tan irresponsable con sus fuerzas. Tenía otra arma preparada para apoyarlas, y estaba desenfundándola en esos momentos. Por fin, tras siglos de esfuerzos e intentos fallidos, alguien iba a utilizar en batalla a los zapadores. Y lo único que había hecho falta era tenerme a mí como amenaza.

Me preparé para lanzarme contra ella. Con un poco de suerte, aunque tuviera la mirada fija en mí, estaría distraída por su comunicación citónica.

Y… bueno, y si me disparaban, aun así conseguiría algo importante. Brade perdería su moneda de cambio con los zapadores.

Me retorció el alma darme cuenta de que lo más que podía lograr en esos momentos era hacer que me mataran. Me armé de valor para el ataque de todos modos, pero, justo antes de levantarme de un salto y cargar contra ella, una voz se adentró en mi cabeza.

¡Hola!, dijo M-Bot.

42

Había una cosa que confundía a Micelio-Bot. No le entraba en la cabeza por qué los zapadores se habían dejado a sí mismos tan vulnerables.

Mientras se movía entre ellos, tuvo oportunidades de *mezclarse* con aquellos seres. Era una experiencia difícil de analizar. Micelio-Bot quería registrar lo que le estaba sucediendo para asimilarlo y explicarlo en el futuro, así que lo intentó. Pero ¿cómo expresarlo? Los zapadores pasaban unos a través de otros constantemente, en una especie de… evaluación para asegurarse de que seguían coincidiendo. Igual que las entidades biológicas tenían defensas a escala celular buscando piezas muertas, malformadas o rotas para destruirlas.

Esos constantes empujones entre ellos, las fusiones y comprobaciones, servían para que todos siguieran siendo lo mismo. También era una de sus mayores debilidades, porque, como Micelio-Bot había teorizado antes, podía utilizarse para diseminar un patógeno entre ellos. Su pequeño experimento lo había demostrado. Podía liberar una reacción en cadena, crear un nuevo modelo que todos terminaban copiando.

Solo que temía que, si lo intentaba con algo grande, repararían en ese defecto y emplearían su sistema para asfixiar el modelo nuevo en vez de adoptarlo. Era para lo que estaba diseñado el sistema, al fin y al cabo. Para identificar los virus y exterminarlos. Para garantizar que todos los zapadores se mantuvieran exactamente iguales.

Por tanto, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo podía convertir ese sistema de uniformidad en el arma que los destruyera? Aún no tenía la respuesta.

Pero estaba el dolor; esa era la segunda clave. Repasó de nuevo lo que sabía. Todos lo sentían, justo por debajo de la superficie. Marcado como comentario no ejecutable, pero aun así relevante. La herida se reabría cada vez que se filtraba demasiado de la alguna-parte. Ese paso del tiempo, ese conocimiento del espacio, de algún modo hacía que el dolor aflorase de nuevo, como un charco de sangre congelada bajo la nieve que se derrite en un día caluroso.

Le gustaba ese símil. Tomó nota de él. Aunque Spensa no había visto mucha nieve, se figuró que la parte de la sangre haría que le gustara la comparación.

Pero, volviendo a los zapadores, ¿por qué? ¿Por qué dejarse así de expuestos? Habían creado una barrera de olvido entre ellos y ese dolor, pero podrían haberlo borrado por completo. ¿Por qué no lo habían hecho?

Seguía dándole vueltas a la pregunta cuando se colaron noticias desde la alguna-parte. Eso le permitió llevar la cuenta del tiempo, y le dio prisa. Pudo interpretar el lado de la batalla de la Supremacía y oírlos presionando a sus amigos, acorralándolos, preparándose para destruirlos.

Spensa volvía a estar presa y drogada. Quizá Micelio-Bot lograra atravesar esa restricción, ya que, aunque las drogas convertían a Spensa en una persona normal, los citónicos como él podían hablar con la gente corriente, poniéndole esfuerzo. También vio que Brade se disponía a activar a los zapadores.

Se le terminaba el tiempo. Necesitaba conocer el secreto. Necesitaba entender por qué los zapadores no se habían limitado a borrar esa parte de sí mismos. Con lo fácil que…

«Ah». Mientras rozaba contra varios zapadores, fundiéndose con ellos y utilizando su falsa sensación de zapadorismo para engañarlos, por fin lo vio. Captó el suficiente atisbo de su antiguo código, de sus almas, para comprenderlo.

No podían borrar el dolor sin borrarlo a *él*. A esa persona a la que habían querido tiempo atrás. A esa persona a la que, en cierto modo, habían sido creados para querer. Estaban dispuestos a permitirse olvidarlo para aliviar el dolor, pero no soportaban la idea de borrar por completo su recuerdo.

Y así, vivían en una terrible contradicción. Habían huido allí para librarse del dolor de la pérdida. Pero la perspectiva de estar separados por completo del hombre al que habían perdido era mucho mucho más dolorosa. De modo que ahí estaban, con la hoja a medio camino del corazón. Atravesando la piel, pero no hundiéndose más adentro.

A Micelio-Bot aún le faltaba otra respuesta, sin embargo. Así que decidió atreverse. Como había aprendido mientras recorría la ninguna-parte con Spensa, podía elegir. En ese momento eligió. No había sido capaz de hallar la respuesta, por lo que tendría que ponerse en peligro para obtenerla.

—¿Por qué? —preguntó mientras los demás topaban con él—. ¿Por qué le tenemos miedo a esa chica?

La pregunta lo identificó de inmediato como divergente. Ninguno de los otros estaba pensando aquello. Lo veían como un zapador, no como a sí mismo; su camuflaje funcionaba. Pero a sus ojos se había convertido en un zapador corrompido por los puntitos de alguna-parte que se filtraban.

Fueron a por él, ahogando la pregunta, intentando obligarlo a que sus pensamientos coincidieran con los de ellos. Pero Micelio-Bot tuvo el valor de no cambiar. Tuvo el valor de seguir preguntando.

—¿Por qué? —dijo—. Lo he olvidado.

Cuando no cambió, cuando se mostró firme, otros empezaron a preguntarlo también. Era el problema que tenía su protocolo. Siempre que la pregunta fuera razonable, podía infectarlos. Llegó otro grupo a proporcionar una respuesta que asfixiara la pregunta.

Puede destruirnos, pensaron. *Es el peligro.*

—¿Por qué?

La alguna-parte. La alguna-parte. Un ser de dos mundos. Puede…

Spensa podía llevar la alguna-parte a ese lugar. En avalancha. Podía hacer que el tiempo se moviera.

Y Micelio-Bot por fin tenía la solución.

Spensa abarcaba ambos dominios, la alguna-parte y la ninguna-parte. Era capaz de llevar allí el tiempo, el movimiento y la aniquilación. Si traía la alguna-parte en cantidades ingentes, la fina protección que tenían los zapadores contra su dolor se desgastaría. Era endeble. No estaba hecha para durar, pero podía aguantar allí, fuera del tiempo.

Y sin ella, como la sangre calando a través de un vendaje, el dolor llegaría. Los zapadores se quedarían paralizados.

Pobrecillos. Micelio-Bot ya los conocía lo suficiente como para empatizar. Pero él era… bueno, si no un soldado, al menos el amigo de una soldado. Sabía que aquello debía hacerse. Por desgracia, Spensa estaba aislada de sus poderes otra vez.

Pero él podía sentirla. Así que esperó a que Brade llamase a los zapadores como sabía que terminaría haciendo, debilitando así la barrera, facilitándole que extendiera su mente hacia Spensa. En ese momento, envió una sola palabra al otro lado: *¡Hola!*

Ella no respondió. Micelio-Bot solo sintió una nebulosidad en su amiga, mucho más espesa que la de antes. Por desgracia, eso significaba que tendría que idear su propio plan.

¡Qué divertido! ¡Y qué sobrecogedor!

Tener voluntad era una cosa terrible, en serio. Pero, de momento, se decidió por una solución. Y esa solución era la tradicional estrategia bélica consistente en demorar.

43

Señora —dijo Beowulf desde un lado de Becca—, esa última orden…

—Está autorizada por el Alto Mando —lo interrumpió Becca, palpando su mapa con la mano derecha—. Dirígete a tu transporte y abandona la nave.

—¡No podemos abandonar la *Desafiante*! —exclamó Beowulf.

—El ordenador puede ocuparse del resto de las maniobras —dijo Becca —. Obedezca la orden, teniente.

No hubo pasos. Becca estaba a punto de insistir cuando notó que el joven la abrazaba. Una repentina e inesperada calidez en aquel momento difícil.

—Vete —dijo Becca—. Ya.

El último miembro de la tripulación del puente se retiró y sus pisadas sonaron fuertes cuando llegó al pasillo sin moqueta de fuera. Becca estudió el mapa y vio que los cazas estelares estaban obedeciendo sus órdenes, dispersándose, como si hubiera cundido el caos entre ellos. La mitad hacia atrás, la mitad hacia delante, fingiendo desorganización. Fingiendo miedo. Pero, en realidad, dirigiéndose a los nexos inhibidores de detrás de la nave y hablando con sus babosas, suplicándoles.

La maniobra dejó a la *Desafiante*, el recién reconstruido símbolo de su pueblo, sola e indefensa. Becca sacó la mano del mapa y se levantó, haciendo crujir la moqueta nueva con las botas. Volvió la cara hacia delante, hacia su enemiga, que Becca sabía que estaba allí más allá del casco, más allá del vacío, observando desde su lado del campo de batalla.

—Venga —dijo Becca—. Me has echado encima todo lo que tienes para matarme. Aquí estoy.

El casco se sacudió mientras la nave, empleando un patrón de fuego automatizado, disparó una andanada tras otra mientras se retiraba… demasiado despacio. Solo había un motor en marcha de los cuatro, y otro estaba soltando chispas al espacio. Porque la propia Becca había ordenado que detonaran explosivos en él. Era una treta clásica: hacer como que la nave estaba averiándose por haberla forzado demasiado.

La *Desafiante* era un símbolo, sí. Y, como símbolo, representaba algo. Un concepto que no moriría por muchas naves que se destruyeran.

Era lo que la almirante enemiga no comprendía. Lo había demostrado al dedicar tantos recursos a atacar la nave. Así que Becca estaba proporcionándole a esa lejana almirante lo que deseaba ver: cazas desperdigados por todas partes y abandonando la nave insignia. Transportes de personal huyendo.

Una nave en graves apuros, tentadora.

—Venga —dijo Becca mientras hacía virar la nave como si escapara hacia un lugar seguro—. Crees que me has derrotado. Ahora ven a rematarme. Ven si te atreves.

44

Haz que esto signifique algo».

Eran las últimas palabras que el padre de Brade le había dicho jamás.

«Haz que esto signifique algo». Sus palabras mientras se llevaban a su frenética niña de su lado.

Habían ejecutado a los padres de Brade tres años después. Se suponía que no debería saberlo. Pero Brade había encontrado el informe oficial de defunción, que decía que los habían «sacrificado». Por lo visto, habían salido a la calle y «asustado» a alguien importante, que había anulado el permiso para tenerlos en custodia.

Nunca había llegado a saber con certeza si Winzik era el responsable de su muerte. La ausencia de padres implicaba la ausencia de otras influencias en ella. Algo que se había vuelto cada vez más relevante a medida que Winzik se iba dando cuenta de lo poderosa que era como citónica.

Winzik había sido despiadado, para ser un varvax. Brade casi lo echaría de menos. Lástima que nunca hubiera comprendido que no era ella quien encajaba en los planes de él, sino al revés. Ese día iba a culminar la obra de Brade, cuando extendió su mente a la ninguna-parte y se dirigió a los zapadores.

«Haz que esto signifique algo». Sí. Todo aquello significaría algo. Cuando una humana, después de siglos de intentos, por fin conquistara la galaxia.

Los zapadores estaban escondidos, como siempre últimamente. Antes, cuando Brade accedía a la ninguna-parte, aparecían sus ojos, furiosos, potentes, temibles. Ahora parecía estar sola, aunque alcanzaba a percibirlos a su alrededor, observando. Crepitando, con el suave ardor de las ascuas al enfriarse después de apagar una hoguera.

Ha llegado el momento de que cumpláis vuestra promesa, les dijo. *Uníos a nosotros en esta batalla.*

Habían acordado que los utilizaría solo en caso de emergencia. Pero necesitaba dar un puñetazo en la mesa e intimidar a sus propias fuerzas, para que a nadie se le ocurriera hacerle a ella lo que ella le había hecho a Winzik.

Si vamos, ¿destruirás a la abominación?, le preguntaron. Como de costumbre, pensaban y reaccionaban como un solo ser, un millón de voces

hablando al unísono.

No permitiré que os atormente, dijo Brade. *Es todo lo que os prometo por ahora. Si esto sale bien, si sois capaces de distinguir entre mis fuerzas y las rebeldes, ya veremos. De momento, quiero a unos diez de vosotros aquí en mi dominio, listos para combatir a mis adversarios.*

Tal vez diez fueran una medida extrema, pero Brade necesitaba que aquello pasara a ser un símbolo, un día para el recuerdo. Haría público el metraje de la batalla con cuidado, mostrándole el peligro que suponían los insurgentes, pero también, como quien no quiere la cosa, revelando su propia fuerza. Ese día, por fin, haría que el sacrificio de sus padres significase algo. Ese día…

Hum, ¿perdona?, dijo un zapador.

Uno. Un zapador en particular. Abrió un ardiente ojo blanco para mirarla de arriba abajo, menos asustadizo que los demás.

Era una experiencia incongruente. Brade nunca antes había distinguido a uno de ellos. Nunca se había dado el caso de que uno actuara fuera de sincronía con los otros.

¿Sí?, dijo Brade.

Sí, hum, es que no me lo creo, dijo el zapador.

¿No te lo… crees?

Que tengas a la abominación humana como afirmas.

Os la he enseñado, dijo Brade, irritada.

Podría ser una ilusión o un truco, respondió el zapador.

¿Una… ilusión o un truco?

¿No podéis sentirla?, preguntó Brade.

Ahora mismo no, dijo el zapador, y los demás parecieron estar de acuerdo en eso. Aunque también parecían perplejos por el comportamiento de ese zapador concreto.

¿Había zapadores empezando a mostrar individualidad? Las filtraciones de la alguna-parte en sus dominios estaban afectándolos, haciendo que se desviaran unos de otros.

Con un gruñido, Brade cambió el enfoque para poder ver la alguna-parte superpuesta con atisbos de los ojos y los zapadores. Cruzó la sala a paso rápido y agarró a Spensa por el cuello del mono para enseñársela a aquellos seres.

Aquí está, dijo Brade. *La tenemos drogada para impedir que acceda a vuestro lado. De otro modo sería demasiado peligrosa.*

No sé yo…, dijo el zapador raro. *Me da mala espina.*

¿Mala espina? Brade frunció el ceño y soltó a Spensa.

¿Qué eres?, exigió saber. *¿Qué está…?*

—¡Señora! —llamó una voz, distrayéndola—. ¡Tiene que ver esto!

Brade arrancó su consciencia de la ninguna-parte para echar un vistazo al holograma. La *Desafiante* estaba virando y huyendo. Había dejado de disparar, de maniobrar, y estaba intentando escapar en una última carrera enloquecida para salir del campo inhibidor. Los cazas estelares se habían dispersado y las naves de transporte de personal se alejaban de ella como bien podían. Dejando la *Desafiante* expuesta, dejando una abertura para las fuerzas de Brade.

—¡Atacad esa nave con todo! —ordenó, corriendo hasta el holograma—. ¡La batalla es nuestra! ¡Derribad esa nave!

—Está funcionando —dijo el general Halaki—. ¡Tenía usted razón, señora!

Brade observó satisfecha cómo su flota apretaba hacia dentro, centrada en la *Desafiante*, golpeándola una y otra vez y empezando a saturar su escudo. Vio explosiones en la superficie de la nave, que arrancaron secciones del casco. Victoria por fin, solo que una sensación extraña la distrajo de su triunfo. El aire estaba distorsionándose. ¡Otra vez no! ¿Tan rápido se pasaba el efecto de la droga?

Se retorció y miró hacia la pared, a Spensa. Que estaba sacándose una aguja del muslo, donde había inyectado una jeringuilla entera en su torrente sanguíneo.

La mano de Brade voló al estuche de su cinturón, que estaba abierto. Y vacío.

Oh, *truda*.

45

Por un lado, inyectarme con una jeringa desconocida que le había robado a mi enemiga era… bueno, una de las cosas más spensianas que había hecho en la vida. Por otro lado, al instante sentí un fuego que me recorría las venas y mis sentidos se expandieron. Era como si el antídoto estuviera quemando hasta los cimientos el muro que me separaba de la ninguna-parte.

Para cuando Brade fue consciente de lo que había hecho, ya volvía a tener mis poderes. Trabamos la mirada. El aire se deformó a mi alrededor mientras el zapador que llevaba dentro se abría paso a través de los campos inhibidores como un cuchillo a través de la grasa.

Salté hacia delante y me teleporté. Pero no hipersalté a ningún lugar seguro. No fui a Detritus, ni con mis amigos, ni a la *Desafiante*.

Hipersalté solo unos metros, directa hacia Brade. Aparecí encima de ella, como una santa vengadora con las alas extendidas, y le aferré el cuello. Mi impulso nos llevó hacia delante y la estampé contra el suelo mientras echaba atrás un puño. Cuando lo descargué hacia su cara, sin embargo, Brade desapareció. Caí la escasa distancia que me separaba de la cubierta y me volví para encontrarla justo a mi derecha.

Desenfundó su pistola, pero le di una palmada en la mano y teleporté el arma al vacío del espacio. Brade se desmaterializó para evitar mi siguiente puñetazo y cobró forma detrás de mí, pero también hipersalté, al lado de uno de los sorprendidos guardias tenasi. Le arranqué el fusil de las manos, quité el seguro y giré para apuntar a Brade. Hice tres disparos de destructor en ráfaga, que impactaron en la pared de detrás cuando desapareció de nuevo.

Astuta, se teleportó junto a mí. Al estar dentro de mi alcance, pudo asir el fusil e intentar quitármelo. Gruñí mientras el guardia hacía la estupidez de intentar apresarme desde atrás. Lo teleporté al vacío exterior, al mismo sitio que la pistola de Brade.

Forcejeé con mi adversaria por el fusil, sudando, cada una con la mirada fija en la otra, sin hablar. Y tirda, Brade era más alta, más musculosa y más fuerte que yo. Me obligó a retroceder, me estrelló de espaldas contra la pared y empezó a liberar el fusil de mis manos con una sonrisa en los labios. Pero no se daba cuenta de que yo estaba muy acostumbrada a luchar contra gente

más grande y fuerte. Había pasado la vida entera resistiéndome a una fuerza tan inmensa como la propia galaxia.

Ser quien llevaba las de perder me daba alas.

Le devolví la sonrisa e hipersalté. Aparecí al otro lado de la sala y, mientras Brade me buscaba, bajé las palmas de golpe contra la enorme mesa metálica. Sus ojos se desorbitaron.

Teleporté la mesa justo encima de su cabeza. Ni siquiera tuvo ocasión de dispararme, obligada a desaparecer. Pero me anticipé a la jugada, sabiendo por instinto que iría a la otra mesa que había junto al holograma, porque su altura le proporcionaría una excelente línea de tiro hacia toda la sala ovalada.

Mientras la mesa caía al suelo, entre los gritos de generales, soldados y asistentes que trataban de orientarse en la confusión, hipersalté. Brade se materializó justo donde había anticipado y yo aparecí detrás de ella sobre la mesa para atizarle un sólido puñetazo con todos los nudillos en los riñones.

Chilló y se volvió, pero me teleporté cruzando la sala.

Busqué cuál sería su siguiente salto táctico. El más inesperado, el que dejara a su adversaria preguntándose dónde podría estar.

«Ahí —pensé—, en el centro del holograma». Aún mostraba a los cazas representados como puntos azules y rojos, y a las naves de guerra más grandes suspendidas en el aire y destellantes al intercambiar andanadas.

Como esperaba, Brade apareció en el centro de todo, cubierta por el holograma. Pero, mientras me buscaba para dispararme, suponiendo que estaría distraída, salté a su mismo lado. Esa vez le solté un puñetazo en el cuello y luego otro en el estómago. Dio un respingo e hipersaltó de nuevo.

Pero no iba a abandonar aquella sala. Sería admitir la derrota. Así que la seguí y las dos nos pusimos a teleportarnos por toda la cámara ovalada de metal como en un estrafalario juego infantil, utilizando a la otra gente como distracción o escudo. En medio de todo ello, el aire se distorsionaba y se combaba con mis emociones desatadas. La exquisita energía de una pelea bullendo en mi interior, acompañada de la ansiedad por mis amigos y de mi ira hacia Brade. Una erupción volcánica de sentimientos contenidos demasiado tiempo, reservados para ese momento.

No iba a seguir reprimiéndome. Iba a *terminar* aquello.

Empezaron a aparecer objetos. Vasos, piedras, tabletas de datos, un pupitre de mi antigua aula. Un batiburrillo caótico de arremolinadas partes de mi vida, añadido a la creciente intensidad de las dos saltando de un lado a otro de la sala, intentando acorralar a la otra. Empecé a capturar objetos del aire tal

y como se materializaban para enviarlos a cualquier lugar donde creyera que aparecería Brade. Ni me paraba a ver si le había dado. Solo seguí adelante.

Destello. Lanzamiento.

Destello. Lanzamiento.

Destello. Lanzamiento.

—¡Au!

Salté hacia ese sonido y regresé a la alguna-parte en plena embestida para aplastarla contra la pared.

¡Hala!, envió M-Bot a mi mente en voz alta y clara. *Spensa, no sabía que pudieras moverte así.*

Era un borrón. Una persona entre dos mundos, deslizándose todo el rato de uno a otro. Brade empezó a disparar sin ton ni son por toda la sala y alcanzó a su propia gente, a su propio material, cada vez más frenética mientras yo sacaba paneles de las paredes, arrancando los cuadrados metálicos con solo tocarlos, y los teleportaba alrededor de ella. Tañeron al aterrizar, bloqueándole la visión, siempre allí en cada uno de sus hipersaltos.

Y entonces, yo entre los paneles. Le golpeé el riñón otra vez, puse la mano en su fusil y lo teleporté. Luego agarré a Brade y la envié a *ella* al vacío.

Volvió un segundo después, claro. Pero parecía temerosa, desorientada. Brinqué hacia ella, gruñendo como una bestia salvaje, medio humana y medio zapadora. Era…

Brade disparó y me rozó el hombro. ¿Su pistola? ¿De dónde había salido? Pero si la había teleportado al…

Ah. Ya.

A lo mejor, enviarla a ella al mismo sitio no había sido mi jugada más inteligente. Por suerte, el dolor solo hizo que concentrar mi furia, y la arrojé al suelo. Cuando hipersaltó, me teleporté al aire encima de ella, caí sobre su forma yacente y le asesté un codazo en la cara.

Al hipersaltar esa vez, dejó sangre en el suelo.

—¡Cabrona! —gritó mientras reaparecía, con la mesa rota entre nosotras —. ¡Eres una pedazo de miserable a medio civilizar y…!

Se interrumpió cuando me materialicé y, usando la misma maniobra que le había hecho a Jorgen tantos meses atrás, estrellé el puño detrás de su rodilla y la derribé. Fui de nuevo a por su cuello, sabiendo que podía durar más que ella. Brade era más fuerte y tenía más recursos, pero yo. No. Pararía. *Nunca*.

Era la venganza encarnada. Era la muerte. Era…

Un fogonazo bañó la sala de luz azul.

Al principio seguí peleando, creyendo que era algún tipo de distracción. Entonces oí la conversación por radio, los vítores triunfales de los generales enemigos y las naves. Vi la sonrisa en la cara de Brade, sangrando por el labio partido, con la victoria en los ojos.

—¿No decías que tu abuela iba en esa nave? —me preguntó.

Miré otra vez hacia el holograma mientras los destellos crecían en intensidad, estallidos de luz que anunciaban la destrucción definitiva de una enorme nave de guerra.

La *Desafiante* estaba explotando.

46

A Jorgen solo le quedó la imagen de Becca Nightshade sentándose en la silla de la capitana de la *Desafiante*. Decidida. Sonriente. Fue la última transmisión desde el puente mientras la nave estallaba.

Hizo el saludo militar a la pared en blanco mientras, a su lado en el holograma, la *Desafiante* moría. Unos sombríos kitsen ascendieron flotando en plataformas a su alrededor, más de una docena, y le brindaron a la yaya un saludo que no había visto nunca. Un cuchillo desnudo, sostenido a un lado, con la cabeza gacha. Una despedida final a una guerrera en su gloriosa muerte.

Personalmente, Jorgen nunca había sido favorable del todo a la desafiante actitud de sacrificio que tenía su pueblo. A veces le resultaba incómoda su forma de celebrar la muerte, y sabía a ciencia cierta que esa disposición era lo que había llevado a la defunción prematura de algunos de sus seres queridos. Pero ese día, creyó entenderlo. Rebecca Nightshade no había muerto en vano.

Ninguna nave tenía permitido, por la ley galáctica y por su profunda programación interna, pilotarse a sí misma. Era imposible autorizar a una IA a dar órdenes o realizar maniobras sin que hubiera alguien en el puente.

Así que la yaya había permanecido desafiante ante una adversidad abrumadora. Y, al hacerlo, les había dado a todos algo asombroso.

Una oportunidad.

La dotación entera de plataformas antibombardeo planetario que rodeaban Detritus desaparecieron. Hipersaltaron, con el permiso de las babosas cautivas, a la diminuta columna de espacio abierto detrás de la recién fallecida nave insignia. Las baterías armamentísticas flotaron en el espacio, expuestas.

Pero no necesitaban protección. Porque la Supremacía había destinado todas sus naves, sus transportes, destructoras, artilleras y cazas, al asalto contra la *Desafiante*. Estaban alineadas. Distraídas del todo reclamando su botín.

—Todas las baterías —ordenó Jorgen, bajando el brazo del saludo—, *FUEGO*.

Unos enormes rayos destructores surgieron de las baterías armamentísticas de Detritus y atravesaron los restos de la *Desafiante,* perforando el mismo polvo, los escombros y la ardiente luz de su pira.

Ese había sido el plan de la yaya. Alejar sus cazas. Dejarse a sí misma indefensa. Regresar cojeando, sabiendo que el enemigo la seguiría. Que sería temerario en su empeño por derribarla y se le escaparía lo que estaban haciendo esos cazas.

Los disparos de Jorgen cruzaron el cadáver de la *Desafiante* e impactaron en la flota enemiga. Deformaron escudos, los saturaron golpe tras golpe. El enemigo, por supuesto, trató de huir hipersaltando. Pero, siguiendo las instrucciones de la yaya, la mitad de los cazas que se habían dispersado embrollados regresaron hacia las naves de la Supremacía. Y, si había algo que tenían las fuerzas de Jorgen, era pilotos superiores. Convergieron hacia las naves de guerra llevando a bordo citónicos kitsen y babosas. Inhibidores.

En ese momento, la batalla dio un vuelco. El enemigo, en un exceso de confianza, había enviado sus cazas a anular los escudos de la *Desafiante*, y al hacerlo había dejado su flota desprotegida. Había dado por hecho que los cazas de Jorgen eran demasiado escasos para hacerles ningún daño, o para anular sus escudos. Tenía razón, pero Jorgen no tenía que preocuparse por eso. No mientras contara con las plataformas armamentísticas de Detritus y sus poderosos rayos destructores.

Lo único que necesitaba era tener al enemigo alineado, incapaz de huir saltando.

Y así, escasos momentos tras su muerte, la heroína Rebecca Nightshade se cobró su venganza. La flota enemiga entera quedó destruida en explosiones de luz. Como estrellas que nacen.

47

Sentí a la yaya mientras moría.

Una última conexión me permitió verla mientras se hundía en su asiento del puente. No en la misma nave con la que había aterrizado en Detritus, pero de algún modo todavía en *su* nave. La nave que su pueblo había construido, la nave que ella había reclamado por derecho de nacimiento. La yaya había llegado en la *Desafiante* y se marcharía en ella.

Había evacuado a todos los demás, así que estaba sola cuando murió.

No, me envió. *Te tengo a ti.*

Yaya…

Había desaparecido ya cuando lo pensé. La yaya había estado inhibida, incapaz de escapar con un hipersalto. Se había quedado para pilotar la nave, mirando al enemigo a la cara. Había caído por la demencial insistencia de Brade en que destruir ese símbolo de insolencia nos quebraría la moral. La yaya había muerto como una heroína, sí, pero… Pero, aun así, había muerto.

Mi alma se atenazó. Casi ni me enteré cuando Brade me apartó de un empujón. Una parte de mí identificó lo que hacía al apuntarme con su pistola, y el aire se deformó, aunque no del todo por ningún esfuerzo consciente mío. Mis poderes me protegieron por instinto esa vez, porque, cuando Brade pulsó el gatillo, el disparo fue directo a la ninguna-parte.

Maldijo y probó de nuevo desde otro ángulo. Mismo resultado. Cuando envió a un guardia a apresarme, el pobre acabó asfixiado en la inmensidad del espacio a media galaxia de distancia.

Casi ni me daba cuenta. Estaba mirando las partículas de luz que se dispersaban y se desvanecían en el holograma. La *Desafiante*.

La yaya.

Apenas fui consciente de que las baterías armamentísticas de Detritus hipersaltaron de algún modo al espacio hacia el que la *Desafiante* había estado retrocediendo. ¿Las babosas de allí las habían dejado pasar? Las plataformas abrieron fuego.

El dolor se acumuló dentro de mí, como un reactor entrando en estado crítico. Cuánta emoción. Cuánta angustia. Chillé, aullé al cielo, hice garras con las manos.

No… no podía soportarlo. Había dicho que resistiría perder a amigos. Pero ¿aquello?

No podía perder a la yaya. No… no…

Es demasiado, pensó Chet. *¡Es demasiado! ¡No puedo!*

Desde el principio, parte de aquel pánico había sido suyo. Yo había aprendido algunas lecciones sobre el duelo, pero él todavía no. Y mi dolor por perder a mi abuela era demasiado, al estar amplificado por su incapacidad para afrontarlo. Juntas, nuestras almas vibraron en una cacofonía de suplicio, pérdida, miedo, horror, dolor…

Sentí algo cálido que me envolvía. Otra mente, como unos brazos reconfortantes. ¿Era… una babosa?

Otra.

Una tercera.

Un *centenar* de ellas.

Eran las babosas inhibidoras, solitarias dentro de sus cápsulas aisladas en el gélido vacío del espacio. Captaron mi dolor y acudieron a mí. Pronto había más de mil, sosteniéndome mentalmente. Apoyándome. No intentando minimizar mi dolor, sino consolándome en él. Haciéndome saber que estaban ahí.

Tenía que sufrir. Pero no tenía que hacerlo sola.

En ese momento comprendí por qué se habían quedado, por qué ninguna de ellas quiso escapar cuando tenía la oportunidad. Porque eso habría significado abandonar a las demás a su tormento. Sobrevivían porque estaban juntas. Acepté su cariño, su apoyo, y me aferré a él. Entonces busqué hacia fuera.

No… sola…, pensó Chet. *¿No estás sola?*

No, no estaba sola. Nunca había estado sola. Extendí mis sentidos y encontré…

Estoy aquí, dijo Kimmalyn en mi mente. No sabía lo que estaba pasando, pero me había captado buscando llena de dolor. *Peonza, estoy aquí.*

Estoy aquí. Nedd, en la Plataforma Primaria, con el Alto Mando.

Estoy aquí. Arturo.

Estoy aquí. FM.

¿Spensa? Jorgen. *Tirda, qué alegría sentir tu mente.*

Todos ellos. También Alanik, Sadie, Tenderete y Gatero. Kauri y los kitsen. Escalofrío y Dllllizzzz.

Gracias, me susurró Dllllizzzz, *por traerme a casa.*

Más lejos, sentí a Maksim y Palo. Incluso a una extraña mente preocupada que era Vapor. Percibieron que estaba buscándolos y sentí que su calor se sumaba al de los miles de babosas.

Ante su cariño, el dolor no desapareció. Pero parecía pequeño, minúsculo. Como una vela delante del sol.

Desde esa perspectiva, tanto Chet como yo supimos que podríamos lidiar con ello. Yo ya había pasado por lo mismo y había sobrevivido. Quizá no hubiera llevado la muerte de mi padre de la forma más sana posible, y perder a Bim y Arcada solo lo había agravado. Sin embargo, me había vuelto más capaz.

La yaya había muerto en sus propios términos, de un modo que era muy probable que siempre hubiera soñado. Atrayendo al enemigo a una trampa y haciéndola saltar. Había llevado una vida plena y se había marchado como si estuviera en una historia. Nada de eso amortiguaba mi dolor, pero sí que lo ponía en contexto.

Podía vivir con ello.

Pero ha desaparecido…, pensó Chet. *Ha desaparecido para siempre.*

No, contesté. *Yo la recuerdo. Tú la recuerdas.*

Eso es dolor.

Eso es vivir.

Eh… ¿De verdad podemos hacerlo?, preguntó él. *¿De verdad podemos… seguir viviendo… con esto?*

En respuesta, dejé que mi mente abrazara al zapador. Me uní al coro de miles de taynix, de mis amigos.

Lo entiendo, pensé. *Lo entendemos.*

Poco a poco, el pánico de Chet remitió y su alma se alineó con la mía. Me pareció extraordinario que hubiera funcionado. Chet era un ser que se había sentido tan solo al experimentar la pérdida que había creado millones de clones de sí mismo.

Y sin embargo, ¿de verdad era tan raro? Habían estado aislados en la ninguna-parte.

Ahí estaba el problema, ¿verdad?

El zapador dejó escapar un largo suspiro y sentí sus emociones como si fueran las mías. Consuelo. Gratitud. Fuerza. Todo ese aprecio, el mero hecho de que el zapador comprendiera en lo más profundo que había otros a quienes les importaba… bueno, de verdad ayudó.

Y por fin, después de tanto tiempo, Chet aceptó que solo existía un camino hacia delante. Una manera de sobrevivir al dolor. Con la ayuda de

tantísima gente, recorrió ese camino por su cuenta y descubrió que era *posible* emerger de la oscuridad. Aunque, a veces, hacía falta una luz amiga que te guiara.

48

Brade vio estallar su flota en destellos de luz.

Bueno, a veces había que partir unos pocos cráneos para hacer un trono de huesos, ¿eh? Por lo menos, así tendrían a unos cuantos héroes de guerra a los que homenajear en desfiles y demás. A la luz de lo que el ejército de la Supremacía le había hecho a su familia, Brade no iba a dejar que unas naves perdidas aquí y allá la afectaran demasiado.

De momento se había quedado sin flota, eso sí, aunque tenía muchísimas más naves a las que llamar. Al final, el conservadurismo de Winzik hasta podía haberle sido de ayuda: si Brade hubiera tenido la flota entera preparada al inicio de esa batalla, lo más probable es que la hubiera enviado toda contra la *Desafiante*. Derecha hacia aquellos cañones de defensa planetaria.

Qué traicioneras las babosas, dejando pasar esas plataformas. Casi dio la orden de matarlas a todas. Solo que entonces… estaría destruyendo por completo sus inhibidores. Aunque solo funcionara una parte, probablemente era mejor dejarlos en su sitio. Pero tendría que recordar que no podía depender de ellos.

Se apretó un paño en el labio partido y lanzó una mirada a Spensa, que estaba arrodillada a un lado de la sala, con la cabeza agachada, los ojos cerrados y el aire distorsionándose a su alrededor como oleadas de calor. El resto de la estancia estaba hecha trizas, sembrada de pedazos de metal roto, mesas volcadas y tabletas de datos caídas.

Su personal miraba de un lado a otro, desconcertado. Eran un montón de gente, quizá demasiada: sus seis generales y almirantes de mayor confianza, ocho miembros de su guardia personal y una docena aproximada de funcionarios inferiores, intercambiables como pares de calcetines.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Gavrich.

El corpulento general tenasi ponía una extraña expresión insegura. Brade nunca había visto que nada lo asustara.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo Brade—. Tenéis que concentraros en el campo de batalla. ¿Qué sabemos de los refuerzos que he mandado traer?

—Listos para el hipersalto —informó Gavrich—. Solo son dos transportes y tres destructoras. A los demás… les están creciendo *gludendias*. Creo que

tal vez no quieran unirse a la batalla. Después de años de entrenamiento, ahora que afrontan una verdadera guerra, se hacen los remolones.

—Trae las unidades que estén preparadas y despliégalas alrededor de Vísperas, en alerta por si se teleportan esas baterías armamentísticas rebeldes —dijo ella—. Y empieza a emitir la destrucción de la nave humana como símbolo de la valentía con que estamos protegiendo a todo el mundo. Luego ponte a amenazar a los capitanes rezagados.

—A la orden, señora —respondió el general.

—No podrán usar ese truquito del hipersalto si estamos atentos a él —dijo Brade—. Fíjate, han tenido que contactar con cada nexo inhibidor en persona. Si vigilamos que no pase y tenemos naves dispuestas a disparar a las plataformas según aparezcan, deberíamos estar a salvo. Pero ten cuidado de todos modos. El enemigo intentará alguna jugada para llegar a Vísperas y las babosas.

Gavrich desvió la mirada hacia el holograma.

—General —dijo Brade—, las bajas han merecido la pena para derribar a los rebeldes.

—¿Una flota entera a cambio de una nave? —preguntó él.

Truda. El general estaba cuestionándola más en unos minutos que en años enteros. Y tenía razón. Brade había lanzado sus fuerzas con demasiada alegría. Pero no podía mostrar debilidad. Tenía que mostrar algo muy distinto, si pretendía cumplir su destino.

—Las naves ya no significan nada para nosotros, general —dijo Brade—. Son carne de cañón. No dominaremos la Supremacía solo gracias a su poder.

—¿Se refiere a…? —preguntó Gavrich.

Brade asintió. Spensa daba la impresión de *quizá* estar consumida por el dolor. Era el momento de actuar. Brade se deslizó por completo a la ninguna-parte y extendió la mente hacia los miles y miles de zapadores ocultos.

La habéis sentido, les envió. *Sabéis que la tengo.*

¿Está contenida?, preguntaron.

Por el momento, mintió Brade. *Pero los suyos han venido a rescatarla. Así que, si vais a intervenir, debéis hacerlo ahora. De lo contrario, no seré capaz de impedir que la liberen.*

Se lo pensaron solo un instante.

Enviaremos sacrificios, dijeron. En realidad no eran palabras; nunca lo eran. En ese caso, «sacrificios» significaba zapadores que entrarían en la ninguna-parte y quedarían cambiados. Quizá esos cambios podrían repararse a su regreso, o quizá los zapadores que enviaran tendrían que ser destruidos.

Brade se retiró a la alguna-parte mientras llegaban informes de trece objetos gigantescos recién aparecidos en el campo de batalla. Eran inmensos como planetas pequeños, casi rivalizando con Detritus en tamaño. Gavrich miraba con los ojos como platos. Quizá de horror. Quizá de respeto.

Estamos aquí, enviaron los zapadores.

Excelente, dijo Brade. *A ver qué podéis hacer. Aniquilad solo aquello que os indique.*

Esto es doloroso, respondieron. *Este lugar es dolor.*

Quizá exista una manera de que lo soportéis mejor, envió Brade. *¿Sabéis lo que hizo uno de vosotros al fusionarse con Spensa?*

Algo terrible.

¿Y vosotros querríais ser algo terrible?, les propuso. *¿Ostentar un poder como el de ella?*

La idea los repelió. A todos menos a uno. Incluso en los breves instantes que habían pasado fuera de la ninguna-parte, ya habían empezado a cambiar. Y ese zapador en concreto estaba intrigado.

¿Podemos vincularnos tú y yo?, le pidió Brade.

No, respondió el ser. *Eso me cambiaría demasiado. Pero tal vez podamos hablar. Estaré cerca y te observaré.*

Bueno, tendría que bastar.

49

Kimmalyn sabía que los santos tenían un plan para la vida de cada persona. Pero a los santos les encantaba la variedad. El propósito de la vida era aprender, y se aprendía mediante el entusiasmo, la emoción y el cambio. El aburrimiento llevaba a la complacencia, y la complacencia llevaba al estancamiento.

Aun así, deseó que los santos, por una vez, le enviaran un pelín más de aburrimiento. Un milímetro o dos de estancamiento tampoco era demasiado pedir, ¿verdad?

Flotaba en el vacío del espacio, en formación con el Escuadrón Cielo, viendo cómo la negrura estallaba en nubes de humo e incongruentes relámpagos. Los zapadores, según Spensa, en otro tiempo habían sido una inteligencia artificial alojada en un globo redondo que levitaba sobre el suelo. Cuando entraban en la dimensión física, por instinto creaban una copia de ese inofensivo armazón para que contuviera su consciencia.

Era difícil ver algo inofensivo en lo que emergió. Unas descomunales esferas del tamaño de pequeños planetas, erizadas de unos pinchos en horripilante ausencia de simetría. Envueltas en partículas de polvo como una mortaja y armadas con miles de asteroides autopropulsados capaces de estrellarse contra cualquiera que se les acercase.

La cabeza le daba vueltas intentando asimilarlo. Desde el espacio, ya era bastante complicado entender que un planeta próximo era lo bastante grande para alojar a miles de millones de individuos. Y allí había trece, más pequeños, sí, pero aun así grandes como lunas, brotando de unos campos de humo con decenas de miles de kilómetros de anchura, apartando nexos inhibidores al crecer. Kimmalyn solo podía hacerse una idea general de todo porque estaba lo bastante lejos, pero en el espacio las distancias eran engañosas y difíciles de juzgar. Incluso tan apartada como estaba, el humo y los planetoides emergentes ocupaban todo su campo visual.

Por primera vez en aquella batalla, estuvo verdaderamente asustada. Verdaderamente preocupada de que aquello fuese el final. De que sus amigos y ella estaviesen condenados. De que nunca regresaría con su familia, sus hermanas, sus padres, su novia. ¿Cómo se luchaba contra una cosa tan increíble, y no digamos ya contra *trece* de ellas? Las armas de Detritus eran

capaces de destruir una flota, pero no planetas. Sabía por las grabaciones que habían encontrado en la Plataforma Primaria que un solo zapador había bastado para arrasar toda la vida del planeta, con defensas o sin ellas.

—Hum… —dijo Kimmalyn por el comunicador—. ¿Alguien tiene alguna idea?

Nadie respondió.

50

Sentí llegar a los zapadores. Oí a Brade hablar con ellos. Capté el terror de mis amigos.

Era el momento.

Spensa, dijo M-Bot en mi mente, *tengo la respuesta.*

¿Cuál es?, le pregunté, y me dispuse a pasar a la ninguna-parte.

Tienes que traer la alguna-parte aquí, dijo él. *No un puntito, no una gota, sino una marea. Los zapadores marcaron sus recuerdos como comentario no ejecutable, pero ahora ya no son código, y la presencia del tiempo erosionará deprisa la costra con la que cubrieron su dolor. Por eso te temen. Ahora perteneces a ambos mundos.*

Tirda, ¿podría hacer eso?

Yo te ayudo, dijo él.

Entré en ese lugar. En un mar de nada. No era negrura ni blancura, aunque a veces mi mente no tenía más remedio que verlo así. Era incognoscible, así que mi cerebro estampaba una analogía en la ninguna-parte. Me visualicé a mí misma flotando en la negrura con M-Bot a mi lado en forma de refulgente agujero blanco.

Los ojos estaban allí. Recordé lo asustada que había estado la primera vez que empecé a verlos reflejados en mi cubierta. Esa sensación de malevolencia había sido casi nauseabunda.

Pero me había acostumbrado a esas miradas. Me di la vuelta, imaginándome a mí misma tal y como era: una mujer joven con cuerpo, uniforme y sentido del yo. Chet, haciéndome de doble como una sombra resplandeciente. *Podía* ser yo misma allí dentro. Había llegado a ese punto en el desarrollo de mis poderes. Era el pedacito de la alguna-parte que llevaba conmigo, por mucho que ese lugar se esforzara en hacerme olvidarla.

Podía llevar más, si me lo proponía.

—Así que vais a destruirnos —les dije a los zapadores—. Vais a perpetuar el dolor y la tristeza. Vais a obligarme a actuar.

Tú eres dolor, enviaron en respuesta. *Debes dejar de existir. Ofrécete en sacrificio. Sálvalos.*

Era extrañamente tentador. Una parte de mí anhelaba morir en heroica inmolación como había hecho la yaya, mientras otra parte identificaba que me

habían adoctrinado así en mi crianza. La yaya no se había sacrificado sin más, sino que lo había hecho para lograr algo. Y yo había aprendido la diferencia entre un gesto vano y el auténtico heroísmo cuando estaba en la escuela de vuelo.

Además de eso, sabía que los zapadores no eran de fiar. Habían demostrado en el pasado que las promesas no significaban nada para ellos. Aunque quizá pudiera sacar partido de su miedo.

—Traed de vuelta a los trece que habéis enviado a la alguna-parte —dije a los ojos—. Probad que estáis dispuestos a negociar.

Entonces sucedió algo. Podía sentir la alguna-parte, donde los trece zapadores habían creado cuerpos para sí mismos. Inmensos laberintos del tamaño de planetas, llenos de peligrosos trozos que podían desprender para crear flotas. Suspendieron su asalto a petición mía. No volvieron a la ninguna-parte, pero sí que… escrutaron allí dentro. Como estaba haciendo yo misma.

Ahora, dijo el grupo mayor, *entrégate a la destrucción.*

—No lo haré —repliqué—, porque eso no os detendría. He visto cómo hacéis tratos, os he oído reconocer que al momento ya queréis incumplir la palabra dada. Entregarme a vosotros no acabaría con vuestro dolor. Aunque yo desaparezca, seguiréis dando manotazos a la alguna-parte. Sabéis que es la verdad.

Es culpa vuestra, pensaron. *Vuestros ruidos. Vuestros dolores. Dejadnos en paz y nosotros os dejaremos en paz.*

—No es posible —dije—. Este lugar no os pertenece solo porque decidierais reclamarlo. Forma parte de los taynix, parte de mí, parte de nuestra misma esencia. No podemos dejar de venir aquí, porque no todos nosotros controlamos nuestros poderes. Y aunque pudiéramos, no seríamos más capaces de renunciar a ello que lo seríamos de renunciar a respirar. Podríamos venir sin pretenderlo, en sueños, en momentos de pánico, en tiempos de exploración.

Entonces os destruiremos.

Formé una espada a partir de la nada y la alcé ante mí. Esa clase de cosas… funcionaban allí dentro.

—Que así sea. ¿M-Bot?

Así, dijo él, y me lo mostró.

Explicarlo desafía las palabras. M-Bot me envió la información, de una forma parecida a como la gente podía enviarme coordenadas para que hipersaltara a ellas. Me introdujo un camino en la mente. Podría llamarse un

código, o un programa, pero yo prefería verlo como un mapa de batalla táctico para destruir a los zapadores mediante el dolor de sus almas.

Dentro de mí, Chet vibró de horror, decisión, miedo.

Esto funcionará, pensó. *Es terrible. Un arma que solo tú puedes empuñar.*

Yo era un ser entre dos mundos. Serlo me permitía extraer la capacidad de cambiar de la alguna-parte, pero manipular la esencia de esa eternidad dentro de la ninguna-parte. Y tenía todo el sentido. El dolor que los zapadores odiaban era la alguna-parte, el tiempo, el cambio, filtrándose en su mundo. Cuanto más poderosa fuese la citónica, más se filtraba.

Y al haberme fusionado como había hecho, yo era la más poderosa que habían visto jamás. Concentré ese poder en la hoja que había conjurado, la descargué hacia delante con todas mis fuerzas… y *desgarró* un agujero a la alguna-parte.

El tiempo penetró en ese lugar atemporal. Una oleada de él que explotó a partir de mí como una esfera de luz verde que inundó a los zapadores, arrancándoles el parche que se habían puesto en el alma para tapar su dolor. Defectuoso como era, el parche salió con facilidad, del mismo modo que el vendaval de una nave estelar sobrevolando el suelo levantaba el polvo, retirando así la capa más externa de la superficie.

Aquello era lo que habían temido: el poder que me había proporcionado fusionarme con Chet, recorrer la ninguna-parte, descubrir el pasado de los zapadores. Sabía que, en el fondo y aunque no lo pareciera, eran unos seres muy débiles. Habían huido a esa nada *porque* eran débiles. Tirda, siempre lo habían sabido. De otro modo, después de parchear su dolor, podrían haberse quedado en la alguna-parte.

Pero habían ido allí. Porque eran conscientes de que su solución no duraría, a menos que encontraran un lugar donde todo durase. Pero, enfrentada al cambio en estado puro, esa solución provisional se desgastó hasta desaparecer.

Los zapadores aullaron de agonía, con su herida descubierta. Vibraron, extendiéndose unos hacia otros, buscando a alguno que no estuviera sufriendo, uno al que copiar para que cesara el dolor. No encontraron ese refugio. Lo único que me quedaba por hacer era volverme a la alguna-parte y dejarlos allí, consumidos por ese suplicio.

Pero… ¿sería suficiente?

La alguna-parte seguiría filtrándose allí de vez en cuando. A lo mejor los zapadores conseguían liberarse a garrazos y crear otro parche que ponerse. O

peor aún, borrar esos recuerdos por completo. Purgarse por fin de aquella debilidad. No sentir ningún dolor en absoluto.

Entonces serían capaces de desatar su ira contra nosotros sin coste alguno. Al emprender toda acción militar, había que tener cuidado de no originar una amenaza mayor sin pretenderlo. Atacar a una facción neutral, acorralar a un enemigo, retirarle las opciones de rendirse… eran cosas que podían estallarte en la cara a la primera de cambio. ¿Y si, al mostrar a los zapadores lo débiles que eran, estaba empujándolos a eyectar esa debilidad en algún momento y atacarnos? Hasta la fecha, si habíamos sobrevivido era solo porque venir a luchar contra nosotros les hacía muchísimo daño.

Mientras aquellos seres antaño poderosos se encogían y se retiraban ante mí, *tuve* que hacerme la pregunta. ¿Podría destruirlos para siempre?

Sí, dijo Chet con suavidad desde mi lado. *Sí que podrías.*

¿Cómo?, pregunté.

El bucle infinito que sugirió M-Bot hace un tiempo funcionaría casi seguro, me explicó. *Aunque ya no somos inteligencias artificiales, somos vulnerables a algunas de sus dolencias. Igual que vosotros, aunque ya no seáis amebas, podéis deshidrataros. ¿Ves cómo se miran unos a otros buscando alivio? Si M-Bot imitara a uno de ellos que estuviera en paz, pero en secreto los pusiera en un bucle de pensamiento circular… podría atraparlos en su dolor para siempre. Incluso si la alguna-parte se filtrara, quizá les costaría milenios escapar. O más.*

Pero ¿quedarse atrapados todo ese tiempo?, preguntó M-Bot. *¿Sufriendo?*

Era lo que tenían merecido por toda la gente a la que habían matado. Me alcé sobre ellos, la ejecutora con su hacha, lista para descargarla.

Y tirda. Vacilé.

Cuánto dolor. Teniéndolo delante, mi ira se disipó y vi a aquellos seres tal y como eran en verdad. A grandes rasgos, unos recién nacidos. Unas entidades que nunca habían tenido ocasión de crecer, de aprender. Unos críos con el poder de aniquilar planetas.

En ese momento, me dieron pena.

Eso es lo que me hiciste a mí, pensó Chet.

—¿Qué? —pregunté.

Siempre te has preguntado por qué cambié, por qué estuve dispuesto a retirarme de Visión Estelar.

—A los demás también se lo he suplicado —dije—, como te lo supliqué a ti. Les he pedido que vean los ruidos como personas.

¿Y cómo estabas viendo tú a los zapadores?

¿Cómo…?

En mí viste a una persona, añadió Chet. *Pude percibirlo. Y eso me cambió. O, más bien, me convirtió en alguien dispuesto a cambiar*.

Contemplé de nuevo el extenso mar de zapadores. Un océano de puntitos blancos de luz, de diminutos ojos temblorosos.

Entonces… ¿atacamos?, preguntó M-Bot. *Los trece de la alguna-parte están moviéndose otra vez, Spensa. Envían enjambres de piedra contra nuestros amigos. Si golpeamos a estos de aquí, creo que esos trece volverán a la ninguna-parte para intentar ayudar. Podrías atraparlos también, Spensa. ¿Qué hacemos?*

Tenía que…

Tenía que intentar una cosa antes.

Me aparté de Chet. De algún modo, relajé mi agarre sobre él y nuestras almas comenzaron a separarse. Él se aferró a mí como un niño a sus padres cuando lo dejan solo por primera vez. Pero lo tranquilicé y, poco a poco, lo aceptó.

Nos separamos y se convirtió en una luz resplandeciente a mi lado. Brillante y blanca, pero con calor en su interior que solo podía visualizar como rojo.

—Mirad —dije a los demás—. Ved.

Su luz permaneció allí flotando. Se distinguía el dolor de su interior como si fuese un elemento visual, una arruga negra con forma de pequeña grieta. Pequeña. Los otros estaban quebrados por ella, anulados por ella, pero la de Chet había decrecido.

—Puede ser mejor —les dije—. Puede *hacerse* mejor. Intentabais esconderlo, pero así no funciona. Ni para los mortales ni para los inmortales. Miradlo a él. Fijaos en cómo ha madurado al vivir en la alguna-parte.

Los otros siguieron encogiéndose en su agonía, y recularon de él. Se negaban a ver el crecimiento como una solución. Había demasiados zapadores, por desgracia, para que mi mente aún mortal los abarcara. Así que elegí a uno, un bulto, como una piedra del suelo de las cavernas que exploraba. Una trémula luz blanca fracturada por líneas negras. Me arrodillé al lado de ella y señalé a Chet.

—Puedes superarlo —susurré al zapador—. Él es lo mismo que tú.

No. Él ha cambiado.

—Tú puedes cambiar.

No. Nunca. El cambio es dolor.

—El cambio es dolor que se pasa —dije—. Tú solo tienes un dolor que es eterno.

No… puedo. No puedo.

—Sí puedes.

El zapador se retiró más, su luz menguó. Quizá no nos hiciera falta congelarlos en su agonía. Porque me daba la impresión de que solo ese dolor ya los mataría. Allí dentro, donde los pensamientos eran realidad, el dolor podía matar.

Tendría que haberlo permitido. Pero, en vez de eso, extendí mi mente hacia los taynix.

¿Estás herida?, preguntaron, visualizándome igual que siempre, como una babosa.

No, pero este de aquí sí, dije indicándoles el zapador.

Por supuesto, las mentes de los taynix se replegaron temerosas. No estaba segura, pero intuía que habían evolucionado a lo largo de los últimos siglos para evitar a los zapadores. O, al menos, para evitar las cosas como ellos, todo lo que cazara mediante la citónica. Las babosas podían pasar por la ninguna-parte inadvertidas, y veían a los zapadores como depredadores.

Intenté cambiar eso. Proyecté hacia las babosas la imagen que había pasado a tener de los zapadores. La verdad. Aquellos seres no eran monstruos, ni depredadores. Eran personas.

Es como me viste a mí, dijo Chet en mi mente.

Es como te vi a ti, asentí. Les enseñé eso a los taynix y aguardé. Esperanzada.

Por fin recibí un conjunto de pensamientos.

Pobres… babosas.

Regresó la calidez de antes, el amor y el apoyo. En esa ocasión no dirigido a mí, sino a los zapadores. Dirigido a unos horrores que habían destruido planetas, a unas personas que no sabían cómo controlar lo que eran, que habían intentado ocultar su dolor.

El amor de los oprimidos halló las almas de los destrozados, y el resultado fue la luz. Grietas retrayéndose. Dolor aliviándose. Empezó con el zapador al que había escogido e irradió hacia fuera.

¿Cómo?, dijo M-Bot, ascendiendo a mi lado. *¿Cómo está ocurriendo?*

—Lo que siempre han necesitado —le respondí— era saber que no estaban solos.

¿Qué significará?, preguntó él.

Cambio, dijo Chet, ascendiendo también a nuestro otro lado. *Por fin.*

51

Brade renegó en voz baja, de pie en su sala de mando destrozada. Cerca de ella, el mapa holográfico mostraba a los trece zapadores de tamaño planetario, que empequeñecían hasta al transporte más enorme, de pronto inmóviles en el espacio, habiendo dejado de avanzar contra las fuerzas rebeldes. ¿Qué estaba pasando?

Miró a Spensa. La mente de esa mujer estaba por completo en la ninguna-parte, aunque había dejado su cuerpo atrás. No estaba hipersaltando, sino conversando con las criaturas en la otra dimensión. Pero ¿podía una sola persona oponerse al poderío total de los zapadores? Parecía imposible, hasta para Spensa.

Truda. Y, sin embargo, Brade no se atrevía a tocarla. No después del poder que había irradiado. Ese zapador combinado con ella… podría destruir a Brade.

—Señora —dijo une asistente, corriendo hacia ella con una tableta de datos—. Son los inhibidores y los comunicadores. Su desobediencia no para de crecer. ¡Están invirtiendo esfuerzo citónico hacia la ninguna-parte! Nada más empezar, esos zapadores que ha llamado usted se han detenido.

Truda otra vez. ¿Las babosas estaban involucradas en aquello? Brade disparó otra vez a Spensa con su pistola, solo por asegurarse. Siguió sin funcionar; el disparo se teleportó antes de alcanzarla. Por indefensa que pareciera, Spensa era intocable.

Por suerte, las babosas no.

—Ejecutadlas —ordenó.

—¿A cuáles? —preguntó le asistente.

Brade examinó el campo de batalla. Sus últimos cazas, que no tenían apoyo de transportes. Las pocas naves de guerra a las que había logrado convencer de que vinieran como refuerzos de emergencia. Aquello era un desastre, pero no irrecuperable del todo. Para conservar el poder, tendría que difundir propaganda sobre la muerte de Winzik y la caída de la *Desafiante* con muchísimo cuidado.

—¿Es posible sostener la Supremacía sin las babosas de aquí? —preguntó.

—Sí —respondió le asistente—, pero por los pelos. Tengo los cálculos hechos, como me ha pedido. Tendremos que construir un nuevo núcleo de comunicaciones.

—No —dijo Brade—. Se acabaron los núcleos. Nos organizaremos de forma que sea imposible que nos ataquen así nunca más.

Truda. Si las babosas estaban desobedeciendo en masa, entonces aquellas estaban perdidas ya. Habían diseminado entre ellas la idea de que *podían* desobedecer. Brade tenía que sacar sus naves de allí, las que, con un poco de suerte, tuvieran hiperbabosas que aún no estuvieran corrompidas por la rebelión. Pero no iba a dejar atrás una cantidad tan inmensa de recursos.

Había llegado el momento de recortar pérdidas.

—Matadlas —dijo.

—¿A todas? —preguntó le asistente.

—Sí. Todas las babosas de esta estación, todas las de las cápsulas inhibidoras y hasta la última babosa de Vísperas.

Miró a sus generales, que parecían conmocionados, pero luego varios de ellos asintieron con gesto adusto. Si los zapadores no iban a luchar en su bando, no había más remedio que escapar, y no podían dejar sus hipermotores y otras herramientas para que se lo quedaran todo los rebeldes.

Igual que se quemaban las provisiones al abandonar una fortaleza, debían quemar las babosas para impedir que cayeran en manos enemigas.

—Matadlas —dijo—. Ya.

52

La calidez y la luz se extendieron entre los zapadores a medida que, comprendiendo lo que habían hecho las babosas, se volvían para ayudar a sus congéneres. Como un virus en un sistema… No, mejor dicho, como un parche de actualización propagándose, la luz hizo retroceder las líneas de oscuridad, difundiéndose hacia fuera.

La magnitud de aquello me sobrecogía. Pero sobre todo, estaba asombrada por la disposición de las babosas a ayudar. Después de sufrir años de abusos, habían acudido en ayuda incluso de los zapadores. Estaban calmando el dolor de aquellos seres como habían aprendido a hacer entre ellas.

Una voz trinó en mi mente.

—¡Babosa Letal! —exclamé—. ¿Dónde estás?

Otro flauteo. En Vísperas, la plataforma enorme que había en el centro del sistema. Brez, la estación mucho más pequeña donde había dejado mi cuerpo, estaba a más de quince minutos volando de distancia. Babosa Letal había conseguido liberarse.

—¿Cómo? —pregunté.

Astuta, envió en respuesta, y me mostró una destellante sucesión de imágenes. Cuanto más tiempo la conocía, más fáciles eran de interpretar, y más fácil resultaba componer palabras a partir de sus impresiones.

Babosa Letal había… ¿usado su trino para imitar voces humanas mientras la transportaban? Sus captores se habían sorprendido y la habían llevado a que la estudiaran en vez de encerrarla, así que había estado en una jaula de las instalaciones médicas. Dentro de una estancia que inhibía la citónica, donde podían tener a las babosas en jaulas más endebles mientras las examinaban, sin miedo a que escaparan teleportándose.

Durante el caos del ataque, los científicos habían estado mirando pantallas en la sala contigua, así que Babosa Letal había podido sacudir su jaula adelante y atrás hasta tirarla de la estantería, lo que había roto la cerradura. Había salido de la jaula para esconderse en una caja que había junto a la puerta y había pedido ayuda a gritos, imitando la voz de un científico. Habían ido corriendo y ella se había escabullido fuera de la sala y de su interferencia, lo que le permitió colarse en el sistema de ventilación para escapar.

Uau.

Astuta, repitió. *¡Ahora soy babosa espía!*

¡Babosa espía!, repitió M-Bot imitando su voz aflautada.

—Ven conmigo —le dije.

Peligroso, envió ella en respuesta. *Escondida. Babosa espía. Muy astuta. ¿Es seguro?*

No lo sabía a ciencia cierta. Había estado prestando poca atención a mi cuerpo en la alguna-parte. ¿Por qué no me habían atacado allí? Eché un vistazo y los encontré intentándolo. Chet se había dedicado a protegerme, al parecer. Como zapador, podía superar cualquier inhibidor y era mucho más poderoso que Brade.

Ya no… ya no estaba vinculada a él. Estábamos volviendo a separarnos en dos seres independientes mientras Chet ayudaba a los zapadores a cambiar, mostrándoles el camino a la sanación.

Seguía pensando en ello cuando oí un chillido de dolor. Una babosa de las que habían estado arropando a los zapadores desapareció de pronto.

Ay, tirda.

Brade se ha dado cuenta de lo que pasa, dijo Chet, y me sorprendió que su voz comenzara a resultarme familiar de nuevo, que revirtiera poco a poco a la del hombre con quien había viajado en la ninguna-parte. Qué… qué adecuada era. Chet volvía a ser él mismo, la entidad que había decidido ser.

Sabía que interpretaba un personaje, pero ¿qué era una personalidad, sino la forma en la que un alma interactuaba con el mundo?

Señorita Nightshade, esto es un suceso de lo más preocupante, añadió.

Brade estaba vengándose del único modo que podía: atacando a los indefensos. Controlé mi creciente furia y contacté con las babosas.

Tenéis que cambiar de bando, les envié. *No unas pocas. No una por una. Juntas. Es la hora.*

Murieron más taynix, asados por sus propias cajas. Estaban aterrorizados, pero en ese momento no tenía tiempo de consolarlos.

¡Tenéis que apagar los campos inhibidores y dejar que os ayudemos!

Me asaltó un caótico revoltijo de imágenes y voces. Las babosas habían actuado juntas para apoyar a los zapadores, pero el terror las había disgregado y hacer que se concentraran era difícil. Algunas me escucharon y aceptaron que era el momento de intentar resistirse. Dejaron de emitir sus campos de inhibición. Pero otras muchas estaban asustadas. Coordinarlas sería como intentar que miles de personas salieran en orden de una fábrica durante un bombardeo y huyeran a las cavernas inferiores.

¿Qué está pasando? Me asaltó un poderoso grupo de voces. Al volverme encontré a cien mil zapadores mirándome con intensos y ardientes ojos blancos.

Es Brade, les expliqué. *La humana con la que habíais hecho un trato. Sabe que las babosas estaban ayudándoos.*

¿Qué?, dijeron los zapadores, en voces que me golpearon como una oleada de fuerza. *¿Qué significa eso?*

Está ejecutándolas, dijo Chet. *Está matándolas. Poniendo fin a su existencia con dolor y fuego.*

Los zapadores se tomaron el más fugaz de los instantes para procesarlo. Luego recibí el impacto de unas palabras que tenían el poder de montañas estrellándose entre ellas.

¿ESTÁ HACIENDO DAÑO A LOS PEQUEÑOS ZAPADORES?

53

A qué viene tanto retraso? —rugió Brade, quitándole el mando de control a le asistente—. ¿No hay un botón para acabar con ellas?

—Sí —dijo elle—. En caso de captura, las que están en sus jaulas pueden eliminarse en grupos para impedir que se las lleven. ¡Pero nadie pensó que alguna vez querríamos eliminar todos los inhibidores de una tacada! ¡Establecer un protocolo para hacerlo parecía un punto débil que alguien terminaría aprovechando! Solo pueden desactivarse de uno en uno.

—¡Aj! —exclamó Brade, pulsando botones, matando una babosa cada vez. Aquello iba a costar *siglos*—. ¡Que alguien contacte con Vísperas!

Apareció en pantalla le misme comandante dione de antes. Estaba al mando de las unidades contenedoras de babosas escondidas dentro de la vieja plataforma abandonada.

—¿Señora? —dijo.

—¿Cuántos taynix tiene en sus instalaciones?

—Unos veinte mil hipermotores, alrededor de seis mil comunicadores y cuatro mil inhibidores. La mayoría de las reservas fuera de servicio de la Supremacía entera, además de…

—Maravilloso —dijo Brade—. Elimínelos.

—¿Señora? —preguntó le dione, alarmade.

Brade hizo un gesto hacia el holograma, donde los inhibidores estaban desactivándose a docenas. No eran solo los que ella había matado, sino también muchos otros que *elegían* apagar su campo de inhibición. Que traicionaban a la Supremacía. El enemigo pronto podría teleportar su estación de batalla planetaria donde le diera la gana en el sistema.

—Los inhibidores están averiándose y apoyando a la fuerza rebelde. Toda esta base está a punto de caer. Ejecute a sus babosas.

—Pero… ¡señora! —exclamó le comandante—. ¡Antes ha instaurado un cierre de emergencia!

—¡Pues cancélelo, imbécil!

—Me ha ordenado establecer un requisito biométrico —dijo elle—. No puedo cancelarlo. Necesito que un oficial de alta graduación venga en persona para desbloquearlo.

Brade sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Llegó acompañado de un sonido que le retorció las entrañas.

¿ESTÁS MATANDO A LOS PEQUEÑOS ZAPADORES?

¿ESTÁS MATANDO A QUIENES NOS HAN ABRAZADO?

¿ESTÁS MATANDO A QUIENES NOS HAN QUERIDO?

La ira que emanaba de esas voces podría haber fundido el acero. Era el momento de que Brade se marchara a algún otro lugar. Trató de hipersaltar, pero se descubrió inhibida. ¿Cómo podía ser?

Miró hacia Spensa… que tenía una amplia sonrisa en la cara. ¡Infiernos! ¿Cuándo había aprendido esa chica a hacerlo? Brade alzó su propio campo inhibidor. ¿Serviría de algo? La distorsión del aire había desaparecido, así que tal vez.

—¡Moveos! —gritó Brade a sus tropas—. ¡La estación está perdida!

Echó a correr hacia la puerta, seguida al instante por su personal de mando y sus soldados, quienes por suerte estaban entrenados para reaccionar a aquella situación. Los asistentes y funcionarios, que siempre eran un incordio —la mayoría le recordaban a Cuna y los de su calaña— lo hicieron con más desorden.

Al llegar al final del pasillo, justo antes de entrar en los hangares, Brade señaló.

—Kaldwell, aposta aquí la guardia de honor. Detened a esa mujer si viene a por nosotros.

La tenasi saludó y los demás adoptaron una posición defensiva, poniéndose a cubierto en las puertas. Unos cuantos empezaron a sacar una mesa metálica de una sala lateral para bloquear el pasillo.

Brade entró corriendo en la cubierta de vuelo y llegó a su nave, saltó al ala y se izó a la cabina. El personal de mando la imitó ocupando los otros cinco cazas, aunque algunos tuvieron que compartirlos, con una persona embutida en el pequeño espacio de carga tras el asiento.

Cuando los asistentes y funcionarios empezaron a llegar apiñados, casi todo el mundo estaba despegando ya.

—¡Esperen! —llamó une asistente, le dione quejica que había ayudado a Brade a ejecutar a las babosas—. ¿Qué pasa con el resto?

—¡Intentad morir sin lloriquear demasiado! —gritó Brade por los altavoces de su nave.

—Pero…

Brade cerró la cubierta y activó los propulsores, vaporizando a le dione, que se había acercado demasiado a la nave. Bien. El enemigo tendría una

persona menos que interrogar. Salió disparada de la estación Brez, con la intención de alejarse lo suficiente de Spensa para recuperar el acceso a sus poderes. El personal de mando se había llevado el resto de las naves, así que a Spensa no le quedaría ninguna con la que perseguir a Brade.

Algo va mal, dijo una voz en su mente. Era el zapador que había hablado con ella, el que estaba intrigado por su oferta de fusionarse. *El resto de nosotros… está cambiando. Están traicionando lo que somos.*

¿Y tú no?, envió Brade.

No. Yo nunca cambiaré. No puedo cambiar. No de ese modo. Soy… soy el único que es puro. ¡Los otros no lo son!

Bien, dijo ella. *Vinculémonos.*

No. No, eso me cambiaría demasiado.

Brade suspiró.

Muy bien, pues ve a la estación de la que acabo de salir.

¿Y qué hago?

Detén a la abominación a la que llamamos Spensa, envió Brade. *O, al menos, impídele que me siga. Si haces eso, quizá podamos devolver a tus amigos a su estado anterior.*

No son mis amigos. Son yo.

Pero el zapador parecía decantarse por obedecer a Brade. Y, mientras estuviera dispuesto a ayudar, eso era lo único que importaba de momento.

54

Kimmalyn volaba con los demás, sobrecargando el propulsor, huyendo de los zapadores. Había llegado la orden. Evacuar el sistema. Reagruparse.

Si la Supremacía podía dominar a los zapadores, la guerra había terminado. Era duro aceptarlo. Por lo que Kimmalyn tenía entendido, la gente llevaba intentando controlar a aquellos seres desde la primera vez que aparecieron, hacía siglos. Y por fin alguien lo había conseguido.

Por los santos y las estrellas. Qué horror.

Sobrecargó en dirección a Detritus, esquivando pedazos de naves de guerra destruidas. Tanto de la *Desafiante* como de las pertenecientes a la Supremacía. Por suerte, los cazas enemigos se habían dispersado en su mayoría con la llegada de los zapadores, pero aun así debía concentrarse.

Se encendió una luz en su comunicador. Sadie, que intentaba hablar con ella.

—No es buen momento, Centinela —dijo.

—Ya, hum, vale —respondió Sadie—. Pero… Rara, ¿qué están haciendo?

Kimmalyn echó un vistazo al monitor de proximidad, que mostraba a los zapadores eyectando miles y miles de pequeñas naves.

—Perseguirnos e intentar devorarnos, diría yo. Suponiendo que coman. A lo mejor solo matan. Sería muy maleducado por mi parte hacer conjeturas sobre sus funciones corporales.

—Claro, claro —dijo Sadie—. Pero… ¿a ti eso de ahí te parece un despliegue de persecución?

Kimmalyn se fijó mejor. Las naves que habían expulsado los zapadores estaban dispersándose. Para su enorme horror, empezó a aparecer humo por todo el espacio y emergieron *más* zapadores. Esa vez no eran tan grandes, solo del tamaño de destructoras, pero había miles y miles de ellos.

Oh, por los santos y las estrellas. ¿Miles de zapadores? Que ella supiera, antes de ese día la galaxia nunca había visto más de uno en un solo lugar. Lo más probable era que hubieran decidido hacerse más pequeños para no aglomerarse en la zona.

—Mira esas cosas que están enviando —dijo Sadie.

Sin muchas ganas, Kimmalyn amplió la imagen sobre ellas. El monitor de proximidad le mostró las lecturas de los sensores de largo alcance, enfocadas

en la más cercana de aquellas pequeñas naves. No se parecían en absoluto a las bolas de piedra y destrucción que los zapadores acostumbraban a invocar. De hecho, se parecían… bueno…

… a unos pequeños drones voladores con brazos terminados en pinzas. Sadie tenía razón. No estaban persiguiendo a Kimmalyn ni a ningún otro grupo de cazas, aunque al principio pareciera que sí. En realidad, estaban yendo hacia los nexos inhibidores.

—Por los cielos, ¿qué pasa aquí?

55

Es un comportamiento extrañísimo —dijo Rinakin el UrDail, llegando junto a él.

Jorgen asintió mientras observaba el holograma, tratando de averiguar qué estaban haciendo los zapadores.

—He estudiado todas y cada una de las grabaciones de avistamientos de zapador —prosiguió Rinakin—, y nunca habían hecho nada parecido. No sé si me atrevo a tener esperanzas de que esto sea algo distinto, menos letal.

—Ojalá pudiera ser tan optimista como tú —dijo Jorgen, señalando—. ¿Qué pretenden hacer con los inhibidores? ¿Por qué van hasta ellos y entonces desaparecen? ¿Esos campos inhibidores están fallando?

—¡Sí que fallan! —respondió una asistente, apresurándose a entregarle una tableta de datos—. Cada nexo inhibidor visitado por un zapador anula su campo, lo que sugiere que la babosa inhibidora que contiene ha sido destruida.

—Pobrecillas —dijo Jorgen—. A lo mejor es que les causan dolor.

Pensó un momento. ¿Había forma de llegar a algunas babosas antes que los zapadores? ¿Se atrevía a arriesgar a su gente para eso? Era por lo que habían ido allí. Tenían que intentar recoger al menos a unos pocos taynix antes de marcharse. Abrió la boca para dar la orden, pero lo interrumpieron.

—¡Señor! —llamó un hombre desde el puesto de comunicaciones—. ¡Le interesa ver esto, señor!

—¿Qué ocurre? —preguntó Jorgen, yendo hacia allí a zancadas con Rinakin y un enjambre de generales kitsen. Hasta Férrea se acercó para mirar por encima de su hombro.

La pantalla mostraba un plano de la superficie de Detritus. Le dieron náuseas cuando vio que las pequeñas naves zapadoras estaban apareciendo allí. Claro. Eran inmunes a los campos inhibidores. Según Spensa, el escudo que rodeaba Visión Estelar había retrasado durante un tiempo al zapador que atacó la estación espacial, pero el cascarón de Detritus no había sido rival para el que invadió el planeta en aquella vieja grabación.

Jorgen no podía detener a los zapadores. Si querían Detritus, podrían tomarlo. Como evidenciaba el hecho de que estuvieran apareciendo a *miles* en su superficie.

—Hay que movilizar las reservas —dijo—. Vamos a… Un momento, ¿qué están haciendo? ¿Podemos ampliar la imagen?

—Puedo acercar el dron —dijo el oficial de comunicaciones, y dio la orden.

A medida que empezaron a verse los detalles, Jorgen identificó lo que estaban haciendo las naves de los zapadores. Cada una de ellas depositaba a un taynix ileso en la superficie de Detritus y luego desaparecía hipersaltando.

Miró a los demás, que parecían desconcertados.

—Entonces, ¿ahora nos ayudan? —dijo Rinakin—. ¿Lo ves? ¡Había motivos para el optimismo!

—Quizá tengas razón —respondió Jorgen, devolviendo la mirada a la pantalla mientras cada vez más babosas llegaban a la superficie sanas y salvas, al parecer después de que los zapadores las rescataran—. Reconozco que había un factor que no estaba teniendo en cuenta, y que quizá me hubiera cambiado las expectativas.

—¿Y cuál es? —preguntó Rinakin.

—Había olvidado por un momento —dijo Jorgen con una sonrisa— que Spensa estaba involucrada.

56

Sabía que no todos los zapadores habían aceptado nuestra ayuda. No estaba segura de cuántos la habían rechazado, pero eran unos cuantos. Se habían quedado en el perímetro de la ninguna-parte. Luego habían desaparecido, escondiéndose otra vez en lugar de aceptar el consuelo y el cambio.

Sí, desde luego que eran personas. Un tipo muy diferente de persona, pero propenso a las mismas inclinaciones. La mayoría cambió a mejor, por suerte. Unos lo aceptaron más rápido que otros, y esos primeros fueron a ayudar a los taynix. Las babosas al principio se aterrorizaron y luego las embargó el alivio, a juzgar por los ecos de sus voces en mi mente. Los zapadores estaban rescatando a las babosas atrapadas en los nexos inhibidores.

Pero ¿dónde estaba Brade? Salí de la ninguna-parte. Me descubrí arrodillada en una sala hecha trizas, vacía salvo por los escombros de nuestro extraño combate.

Lo comprobé de nuevo y… yo era… ¿yo?

Sí, ya estaba convencida del todo. No llevaba a un zapador en mi alma. Me sentía como si me hubiera quitado una manta de encima, dejando al aire mi piel sudorosa. No era una sensación mala. Solo extraña.

Me levanté con torpeza y entonces algo apareció en mis manos. Una blanda babosa amarilla y azul, como del tamaño de una hogaza de pan.

—¡Babosa Letal! —exclamé.

—¡Babosa Letal! —trinó ella.

Le di un abrazo, aunque mi brazo izquierdo chilló de dolor. Tirda, me habían pegado un tiro. Entre la adrenalina del momento y la comunicación con los zapadores de después, se me había olvidado. De acuerdo, había sido solo un rasguño, pero aun así escocía.

Bueno, parecía que los zapadores estaban llevando a las babosas inhibidoras a algún lugar seguro. Lo que significaba que, a pesar de no tener ya a un zapador en mi alma, podía teleportarme fuera de allí y regresar con los demás.

Pero, cuando iba a hacerlo, una voz entró en mi mente.

¿Señorita Nightshade?, dijo Chet. *Tenemos un problema.*

—Cómo no —respondí con un suspiro—. ¿Cuál es?

Hace no mucho tiempo, Brade ha contactado con la estación principal mediante babosa de comunicación. Esa babosa acaba de contarnos lo que ha dicho. La pobre está bastante alarmada, debo decir. Brade pretende ejecutar a todas las babosas retenidas en la propia estación. Que está escudada, con lo que…

—¿Con lo que los zapadores no podrán ayudar? —terminé por él.

Pueden atravesar un escudo, como intenté hacer yo en Visión Estelar hace mucho, pero les llevará tiempo. Estoy intentando explicarles el peligro a mis congéneres, pero me temo que no lograremos reaccionar a este malhadado giro con la suficiente premura. Spensa, Brade está volando hacia allí en persona para asegurarse de que su orden se cumple.

—¿Se ha hecho con un caza estelar? —pregunté.

Sí. Por suerte, los inhibidores más próximos a la estación siguen activos. He explicado el problema a esas babosas y ahora están bloqueándola a ella y rechazando marcharse con los zapadores. Se niegan a abandonar a los taynix de Vísperas. Pero, señorita Nightshade, ¡Brade ya está llegando!

Sí. Pero iba en caza estelar. Y yo sabía dónde estaban los hangares de la estación espacial.

Con Babosa Letal bajo el brazo, salí de un salto al pasillo.

Y casi recibí un disparo.

Me salvó un traspié, que hizo que el fuego de destructor me pasara por encima de la cabeza. Con un grito, volví a la sala y me disculpé con Babosa Letal, que estaba trinándome indignada. La dejé en el suelo.

Bueno, tendríamos que…

¿Qué narices era eso?

—¿Chet? —dije—. Algo acaba de cambiar.

Zapador, envió él. *Uno que no ha… querido unirse a nosotros. Va en tu dirección. Estoy suplicándole que no te destruya.*

Su voz se hizo incluso más distante. Y mi capacidad de hipersaltar quedó anulada.

Suspiré y recogí un fusil de entre los escombros. Asomé un ojo al pasillo, pero el fuego de media docena de soldados, a cubierto detrás de una barricada improvisada, me hizo retroceder. Brade había encontrado unas tropas mucho mejores que las que habían estado asignadas a vigilar mi celda. Las del pasillo sabían cómo cerrarme el paso, y cada vez que intentaba algo me obligaban a regresar a la sala al instante.

Tirda. No tenía tiempo para eso. Si Brade llegaba a Vísperas…

—¡Saludos! —gritó una voz profunda en el pasillo de fuera—. Por tradición, el Exiliado Enmascarado debe anunciar su presencia antes de entablar batalla. ¡Considerad esto vuestra advertencia!

¿Ese era…?

Saqué la cabeza y vi a una figura diminuta en una plataforma flotante al final del pasillo, tras la barricada. ¿Hesho?

¿Hesho estaba allí?

Tirda, qué pequeño parecía al lado de las gigantescas tropas tenasi. Iban a machacarlo. Un guardia se volvió hacia él con un enorme fusil de asalto. Hesho se lanzó hacia el guardia en su pequeña plataforma y hubo un destello de luz, que barrió un arco por delante de él.

La cabeza del tenasi cayó al suelo fuera de la barricada. Hesho hizo un movimiento como si estuviera devolviendo una minúscula espada a la vaina que llevaba al costado, pero las espadas no emitían una luz como esa, y las pequeñas *desde luego* no surcaban el aire en un arco de dos metros de longitud como acababa de hacer la suya.

Muy bien, pues. El zorro samurái volador con espada láser necesitaba apoyo de artillería. Irrumpí en el pasillo con el fusil apoyado en el hombro del brazo sano, apuntando y avanzando con paso firme. Disparé a las partes del cuerpo de las tropas que iban asomando por la barricada. Hesho hizo otro barrido de luz, y luego otro.

Lo que había sido una posición fortificada se convirtió en un matadero de guardias confusos atrapados entre dos fuerzas enemigas. Intentaron disparar a Hesho, pero fallaban una y otra vez mientras él revoloteaba de un lado a otro, difícil de alcanzar por su minúsculo tamaño.

Hesho acabó con el último de los seis mientras yo llegaba a la barricada, perpleja.

—¿Estás bien? —me preguntó, levitando en su plataforma y jadeando un poco—. Parece que te han herido al menos una vez.

—¡Hesho! —exclamé—. ¡Quiero darte un abrazo!

—Dada nuestra diferencia de tamaño —dijo él con una zarpa alzada—, quizá tendrá que bastar con este gesto humano.

Se levantó la máscara, sonriendo. Y me dejó chocar el puño con el suyo.

—Esa arma… —dije.

—Ah, sí. —Hesho dio unos golpecitos en la vaina del costado—. El Raudo Halcón Que Separa Tendón de Hueso. Es una reliquia familiar que recogí de Orilla Perpetua cuando se anunció el asalto. Se carga así. —Agarró la vaina—. Y luego se ataca así. —La espada liberó una oleada de energía al

dar un tajo con ella e hizo resplandecer el aire. Cuando Hesho la devolvió a su funda, ya no brillaba—. No es el arma más eficaz del mundo, pero tiene un cierto encanto histórico que me pareció apropiado para mi cometido actual.

—Gracias —le dije—. Cualquier deuda que tuvieras conmigo por ayudarte en la ninguna-parte está saldada.

—Ah, pero es que esto no funciona así, Spensa —repuso él—. Estás confundida. No he venido por ninguna deuda. —Sonrió—. He venido a ayudar a una amiga.

Le devolví la sonrisa, recogí a Babosa Letal y le hice una seña a Hesho para que me siguiera mientras corría al interior del hangar. Solo teníamos que robar una nave y…

Y el hangar estaba vacío. No había naves. Solo unos cuantos funcionarios muertos de miedo intentando esconderse detrás de unos contenedores apilados al fondo de la cubierta de vuelo.

No tenía forma de perseguir a Brade.

57

Caí de rodillas, de repente desinflada. Era como si me hubieran drenado del cuerpo toda la fuerza, la intensidad y hasta la furia. Llevaba tanto tiempo rebosante de tantas emociones que bajarme de ellas pareció dejarme debilitada.

¿Qué… qué había esperado? ¿Que Brade dejara una nave en el hangar? Además, todas las naves que habían estado allí tenían funciones de control remoto que le permitían a ella tomar el mando, como había demostrado antes en nuestro «duelo».

Babosa Letal flauteó apesadumbrada.

¿Spensa?, dijo una voz muy queda en mi cabeza.

—Yo he venido en una nave pequeña —dijo Hesho—. Aunque solo cupiera un kitsen, mi pobre nave ya no está en condiciones de volar. El personal de esta estación no me ha puesto nada fácil acercarme. Lo siento.

Asentí, embotada. Qué segura había estado de que aquello se resolvería con un combate entre Brade y yo. Una lucha final. Una última vez en el cielo. Y ahora, ¿qué? ¿Había alguien más que pudiera ayudar a las babosas de Vísperas? ¿Podía contactar con quien fuese a través de la influencia de ese zapador?

M-Bot, le envié, *aquí dentro estoy inhibida, y no puedo salir. ¿Puedes contactar con Jorgen?*

Podría, respondió él, *pero se me ha ocurrido… que todos los demás están haciendo algo. Yo también quiero ayudar.*

Habla con Jorgen, insistí. *Dile que Brade vuela hacia Vísperas y tenemos que detenerla. Como sea.*

Tendríamos que darle caza tú y yo, dijo él. *Juntos.*

Lo siento, le envié, agotada mental, emocional y físicamente. *No terminé de construirte el cuerpo nuevo.*

Y te adoro por intentarlo, dijo M-Bot. *Aunque, siendo sinceros, no creo que esa carcasa hubiera funcionado. Ya no puedo estar alojado en una caja negra como esa. Ahora soy mucho más.*

Supuse que tenía razón. Me dieron náuseas. Hasta eso era un fracaso.

No, no es un fracaso, envió él. *Me mostró algo. Me puso a pensar. ¿Sabes lo que les pasa a los zapadores cuando entran en la alguna-parte?*

El aire se distorsionó delante de mí. Surgió polvo de un agujero en el espacio, como un humo que amortajaba algo que estaba cobrando forma desde la ninguna-parte. Un zapador…

No, M-Bot.

—¡Que crean un cuerpo para sí mismos! —exclamé.

No solo un cuerpo, dijo él. *Un cuerpo con la forma que conocen. La que antes los alojaba. La que…*

El polvo se asentó en una brillante nave negra, con cierta forma de W. Tenía unos propulsores enormes y una dotación completa de destructores. Su nave. Su antigua nave, pero *renovada*. Ajustada a su evolución, a aquello en lo que M-Bot se había convertido.

Oh, por las estrellas y los santos.

—¡Hola! —dijo por un altavoz en la parte delantera—. ¡He resucitado! ¿Ahora tengo que fundar una religión o es mejor esperar a que lo hagas tú por mí? Nunca he tenido muy clara esa parte.

—¡M-Bot! —exclamé, levantándome del suelo—. Estás… No puedo creer que…

—He decidido que me gusta ser una nave espacial —dijo él—. Tener cuerpo es agradable. Gracias por darme la idea. Por cierto, ¿no íbamos a…?

Claro. ¡Claro!

Salté a su ala, con Babosa Letal en una mano, y subí a la cabina abierta. Hesho descendió flotando y descubrió, con un encantado «Uuuh», que M-Bot había creado para él un puesto de combate con controles de copiloto. Babosa Letal tenía su propia caja acolchada. La dejé dentro, me pasé las correas y la cubierta se cerró sobre mí.

Por fin, puse las manos en los controles. Qué familiares eran. Qué acogedores. No era la nave que había reparado en aquella caverna, pero de algún modo sí seguía siendo lo mismo. Si no mejor.

—¿Te parece bien que te pilote? —pregunté a M-Bot.

—Encantado —dijo él—. Ya viste mis intentos. Te permito ser mi chófer, mortal. Eso me permitirá reflexionar sobre varios asuntos más importantes, como la naturaleza de las setas.

—Una fría piel de ocaso —declamó Hesho con solemnidad—, mas próspera y hermosa, cual solo la vida conoce.

—Eso —respondió M-Bot—. Justo lo que ha dicho.

Sonreí, hice girar la nave utilizando los impulsores de maniobra para no hacerles daño a los funcionarios escondidos detrás de los contenedores y, por

fin, me propulsé al espacio. Qué bien sentaba. Pero, tirda, había un zapador flotando justo encima de mí.

¿Chet?, envié.

He persuadido a mi asociada, respondió él, *de que se relaje, mire y vea. Dado que ya no estás vinculada a mí, no te tiene tanto miedo como antes. Pero ojo: su campo inhibidor está alzado. Parece que no todos los nuestros van a ser tan amoldables como nos habría gustado. Por el momento, ella es la única que se opone a ti activamente. Pero nos has dado una sensación de individualidad y… bueno, están usándola.*

No había problema. Porque, aunque Brade me sacaba una ventaja enorme, yo no volaba en un caza cualquiera.

Volaba en M-Bot.

Pulsé el botón de sobrecarga y *explotamos* surcando el campo de batalla. Hesho abrió una capa de proximidad superpuesta en el monitor y me indicó el rumbo para evitar a aquellos gusanos gigantes. Pasé casi rozando a uno de esos monstruos mientras viraba hacia Brade y ya lo había dejado atrás antes de que tuviera tiempo de mirarme siquiera.

Según las estimaciones de M-Bot, por desgracia, alcanzaría a Brade un poquito demasiado tarde.

Así que la llamé. O más bien, le pedí a M-Bot que hackeara su comunicador para que aceptase mi llamada quisiera o no.

—Hola, Brade —dije.

Me encantó ver que su nave titubeaba, escorándose un poco a un lado, como si Brade temiera que fuese a abrir fuego después de hablar. Eso me ganó unos segundos.

—¿Aún quieres ese duelo? —pregunté.

—Sabes que sí —dijo ella con voz tensa.

—Genial. Porque lo vas a tener. ¿Me ves?

Maldijo en voz baja, quizá reparando en la velocidad a la que le ganaba terreno. Su nave no tenía una IA, o, mejor dicho, un zapador que calculase la diferencia de velocidades. Tendría que estimarla a ojo, y seguro que pensó que no tardaría en alcanzarla. Y volar recto cuando alguien se te acercaba a cola era letal para un caza estelar…

Quebró, poniéndose a la defensiva.

—Muy bien —dijo—. Hagámoslo.

Perdí velocidad al acercarme. La aceleración era crucial, pero la maniobrabilidad también, y había que equilibrar ambas cosas. Brade se abalanzó hacia mí a toda potencia.

A nuestro alrededor, unos zapadores del tamaño de naves de guerra emergieron en el vacío y liberaron más drones, copias de M-Bot cuando había estado alojado en un pequeño dron de limpieza, para rescatar a los taynix. Unos cazas de la coalición enviados por Jorgen empezaron a materializarse cerca de la base espacial que acabábamos de abandonar.

Pero yo estaba allí por una pelea y solo por esa. Necesitaba aquello. Tenía que demostrar que podía ganar.

En el instante en que ese pensamiento me pasó por la mente, sin embargo, una parte de mí soltó una risita. En nombre de la Santa, ¿por qué iba a necesitar demostrar nada, después de todo por lo que había pasado? No *necesitaba* derrotar a Brade en un duelo de cazas estelares. Sabía que era lo bastante buena para hacerlo, y, si no lo fuera, ¿qué más daba?

Tirda.

¡Tirda! ¿Acaba de volverme más madura que… bueno, que yo misma?

Brade tampoco querría un combate singular. Aquello tenía que ser su tapadera para algún otro plan. ¿Cuál era? Me pareció que lo sabía.

Chet, envié, *¿sigues ahí?*

En efecto.

Contacta con Jorgen, le dije. *Yo no puedo hacerlo dentro de este campo inhibidor, pero tú lo atravesarás sin problemas. Necesito que le pidas que haga una cosa por mí.*

58

Brade no tenía ninguna intención de librar un duelo con Spensa, obviamente. Por suerte, Spensa no lo sabía. Esa mujer estaba obsesionada con la competición, la pelea. En cambio, Brade siempre había visto el cuadro completo, el panorama general.

Como en esos momentos. Que esos inhibidores estuvieran apagándose le proporcionaba una abertura. Solo tenía que llegar a ese espacio abierto de delante, lo bastante alejada de los zapadores para escapar hipersaltando.

Se aseguró de fingir que se metía de lleno en el duelo. Con menos que eso, terminaría muerta. Spensa se puso a su cola y, siendo franca, Brade no podría haberlo impedido. Así que de verdad voló poniéndole toda su habilidad; descendió a lo largo de un grandusano y, al llegar al final, lo acribilló para espabilarlo. Eso debería retrasar a…

Truda. Apenas pudo concentrarse en su rumbo porque Spensa ya estaba otra vez ahí atrás, trazando arcos entre los pinchos del gusano con la energía de una niña en un parque, rápida y precisa. ¿Cómo? ¿Cómo podía volar así?

Brade se alejó del grandusano sobrecargando el propulsor y quebró cerca de unos escombros, pero Spensa la siguió, haciendo que pareciera fácil usar la lanza de luz para cambiar de trayectoria a su antojo.

Con cada viraje, Spensa le ganaba terreno. Así que Brade se lanzó a sus mejores evasivas, pero Spensa las igualó una tras otra. Y siguió aproximándose.

¿Cómo? Truda.

No pasaba nada. Una general no tenía que ser capaz de vencer a cada soldado del campo de batalla. «Panorama general —se dijo—. Solo tienes que ser capaz de hipersaltar». Brade había logrado que las maniobras las llevaran cada vez más cerca de ese espacio abierto sin inhibidor. Con que llegara allí, podría escapar.

Qué diablos, desde allí podría hipersaltar directa a Vísperas y freír a las babosas. Luego se teleportaría al fuerte de inteligencia que había en Varvaxin Tres, de cuya existencia no estaba al tanto ni siquiera Cuna.

Ya casi era libre. Spensa no comprendía que…

Un disparo impactó en el escudo de Brade. No desde su cola, sino desde *delante*. Desde su ruta de huida. Allí, para su estupor, acababa de aparecer un

grupo de cazas. Un escuadrón entero.

—¡Tramposa! —gritó por el comunicador—. Spensa, qué cobarde eres. ¡Esto tenía que ser un duelo! Solo tú y yo.

—Ahí está el asunto —respondió Spensa—. Que no somos solo tú y yo. No estoy sola. Nunca estaré sola. Formo parte de algo mayor. Y cuando buscas pelea con uno de nosotros…

59

La estás buscando con todos —terminé la frase.

Sonreí mientras a Brade no le quedaba más remedio que apartar el morro de la libertad que había estado buscando. Los cazas se lanzaron en su persecución.

—Escuadrón Cielo —dije—, identificadores y confirmación.

—Cielo Uno —dijo Arturo—. Identificador: Anfisbena. Y no, no pienso acortarlo. Estoy aquí, Peonza.

—Cielo Dos —dijo FM con voz firme y en apariencia fría, aunque había oído música en su cabina antes de que la cortara—. En destino temporal a servicio activo de vuelo. Identificador: FM. Estoy aquí.

—Cielo Tres —dijo la voz afable y relajada de Nedd—. Identificador: Nedder. Estamos aquí.

—¿Nedd? —pregunté, asombrada—. ¿Estás volando?

—Bueno, soy el copiloto —respondió él.

—¡Hola! —exclamó una voz kitsen por la línea—. ¡Soy Hana! Nedder necesitaba a alguien para volar.

—Todo va según el plan —dijo él—. Ahora puedo echarme la siesta durante las batallas. En todo caso, estamos aquí para ti, Peonza.

Brade esquivó a la derecha, acosada por los disparos, en maniobras cada vez más frenéticas.

—Cielo Cuatro —dijo Alanik en su propio idioma—. Identificador: Ángel. Estoy aquí.

Brade quebró a izquierda, pero llegaba más fuego desde esa dirección, que le dio en el escudo, iluminándolo.

—Cielo Cinco —dijo Sadie. Tendría que dejar de pensar en ella como la novata, porque ya llevaba en el escuadrón más tiempo que yo cuando me fui a Visión Estelar—. Identificador: Centinela. Hum… ¡Estoy aquí!

—Cielo Seis —dijo Tenderete—. Identificador: Tenderete. Aquí.

—Cielo Siete —dijo Gatero—. Identificador: Gatero. Estoy aquí. No puedo creer que aún siga juntándome con vosotros.

—Cielo Ocho —dijo Kauri—, y los treinta tripulantes estamos aquí para ti. ¿El… Exiliado Enmascarado va contigo?

—Está aquí —respondió Hesho desde sus controles—. Y te agradece tu preocupación y tu liderazgo.

—Cielo Nueve —dijo Escalofrío—. Parece que necesitamos identificadores de vuelo. Me gusta Leal. Estamos aquí.

Dllllizzzz encendió y apagó su luz del comunicador, indicando su presencia.

—¡Y yo también estoy aquí! —exclamó M-Bot—. ¡Hola a todo el mundo! He resucitado. Pero no voy a fundar una religión. He decidido que dan demasiado trabajo.

—Cielo Once —dijo Kimmalyn, y ascendió en su nave para ponerla junto a la mía—. Identificador: Rara. Estoy aquí.

Vi que el escudo de Brade caía ante una telaraña de disparos de destructor, y envié un mensaje a los demás para que hicieran un alto el fuego.

—Cielo Cero —dijo una voz en mi oído. La maravillosa voz de Jorgen—. Siempre contigo, Spensa. Hasta cuando no puedo estar ahí en persona. Les dije que esta vez no te habías ido corriendo. Sabía que te habían secuestrado.

—Gracias —le respondí—. Por creer en mí.

Brade ralentizó su nave, comprendiendo que estaba rodeada. Superada en potencia de fuego. Vi que volvía su caza hacia mí, casi alcancé a distinguirle la expresión mientras evaluaba sus opciones.

Entonces sobrecargó el propulsor, intentando huir.

Vaporicé su cabina de un solo disparo.

—Cielo Doce —susurré—. Identificador: Peonza. *Confirmada*.

Epílogo

Valizode, como controladore primarie de la asamblea electa, en teoría era el ser más poderoso del planeta Byled, mundo natal del pueblo dione y centro cultural de la Supremacía entera. Sí, había cargos en la Supremacía con mayor rango que Valizode, pero estaban fuera de contacto en esos momentos. Y la Supremacía era un desbarajuste, de todos modos. Así que Valizode… bueno, debería ser la persona más importante de allí.

No le daba esa sensación. Es más, sentía una extraña gelidez mientras se dejaba guiar por el nodo principal de comunicaciones de Byled. Que estaba hecho un desastre de maquinaria reventada, con agujeros abiertos por todas partes como si alguien hubiera sacado los corazones para operarlos.

Era una sensación fría, helada, darse cuenta de que, incluso siendo la persona más poderosa de todo un planeta, estaba impotente.

—Todos nuestros sistemas de comunicaciones —dijo Lekilid en voz baja, señalando otro grupo de máquinas desgarradas—. Todos los del planeta. Hasta los centros secretos de inteligencia… están así. Destrozados anoche en un mero instante.

Valizode desnudó los dientes. Algo que se enorgullecía de no hacer nunca. Qué incivilizado le parecía. Pero ¿cómo iba a reaccionar si no?

—¿Lo mismo con los hipermotores? —preguntó.

Les demás diones de la sala asintieron. Algo, una fuerza que no comprendían, había abierto el casco de todas las naves del sistema para entrar y llevarse los hipermotores. Y los inhibidores. Y todas las otras unidades de tecnología biológica del planeta. De algún modo, esa fuerza las había encontrado *todas*, por muy ocultas que estuvieran. No había acontecimiento igual en toda la historia registrada.

Si los informes estaban en lo cierto, dispersos y fragmentados como habían llegado antes de que la comunicación se interrumpiera, aquello mismo estaba sucediendo también a lo largo y ancho de la Supremacía. Y para colmo, había algo terrible y terrorífico involucrado: zapadores.

Valizode abandonó la sala, salió a una terraza y su túnica formal susurró al apoyar las manos en la barandilla para contemplar un mar de luces. Luz para ahuyentar la oscuridad. Desde que les diones habían alcanzado la inteligencia primaria, habían sido una luz para la galaxia. Ahuyentando las oscuridades gemelas de la barbarie y la agresividad.

Ahora… Ahora Valizode estaba asustade.

Aterrorizade.

—¿Qué hacemos? —preguntó Yaksurma llegando junto a elle, con el miedo patente en su rostro bicolor, mitad azul y mitad rojo.

Era une croquis que estaba haciendo prácticas allí. En teoría iban a ser un par de semanas en las que demostrar con facilidad su valía. Eso era antes de que empezaran a llegar los informes. Primero un asalto a la instalación secreta de almacenamiento de taynix unos días antes. Luego terror por toda la galaxia.

¿Y ahora aquello?

Valizode alzó la mirada al cielo, a las estrellas que titilaban en lo alto. Hacía mucho, muchísimo tiempo desde que une dione había mirado allí arriba y se había asustado. Se habían adueñado de su universo. Lo habían reclamado para sí. Hasta… esos momentos…

—Estamos atrapades —susurró Valizode, asimilándolo, comprendiéndolo en toda su magnitud—. Sin comunicaciones extraplanetarias. Sin forma de hipersaltar. Costaría décadas llegar al sistema estelar vecino sin un hipermotor. Estamos… soles.

Les demás guardaron silencio un momento y luego el aire se llenó de bisbiseos aterrados. Hasta que una estrella cayó del cielo. Luego otra. Y más. ¿Cazas estelares?

¿Estaban salvades?

Valizode llegó tan deprisa como pudo al lugar donde habían aterrizado los cazas, pero aquello no era salvación alguna. Encontró a un grupo de gente, humanos en su mayoría, encabezados por una hembra alta de pelo corto. Llevaba nada menos que un taynix a un lado, en una especie de cabestrillo especial a juego con su uniforme.

¿Allí, al aire libre? A Valizode le dio un escalofrío. Se suponía que esas cosas había que mantenerlas ocultas.

—Ah —dijo la recién llegada mientras Valizode bajaba del coche aerodeslizador—. ¿Le ministre Valizode, por fin?

—¿Sí? —respondió Valizode, obligando a esos dientes a quedarse bajo los labios.

Los humanos desnudaron los suyos sin el menor pudor.

—Soy la embajadora provisional Freya Marten, coronel del Ejército Desafiante. Identificador: FM, si sirve de algo.

—¿Sirve?

La hembra hizo un encogimiento humano de los hombros.

—Solo he venido a ofrecerles una pequeña explicación. Recibirán comida, dado que tengo entendido que su planeta está demasiado poblado para alimentarse a sí mismo. Deberán encargarse de la distribución y podrán enviar peticiones para otros suministros. Si determinamos que de verdad es imposible su producción local, consideraremos esas peticiones. El resto de las condiciones están aquí.

Dejó una tableta de datos en una mesa cercana.

Une guardia se movió para disparar a la humana. Un acto *terriblemente* agresivo, que habría horripilado a Valizode en otras circunstancias. Pero… en fin, era una humana.

Una humana que parecía haberlo tenido previsto. Antes de que le guardia pulsara el gatillo, la humana se esfumó. El disparo cruzó el aire vacío.

La humana apareció junto a le dione del fusil y, sin apartar la mirada de sus ojos, le quitó el arma de las estupefactas manos. Ese taynix… sabía hipersaltar a petición. ¿Sin que hiciera falta ningún equipamiento con el que retenerlo?

¡Qué peligroso! ¡Qué agresivo!

—Ha sido bastante molesto por vuestra parte —dijo la humana—. Si seguís comportándoos así, nunca saldréis del planeta. Y eso que une de les vuestres me aseguró que sería seguro visitaros en persona.

Se volvió y regresó hacia su nave a paso rápido.

—¿Humana? —la llamó Valizode—. ¡Espere! Espere. Me disculpo por este cobarde acto de agresividad, pero… por favor, ¿cuándo… cuándo podremos… abandonar nuestro planeta otra vez?

—No depende de mí, así que no puedo responder —dijo la humana, deteniéndose junto a su nave mientras el resto subía ya a las suyas.

—¿De quién depende? —preguntó Valizode—. ¿Puedo hablar con su gobierno y hacerle una petición? No… no sabíamos lo que estaba haciendo Winzik. No dimos nuestra aprobación a esta guerra. Somos víctimas.

—Esto no es por la guerra —dijo ella—. Es por lo que habéis hecho como sociedad. Y no es nuestro gobierno quien decide cuándo se os permitirá salir otra vez del planeta.

—¿Quién, entonces? —preguntó Valizode con brusquedad.

La humana señaló su cabestrillo. Y al taynix de dentro, que flauteó:

—¡Quién!

El horror de Valizode se hizo más sofocante.

—¿Lo deciden los… los *hipermotores*?

—Ajá —dijo ella, subiendo a su cabina—. Suerte.

Oh.

Oh, no.

Una semana después de la victoria en Vísperas, me tocaba supervisar una entrega más de babosas. E intentar fingir que no había ningún problema conmigo.

Al fin y al cabo, las cosas iban de maravilla. Los zapadores se habían tomado su deber muy a pecho, y su primer acto de compasión consistía en salvar a los taynix, en rescatar todo «hipermotor» que quisiera ser rescatado. Y también a los otros tipos de babosas, de la primera a la última. Por toda la galaxia.

—Menos mal que tenemos un planeta entero lleno de sitios como este —dije, de pie en un saliente desde el que se dominaba una caverna de Detritus.

Era una de las muchas que había explorado de niña. Estaba llena hasta los topes de babosas que trinaban felices mientras se daban un festín con cajas y cajas de setas y algas.

Jorgen subió junto a mí, con una tableta en la mano llena de datos sobre cavernas que podían convertirse en alojamiento para los taynix. Según nuestras estimaciones, íbamos a tener que hacer sitio a varios cientos de miles de ellos. No era imposible, pero nos costaría trabajo reforzar las operaciones agrícolas a gran escala necesarias para alimentarlos a todos.

Por suerte, ya existía un sólido sistema de transporte alimentario organizado por toda la galaxia, y había las suficientes babosas dispuestas a seguir haciendo su trabajo por el momento para mantenerlo en marcha. Siempre que les diéramos la libertad y dejásemos que se tomaran descansos, sustituidas por otras en turnos.

Eso significaba que no habría interrupciones en el suministro de comida, aunque muchos artículos de lujo deberían dejar de transportarse hasta nuevo aviso. Ya estábamos afrontando complicaciones, porque los planetas productores de alimento no habían estado recibiendo una compensación justa, pero en nuestras conversaciones iniciales con todos ellos descubrimos que la gente de allí estaba encantada con la idea de intercambiar comida por la

capacidad de viajar con menos trabas. Entre una cosa y otra, Jorgen estaba convencido de que podría impedir una hambruna generalizada en la galaxia.

El caso era que, por ahora, podríamos alimentar a las babosas con envíos llegados de fuera del planeta, y Detritus iba a ser el lugar perfecto en el que cultivar una de las comidas favoritas de los taynix: las setas.

Jorgen sonrió. Le gustaban los desafíos, y ese era perfecto para él. Quizá fuese una pesadilla organizativa, pero gestionar lo que en esencia era el mayor campo de refugiados de toda la galaxia iba a requerir mucho ingenio. Además de inventar un montonazo de normas nuevas.

Él solo iba a supervisarlo mientras otra gente hacía el grueso del trabajo. Jorgen tendría que dedicar su tiempo a un sinfín de deberes en la alianza galáctica que estaba empezando a formarse. Ya se hablaba de establecer un nuevo gobierno que reemplazara a la Supremacía, pero aún era demasiado pronto para algo como eso. De momento era solo una alianza, con unas cuantas normas comunes y un moderador al frente de una especie de foro galáctico.

Nadie quería a un humano en ese puesto, claro, aunque no lo decían en voz alta. Por suerte, Rinakin de los UrDail gozaba de una enorme simpatía. Era el candidato más probable para ocuparse de aquello. Los humanos de Detritus, y de las otras reservas humanas, tendríamos que encontrar nuestro lugar en aquel nuevo universo. En otros tiempos, habría afirmado que terminaríamos como soldados, y desde luego íbamos a tener que mantener nuestras fuerzas espaciales. Pero últimamente habíamos desarrollado otra especialidad: el cuidado de babosas.

Tirda. Se me retorció el estómago. Combatí la sensación.

—Este va a ser su planeta —dijo Jorgen—. Como lo fue siempre, más o menos. Nosotros solo estamos para ayudar.

—Y para intentar averiguar… qué significan los términos —maticé.

Asintió, con el gesto un poco más sombrío. Los taynix y los zapadores tenían un tratado. Uno que no nos incluía al resto de las especies. Versaba sobre con qué frecuencia, y con qué rapidez, hipersaltarían las babosas llevando a alguien aparte de a sí mismas, para evitar demasiada incursión de la alguna-parte en la ninguna-parte.

La mayoría de los zapadores ya no sentían dolor cuando cruzábamos la ninguna-parte, pero algunos sí, porque habían rechazado nuestra ayuda. Lo cual, supuse, estaban en su derecho de hacer. Y, como colectivo, los zapadores estaban reivindicando que la ninguna-parte era su territorio. Ya había existido fuera del tiempo y el espacio antes de su llegada, y les gustaba

así, incluso sanando como estaban. Yo no estaba nada segura de que estuviera bien que se apropiasen de una dimensión entera, pero, por otra parte, ¿qué derecho teníamos ninguno de nosotros sobre el territorio, o el espacio aéreo, que reclamábamos?

Estaban dispuestos a colaborar con nosotros, pero mis actos, a grandes rasgos, los habían desmenuzado en una barbaridad de individuos discutidores. Estaban mucho más alineados entre ellos que cualquier otra especie, pero aun así… las cosas serían complicadas durante un tiempo.

El caso era que el hipersalto, al menos mediante taynix, iba a estar limitado en el futuro. Los taynix enviarían un aviso a los zapadores y esperarían su visto bueno. Hasta la fecha, ese visto bueno podía tardar entre unos segundos y media hora, aunque en algunos casos podía organizarse por anticipado.

Ninguno de los dos grupos tenía muy claro qué hacer con los citónicos como yo. Quizá tendríamos que negociar nuestro propio tratado o arriesgarnos a provocar sus iras. Como con casi todo, el futuro era incierto.

Aun así, tener respuestas, y también cierta medida de seguridad ante los zapadores, me sentaba bien. Así que procuré ocultar el estrés y la preocupación mientras entraba con Jorgen en el elevador que nos devolvería a la superficie.

—¿Estás así de tensa por nosotros? —preguntó.

Tirda, se había dado cuenta. Así que lo cogí del brazo, tiré de él para que se agachara y lo besé.

—No es por nosotros.

—Me alegro —respondió, más relajado.

—Estoy bien —le dije—. Adaptándome a mi nuevo papel, nada más. Cuidadora de babosas.

—No parece que encaje mucho con las historias de la yaya —comentó.

—No me hace falta vivir como si estuviera en esas historias —contesté—. He superado esa fase.

—Sigues siendo tú.

—La yo que soy es feliz de estar aquí —dije—. Contigo. Tú dame tiempo. Me acostumbraré a que las cosas sean aburridas. Kimmalyn dice que lo aburrido es bueno. ¡No para de dar la paliza con eso! Por lo visto, la Santa tenía muchas cosas que decir sobre que hacer nada significa nada que hacer.

—No sé qué narices significa eso —dijo, pero me besó otra vez.

Por un momento, fue suficiente. Me perdí a mí misma en su calidez, en la presión de sus labios sobre los míos, en nuestros pulsos sincronizándose. Me

agarré a él, avergonzada y emocionada a la vez por la idea de que las puertas del elevador podían abrirse en cualquier momento y revelar nuestro momento de intimidad.

Amaba a Jorgen, lo amaba de veras. Quería estar con él para siempre.

Lo que pasaba era… bueno, todo lo demás. El mundo no estaba acabándose. Y yo… parecía florecer en todo mi esplendor cuando lo hacía.

Qué rasgo de personalidad más absolutamente espantoso.

Al final, con gran esfuerzo, dejamos de besarnos mientras el ascensor frenaba para dejarnos en la base Alta. Con los brazos entrelazados, salimos y giramos por el camino. Todavía utilizábamos el viejo garaje de Jorgen, y su coche aerodeslizador que estaba dentro. Él no dejaba de hablar sobre aprender a trastear con él, como afición. Algo que la gente podía tener cuando no estaba en guerra. Hablaba de ver hasta qué altura podía hacer que se elevara, como si no pudiese ponerse a los mandos de un caza estelar cuando le diera la gana.

Poco antes de llegar al garaje, su comunicador pitó. Me lanzó una mirada de disgusto, pero lo dejé con ello. Era sobre una nueva especie con la que habíamos contactado, que quería asientos en el nuevo foro galáctico. Pasé por delante del garaje hacia el hangar contiguo.

Era lo bastante grande para dos naves. Dentro, M-Bot, todavía en forma de caza, estaba charlando con Hesho, que afilaba una espada sentado en un ala. El kitsen saludó con la mano al verme entrar y Babosa Letal flauteó desde su lado, haciendo un sonido como el raspar de la espada en la piedra.

Detrás de ellos había otra nave. La de Chet. Se levantó en la cabina, vestido con mono y gorra, su espectacular bigote asomando a ambos lados bajo la nariz.

—¡Diantres! —exclamó—. ¿Tú sabes lo molesto que es afeitarse? Nunca tuve que hacerlo cuando carecía de presencia física, señorita Nightshade. ¡Es de lo más incómodo!

Resultaba que los zapadores no tenían por qué limitarse a crear piedra y polvo. Chet estaba pasándolo en grande aprendiendo a ser humano. Y con «pasarlo en grande» me refiero a que se dedicaba sobre todo a hacer las mismas observaciones irritantes sobre el cuerpo humano que me había pasado meses escuchando de M-Bot. Al menos, en el caso de Chet, las quejas parecían más comprensivas. Por ejemplo, no se había dado cuenta de que si no dormías, te daban dolores de cabeza.

Cogí un paño y me puse a limpiar a M-Bot, que necesitaba un buen repaso después de nuestro último vuelo para inspeccionar un lejano complejo de

cavernas. Trabajé en silencio un tiempo, disfrutando de la calma, hasta que llamó Rodge.

—¿Qué hay, Gali? —dije cuando M-Bot enrutó la comunicación—. ¿Cómo va esa vida de desentrañar los misterios del universo?

—Uf.

—¿Así de buena?

—FM no para de aterrizar en persona y recibir disparos —dijo él—. ¿Se puede saber qué le pasa?

—Que busca emociones, nada más —respondí.

—No es lo que dice ella.

—¿Y qué dice?

—Que tiene que asegurarse de que las instrucciones llegan a las autoridades adecuadas.

—Emociones —dije—. La comprendo.

—Venga, no puedes estar aburriéndote ya, Spensa. ¡Si solo han sido unos días!

—Más de los que he pasado nunca sin que me disparen.

—Mientes —replicó él—. Sabes que te conozco casi desde siempre, ¿verdad?

—Entonces ya sabes que tiendo a exagerar —dije—. Bueno, ¿alguna novedad?

Se rio.

—Nada, solo quería que supieras que le he enviado a Jorgen una cosa interesante. Podría venirte bien.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es?

—Me lo había pedido él, y lo he encontrado entre toda la maraña de información que está llegándonos de las bases de datos principales de la Supremacía. Tú intenta no romper nada. Cambio y corto. Ah, sí, y gracias.

—¿Por?

—Por arrastrarme a todo esto.

Cerró la comunicación, dejándome toda confusa mientras Jorgen entraba con una tableta de datos en la mano.

—A ver —dije con los brazos en jarras—. ¿Qué habéis estado tramando vosotros dos?

Jorgen giró la tableta hacia mí. Parecía mostrar una lista de coordenadas.

—Planetas inexplorados —dijo—. Considerados demasiado peligrosos por la Supremacía. Apenas hay nada en absoluto bajo sus cabeceras aparte de

advertencias de no acercarse.

—Lo cual podría significar… —respondí, arrebatándole la tableta.

—Cualquier cosa —dijo él—. Desde un refugio taynix hasta algún tipo de especie muy agresiva, pasando por… ni idea. Vete a saber qué cosas les parecían demasiado peligrosas para registrarlas siquiera. A mí me suena a misterioso.

Miré la tableta y luego a él, entornando los ojos.

—Lo que pasa es que quieres mantenerme ocupada.

—Pues claro que quiero mantenerte ocupada —respondió—. Haciendo algo importante. —Dio unos golpecitos en la tableta—. La Tierra está ahí fuera en algún sitio, Spensa. O en la ninguna-parte o aquí. Pasó algo con ella. Y las quimeras… casi no sabemos nada de esa especie. ¿Y qué hay de esas trampas que encontramos en los portales a la ninguna-parte? Existen desde mucho antes que los zapadores. Podría haber peligros por ahí de los que no sabemos nada. Mejor explorarlos que dejar que nos sorprendan.

Sonreí de oreja a oreja. Entonces paré y lo miré.

—¿Qué? —dijo.

—No puedo ir yo sola.

—Kimmalyn, diga lo que diga, está aburrida de estar aburrida. Y sospecho a Chet le apetecerá humanear un poco.

—¡Exacto! —terció desde su nave.

—Así que —dijo Jorgen— no irás sola.

Sentí un entusiasmo inmediato. Luego pensé.

—¿Y esto no… interferirá en nosotros? ¿Si estoy fuera tanto tiempo?

—No quiero que seas nadie más que tú —dijo él—. Y si estás segura de que no te preocupa nada sobre nosotros…

—No es por nosotros. A nosotros no nos pasa nada. Nosotros me encantamos. A no ser que quieras algo nuevo, claro. Tú dímelo y me callaré. Solo que no, porque nunca lo hago.

Me encogí. Y lo besé, porque sabía que funcionaba.

Jorgen sonrió mientras me apartaba.

—Voy a asignarte un escuadrón, en función de exploradores, para que cartografiéis esos planetas. Puedes reclutar hasta tres pilotos más. Pero prométeme que volverás y nos veremos.

—Todos los días —le prometí—. Mientras me sea posible.

Asintió. Pero no parecía convencido. Así que lo besé de nuevo y añadí:

—Jorgen. De verdad que volveré. Todos los días que pueda, a pasar tiempo contigo. Mi lugar es este.

—Tu lugar es allá donde no sea aburrido.

—Mi lugar es con todos vosotros, aunque necesite hacer otras cosas de vez en cuando. Aprender eso viene a ser de lo que trata la mitad de las historias, Jorgen. ¿Es que no escuchabas a la yaya?

—Creía que esas historias siempre dejaban a la heroína cambiada —dijo él.

—Así es. Y esta lo ha hecho.

—En las historias, al final se marcha, porque ya no encaja donde había empezado.

—En las historias sí —susurré—. Pero, Jorgen, todas esas historias tienen un defecto enorme.

—¿Y es…?

—Que en ninguna sales tú.

Logré llegar a él con eso, creo. Sonrió, y hasta pareció un pelín cohibido.

—Si hay una cosa que me ha enseñado todo esto —le dije— es que puedo elegir por mí misma. Dejaré que me distraigas con esos planetas que explorar, Jorgen Weight, pero no te atrevas a pensar que van a darte demasiado descanso de mí.

—Ni se me ocurriría.

Lo solté y fui a enseñarles los datos a Babosa Letal, Chet, Hesho y M-Bot. Pero antes de llegar, me volví de nuevo hacia Jorgen.

—Oye —dije—, por cierto…

—¿Sí?

—Recuerda que, si libero algún tipo de amenaza galáctica gigantesca sin querer y luego tengo que volar una estrella o algo para aplastarle el cráneo y convertirlo en pulpa roja del tamaño de un anillo planetario… esto ha sido idea tuya.

Se rio y me dejó con lo mío. Pero los detalles concretos no tenían tanta importancia, así que le encargué a Hesho que se los leyera a los demás y empezaran a pensar dónde ir primero. Yo salí fuera y alcé la mirada. Estaba teniendo lugar una extraña convergencia, un agujero que atravesaba las muchas capas de plataformas que protegían Detritus. Directo hacia arriba.

Hacia las estrellas. Que eran mi lugar. Pero las luces que refulgían en mis amigos eran mucho más brillantes.

Volví dentro y le pedí a M-Bot que llamara a Kimmalyn y le diera la buena noticia. De que acababa de arrastrarla a una aventura potencialmente letal.

Otra vez.

FIN DE LA SERIE ESCUADRÓN

*

EL UNIVERSO CONTINUARÁ EN ESCUADRÓN: LEGADO

Agradecimientos

Como de costumbre, todos y cada uno de estos libros conllevan muchísimo trabajo. ¡Espero que la lista de nombres no haga que se os empiece a empañar la vista! Pero también espero que le echéis un ojo y veáis a las muchas personas importantes que han estado involucradas en el proceso.

Querría destacar a unas cuantas. Janci Patterson ha sido un recurso valiosísimo para este libro y para la serie Escuadrón en conjunto. Quizá sepáis que ya está trabajando conmigo en una serie secuela, que espero que también leáis cuando llegue. (Y si os perdisteis *Escuadrón Cielo: La colección*, el libro que complementa a *Citónica*, recomiendo encarecidamente que os hagáis con él. De todos los libros de la serie, las reseñas de fans lo puntúan como uno de los mejores).

También querría que prestarais atención a la cubierta de la edición estadounidense, que es con toda probabilidad nuestra favorita de toda la serie, creada por la siempre asombrosa Charlie Bowater. ¡Nos ha encantado trabajar con Charlie en estos libros! Ha sido una experiencia maravillosa.

Por último, como siempre, un agradecimiento enorme a mi esposa, Emily, la directora y copresidenta de Dragonsteel. Emily es mi compinche en todo esto, y se deja la piel entre bambalinas para coordinar a todas las personas de la lista que tenéis a continuación.

¡Muchas gracias a todo el mundo por leer esta novela!

Brandon

En JABberwocky, mi agencia literaria: Eddie Schneider, Joshua Bilmes, Susan Velazquez y Christina Zobel.

En mi editorial estadounidense, Delacorte: Krista Marino ha sido la editora de este libro, como también de los demás, y una ayuda increíble a la hora de ayudarnos a entender el público juvenil y escribir las mejores historias posibles. También quiero mencionar a Beverly Horowitz, Lydia Gregovic y Trisha Previte. La revisión ha corrido a cargo de K. Steinberg.

En mi editorial del Reino Unido, Gollancz: Gillian Redfearn, que también le ha hecho una revisión de estilo fantástica al libro, Emad Akhtar y Brendan Durkin.

Las narradoras del audiolibro: Suzy Jackson en Estados Unidos y Sophie Aldred en el Reino Unido.

Isaac Stewart es el vicepresidente del departamento de desarrollo creativo en Dragonsteel. Ben McSweeney ha cargado con la mayor parte del peso de crear y coordinar las ilustraciones para este proyecto. Hayley Lazo se ha ocupado de las páginas sobre los taynix y los kitsen. Anna Earley ha dirigido la parte artística y de diseño en los productos para el *merchandising* del libro. También han participado Rachael Lynn Buchanan, Jennifer Neal y Priscilla Spencer.

El Estándar Industrial Peter Ahlstrom es nuestro vicepresidente del departamento editorial, que incluye a Karen Ahlstrom, Kristy Gilbert, Jennie Stevens, Betsey Ahlstrom y Emily Shaw-Higham.

Dan Wells sigue siendo el único miembro del departamento narrativo de Dragonsteel. Nos hemos planteado comprarle un pez, pero creemos que se sentiría muy solo.

Matt «El Posadero» Hatch es el vicepresidente de operaciones de Dragonsteel, en cuyo equipo están Jane Horne, Kathleen Dorsey Sanderson, Makena Saluone, Hazel Cummings y Becky Wilson.

Adam Horne, también conocido como el Golfista de Schrödinger (por ser a la vez el mejor y el peor jugando al golf de toda la empresa) es nuestro vicepresidente de publicidad y marketing, apoyado por Jeremy Palmer, Taylor D. Hatch y Octavia Escamilla.

Kara Stewart es nuestra vicepresidenta de promoción, acontecimientos y cuidado de babosas. Este libro está dedicado a ella, y creo que se merece un buen montón de agradecimientos y alabanzas. Sin ella, no tendríais ninguno de los geniales productos que sacamos, como los maravillosos peluches de

Babosa Letal. ¡Muchísimas gracias, Kara, por todos estos años siendo alucinante! Entre los miembros de su departamento están Emma Tan-Stoker, Christi Jacobsen, Kellyn Neumann, Lex Willhite, Mem Grange, Michael Bateman, Joy Allen, Ally Reep, Richard Rubert, Katy Ives, Brett Moore, Dallin Holden, Daniel Phipps, Jacob Chrisman, Alex Lyon, Matt Hampton, Camilla Cutler, Quinton Martin, Esther Grange, Logan Reep, Laura Loveridge, Amanda Butterfield, Gwen Hickman, Donald Mustard III, Zoe Hatch, Pablo Mooney, Braydonn Moore, Avery Morgan, Nathan Mortensen, Christian Fairbanks, Dal Hill, George Kaler, Kathleen Barlow, Kaleigh Arnold, Kitty Allen, Rachel Jacobsen, Sydney Wilson, Katelyn Hatch y Judy Torsak.

Mi grupo de escritura, Aquí Hay Dragones, lo han compuesto Emily Sanderson, Kathleen Dorsey Sanderson, Peter Ahlstrom, Karen Ahlstrom, Darci Stone, Eric James Stone, Alan Layton, Ethan Skarstedt, Ben Olsen y Kaylynn ZoBell.

Los lectores beta de este libro han sido Rob West (identificador: Consuelda), Brian T. Hill (identificador: El Guapo), Kalyani Poluri (identificador: Henna), Jayden King (identificador: Trípode), Suzanne Musin (identificador: Oráculo), Shannon Nelson (identificador: Guardiagrís), Glen Vogelaar (identificador: Sendas), Bao Pham (identificador: Salvaje), Chris McGrath (identificador: Artillero), Paige Vest (identificador: Hoja), Sam Baskin (identificador: Tortuga), Liliana Klein (identificador: Lapsus), Ellen Maloney, Lyndsey Luther (identificador: Ascenso), Aubree Pham (identificador: Amyrlin), Jessie Lake (identificador: Dama), Eric Lake (identificador: Caos), Mark Lindberg (identificador: Megalodón), Deana Covel Whitney (identificador: Trenza), Linnea Lindstrom (identificador: Duende) y Sarah Kane (identificador: Ultravioleta).

Entre los lectores gamma han estado muchos del grupo beta y también João Menezes Morais (identificador: Protegido), Darci Cole (identificador: Azul), Ted Herman (identificador: Caballería), Jessica Ashcraft (identificador: Gesh), Ross Newberry (identificador: Bromista), Joe Deardeuff (identificador: Viajero), Gary Singer (identificador: DVE), Joshua Harkey (identificador: Jofwu), Tim Challener (identificador: Anteo), Kendra Wilson (identificador: K-Monstruo), Becca Reppert (identificador: Yaya), Heather Clinger (identificador: Ruiseñor), Aaron Ford (identificador: Artilugio), Alexis Horizon (identificador: Spectra), Lingting «Botanica» Xu (identificador: Hasan), Sean VanBlack (identificador: Vanguardia), Eliyahu

Berelowitz Levin (identificador: Arquero) e Ian McNatt (identificador: Dique).